



**UNSAM**  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE  
SAN MARTÍN

**Una voz en la bruma.**

**El semanario *Compañero* y la tradición peronista en los años  
60**

Andrés N. Funes

Tesis para optar por el título de Magíster en Ciencia Política

Directora: Doctora Daniela Verónica Slipak

Instituto de Altos Estudios Sociales  
Universidad Nacional de San Martín

Buenos Aires, Argentina

Julio de 2018

## Agradecimientos

*El tiempo es como un río  
que arrastra rápidamente  
todo lo que nace.*

Marco Aurelio

Diciembre de 2015. Verano, calor y humedad en Rosario. Tan sólo unas semanas atrás había recibido la negativa de CONICET. No se me iba a otorgar la beca. Me quedaba desempleado. Seguía, no obstante, con las encuestas y alguna que otra noche podía hacer unos *mangos* siendo mozo en un local de eventos. Recuerdo que me levanté la mañana del 24 de diciembre y vi por Twitter una convocatoria de beca PICT con sede en la Universidad Nacional de San Martín. El tuit lo hacía el prestigioso sociólogo Gerardo Aboy Carlés, quien era el director del proyecto. Estaban *arrobados*, asimismo, Julián Alberto Melo y Ricardo Hernán Martínez Mazzola. No lo dudé ni un segundo. Me hice unos mates, agarré unas galletitas y comencé a leer detenidamente lo que se pedía para poder concursar. Esa misma mañana mandé todo y me encomendé a todos los santos de las becas. Era, pensé en ese momento, mi última oportunidad para hacer lo que me gusta. Quizás, me tranquilicé, lo de CONICET no fue más que un tropiezo. No lo supe sino hasta febrero: conseguí la beca y tuve que mudarme a Buenos Aires. Mi vida iba a trazar un cambio de 180°. Viviría en una ciudad tan grande como extraña para mí –sólo había ido una sola vez-. Compartiría la habitación, los platos, los vasos, los cubiertos con extraños –viví ocho meses en un hostel, compartiendo la habitación con dos personas, y catorce meses en una casa con seis individuos más-. Tendría que conocer los recovecos de una nueva Universidad, su gente, su movimiento, todo –la oficina del segundo piso, la 16, por lejos fue un lugar tremendamente productivo para hacer mi trabajo, aún a pesar de ciertos, llamémosle, “inconvenientes”-. En fin, y para no alargar más este preámbulo que tiene ribetes de discurso expiatorio, debo decir que temí, me acobardé, pensé en retornar a Rosario pero, aún no sé de dónde, conseguí valor que me permitió quedarme, enfocarme y disfrutar de esta salvaje pero no menos hermosa ciudad; que me hizo, también, conocer personas maravillosas, grandes amigos y, me veo en la obligación de admitirlo, el amor. No sé qué será del futuro –que *pinta* bastante aciago, convengamos- pero no puedo estar más tranquilo, orgulloso y feliz de la decisión que tomé. Ahora, vayamos a lo que verdaderamente importante...

Esta tesis habría sido de muy difícil concreción sin la ayuda pecuniaria inestimable de la Agencia de Promoción Científica y Tecnológica y el apoyo del Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica (FONCyT).

A su vez, la tesis no hubiese podido ser escrita sin el acogimiento que hizo de mí la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) y, muy especialmente, el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES). En este marco, debo también mencionar el aprovisionamiento de material hecho por el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CEDINCI).

Sin lugar a dudas, un porcentaje importante de estos agradecimientos se lo llevan Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Reinaldo Giménez, Julián Alberto Melo, Ricardo Hernán Martínez Mazzola, quienes me seleccionaron y otorgaron la beca, confiando en mí a partir de unas hojas impresas y una entrevista. Asimismo, debo agradecer especialmente a estos dos últimos, a Julián y a “Ricky”, por la lectura y los interesantísimos comentarios que hicieron a una versión preliminar de esta tesis.

Asimismo, considero que debo agradecer en demasía la guía y la contención que mi directora, Daniela Verónica Slipak, me brindó durante el proceso de proyectar y escribir la tesis. Sus intuiciones, comentarios y correcciones ayudaron muchísimo a que un manojo de ideas sueltas pudiera adquirir estabilidad y solidez argumentativa.

Por último, *last but not least*, quiero manifestar mi gratitud para con mis compañeros y amigos de la oficina 16, los cuales contribuyeron “todo a su medida y armoniosamente”, como dijo el General, para que esta tesis pudiera ser escrita. Cristian de Jesús Acosta Olaya, Anaclara Raffaele, Mariana Noemí Cané, Florencia Campo Dall’Orto, Jorge Luis Duarez Mendoza, Pablo Ignacio Pizzorno y Natalia Milne, muchas gracias a todos.

Acá debería poner punto final a los agradecimientos y usted, lector, proceder a la tesis propiamente dicha. Sin embargo, antes de ello, permítame una brevísima acotación. Quiero dedicar este trabajo a Ana María y a Carla, las cuales influyeron, con amor y comprensión, para que mi cordura espiritual se sostuviera en este largo proceso de veintisiete meses de trabajo que involucra un posgrado. Como el “orden de los factores no afecta el producto”, a ambas dedico lo que sigue, no sin antes recordarles que las amo.

# Índice

<b>Introducción</b> .....	<b>1</b>
<b>Capítulo I. Peronismo</b> .....	<b>10</b>
<b>1.1. Tradición</b> .....	<b>11</b>
1.1.1 – <i>La revolución en marcha (1945 – 1955)</i> .....	11
1.1.2 – <i>La revolución pausada (1956 – 1964)</i> .....	25
1.1.3 – <i>Imágenes de un Perón revolucionario</i> .....	33
1.1.4 – <i>Imágenes de una Evita revolucionaria</i> .....	38
<b>1.2. Revisionismo y pueblo</b> .....	<b>47</b>
1.2.1 – <i>Una lectura diacrónica. Entre caudillos y montoneras</i> .....	47
1.2.2 – <i>Las “dos Argentinas”. O Buenos Aires vs. el interior</i> .....	55
<b>1.3. Conclusiones</b> .....	<b>63</b>
<b>Capítulo II. Violencia</b> .....	<b>67</b>
<b>2.1. De la lealtad y la traición</b> .....	<b>69</b>
2.1.1. <i>De los leales trabajadores frente a la traición de la burocracia</i> .....	70
2.1.2. <i>¿La leal juventud?</i> .....	85
<b>2.2. De las violencias</b> .....	<b>95</b>
2.2.1. <i>“La violencia de arriba...”: Fidelidad y martirios</i> .....	95
2.2.2. <i>“...engendra la violencia de abajo”:</i> <i>Justicia y lucha armada</i> .....	104
<b>2.3. Conclusiones</b> .....	<b>116</b>
<b>Capítulo III.Revolución</b> .....	<b>121</b>
<b>3.1. El qué: ruptura, liberación, necesidad e hipocresía</b> .....	<b>123</b>
3.1.1. <i>Entre La Falda y Huerta Grande, ¿el socialismo?</i> .....	123
3.1.2. <i>La hora (liberacionista) de los pueblos (en armas)</i> .....	132
3.1.3. <i>Los vicios de una “seudodemocracia”</i> .....	139
<b>3.2. El cómo: entre la insurrección y la guerra popular prolongada</b> .....	<b>144</b>
<b>3.3. Reflexiones en torno a la “izquierda peronista”</b> .....	<b>157</b>
<b>3.4. Conclusiones</b> .....	<b>163</b>
<b>Conclusiones generales</b> .....	<b>168</b>
<b>Bibliografía general</b> .....	<b>179</b>

## Introducción

El 7 de junio de 1963 apareció en algunos puestos de diarios y revistas de la Ciudad de Buenos Aires el primer número de *Compañero*, cuyo editor fue el médico, periodista y antiguo militante del Movimiento Universitario Reformista (MUR), Mario Valotta. El semanario tuvo tres intentos editoriales en sus diez años de vida.<sup>1</sup> El primero, objeto de esta tesis, se editó a comienzos de los años sesenta, entre las presidencias de José María Guido y Arturo Illia. Específicamente, entre junio de 1963 y abril de 1965. Se trató de un semanario de ocho páginas y con una tirada de 35 mil ejemplares, distribuidos en todo el país. En la portada y con letras rojas aparecía el tema principal del número y el editorial de Valotta. Además de su pluma, en sus 79 números desfilaron también periodistas y escritores como Horacio Eichelbaum, Álvaro Abós, Germán Rozenmacher, Salvador Linares, Gustavo Rearte, Armando Jaime, Olga Hammar, Jorge Hammar, Ricardo Carpani, Rodolfo Ortega Peña, Eduardo L. Duhalde, Pedro Leopoldo Barraza, Rogelio García Lupo, Julio Notta, Eduardo Golly, Felipe Ludueña, por mencionar sólo algunos. *Compañero* tenía en los sindicatos –específicamente, los de farmacia y textil- y en puestos de diarios callejeros de la ciudad de Buenos Aires sus lugares de venta. Tuvo también gran circulación en la Provincia de Buenos Aires y en las grandes ciudades del interior del país, como Rosario y Córdoba (Facundo Carman, 2015; 145). El semanario se presentó con el correr de sus números como una voz crítica para con el gobierno radical y la oposición no peronista *in toto*, como así también con respecto a los dirigentes políticos y gremiales al interior del peronismo. Figuras como las de Arturo Illia, Arturo Frondizi, Pedro Eugenio Aramburu, Augusto Timoteo Vandor o Raúl Matera fueron sistemáticamente objeto de críticas en las páginas del semanario. Como contrapartida, el sindicalista textil y luego delegado personal de Perón, Andrés Framini, los sectores trabajadores del interior y sus medidas de lucha, y también la Juventud Peronista tuvieron no sólo un lugar destacado sino que también contaron con lugares para expresar sus demandas y anhelos.

En términos de la estructura interna, mantuvo gran parte de sus secciones fijas a lo largo de sus 79 entregas semanales. En primer lugar, está la sección “Lo que silencian

---

<sup>1</sup> Entre noviembre de 1968 y enero 1970, Valotta y Mariano Pérez dirigieron la “segunda época” de *Compañero*, que contó con tan sólo cinco números. Luego, entre octubre y noviembre de 1973, Valotta reeditó *Compañero*. Sin embargo, en el álgido clima político de comienzos de los setenta, se cercenó este nuevo intento con sólo dos números editados (Facundo Carman, 2015; 146).

los cables”, dedicada a las noticias internacionales. Una gran cantidad de ellas se orientaron a relatar los acontecimientos de los países del “Tercer Mundo”; guerras y disputas internas en las ex colonias europeas en África y Asia. Asimismo, ocuparon un lugar privilegiado los conflictos sucedidos en los países latinoamericanos. En segundo lugar, la sección “Semana política” estaba dedicada a analizar, como su nombre lo indica, lo que había pasado durante la semana en el panorama político local. Como anexo de esta sección, se encontraba una pequeña columna denominada “Parando la oreja”, dedicada a contar, en poquísimas líneas, chismes o comentarios sobre la escena política argentina y sus actores. En tercer término, la sección “País adentro: los más castigados están al frente de la lucha” buscaba relatar los conflictos políticos y gremiales que se estaban desarrollando en el interior del país, mostrando de qué manera los trabajadores peronistas del interior se organizaban para enfrentar los embates de los gobiernos nacional y provincial. En cuarto lugar, “Por una auténtica cultura nacional de mayorías” era la sección donde se pretendía no sólo criticar una serie de manifestaciones culturales sino también proponer otro tipo de cultura, ligada al peronismo y los trabajadores del interior. Por último, en la contratapa se encontraba una pequeña sección titulada “Patíbulo”, en la cual un tal “Guillotín” se encargaba de arremeter y criticar férreamente a figuras políticas, gremiales y militares reconocidas por su oposición al peronismo. En cada uno de los números de *Compañero*, una de estas figuras era el blanco de la crítica de Guillotín.

Durante esta primera época del semanario, se editaron en julio y septiembre de 1963, y noviembre de 1964 los *Cuadernos de Compañero*. Estas entregas se orientaban a tratar temáticas particulares. Por ejemplo, se analizaba el “Discurso de Punta Lara” de Andrés Framini (primer número), la reestructuración del peronismo en el marco de las elecciones de julio de 1963 (segundo número) y el trazado de una historia del peronismo desde el 17 de octubre de 1945 a la constitución del Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) en agosto de 1964 (tercer y último número). Asimismo, a lo largo de esta primera época, el semanario tuvo destacadas entregas, que se abocaron a una temática histórica también en particular. Por solo mencionar algunas, pueden recordarse: 1) la investigación emprendida por Leopoldo Barraza sobre la desaparición de Felipe Vallese; 2) las notas de Rogelio García Lupo sobre los militares y política; 3) los estudios revisionistas sobre la historia argentina de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo L. Duhalde; 4) el examen de la historia del peronismo de Andrés Framini; o 5) la serie de entregas sobre historia latinoamericana.

Un punto de inflexión en la historia del semanario se produjo el 5 de agosto de 1964. En un plenario desarrollado en el Sindicato del Calzado de la ciudad de Buenos Aires, se constituyó el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP). La fundación del grupo tuvo como máximos artífices al dirigente “jabonero” Gustavo Rearte y a Héctor Villalón, otrora delegado personal “insurreccional” de Perón. Como puede leerse en el número 59 de *Compañero*, los assembleístas aprobaron “por aclamación” que el semanario se convirtiera en “vocero del MRP”, debiendo cada militante peronista “difundir y defender a *Compañero* por ser expresión actualizada del pensamiento del General Perón” (*Compañero*, 59, p. 3). A partir de esta fecha, el semanario comenzó a privilegiar las declaraciones y notas relativas al MRP. Por ejemplo, nombres como los de Nicanor Leyes, Felipe Ludueña y el propio Rearte comenzaron a tener columnas semanales en las que, además de criticar al sistema político-económico, se ocupaban de las vicisitudes del movimiento peronista y del recién formado MRP.<sup>2</sup>

Sin embargo, en abril de 1965 y sin aviso previo, concluía esta primera época de *Compañero*. Valotta sufriría los vaivenes políticos de Perón, quedando sin sustentación económica y dejando de editar su semanario. Según la opinión del archivista Facundo Carman, no se conoce a ciencia cierta, empero, la razón de su finalización abrupta. Dejando de lado cualquier argumento relacionado con la posibilidad de censura de parte del gobierno de Arturo Illia, Carman cree que el cierre obedeció a la agudización de los problemas relacionados con la distribución del semanario, que, como correlato, condujo a un ahogo financiero. Esto, por ejemplo, puede notarse en la calidad del papel y de sus impresiones, si se comparan los últimos números con los primeros.<sup>3</sup>

No obstante su especificidad, *Compañero* es una puerta de entrada a los años sesenta y setenta, los cuales, aun constituyendo un ámbito de indagación académica relativamente nuevo, poseen una incidencia notable, perceptible en la cantidad de investigaciones sociológicas, politológicas e historiográficas que se han elaborado recientemente. De estas, se quieren destacar,<sup>4</sup> por un lado, las que, sin sin subestimar el

---

<sup>2</sup> Sin embargo, el MRP tuvo una vida muy corta. Un año después de haberse formado, las desavenencias internas entre sus máximos responsables, Rearte y Villalón, lo habían horadado y la dispersión ya reinaba en el grupo. Para los años finales de la década de los sesenta, el MRP no era más que un recuerdo lejano en los nóveles grupos políticos formados al calor del “Cordobazo” en 1969 y sus ecos posteriores. Respecto al “Cordobazo”, se recomienda Mónica Gordillo [2007] (2003).

<sup>3</sup> Facundo Carman, comunicación personal, 6 de abril de 2017.

<sup>4</sup> Una cuestión de extensión obliga a hacer esta selección. Sin embargo, deben mencionarse otros trabajos relevantes sobre el periodo como los de, por un lado, Guillermo O’Donnell (1977) y Juan Carlos Portantiero (1977), los que buscaron explicar la inestabilidad del periodo 1955-1976 aduciendo una imposibilidad de las clases dominantes para desplegar de forma perdurable su hegemonía al conjunto de la sociedad. Y, por el otro, los de Liliana de Riz (1981 y 2000), Catalina Smulovitz (1991), Tulio

rol del Estado y del sistema político, subrayaron la configuración de nuevos actores y/o la transformación de otros viejos, sean estos partidos políticos, movimientos estudiantiles, sindicatos, intelectuales, sectores católicos o guerrilla. Es el caso, por ejemplo, de los trabajos de Claudia Hilb y Daniel Lutzky (1984), Pablo Giussani, (1984), María Matilde Ollier (1986), Daniel James (1990), Oscar Terán (1991), Silvia Sigal (1991), Samuel Amaral y Mariano Ben Plotkin [1993] (2004), Ricardo Caballero y Marcelo Larraquy (2000), Juan Bozza (2001), Mónica Gordillo [2003] (2007), Julio Cesar Melón Pirro (2009), Humberto Cuchetti (2010), Felipe Clesia y Pablo Waisberg (2010), Luís Miguel Donatello (2010) y Julio Cesar Melón Pirro y Nicolás Quiroga (2014), por sólo mencionar algunos.

Y, por el otro, las investigaciones que han puesto el acento en la cultura política del periodo. Pueden nombrarse los trabajos clásicos de Federico Neiburg (1998), Carlos Altamirano [2001a] (2013) y de Beatriz Sarlo [2001] (2008). Asimismo, dentro de éstos, debe señalarse especialmente a Laura Ehlrich (2012) y su trabajo sobre las transformaciones de la cultura política entre 1955 y 1963. Este resulta ser un estudio sumamente interesante y valioso, que recuperó un conjunto variopinto de publicaciones a las que interrogó desde un análisis discursivo, constituyendo, además, un antecedente de peso para la tesis que aquí se presenta. No obstante, queda pendiente en su trabajo el interrogante por la pregunta más analítica sobre la constitución de espacios. Precisamente, esta interrogación podría arrojar mayor claridad a los derroteros grupales e individuales que los distintos agentes siguieron entre fines de los cincuenta y principios de los años sesenta.

Es de notar, empero, que muchos otros estudios sobre el peronismo y su cultura entre las décadas de los sesenta y setenta han tendido a ofrecer explicaciones lineales y causalistas sobre el derrotero del peronismo en el periodo. Esto es, pretendieron encontrar en las manifestaciones de la “Resistencia Peronista” tras el golpe de Estado del 55 las claves de bóveda para entender la formación de las agrupaciones político-militares de los años setenta. Este es el caso, por ejemplo, de Daniel James.<sup>5</sup> En su

---

Halperín Donghi (1994) y Marcelo Cavarozzi (2002) que pretendieron explicar esa inestabilidad achacándola a una crisis del sistema político al no poder incorporar al peronismo al juego institucional.

<sup>5</sup> El historiador británico tiene la característica de haber producido una suerte de “estudio paradigmático” con el trabajo aquí mencionado y el clásico *Resistencia e integración* (1990). Ambos influenciaron la manera en que se ha estudiado y comprendido el peronismo tras el golpe de 1955. En este sentido, numerosas investigaciones posteriores tomaron con un dejo de acriticismo las aseveraciones vertidas por James en sus trabajos. Ello ocasionó que se fuese generando una especie de sentido común sobre el posperonismo como es, por ejemplo, la caracterización de “moral no ideológico” del vocabulario de



pionero estudio, el historiador británico asegura que la aparición de una corriente de izquierda en el peronismo en el periodo 1955-1973 presentó una serie de características: I) emergió como un reflejo ante la situación de proscripción y la “traición” de los sindicalistas peronistas cuando comenzaron a moverse a posiciones dialoguistas para con el gobierno de Frondizi; II) surgió en el espacio otorgado por Perón en su lucha contra las tendencias dominantes en el peronismo local (la de Augusto Vandor) que atentaban contra su control del movimiento; y III) tuvo muy poco desarrollo ideológico propio, quedando presa a la dicotomía peronismo-antiperonismo, lo que imposibilitó un crecimiento de la izquierda coherente e independiente en el movimiento (1976; 273-275).

Asimismo, puede mencionarse a Richard Gillespie. Para este autor, el nacimiento de una tendencia de izquierda en el peronismo, “cuyas metas fueran el socialismo y la soberanía popular”, no se produjo sino hasta la asunción de Arturo Frondizi en 1958 ([1982] 2011; 64). Este origen estuvo caracterizado por una “radicalización de las actividades peronistas” y una simultánea “radicalización y peronización” de jóvenes que hasta no hacía mucho habían tenido al nacionalismo católico como fuente de inspiración. El avance de las corrientes de izquierda en el movimiento pareció, no obstante, ser bastante irregular: florecimiento y cristalización de una tendencia revolucionaria en los años 1963 y 1964, declinación a mitad de la década, resurgir a finales de los sesenta y principios de los setenta con el crecimiento de la Juventud Peronista y las campañas guerrilleras de las “formaciones especiales”.

En el caso de Germán Gil, por ejemplo, en *La izquierda peronista* sostiene que la “legitimación prosriptiva de la democracia restringida [del periodo pos 1955 es] la que crea la legitimidad alternativa del peronismo”. Esto es, el fracaso de la “Revolución Libertadora” por terminar con la experiencia peronista condujo a una lucha frontal entre dos tipos de legitimidades contrapuestas: la del régimen prosriptivo y la alternativa del peronismo. Para el historiador, la “acción antiperonista empuja al peronismo hacia la ilegalidad, primero, y hacia la izquierda del espectro político, después” (1989; 10). Esto último es explicado por el cambio en la “composición de clase” que se da en el peronismo en el periodo 1955-1960.

Y, por último, Lucas Lanusse alega que el desarrollo y crecimiento de Montoneros y la “Tendencia Revolucionaria” a comienzos de los setenta hubiese sido

---

algunas expresiones de la “Resistencia”. Estudios como los de Cecilia Luvecce (1993), Marcelo Raimundo (2001) y Juan Bozza (2001), por sólo mencionar algunos, ejemplifican esto.

improbable de no haber existido, casi una década atrás, una “corriente de izquierda” dentro del peronismo. Precisamente, para el autor, el “germen del Peronismo Revolucionario” puede situarse en los primeros tiempos de lo que se conoce como la “Resistencia Peronista”, la que estuvo “caracterizada por masivas e inorgánicas prácticas combativas de la militancia peronista” (2005; 50).

Estos argumentos originan las siguientes preguntas: ¿Es posible datar el nacimiento de una tendencia de izquierda en el peronismo precisamente tras la “traición frondizista”? En caso de que así sea, ¿es correcto pensarla como mero reflejo reactivo sin elaboración ideológica? ¿Qué tan ausente está de otras manifestaciones “izquierdistas” del peronismo la dicotomía peronismo-antiperonismo? Asimismo, ¿no es aventurado trazar un irregular pero más o menos lineal derrotero de experiencias tan disímiles como Uturuncos, el MRP o las organizaciones político-militares de los años setenta? Aún dando por válido esto, ¿es lícito asociar sin más a las tendencias de izquierda con la prédica a favor de la “vía al socialismo”? ¿Qué sucede con otras manifestaciones como el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT) o el mismo MRP que no predicaban esta vía? ¿Se los debe o no incluir en la estela izquierda del movimiento peronista?

Si se trata de rastrear la bibliografía pertinente al objeto de esta tesis, deben mencionarse también los trabajos que convirtieron a periódicos, semanarios y/o revistas en objetos de estudio privilegiado para comprender el periodo. Este es el caso de las investigaciones de Marcelo Raimundo (2001), Gustavo Morello (2003), Esteban Campos (2016), Cristina Micieli y Myriam Pelazas (2012) y Daniela Slipak (2015). Raimundo, por ejemplo, se abocó a estudiar el semanario *Compañero* y al “peronismo revolucionario”. Este trabajo indudablemente tiene la enorme virtud de ser la única investigación de relevancia que ha abordado a *Compañero* y a la organización de la que éste fue vocera, el MRP. No obstante, de igual forma a lo que sucede con el clásico artículo de James (1976) mencionado más arriba, la investigación de Raimundo redundaba en una visión lineal o teleológica al situar a *Compañero* como el germen de lo que fueron las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) en 1968. Por su parte, Morello analizó la revista *Cristianismo y Revolución*, clave para echar luz sobre las transformaciones político-ideológicas de una parte no menor del catolicismo argentino tras el Concilio Vaticano II. También Campos estudió *Cristianismo y Revolución*, apelando a una perspectiva que combinó análisis historiográfico y hermenéutico. En el caso del trabajo de Micieli y Pelazas, las autoras interrogaron los años 1973-1976 a partir de análisis de

las publicaciones *El Descamisado*, principal órgano de expresión de Montoneros, y *El Caudillo*, vocero de la facción peronista ligada a José López Rega. El trabajo tiene el indudable mérito de reconstruir un periodo histórico convulsionado y complejo, recurriendo para ello no sólo a estudios historiográficos “canonizados”, sino también a clásicos del pensamiento teórico-político –Hannah Arendt, Walter Benjamin, Paul Ricoeur-, no muy usuales en estos tipos de trabajos. Y, por último, Daniela Slipak analizó desde la sociología de las identidades políticas las representaciones, concepciones, relatos y discursos que surcaron el espacio de la agrupación político-familiar Montoneros. Su enfoque teórico y metodológico constituye un precedente de peso para el presente estudio.

Con estas reflexiones como marco, el objetivo de esta tesis no es, en definitiva, efectuar un mero examen sobre el contenido factual que Valotta vertía en las páginas de su semanario. Tampoco realizar una historia o narración de las peripecias del MRP. El objetivo es, en contrapartida, analizar el devenir del peronismo en los años sesenta a partir de los desplazamientos expresados en el semanario *Compañero*. Para lograr esto, se apelará a un análisis de las tramas sociales de sentido, construidas y disputadas en coyunturas históricas específicas, utilizando las herramientas metodológicas y teóricas elaboradas por la sociología de las identidades políticas. Bajo este paradigma, lejos de pensarlas como una consecuencia natural de un conjunto de condiciones económicas y sociales o, incluso, como el producto de estrategias y elecciones racionales de sujetos, aquí se concibe a las identidades políticas desde un punto de vista relacional, entendiéndolas como un conjunto de prácticas que constituyen, a través de un proceso simultáneo de diferenciación externa y unificación interna, solidaridades estables, con capacidad para definir orientaciones gregarias de la acción (Gerardo Aboy Carlés, 2001; 54). En este sentido, examinar el devenir de una identidad política involucra indagar los complejos procesos de incorporación de elementos que revelan su constitución, el establecimiento de los límites precarios frente alteridad y también el inacabado trabajo de reinención de la propia heredad. Asimismo, debe destacarse que la definición propuesta se nutre y complementa con la reflexión que un conjunto de autores ha formulado para pensar la constitución y transformación de los espacios políticos. Es el caso, por ejemplo, de los argumentos de Ernest Renan respecto a la construcción de una narración retrospectiva sobre el cual edificar una pertenencia comunitaria [1882] (2010), de los de Jean-Jacques Rousseau acerca del lugar de la diferencia para la configuración de un espacio común [1762] (2004), los de Carl Schmitt referidos a

homogeneización de un espacio interior mediante la oposición a un exterior [1932] (2010), los de Hannah Arendt respecto a los fundamentos de la autoridad y su vinculación con los orígenes comunitarios [1954] (2016), en relación a los significados del fenómeno revolucionario [1963] (2012) y las reflexiones respecto a la violencia en los asuntos humanos [1972] (2015), y, finalmente, los de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe acerca de la articulación y el antagonismo como mecanismos para la configuración identitaria [1985] (2006), por tan sólo mencionar algunos.

Siguiendo este marco, se observarán, entonces, tres dimensiones analíticas fundamentales a la hora de aprehender y comprender toda identidad política. En primer lugar, la alteridad como instancia cardinal a partir de la cual se establecen límites antagónicos entre un conjunto de identidades. Luego, en segundo lugar, la representación como momento de construcción del espacio interior de una superficie identitaria. Y, por último, la dimensión de la tradición, mediante la cual se articula un sistema temporal que, basado en la interpretación de un pasado y la construcción de un futuro deseado, dota de sentido y legitima la acción presente (Aboy Carlés, 2001). En concreto, entonces, esta tesis busca examinar las distintas construcciones de la alteridad manifestadas en el semanario, particularmente sus adversarios personificados y/o estados de cosas o prácticas con las cuales polemizó. Asimismo, quiere estudiar las formas que tomó la dimensión representativa en la publicación, específicamente los modos a través de los cuales fue concebido y escenificado el pueblo. Por último, pretende analizar las lecturas que construyó *Compañero* sobre la historia argentina y sobre la tradición peronista, lo que permite develar su proyecto político y su diagnóstico sobre la coyuntura local e internacional.

A fines organizativos, la tesis estará estructurada en tres partes. En la primera, se reconstruyen los contornos que tomó la tradición peronista en *Compañero*, mostrando las reinterpretaciones que se hicieron del fenómeno peronista en “clave revolucionaria”. También se evalúa aquí el influjo que tuvo en estas relecturas revolucionarias la corriente historiográfica revisionista. Ambas instancias permiten develar las figuras del “pueblo” construidas en las páginas del semanario. Luego, en la segunda parte, se identifica la forma que adquiere la constitución de la alteridad y la confección del lazo comunitario en *Compañero*. En la constitución de ambas instancias, operaciones fundamentales de la constitución identitaria, el semanario se vale de significantes como “lealtad” y “traición”, los que le permiten el trazado de la frontera entre el campo propio y exterior. Esta escenificación encuentra, asimismo, cierta repercusión en los

mecanismos a través de los cuales se conceptualiza la violencia. Por último, en la tercera parte, se desarrolla el significado que toma el término “revolución” en el semanario, el cual adquiere la imagen de una meta u objetivo anhelado. Especificar este concepto ofrece elementos claves para comprender las aristas que presenta su proyecto futuro deseado. A su vez, en esta proyección, se inspeccionan las tensiones que acarrean los dos mecanismos a través de los cuales se propone hacer la “revolución”: el modelo insurreccional y el de guerra popular prolongada. Finalmente, las interrogaciones sobre el qué y el cómo de la “revolución” permiten realizar algunas reflexiones sobre la categoría de “izquierda peronista” y la posibilidad de adscribir a *Compañero* en ella.

Esta tesis sobre el semanario *Compañero* debe ser pensado como una contribución más en la puesta en cuestión de las explicaciones lineales, teleológicas y causalistas que se han ofrecido sobre el peronismo en los años sesenta, algunas de las cuales se mencionaron más arriba. Precisamente, pretende devolver al devenir peronista de esos años muchos de los matices y contornos minimizados, cuando no pasados por alto, en las investigaciones académicas. En este sentido, el semanario muestra muchas de las discusiones que atravesaron al peronismo a comienzos de la década de los sesenta, lo que hace que una investigación que se oriente a analizar su configuración identitaria adquiera real importancia, no sólo para examinar el semanario en sí mismo sino también para comprender al peronismo con un grado mayor de profundidad, libre de aquellos esquematismos y simplificaciones, cuyo paradigma es, por ejemplo, la identificación izquierda-derecha.<sup>6</sup> En definitiva, las páginas que siguen deben ser leídas como una instancia inicial de una labor mayor que deberá ser continuada y revalidada en el futuro. En este sentido, y parafraseando a J. R. R. Tolkien, el trabajo que ya se ha comenzado es el que menos tardará en finalizarse.

---

<sup>6</sup> Debe destacarse que el trabajo de Humberto Cucchetti (2010) pretendió desembarazarse del esquematismo izquierda-derecha para analizar a agrupaciones tan disímiles como Guardia de Hierro o el Frente Estudiantil Nacional.

# Capítulo I

## Peronismo

*Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos.*

Karl Marx, *El 18 Brumario de Luís Bonaparte*, 1852.

*Glorificar el origen: ése es el resabio metafísico que reaparece en el examen de la historia y hace creer terminantemente que en el comienzo de todas las cosas está lo más valioso y esencial.*

Friedrich Nietzsche, *El caminante y su sombra*, 1879

El devenir del peronismo significó un punto de inflexión en la historia política argentina del siglo XX que sería imposible pasar por alto. En este sentido, y como muy bien señala Carlos Altamirano ([2001a] 2007; 23), ni siquiera las recientes investigaciones sobre los años treinta y cuarenta que buscaron destacar los elementos continuistas del peronismo han podido anular la sensación de que con el surgimiento del peronismo comenzó a tejerse una larga dicotomía que atravesó y sacudió la vida política argentina del pasado siglo.<sup>7</sup> Con toda seguridad, esa indeleble sensación de quiebre es la que ha hecho del peronismo objeto de múltiples tentativas de explicaciones. Historiadores, sociólogos, economistas, politólogos, filósofos, periodistas, ensayistas, desde diversas disciplinas y también disímiles puntos de acercamiento, se han lanzado en los últimos setenta años a explicar *cómo* y *por qué* ocurrió el peronismo. Es por esto precisamente que el peronismo, fenómeno amado u odiado, “espacio de interpretación sombrío, plagado de recodos y meandros” (Julián Melo; 2009; 68) parece devolver la imagen de que sobre él todo se ha dicho.

---

<sup>7</sup> Esta tesis fue sostenida, por ejemplo, por Tulio Halperín Donghi (1994).

Ahora bien, haciendo a un lado las interpretaciones académicas que sobre el peronismo han aparecido con posterioridad al derrocamiento de Perón en 1955,<sup>8</sup> surge una cuestión más fructífera en lo que al objetivo de esta tesis se refiere: el modo en que los actores –en este caso el semanario *Compañero*- concibieron al peronismo. Inquietud que deviene en una serie de preguntas: ¿qué significado adquiere el peronismo para *Compañero* en los años sesenta? ¿Fue concebido como una ruptura total o se matizó este carácter? ¿De qué modo aparecen representadas las figuras de Perón y de Evita? ¿Qué fechas poblaban el calendario de festividades peronistas en *Compañero*? ¿A qué se referían cuando hablaban de “pueblo”?

Con ánimos de intentar responder estas preguntas, el primer capítulo busca delinear los contornos que tomó la tradición peronista en *Compañero*, con la intención de mostrar las reinterpretaciones que se hicieron allí del fenómeno peronista. Como se pretende exponer, la recuperación de una “naturaleza revolucionaria” del peronismo permitirá a *Compañero* enlazarse con la tradición peronista y polemizar con los sectores dentro del movimiento que ponían en cuestión el rol del propio Perón. Asimismo, se interroga si influyó en el semanario la corriente historiográfica revisionista en sus lecturas del fenómeno peronista. Religarse con aquel pasado permite a *Compañero* no sólo presentar las polémicas y a sus actores presentes como idénticos a las de una etapa anterior, formativa de la Argentina, sino también y quizás principalmente legitimar la lucha con aquellos elementos que atentaban contra la unidad del propio campo peronista. Por último, y recuperando las reflexiones sobre la influencia del revisionismo, se interroga por el significado que tomó el “pueblo” en las páginas del semanario. Éste es identificado exclusivamente con la clase trabajadora del interior de la Argentina. El cordón umbilical entre el pueblo del interior y el peronismo dataría del mismísimo 17 de octubre del 45. No obstante esto, dicha unión habría tenido sus prolegómenos durante el periodo de los caudillos federales del siglo XIX que rescata el revisionismo.

## **1.1. Tradición**

### *1.1.1 – La revolución en marcha (1945 – 1955)*

---

<sup>8</sup> No haría justicia con la pluralidad de importantes estudios académicos que han tratado de dilucidar el fenómeno peronista elaborar una enumeración. Es por eso que se sugiere Mariano Ben Plotkin (1991) para aquel lector ávido de un repaso y un desarrollo condensado de las diversas interpretaciones académicas que se han formulado del peronismo.

El 12 de octubre de 1963 asumía como presidente de la Nación el cordobés Arturo Illia.

<sup>9</sup> La elección presidencial de julio lo había dado como ganador con un magro 25,9% de los votos, frente a los casi 20 puntos porcentuales de voto en blanco, dinamizado no sólo por el llamado a “votar en blanco” que había lanzado desde el exilio español Juan Domingo Perón sino también por virtud del sector radical intransigente vinculado a Arturo Frondizi. Ambos se encontraban imposibilitados de participar en las elecciones. Corrían similar suerte los partidos neoperonistas, a los cuales se les se le prohibió presentar candidatos.

Asimismo, la asunción de Illia coincidía con un hecho de envergadura para el peronismo. Tan sólo unos días después, el 17 de octubre, la Capital Federal, tras nueve años,<sup>10</sup> se convertía nuevamente en el escenario elegido para la conmemoración del “Día de la Lealtad”, festividad insignia del peronismo. El acto central, no obstante, no tendría lugar en Plaza de Mayo –aquella esfera mítica en donde cada año del gobierno peronista el líder y sus acólitos habían renovado su *alianza* tejida en 1945- sino que se llevaría a cabo en Plaza Miserere en el barrio de Balvanera, escenario en las primeras décadas del siglo XX de manifestaciones sindicales, socialistas y anarquistas.<sup>11</sup> El peronismo llegaba a esta fecha profundamente dividido entre un sector ligado al dirigente de la Unión Obrera Metalúrgica, Augusto Timoteo Vandor, y otro opositor a éste en los planos políticos y gremiales, vinculado, a grandes trazos, al sindicalismo “duro”. La

---

<sup>9</sup> En enero de 1957 se produjo un cisma de magnitudes: la escisión de la Unión Cívica Radical (UCR) entre radicales del pueblo (UCRP) liderados por Ricardo Balbín y radicales intransigentes (UCRI), que respondían a Arturo Frondizi. Muy bien señala Catalina Smulovitz (1991; 114) que si bien no puede achacarse a la proscripción del peronismo la exclusiva responsabilidad del quiebre de la UCR, el confinamiento del peronismo debe pensarse como una “condición de posibilidad” para que las rencillas internas entre los propios radicales hicieran estallar por los aires la unidad partidaria. Hilo rojo que recorrerá a la gran mayoría de las fuerzas y actores políticos del periodo post 55, la cuestión residía en qué hacer con los peronistas, integrarlos al juego político-electoral o mantenerlos al margen. Para ampliar sobre los pormenores de la división del radicalismo, se sugieren Ezequiel Gallo (1983) y Ana Virginia Persello (2007; 171-223).

<sup>10</sup> Desde el acaecer del golpe de Estado de septiembre de 1955, la “Revolución Libertadora” había prohibido cualquier tipo de manifestación pública y organizada en recuerdo de aquella fecha. A partir de allí, su conmemoración adquirió otro sentido; “se convirtió en una fecha en la que se exteriorizaba la protesta: pintadas en las paredes, el estallido de un petardo, anuncio de paros generales y planes de luchas” (Mirta Zaida Lobato y Lizel Tornay, 2005; 236). Asimismo, y como marca Ehrlich (2012; 154), las provincias del interior se convertirán, frente a la prohibición que pesaba sobre Buenos Aires, en los escenarios predilectos para los actos y manifestaciones en recuerdo al “17 de Octubre”. Son los casos de Tucumán, Córdoba y Santa Fe, por mencionar sólo algunos.

<sup>11</sup> Este hecho es marcado por Laura Ehrlich (2012) basándose en otros trabajos (Mirta Zaida Lobato y Silvana Palermo, 2011 y Juan Suriano y Luciana Anapio, 2011). Miserere constituyó, debe marcarse, uno de varios escenarios donde anarquistas, socialistas e incluso comunistas confluían en sus manifestaciones. Otros fueron Plaza Constitución y, especialmente para los socialistas, Plaza del Congreso. Posiblemente la elección de la plaza ubicada en el barrio de Once se haya debido más a la reticencia a celebrar en la emblemática Plaza de Mayo en ausencia de su líder que a remembranzas de luchas obreras de principios de siglo, como parece sugerir Ehrlich.



división, lógicamente, era producto de las reyertas intestinas por las que estaba atravesando el peronismo. Habría que recordar que para agosto de 1963 el Consejo Superior Peronista conformó lo que se denominó el Cuadrunvirato; una suerte de organismo interventor conformado por Andrés Framini, Ilda Pineda de Molina, Julio Antún y Rubén Sosa, y que tenía la tarea de reorganizar el Partido Justicialista. También debiera mencionarse la conformación de la Comisión Provincial Provisoria para la Organización del Justicialismo en la Provincia de Buenos Aires o lo que se denominó “línea Las Flores-Luján”, frente a la cual estaba el otrora vicegobernador electo en marzo de 1962, Marcos Anglada. Empero, la divisoria de aguas que comenzaría a producirse en los elementos políticos y sindicales del peronismo no impidió que cuatro antitéticos personajes tomaran la palabra en el acto: Miguel Gazzera, Andrés Framini, Rubén Sola y Delia Parodi (Julio César Melón Pirro 2011).

La constitución del Cuadrunvirato y las tensiones que comenzaron a gestarse al interior del peronismo permiten referirse a lo que se ha denominado la “línea dura” del peronismo. Para James McGuire, los “duros” “pertenecían principalmente a sindicatos chicos con escaso poder de negociación frente a los empleadores o al estado” que, a pesar del “tradicional anticomunismo del peronismo”, reclamaban un programa que expropiara a la oligarquía e implantara el control obrero de la producción, tal y como rezaba el Programa de Huerta Grande de 1962.<sup>12</sup> Entre los nombres que pertenecieron a esta línea, el autor menciona los de Amado Olmos, Roberto García, Jorge Di Pasquale y Ricardo De Luca, agregando, además, el de Andrés Framini ([1993] 2004; 173-174). Daniel James sostiene que la “línea dura” constituyó un estado de ánimo, una actitud, una “estructura de sentimiento” más que en una posición política o ideológica articulada, porque el conflicto de clases del periodo entró en tensión con la ideología peronista formal (1990; 183). En discusión con este autor, Ehrich señala que los principales temas que estructuraron a los “duros” venían impregnados por la “retórica y el repertorio de temas de los sectores políticos (no sindicales) de la intransigencia peronista (...) forjados en la oposición al gobierno de la ‘Revolución Libertadora’ y circularon en las publicaciones periódicas peronistas” reformulándose a través de éstos la combatividad del peronismo en la proscripción (2012; 196). Aunado a la crítica de la

---

<sup>12</sup> Al decir de Alejandro Schneider, el mencionado Programa no cuestionó ni impugnó el sistema capitalista, siendo, en todo caso, más “enumeraciones propias de la retórica y de la tradición peronista” (2006; 188) Podría legítimamente preguntársele al autor si considera que “expropiar a la oligarquía terrateniente sin ningún tipo de compensación” o “implantar el control obrero de la producción”, puntos 7 y 8 del Programa, deberían ser considerados como simples retóricas de la tradición peronista y no como impugnaciones al capitalismo. En el capítulo 3 se ahonda en el mencionado Programa.

historiadora argentina, es posible decir que allí donde James ve un “estado de ánimo” o una “estructura de sentimientos” supuestamente no político, se está ante una categoría eminentemente política; esto es, una categoría que produce un agrupamiento entre “amigos” y “enemigos”, para decirlo en términos schmittianos. En el capítulo 2 se ahondará en la intrínseca politicidad de las categorías morales que emplea James.

La disyuntiva “duros” y “blandos” va a ser utilizada por el semanario *Compañero* para trazar un retrato sobre el fenómeno peronista que le permita, en un mismo movimiento, ligarse a la tradición peronista y polemizar con aquellos sectores que dentro del peronismo ponían en cuestión la figura de Perón: los vandoristas. Se trataba, en definitiva, del trazado de una “esencia revolucionaria” del peronismo, presuntamente olvidada y obturada por las estructuras burocráticas que tenían la conducción política del Movimiento en el país.

Quizás no haya mejor demostración de este intento por delinear una dimensión revolucionaria del peronismo que las dos notas “¿Qué es la revolución?”, escritas por el dirigente textil Andrés Framini y aparecidas en los números 20 y 21 de *Compañero*. Allí, sentencia el secretario general de la Asociación Obrera Textil:

Hemos señalado muchas veces que *el peronismo es un Movimiento Revolucionario, que trasciende las fronteras de los partidos políticos tradicionales*. Ninguno de estos cuestiona la estructura fundamental del país. Sus diferencias son de grados; difieren en lo secundario, coinciden en lo que es la defensa del actual orden de cosas, de la estructura económica y social oligárquico-capitalista, de la dependencia de las grandes potencias imperialistas, del carácter jurídico-político del liberalismo (*Compañero*, 20, p. 3 – Cursivas propias).

Con el *17 de Octubre de 1945*, nuestro inmediato antecedente revolucionario no aparece en nuestra realidad como un simple acontecimiento político, sino como la *continuación, bajo nuevas formas, de la misma Revolución Nacional iniciada a principios del siglo pasado*. La importancia del 17 de Octubre trasciende de esta manera los objetivos concretos que animaron a las masas para movilizarse. Cuando el Pueblo, con los trabajadores a la cabeza, impuso la libertad a su LIDER, estaba realizando una revolución e incorporando un HECHO NUEVO a la historia moderna del país (...) [Con su acción, las masas populares] *cambiaron el curso del país, arrancaron el poder a la oligarquía y al imperialismo e impusieron un gobierno integrado por las fuerzas populares* (*Compañero*, 21, p.3 – Cursivas propias).

Dos cuestiones se derivan del extracto precedente. Por un lado, el carácter revolucionario y movimentista<sup>13</sup> del peronismo, como puede apreciarse de la primera cita, se corresponden para Framini. Frente al peronismo se encuentran los partidos políticos tradicionales, aquellos que confluían, en contraposición al peronismo, parece sostener el autor de la nota, en la defensa del orden económico, político y social que regía en la Argentina. El carácter revolucionario del peronismo, entonces, estaría en su capacidad para poner en cuestión el orden de lo dado; esto es, para cuestionar los modos en que un orden se estructura y divide (Jacques Rancière, 1996).<sup>14</sup> Y, por el otro, la revolución que venía a traer el peronismo no parece tener, se sigue de la segunda cita, un carácter *ex nihilo*. La irrupción del peronismo en aquella calurosa jornada de octubre del año 45 no hizo más que recuperar, parece sostener Framini, la estela legada por la “Revolución de Mayo” de 1810. A este respecto, Mariano Ben Plotkin, analizando el derrotero del “17 de Octubre” durante el primer gobierno de Perón, señala que es en 1947 cuando se produce la transformación de aquella fecha en una celebración patriótica. Esto es, se transforma en una fiesta de Estado, enlazándose al “25 de Mayo” de 1810. En ambas oportunidades, “el pueblo había salido a la calle a defender sus derechos. Con esta operación, el peronismo implícitamente también se estaba apropiando de ésta última celebración patriótica” (1995; 204). Asimismo, esa ligazón entre 1810 y 1945 es explícita en *La razón de mi vida* ([1952] 2006; 218). Retomando lo expuesto en la cita de Framini, las masas, incluso no sabiéndolo, estaban produciendo una revolución con su movilización y la posterior liberación de Perón. Esto hacía del “17 de Octubre” algo más que un simple hecho político anecdótico; éste se constituía, en todo caso, en el “inmediato antecedente revolucionario”, mediante el cual las “fuerzas populares” que formaron el gobierno peronista “cambiaron la historia”.

---

<sup>13</sup> Fernando Balbi (2007; 27 y 28) ha llamado la atención de que para el Perón de *Conducción política* [1951], el *Movimiento* no era otra cosa que la reunión bajo la conducción centralizada del propio Perón de fuerzas y sectores heterogéneos que no podían o querían confluír en una misma organización. Era la Doctrina Nacional (peronista) la que daba unidad a esas fuerzas heteróclitas. Claramente esto se asemeja al clásico concepto acuñado por Francisco Weffort para describir el populismo varguista: un Estado de compromiso. Esto es, un Estado que debía moverse “dentro de una complicada red de compromisos y conciliaciones entre intereses diferentes y a veces contradictorios”, y en el cual ninguno de los actores involucrados podía hegemonizar el proceso (1998; 145).

<sup>14</sup> Respecto a esta puesta en cuestión, se señala en el semanario: “Cuando el 17 de octubre las clases trabajadoras argentinas se movilizan e imponen –por primera vez en nuestra historia- su voluntad de participar en los destinos de la Nación, muchas cosas cambian en la Argentina, *muchos valores establecidos hasta ese momento inamovibles e intocables se trastocan y perimen* (...) Esas masas que en el atardecer de la memorable jornada aclaman al líder rescatado acaban de pisotear muchos tabús, acaban de *abrir una brecha profunda e indeleble en el cuerpo de la Argentina ‘tradicional’*” (*Compañero*, 52, p. 4 – Cursivas propias). Para ahondar en este trastocamiento de los valores tradicionales producto del acaecer mismo del “17 de Octubre”, se recomienda Daniel James (1995; 83-129).

Una cuestión interesante se deriva de lo dicho. Aquella filiación que hace Framini entre el “17 de Octubre” y la gesta revolucionaria de Mayo debe ser vista como una reactualización de un conflicto pasado a la luz del presente. Esto es lo que sugiere Aboy Carlés (2001; 69) respecto de la construcción de un actor social imaginario que atraviesa el tiempo y el espacio como aparece en Eliseo Verón y Silvia Sigal ([1986] 2014; 195), la que se produce en la medida en que conflictos actuales son presentados como la configuración de conflictos históricos; ésta permite no sólo dotar de sentido a la acción presente sino también reforzar la identidad del colectivo enlazándose a una herencia común. Entonces, la lógica que entiende al peronismo como revolucionario y a su nacimiento es un eco estentóreo de “Mayo”, está enlazada a las necesidades del conflictivo presente.

Ahora bien, una pregunta fundamental se sigue de esto, y para la cual Framini no parece ofrecer respuesta: ¿Qué es precisamente la “revolución peronista”? Dicho más concretamente, ¿En qué habría consistido consistió la estela revolucionaria del peronismo? Las páginas de *Compañero*, no obstante, sí ofrecen una contestación más que satisfactoria a estas inquietudes. El último de los *Cuadernos de Compañero* estuvo encargado de trazar una línea de continuidad entre el nacimiento del peronismo y la constitución del Movimiento Revolucionario Peronista en agosto de 1964. En la sección “Las grandes conquistas del gobierno popular” de la tercera entrega de *Cuadernos*, se aseguraba:

[E]l nuevo gobierno comenzó *una obra de profundo contenido revolucionario* (...) Se desarrolló así una industria de consumo que llegó a cubrir, prácticamente, las necesidades nacionales, sentándose las bases de la industria pesada. Todas estas *grandes reformas* quebraron el monopolio agrícola-ganadero [Sic];  *fueron el resultado del impulso permanente de las masas movilizadas* como contrapeso de las posiciones de la burguesía industrial, vacilante y frenadora, que encontró su principal aliado en el ejército. Esta contradicción alcanzó su máximo desarrollo cuando la continuidad del proceso revolucionario exigía completar el avance sobre los sectores parasitarios mediante la puesta en marcha de la reforma agraria y la nacionalización integral de los sectores claves de la economía. Allí se evidenció la oposición de la burguesía industrial (...) Se produce así la detención del proceso revolucionario (*Cuadernos de Compañero*, 3, p. 11 – Cursivas propias).

Como puede percibirse de la cita precedente, la irrupción del peronismo habría consistido *per se* un hecho revolucionario precisamente por el tenor de las políticas

económicas implementadas durante su gobierno, las cuales, “resultado del impulso permanente de las masas movilizadas, se orientaron a la constitución de una industria de consumo, quebrando el “monopolio agrícola-ganadero”. En este sentido, si el tenor revolucionario del peronismo se lee desde el presente y precisamente a raíz de las políticas públicas que llevó adelante al haber llegado al gobierno, adquiere sentido la advertencia de Slavoj Žižek: “estamos todo el tiempo ‘reescribiendo la historia’, dando retroactivamente a los elementos su peso simbólico incluyéndolos en nuevos tejidos –es esta elaboración la que decide retroactivamente lo que ‘habrán sido’” ([1989] 2009; 88-89). En otros términos, el carácter revolucionario parece haberse manifestado una vez que esas políticas sucedieron y no antes, adquiriendo tal calificativo *a posteriori*. Sin embargo, el proceso revolucionario encuentra sus trabas precisamente cuando debía profundizarse, se lee en el extracto citado. Fue el accionar de la burguesía industrial, en alianza con elementos de las Fuerzas Armadas, el que impidió, detuvo, comenzó a frenar desde dentro, “la reforma agraria” y la “nacionalización”, aquellos índices de la profundización es la “revolución peronista”. Lógicamente la detención final coincidía con el golpe de Estado de 1955.

Para el caso de *Compañero*, por lo visto hasta aquí, sucedería lo contrario de lo que marca Guillermina Georgieff respecto del peronismo que se autopercebía en la izquierda del espectro político. Para la autora, “más que restituir a la nación –como pretendía el peronismo ‘ortodoxo’ recuperando las banderas de la soberanía política, la independencia económica y la justicia social, estandartes del periodo 1945-1955”, época mítica para la vieja guardia peronista”, este peronismo buscaba formar una nación bajo nuevas formas (2008; 166). Precisamente esto es algo que John William Cook, por ejemplo, parecía advertirle a Perón en una carta en junio de 1962: “No bastará con las medidas de 1945-1955; hay que ir más allá, como Ud. Ha declarado.” (2014; 527). En *Compañero*, empero, hay una recuperación del periodo “1945-1955”. Ella constituía una época de oro, un pasado glorificado que tendría claramente un punto de inicio –el “17 de Octubre”- y uno final –septiembre de 1955 y la “Revolución Libertadora”-.<sup>15</sup> Incluso, este pasado glorificado tenía un lugar para las elecciones de 1946. En este sentido, no sólo se refiere a ellas –*Compañero*, 56, p. 4- sino también se las conmemora

---

<sup>15</sup> En su trabajo sobre las prácticas de consumo en el primer gobierno peronista, Natalia Milanesio señala que la “versión idílica del peronismo clásico como una década de buenos salarios, altos niveles de consumo y entretenimiento accesible”, componente esencial del imaginario de los entrevistados en su libro, tiende a “olvidar” los problemas de escasez o carestía que se dieron también en la década peronista. Para la autora, esto puede deberse a los problemas económicos que muchos de las personas entrevistadas debieron enfrentar en los años que siguieron al peronismo (2014; 201).

en uno de sus números –*Compañero*, 35, p. 3-, al cumplirse 18 años. En ambos números, la recuperación de la victoria electoral se presenta como una instancia de legitimización de lo acontecido el “17 de Octubre”. Lejos del silencio o la mención sin más, la elección del 46 ocupa un lugar importante en *Compañero*. En este sentido, se ligaría a lo marcado por Evita en *Historia del peronismo* respecto a las fechas que debían celebrarse en el peronismo ([1951] 1987; 163). En relación con esta cuestión, Daniela Slipak señala que si bien para la organización política-militar Montoneros la revolución también era ubicada entre el periodo 1945-1955, concibiéndosela como una edad de oro precisamente por la unión establecida entre Perón y el pueblo, respecto a las elecciones de 1946 no existía más que silencio. Para la publicación montonera, *El Descamisado*, poco tenía de relevante la legitimidad electoral frente al vínculo directo de Perón y el pueblo (2015; 82-95).

En lo que respecta a *Compañero*, podría hablarse aquí de una recuperación de la original acepción que tuvo la revolución según Hannah Arendt ([1963] 2012; 55-57). Esto es, una revolución no involucraba otra cosa que la idea del regreso a un estado de cosas anterior, de la restauración a un punto pretérito luego de la interrupción del flujo histórico.<sup>16</sup> En relación con esto, Melo ha señalado el doble movimiento de heredad e innovación que opera en el discurso Perón en los años de gobierno.<sup>17</sup> No habría allí, entonces, una demonización de todo pasado sino tan sólo de aquel que trastocó el normal transcurrir evolutivo. En virtud de ello, el hecho revolucionario que el acaecer peronista venía a significar no parecía no ser otra cosa que el colocar el país por una presunta senda perdida (2009; 108). Este motivo parecía estar aún estar presente en los primeros tiempos del Perón de exilio. En *Los vendepatria*, por ejemplo, argumentaba el caudillo: “Hemos tomado la iniciativa e impuesto nuestra ley de acción hace diez años y sería un terrible error (...) desandar lo andado. Nuestra solución es la Revolución Social Justicialista” ([1958] 1974; 148 y 149). En *Compañero*, este punto de retorno no parecía significar más que la restitución en el poder del gobierno peronista, cuyo paso previo debía ser el regreso de Perón al país. No obstante, esta concepción primigenia, como se precisará en el capítulo tres, convivió en tensión con otra: la revolución como la erección de un nuevo origen.

---

<sup>16</sup> Una similar concepción de la “revolución” puede encontrarse en la publicación de comienzos de los años sesenta de la Mesa Ejecutiva de la Juventud Peronista de Capital Federal y Gran Buenos Aires, *Trinchera de la Juventud Peronista* (Andrés N. Funes, 2018a).

<sup>17</sup> Algo similar había notado ya antes Aboy Carlés (2001; 126).

Recuperando lo dicho anteriormente, el semanario editado por Valotta encuentra que la “esencia revolucionaria” no sólo estaba dada por la *forma* de irrupción del peronismo –la movilización popular y rescate de Perón el “17 de Octubre”- sino también, y quizás en un tenor mayor, por el contenido que el peronismo en el gobierno dio a sus políticas –constitución de un mercado interno como pilar de una industrialización pesada, por ejemplo-. Ambas, forma y contenido parecen haber sido puestas entre paréntesis con el acaecer del golpe del año 55. En este sentido, podría tomarse y extenderse al periodo 1963-1965 la observación que realiza Ehrlich (2012; 198) a James (1990; 164): la recuperación y relectura que hace *Compañero* de las políticas del gobierno peronista y de sus conquistas sociales constituyeron elementos para resignificar conflictos del presente. Tómese, por ejemplo, la serie de notas “El privilegio de la salud” que, en sus números inaugural y final –*Compañero*, 51, p. 4 y *Compañero*, 64, p. 4-, se refieren a la obra de la Fundación Eva Perón durante los nueve años de gobierno peronista, trazando un paralelo con la situación por la que atraviesa la salud bajo el gobierno de los radicales del pueblo en 1964. Entonces, parafraseando a un dirigente de la Juventud Revolucionaria Peronista (JUP) y cercano a *Compañero*, mientras al peronismo se lo considera una revolución del pueblo, la “Revolución Libertadora” era su opuesto exacto: una contrarrevolución que “condujo a la restauración de los intereses antinacionales y antipopulares” (*Compañero*, año 68, p. 5).

Sin embargo, esta reivindicación de la naturaleza revolucionaria del peronismo, la que se habría manifestado desde su nacimiento y tomado cuerpo durante la década de gobierno, no debería conducir a pensar que para *Compañero* todas las manifestaciones que se presentaban como peronistas –un verdadero vitró a comienzos de los años sesenta- tenían legítimas credenciales “revolucionarias”. En otras palabras, no es posible sostener que para el semanario “todo el peronismo es revolucionario” (Marcelo Raimundo, 2001; 217);<sup>18</sup> tan sólo lo es el “inactual”, “legítimo” y “verdadero” peronismo, para decirlo con Altamirano,<sup>19</sup> que el propio *Compañero* aduce representar.

---

<sup>18</sup> Asegura Raimundo: “Al proponer [*Compañero*] políticas que formulaban ‘barrer con la dirección burocratizada y entregada al enemigo’ provocaron una tensión con la tradicional prédica de ‘unidad del movimiento’, aunque si bien todavía -en relación a estos sectores radicalizados-, estamos en un estadio en el que se considera que todo el peronismo es revolucionario” (2001; 217). Sosteniendo finalmente en una nota al pie: “más adelante habrá un peronismo revolucionario y otro no”.

<sup>19</sup> En su clásico *Peronismo y cultura de izquierda* [2001a] (2013), Carlos Altamirano aduce que luego de 1955, el peronismo parece adquirir una doble existencia entre un peronismo verdadero y otro empírico. Mientras el primero se refiere a un peronismo inactual pero pleno en el pasado –coincidente con la década peronista-, mayoritario pero excluido y reacio al encorsetamiento doctrinario, el peronismo empírico, su contracara exacta, configuraría lo no-verdadero y lo minoritario.

Nada ejemplifica mejor esta aseercción que “Historia de un proceso. Las dos líneas del peronismo. Revolución o conciliación”, larga nota sobre las líneas que se formaron en el peronismo desde su génesis. En el centro, flanqueado por dos columnas,<sup>20</sup> se dice:

Desde que el Movimiento Peronista irrumpió en la escena política argentina, *dos corrientes opuestas* se han enfrentado permanentemente por la preeminencia ideológica y política en la dirección: *la revolucionaria y la conciliadora*. La *primera surge de las masas* y se proyecta hacia la conducción del proceso de Liberación por la clase trabajadora. En las etapas en que ha logrado prevalecer, ha *permitido conquistar las grandes victorias populares y antiimperialistas* que jalonan los grandes avances del Peronismo. La *segunda*, la línea conciliadora, *tiene sus raíces en los elementos burocratizados* que sirven de correa de transmisión a las ideas claudicantes de la burguesía que se ligó al imperialismo yanqui. Cuando este sector logró *contener la expresión auténtica de las bases e imponer sus posiciones* de conciliación con los enemigos del pueblo, se produjo la detención de la revolución o aún su retroceso (*Compañero*, 62, p.4 – Cursivas propias).

Se ve, entonces, como el peronismo, desde su propio nacimiento, habría parido dos tendencias antagónicas, las que lucharon por imponer su hegemonía dentro del movimiento. De un lado, los sectores revolucionarios, artífices de las “grandes victorias populares y antiimperialistas” que dan la nota en la historia del peronismo. Del otro, contracara exacta, los sectores conciliadores, “enemigos del pueblo”, caracterizados por su presunta esencia burocrática, por tomar el lugar de “correa de transmisión” de intereses ajenos al sentir popular y por frenar la potencialidad “revolucionaria” del peronismo. En 1955, se plasmaría la hegemonización del sector conciliatorio, traducándose en el triunfo de la “Revolución Libertadora” y ocasionando la “detención de la revolución”. Por lo tanto, aquí podría marcarse una tensión con la visión de “edad de oro” en el periodo 45-55 mencionada más arriba. Esto es, aquella época venturosa

---

<sup>20</sup> Valdría la pena reparar en el modo en que se configuran las dos columnas en la nota. De un lado, a la izquierda, están las imágenes de Eva Perón –“Vigía de la Revolución y abanderada del Pueblo”-, de un grupo de jóvenes –“Las masas en la calle son la garantía del triunfo sobre la reacción”-, de Felipe Vallese –“Vallese, Medina, Bevilacqua, Mendoza. Mártires del Pueblo y acusación permanente contra la burocracia”- de un grupo de personas armadas –“La clase trabajadora lucha contra la opresión y la miseria con todos los medios”- y la de la asamblea que constituye el MRP –“El 5 de agosto, el peronismo revolucionario aprueba los históricos documentos y declara su vocero a *Compañero*”-. Del otro, a la derecha, están las imágenes de Pedro Eugenio Aramburu –“El símbolo máximo de infamia y la traición de la democracia”-, la de Oscar Albrieu –“Abrieu usufructúa posiciones otorgadas graciosamente por los asesinos del pueblo”-, la de Augusto Vandor y Alberto Iturbe – “[N]uevos mentores de la conciliación con las fuerzas de ocupación”-, la de Miguel Gazzera y Vicente Solano Lima –“[L]os tráfugas le abren la puerta a la oligarquía a través del frentismo”- y la de José Alonso y Antonio Caggiano –“[I]magen de la actitud capituladora de la burocracia que ‘liquidó’ el Plan de Lucha”-.



parece no haber estado exenta de conflictos y “manchas”. Éstos, en todo caso, acompañaron su discurrir, para terminar horadándola.

Asimismo, para el semanario, ambos polos antitéticos habrían manifestado su naturaleza precisamente en el hecho inaugural del peronismo: el “17 de Octubre”. Las masas, “superando las vacilaciones y el temor de la burocracia incipiente” (*Compañero*, 62, p. 4) y desbordando los “propios organismos sindicales” (*Compañero*, 18, 3), habrían tomado la resolución de movilizarse “sin esperar el resultado de la reunión de la CGT” (*Compañero*, 68, 4).<sup>21</sup> En definitiva, el nacimiento de ambos sectores coincidiría, para el semanario, con una superación, un desborde, un desoír de los revolucionarios a los conciliadores. En tanto construcción de un mito de origen –esto es, “hablando del pasado, proporcionan categorías que permiten comprender el presente y planear el futuro” (Federico Neiburg, 1995; 231)-, el hecho de destacar aquella dimensión “subversiva” de las masas frente a sus dirigentes en octubre de 1945 tenía la función de presentar los conflictos presentes entre las dirigencias sindicales y sus bases bajo una nueva luz; recuperando mediante el relato aquella esencia disruptiva de las masas, se trataba de filiar las luchas presentes con aquellas que habían tenido éstas en el alumbramiento del fenómeno peronista.

Respecto de quienes habían conformado desde el nacimiento del peronismo esa línea conciliatoria, para *Compañero* no existían dudas. En la misma “Historia de un proceso...” mencionada más arriba se dice sobre el año 55:

*El cerco de burócratas y traidores ahoga y detiene la revolución, impidiendo la profundización de la labor transformadora del peronismo. La CGT neutralizada también por burócratas y tráfugas, deja de ser el instrumento de movilización de las masas, para convertirse en su freno. Los repetidos llamados de Perón para la formación de las milicias obreras que Evita también había impulsado como armada de defensa de la revolución, para enfrentar al ejército, ya definido como brazo armado de las fuerzas de burguesía proimperialista, se encontraron con el sabotaje de la burocracia, que presionaba en favor*

---

<sup>21</sup> Esta versión está presente en la lectura que hace Eva Perón en la Escuela Superior Peronista en 1951 y luego publicado en *Historia del peronismo* [1952] (Marisa Navarro, 1995; 168). En su trabajo *La vieja guardia sindical y Perón* [1990], Juan Carlos Torre desanda la versión de que la movilización se produjo al margen de las organizaciones sindicales. La sincronización de la movilización obrera es el índice a partir del cual el autor cuestiona tal arraigada versión. Asimismo, la espontaneidad de la reacción de los trabajadores “no significa, sin embargo, que ella no se haya sido preparada previamente por la agitación de los militantes obreros y no contara, al mismo tiempo, con la coordinación de los sindicatos. Todos estos trabajos dieron unidad a las múltiples iniciativas y fueron supervisados por la dirección paralela que actuaba en la CGT” (2011; 158).

de la conciliación con los enemigos del pueblo (*Compañero*, 62, p.4 – Cursivas propias).

La burocracia dirigente, la que había colonizado la CGT, habría tendido un cerco alrededor de Perón, impidiendo la “profundización de la labor transformadora del peronismo”. Este cercamiento de la “Revolución Peronista” se tornaba palpable en la negativa de formar “milicias obreras”, negativa que presuntamente partía de los sectores burocráticos en alianza con el ejército. Estos sectores, en vez de lanzarse a la defensa del gobierno peronista, apostaron a la “conciliación con los enemigos del pueblo”. El motivo del “cerco” no es una novedad del discurso de *Compañero*. Ya en una carta a Perón, Cooke advertía que junto al líder y a la masa revolucionaria, se daba también una “capa burocrática –sindical, política y administrativas- que actúa de aislante y no de mecanismo de transmisión, de freno y no de ejecutora de la política revolucionaria” (2014; 477). Aún más, César Tcach, en su trabajo sobre la participación de representantes tradicionales como Acción Católica o el Partido Conservador en la “invención” del peronismo cordobés, muestra la presencia de una suerte de “teoría del cerco” en el laborismo cordobés de mitad de los cuarenta ([2003] 2014; 33). Casi treinta años más tarde, la “teoría del cerco” será también una temática cara y urticante para Montoneros. Como muy marcan Verón y Sigal ([1986] 2014; 179-194), mediante la imagen del cerco se imaginaba que entre la Juventud Peronista y Perón se encontraban empotrados intermediarios “burocráticos” que distorsionaban la comunicación clara y frontal entre ambos. Era la intermediación de esos intereses los que explicaban las decisiones y acciones del líder, muchas veces contrarias a los intereses de los sectores juveniles del peronismo. Este comodín explicativo, no obstante, sufrió algunas modificaciones a partir del tercer gobierno peronista, esbozándose algunas críticas a Perón sin por ello redimir a los sectores sindicales (Daniela Slipak, 2013; 360).

Retomando lo expresado en *Compañero*, la burocracia habría tenido también un papel destacado en otro hecho de envergadura, el cual, dejando una marca indeleble en el peronismo, habría constituido la piedra de toque del “ahogo” y “detenimiento” revolucionario: el “Renunciamento de Evita” del 22 de agosto de 1951,<sup>22</sup> como lo denomina la hagiografía peronista. Resulta curioso marcar que Perón, en *Del poder al*

---

<sup>22</sup> En vísperas a las elecciones de noviembre de 1951, el 22 de agosto se llevó a cabo el Cabildo Abierto del Justicialismo en el Ministerio de Obras Públicas donde se lanzaría la fórmula presidencial “Perón-Perón”. Luego de dos horas de deliberación pedidas a su anonadado auditorio, Evita renunció a la candidatura a vicepresidente. Para Félix Luna (1985; 188-191), la declinación de Evita forma parte de una estrategia diseñada por el Perón para rehuir de las rencillas internas que se hubiesen formado para cubrir el puesto de vicepresidente de cara a las elecciones de noviembre.

*exilio* de 1958, en la sección que dedica a Evita, no hace mención alguna al Cabildo Abierto del Justicialismo ni mucho menos del “Renunciamiento” de su segunda esposa. Curioso precisamente porque podría indicar que la fecha adquiere real relevancia sólo posteriormente, a partir de los años sesenta, a la luz de los conflictos entre diversos grupos que pugnaban por tornarse hegemónicos dentro del peronismo. Para *Compañero*, entonces, la declinación de Eva Perón a conformar la fórmula presidencial está ligada íntimamente al accionar de la burocracia, “instrumento de la traición de la burguesía y de las fuerzas militares”. La negativa de la segunda esposa de Perón a la vicepresidencia marca el comienzo, se señala, del “cerco que tiende a impedir el contacto de las masas con el Líder” (*Compañero*, 62, p.4). Por tanto, mucha parecía ser la responsabilidad que cabía sobre los hombros de los elementos burocráticos.

No obstante, el “Renunciamiento” tenía, para el semanario, una función también didáctica. Recordando el episodio, Felipe Ludueña, miembro del Secretariado Ejecutivo del MRP por Santa Cruz, observa:

*Pero los puestos no es lo que determina la conducta de los verdaderos revolucionarios, desde el llano junto al Pueblo, a pesar de su quebrantada salud, el trabajo Revolucionario continuó. El 22 de agosto de 1951 la compañera EVITA, humilde soldado salida de las filas del pueblo no aceptaba el honor del alto puesto, este renunciamento (...) nos debe hacer meditar profundamente, nos debe dar la pista para descubrir en la conducta de los que circunstancialmente conducen el movimiento, sin vocación revolucionaria, sin abnegación, sin humildad, la reiteración de aquellos episodios, tratando nuevamente hoy de cercar y anular a los que consustanciados con el espíritu de lucha y esclarecida conciencia histórica de las masas se ponen a su servicio llevándolas a la Revolución y a la victoria (Compañero, 60, p. 8 – Cursivas propias)*

La renuncia de Eva Perón, entonces, debía ser concebida como un mecanismo que conduzca a la reflexión acerca de la conducta de los que “circunstancialmente” eran los dirigentes peronistas en el país. Evita prefirió renunciar al puesto político y continuar su trabajo “desde el llano junto al Pueblo”. Lo contrario ocurriría con esos dirigentes políticos y sindicales que “sin vocación revolucionaria, sin abnegación, sin humildad” –características todas asociadas a la figura de Eva, como se verá más adelante- continúan “cercando” y “anulando” la presuntamente endémica esencia revolucionaria de las masas peronistas. Volvía a echarse nuevamente la responsabilidad sobre los dirigentes burocráticos.

La imagen que ofrece *Compañero* respecto del “Renunciamiento” puede poner en tensión la lisa y llana asociación de Evita con la ética de la convicción y de Perón con la ética de la responsabilidad (Beatriz Sarlo; 1999; 348-349 y 2003; 27 y Slipak, 2015; 89). Sopesando las dificultades que podría traerle a Perón que aceptase su candidatura a vicepresidente –esto es, valorando las consecuencias de sus actos-, Eva habría decidido declinar su aceptación y “volver al pueblo”. La declinación, no obstante, obedecería también a una convicción: obligación moral y seguimiento apasionado de principios. En este sentido, no hay que olvidar que ambos son tipos ideales y, como recuerda su artífice, “no son términos absolutamente opuestos, sino elementos complementarios que han de concurrir para formar al hombre auténtico, al hombre que *puede* tener «vocación política»” (Max Weber, [1967] 2007; 177 – Cursivas en el original).

No es para nada casual este real o aparente rol protagónico que el semanario daba a la burocracia. Al decir de James (1990; 217), el ciclo que se abre entre fines de 1962 con la casi total recuperación de la CGT por los peronistas y las postrimerías del golpe de Estado de Juan Carlos Onganía en 1966, puede ser denominado “La era de Vandor”. Vandor expresaba la “tensión latente entre los dirigentes sindicales, que querían un acceso autónomo al estado, y Perón, que quería mantener el control de sus seguidores” (McGuire, [1993] 2004; 181). Representaba, como sostiene el autor de *Resistencia e integración*, la tentativa sindical de consolidar e institucionalizar el poder acumulado en tanto representantes de los trabajadores organizados y expresión legal del peronismo (James, 1990; 263). Con Vandor, y como nunca antes, la posibilidad de organizar un partido político peronista sin Perón cobraba reales dimensiones. Otra forma de decir, amparándose en el poder del gremialista oriundo de Entre Ríos, la puesta en cuestión del lugar de Perón parecía ser una realidad.

La tentativa de *Compañero* de filiar a los sectores sindicales que representaba Vandor con el “Renunciamiento de Evita” y con el golpe de Estado de 1955 se dirigía no sólo a negarles su pertenencia al peronismo y, en un mismo movimiento, restituir a Perón el rol al parecer negado. Esta filiación estaba también orientada a presentar a los que hablaban a través del semanario como los auténticos representantes del movimiento; aquellos que, recuperando la estela revolucionaria del “17 de Octubre” y de las políticas del gobierno peronista, se mantenían incólumes detrás de su conductor y máximo artífice, en momentos en que su lugar estaba tratando de ser erosionado.

A este respecto, dicha vinculación se relaciona con dos argumentos que Hannah Arendt despliega en relación a la tradición romana. Por un lado, la religión fue entendida como la acción de “volver a ser atado, obligado por el enorme y casi sobrehumano, y por consiguiente siempre legendario, esfuerzo de poner los cimientos, de colocar la piedra fundacional, de fundar para la eternidad” ([1954] 2016; 192). Y, por el otro, la autoridad, en una íntima relación con la antedicha, era la que permitía aumentar el poder de la fundación –aquel comienzo sagrado de la historia- como fuerza vinculante que adquiere su peso específico en el pasado. Así, en tanto el pasado y la tradición no fuesen interrumpidos, la autoridad se mostraba intacta. En *Compañero*, entonces, el religarse a la tradición peronista, edificando específicamente la dimensión revolucionaria que presuntamente tuvo su acaecer, permitía al semanario no sólo restituir la autoridad lesionada de Perón sino más aún revalidarse como un actor legítimo dentro del movimiento.

En esta revalidación, asimismo, se traslucen dos motivos caros al peronismo verdadero, tal y como señala Altamirano ([2001a] 2013; 131). En primer lugar, la tarea del rescate, sea éste de Perón, del pueblo o de la Patria. Debe marcarse que el motivo del rescate a Perón presuntamente ocurrido el “17 de Octubre” –que se encontraba ya mencionado en los discursos de Eva Perón del “Día de la Lealtad” de 1949 y 1950, y brevemente en algunos pasajes de *La razón de mi vida* ([1952] 2006; 86)- se repite con insistencia en las páginas de *Compañero*: “¿Es que ya se olvidó que en 1945 el Pueblo triunfó sobre la oligarquía y el imperialismo, rescatando a su líder?” (*Compañero*, 12, p. 6); “El pueblo lo rescató de las garras de la oligarquía a nuestro querido Perón” (*Compañero*, 31, p. 6); “La clara conciencia de que era necesario ir a la lucha para rescatar a Perón y derrotar a la oligarquía había lazando a la clase trabajadora a la calle” (*Compañero*, 68, p. 4). Es posible que el tópico del rescate haya tomado cuerpo estando Perón en el exilio. A partir de la restitución que de éste hace el semanario, se estaba insistiendo en la necesidad de que se produjese un nuevo rescate de Perón casi 20 años después. Y, en segundo lugar, el motivo del expresar o develar una esencia circunstancialmente eclipsada –su naturaleza revolucionaria, como se vio más arriba- tanto por la proscripción como también por las inconsecuencias del peronismo reinante. Esto permite coincidir con Altamirano: el presente no parece ser nunca el tiempo del peronismo verdadero ([2001a] 2013; 132).

### 1.1.2 – *La revolución pausada (1956 – 1964)*

El 16 de septiembre de 1955 el general Eduardo Lonardi comandó un levantamiento militar cuyo objetivo fue el derrocamiento del gobierno peronista. Tan sólo unos días después, el 23 de septiembre, un Lonardi triunfante asumía como presidente provisional. Tras 9 años, el peronismo era desalojado del poder y su líder debió partir al exilio. Para los militares de la “Revolución Libertadora”, la destitución de Perón y la culminación de la experiencia peronista no debían conducir a establecer “vencedores o vencidos”, tal y como el propio Lonardi argumentó en su primer discurso en Plaza de Mayo, paráfrasis ésta que aludía a otro general, Justo José de Urquiza.<sup>23</sup> Sin embargo, bien pronto las ilusiones de Lonardi se desvanecerían, tal y como lo muestra el golpe palaciego que sufrió en noviembre de 1955 y que derivó en la asunción presidencial de Pedro Eugenio Aramburu.<sup>24</sup>

Sin lugar a dudas, la cuestión principal con la que tuvo que lidiar el campo no-peronista, sentimiento que motorizó el golpe, fue la de qué hacer con el peronismo y los peronistas una vez destituido su líder. La respuesta fue proceder hacia un proceso de “desperonización”, el que se convirtió, como señala agudamente María Estela Spinelli (2005; 54), en un signo distintivo y nueva fuente de conflictos y frustraciones para el gobierno surgido de la “Libertadora”. La desperonización involucró toda una serie de medidas que iban desde la remoción de los nombres de Perón y de su segunda esposa de toda calle, plaza o institución que hubiese sido bautizada de ese modo, la prohibición de libros con “contenido peronista” o de la famosa marcha “Los muchachos peronistas”, hasta la intervención de la Confederación General del Trabajo (CGT), la detención de ex líderes políticos y sindicales peronistas y la purga de militares presuntamente simpatizantes del régimen depuesto.

Ahora bien, *Compañero*, a la hora de hacer un *racconto* de los hechos sucedidos entre este 1955 y su presente, la primera mitad de los años sesenta, es terminante. Basten a la sazón los siguientes ejemplos:

---

<sup>23</sup> La invocación a Urquiza que hacen las palabras de Lonardi debe verse como la explicitación de toda una serie de manifestaciones que trataron de enlazar al peronismo con el rosismo. Enlazamiento que adquiere dinamismo en radicales, socialistas y comunistas con posterioridad al acaecer del 17 de octubre de 1945. Esto constituye lo que Maristella Svampa denomina “apropiación heterorreferencial de la barbarie” ([1994] 2006; 315-344).

<sup>24</sup> Alain Rouquié asegura: “En la Argentina de septiembre de 1955 había, efectivamente, vencedores y vencidos. Los antiperonistas encarcelados o exiliados y todos aquellos que se consideraban perjudicados o humillados por la política social y económica de la ‘segunda tiranía’ esperaban una reparación. Los partidos políticos tradicionales, vilipendiados y mantenidos al margen del poder durante doce años, pensaban que había llegado su hora (...) [S]u primer objetivo era una ‘desperonización’ del país, indispensable a su entender para el restablecimiento de una democracia efectiva a la que sólo serían invitados los ‘verdaderos demócratas’. Es por eso que las fuerzas políticas y los grupos de presión hostiles al peronismo reclamaban el desmantelamiento total del aparato estatal” (1982; 125).

A través de estos *años de dura experiencia*, muchos mártires fueron escribiendo con sangre peronista la *historia de un país en guerra*. Una guerra sorda y disimulada entre un ejército de represión que actúa como fuerza de ocupación y la clase trabajadora (*Compañero*, 18, p. 3 – Cursivas propias).

Estos duros ocho años, de *vejaciones* contra dirigentes obreros y populares, de *fusilamientos* y *crímenes* contra el pueblo, al que se pretendió dominar por medio del soborno, la *violencia* y el *hambre*, han probado el alto grado de politización alcanzado por las clases oprimidas durante 10 años de gobierno peronista. Ni el fraude ni las proscripciones, ni las torturas ni las continuas desapariciones de representantes obreros han servido para ablandar un ápice el espíritu combativo del pueblo y del Movimiento Peronista, que lo expresa (*Compañero*, 35, p. 3 – Cursivas propias).

[Tras el derrocamiento de Perón] [s]e *asesina* a los patriotas –Valle, Cogorno, Vallese, son claros ejemplos-, se *proscribe* al pueblo y miles de compañeros *presos* y *torturados* pagan la culpa de pensar como verdaderos argentinos. La *miseria*, el *hambre* y la *desesperación* invaden los hogares argentinos; la carne es un artículo de lujo que comen los extranjeros y los ricos, el pan y otros artículos de primera necesidad se encarecen día a día; las *villas miseria*, la *mortalidad infantil*, la *desnutrición*, la desocupación proliferan (*Compañero*, 57, p. 6 – Cursivas propias).

Estos tres extractos son sumamente sugestivos a la hora esbozar la imagen de lo que para el semanario significó el acaecer de la “Libertadora”. Ella simbolizaba, en este sentido, un total y completo quiebre respecto de aquella época de oro del decenio peronista; una suerte de Caída del Paraíso, dicho en términos afines al pensamiento cristiano. Pululan en los extractos mencionados más arriba palabras como “guerra”, “vejaciones”, “torturas”, “fusilamientos”, “hambre”, “miseria”, “desesperación”, por sólo citar algunas. Los años que inaugura el golpe de 1955 son aquellos que hablarían de la “historia de un país en guerra” entre un ejército represivo y la clase obrera. Años, en fin, de una “dura experiencia”.

Un lector atento habrá notado en el segundo extracto citado dos referencias sumamente interesantes. Por un lado, el “alto grado de politización alcanzado por las clases oprimidas durante los 10 años de gobierno peronista”, develado en el periodo. Y, por el otro, que las medidas represivas tomadas desde las postrimerías del golpe del 55 no habrían “servido para ablandar un ápice el espíritu combativo del pueblo y del

Movimiento Peronista”. Si se acepta que la muerte es el epítome del golpe de 1955 para el peronismo, en general, y para *Compañero*, en particular, el señalar la persistencia de ese espíritu combativo adquiere aún más sentido. Hannah Arendt ha marcado que la experiencia de la muerte adquiere un nuevo sentido cuando se la vive colectivamente; nada puede intensificar tanto la vitalidad humana, aseguraba la pensadora alemana, como la proximidad de la muerte ([1972] 2015; 170). He aquí, entonces, una curiosa inflexión respecto de aquella visión lúgubre y melancólica de “la Caída”. Ella permitiría expresar un carácter oculto, soterrado: la politización y el espíritu combativo del peronismo.<sup>25</sup>

Ambas características serían las que habrían primado en los años que siguen al golpe y que se expresaron en algunos hechos puntuales. Estos son: 1) el levantamiento militar de Juan José Valle en junio de 1956; 2) la huelga y toma del Frigorífico Nacional Lisandro de la Torre en enero de 1959; 3) la frustrada victoria electoral peronista de marzo de 1962; y 4) la Asamblea del 5 de agosto de 1964 que constituye el MRP. Esta incorporación de fechas y eventos sucedidos en los primeros años que siguen a la “Libertadora” tendrán como objetivos no sólo remarcar esa politización y espíritu combativo del pueblo sino también develar el supuesto contubernio entre los dirigentes sindicales y el sistema político-económico. Esto reforzaría la necesidad de dar al peronismo una nueva dirigencia que delinee, asimismo, una nueva forma de lucha cuyo objetivo fuese el regreso de Perón al país.

Sobre las mencionadas fechas, se dice:

*El 9 de junio [de 1956] se realiza el primer intento armado del pueblo para conquistar el poder. El ejército de ocupación logró frustrar el movimiento quedando demostrado que el método elegido era erróneo. Pero la jornada que constituye una bandera de lucha en manos del pueblo, puso de manifiesto la profundidad del odio que sienten las clases privilegiadas por quienes asumen la causa popular y enriquecen la experiencia de la lucha por la liberación (Compañero, 50, p. 4 – Cursivas en el original).*

*La ocupación del frigorífico Lisandro de la Torre [en 1959] marca, por sí sola, una de las jornadas más combativas que vivió nuestro pueblo trabajador en los últimos ocho años y si esa combatividad no sirvió*

---

<sup>25</sup> Esta idea es disímil a la hallada por Slipak (2015; 83-92) para el caso de *El Descamisado*. Mientras en *Compañero* se aduce que el pueblo presentó en el decenio peronista un algún grado de politización y combatividad, para la publicación ligada a la organización político-militar Montoneros, fue el acaecer de la “Revolución Libertadora” el que despertó la combatividad en el pueblo.



todavía para terminar con el derrocamiento definitivo del régimen de opresión, no ha sido, precisamente, por la falta de garra de los trabajadores, sino, muy por el contrario, por la *actitud de ciertos dirigentes* que mediante la camándula y el mangoneo de votos se han enquistado en las direcciones gremiales transformándolas en *una cerrada burocracia contrarrevolucionaria* que transa, concilia, y se agacha frente a los enemigos del pueblo (*Compañero*, 30, p. 5 – Cursivas propias).

El *18 de Marzo de 1962* marca el fin de la retirada popular y el comienzo de la ofensiva de las fuerzas nacionales hacia la reconquista del PODER. El triunfo de los candidatos del PUEBLO, obtenido en las peores condiciones de desigualdad, revela la *fortaleza del campo nacional* cuando *posee una dirección táctica revolucionaria* y aplica a la realidad los *métodos de lucha correctos* (*Compañero*, 16, p. 6 – Cursivas propias).

Es perceptible el hilo conductor que se mencionaba anteriormente. Por un lado, el levantamiento del general Valle en 1956 es presentado simultáneamente como primer mojón del intento del pueblo por recuperar el poder a través de las armas, censurándose duramente el método empleado: la sublevación militar.<sup>26</sup> Luego, la “toma” del Frigorífico Nacional Lisandro de la Torre es presentada como una de las jornadas más “combativas” que vivió el pueblo. Si ésta no pudo concretar el “derrocamiento definitivo del régimen de opresión”, esto se debió pura y exclusivamente a la actitud de los dirigentes burocráticos, los cuales presuntamente coartaron las posibilidades abiertas a raíz de aquel conflicto. Y, por otro lado, el triunfo peronista en las elecciones de 1962 es presentado como la “contraofensiva” de las “fuerzas nacionales”, posibles precisamente por estar conducidos por una “dirección táctica revolucionaria” que aplica los “métodos de lucha correctos”. En otras palabras, estos “estertores revolucionarios” mostrarían el equívoco de confiar en una sublevación militar y fiarse de los dirigentes burocráticos, lo que conduce a la necesidad de renovar las conducciones tácticas –la

---

<sup>26</sup> Respecto a este episodio, Rouquié argumenta que la sublevación de Valle no se presentó como un pronunciamiento corriente: “La rebelión armada se inscribió en un contexto de huelgas muy duras, sabotaje a la producción y desobediencia civil que enrarecían la atmósfera social”. A su vez, el desenlace violento que tuvo la asonada militar –31 civiles y militares muertos, entre los que cuentan el propio Valle y los “fusilados de José León Suarez”- ocasionó que los peronistas comenzasen a manifestar a partir de allí un cierto antimilitarismo (1982; 137). Asimismo, debe marcarse que la reivindicación de la figura Valle no es inmediata sino más bien posterior. Por ejemplo, Perón, aún haciendo mención y criticando durante los fusilamientos en sus tres primeros libros del exilio –*La fuerza es el derecho de las bestias*, *Del poder al exilio* y *Los vendepatria*-, no hace allí una mención explícita al militar sublevado. Valle se constituiría, entonces, en un mártir peronista entre los sesenta y los setenta. Para ahondar en esta cuestión y sopesar la actitud tomada por Perón ante las noticias del levantamiento de junio, véase Julio César Melón Pirro (2009; 76 y 77).

estratégica era la de Perón en el exilio, claro está-, a los fines de explotar las posibilidades que los episodios de combatividad abren.

Asimismo, la reconstrucción que hace el semanario de los tres hechos mencionados hace emerger una tensión entre el rechazo del golpismo, la utilización de una gramática bélica y una reivindicación del proceso electoral. En primer lugar, el rechazo del golpismo con toda seguridad se debió no sólo al rol pretoriano de las Fuerzas Armadas después de 1955 sino también al involucramiento creciente de éstas en las tareas represivas en el marco del Plan de Conmoción Interna del Estado (o CONINTES).<sup>27</sup> A este respecto, es bastante discutible, en lo que se refiere a *Compañero*, aquello que menciona Marcelo Raimundo (1998; 229) acerca de la pervivencia de cierta impronta golpista en el imaginario posperonista (1955-1966). Recurrir a un golpe de Estado cívico-militar que derrocara al gobierno radical de Illia no se consideraba como una opción idónea. En este sentido, como se verá en el capítulo tres, tanto la insurrección como la guerra popular, modos de hacer la “revolución”, no tenían al golpe de Estado como mecanismo. De forma similar, Cooke manifestaba, en su correspondencia con Perón, su oposición al mecanismo del golpe (2014; 536 y 559). El propio Perón, en *Los vendepatria*, descreía de la “fuerza y el golpe de estado militar, como se ha ensayado sin éxito hasta ahora [se refiere a la insurrección de Valle], (...) [ya que] es exponer al Pueblo a inútiles sacrificios” ([1958] 1974; 148).

En segundo lugar, en lo tocante al uso de un lenguaje bélico, la progresiva identificación de los gobiernos militares y civiles del periodo pos 1955 con los intereses imperialistas haría a los círculos peronistas acuñar una serie de fórmulas o imágenes “para describir la nueva situación (...) Entre tales imágenes, se destaca la del ‘país ocupado’, ya en la versión de la ‘invasión’ o en la de una Argentina ‘bajo fuerzas de ocupación’” (Ehrlich, 2012; 170). Si bien es cierto que la idea del “invasor” aparece a finales de 1955 en una carta que Alejandro Leloir envía al General Pedro Eugenio Aramburu frente al decreto de disolución del Partido Peronista, la idea de que las Fuerzas Armadas que se hicieron con el poder en septiembre constituyen un “ejército de ocupación” fue esbozada por Perón en *Los vendepatria* ([1958] 1974; 141-142). Asimismo, este motivo vuelve a aparecer en el mensaje que dirige Perón a las huestes

---

<sup>27</sup> CONINTES fue el nombre que recibieron una serie de disposiciones del Poder Ejecutivo durante el gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962), las cuales dotaron a las Fuerzas Armadas del poder para intervenir, vía represión, en los conflictos políticos internos. Para ampliar sobre la repercusión del CONINTES en la militancia peronista, ver Nicolás Damin (2010).

concentradas en celebración del “17 de Octubre” de 1963 en Plaza Miserere (Baschetti, 2012; 279).

Y, en tercer lugar, la reivindicación de las elecciones obedecía a una suerte de reafirmación del poderío de las huestes peronistas si las barreras de la proscripción eran sutilmente levantadas. De similar forma al recuerdo que *Compañero* dispensaba a las elecciones de 1946, las de marzo de 1962 simbolizaban una reafirmación de la naturaleza revolucionaria que anidaría en las masas peronistas cuando tiene una conducción táctica y una estrategia de lucha correctas. Empero, no era esta, por ejemplo, una opinión compartida por Cooke. Para el otrora apoderado del Movimiento Nacional Justicialista, “aunque se afirme lo contrario, la lucha electoral [de marzo de 1962] debilitó la estructura de lucha revolucionaria en el Movimiento” (2014; 530).<sup>28</sup>

En este sentido, a los ojos de *Compañero*, entonces, la frustrada experiencia de las elecciones de marzo de 62 representaba una cesura especial respecto a los anteriores hechos mencionados. Tómese, por ejemplo, el número 38 que rememora el “18 de Marzo” a dos años de producido. Allí se dice que, tras las elecciones, “toda la fachada democrática del régimen se desmorona” y que la elección de Andrés Framini como gobernador de Provincia de Buenos Aires “[i]ndica que la conciencia popular está a punto para realizar el movimiento revolucionario que nuestro país requiere” (*Compañero*, 38, p.5). En otra nota del mismo número se habla de una “verdadera revolución en las urnas”, que “obligó a la oligarquía y a sus sirvientes a quitarse la máscara y a evidenciar ante toda la Nación que no está dispuesta a entregar pacíficamente el poder que arrebató por la fuerza” (*Compañero*, 38, p.5) Finalmente, un comentario de la Juventud Universitaria Peronista vuelve sobre el motivo de desvelamiento de los verdaderos fundamentos del orden político, concluyendo que los episodios de marzo de 62 demostrarían que las “elecciones sólo son una de las formas de lucha que debemos adoptar dentro de un objetivo inalterable: el regreso de General Perón a la Patria y el poder” (*Compañero*, 38, p.5). En definitiva, la reivindicación del “18 de Marzo” en *Compañero* puede poner parcialmente en duda la entronización sin más de un “pensamiento virulentamente antielectoralista” en el peronismo que se presentaba como revolucionario en los años sesenta (Juan Bozza, 2001; 158).

---

<sup>28</sup> Algo similar concluía la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA) a fines de los años treinta. Como muestra Sebastián Giménez, la novedad principal que supuso FORJA para el radicalismo de los 30 fue el hecho de construir un “espacio para que la UCR se concibiera a distancia del dispositivo electoral” (2014; 172). Esto explica que para el forjista Arturo Jauretche, como anota Giménez, de lo que se trataba era de retrotraer la fuerza radical a los orígenes situados antes de la sanción de la Ley Sáenz Peña en 1912 (2014; 171).

Parcialmente en tanto la experiencia truncada de marzo mostró que el acceso al poder no se haría mediante el voto sino que el camino era la revolución.

En esta reconstrucción que se hace del “18 de Marzo” no puede dejar de remarcarse el curioso silencio respecto al importante papel que tuvieron durante la campaña tanto el “Consejo Coordinador y Supervisor del Peronismo” (CCS)<sup>29</sup> como también el sindicalismo y la Unión Obrera Metalúrgica liderada por Vandor (César Tcach, [2003] 2007; 37). El desconocimiento del rol jugado allí por el aparato político y sindical peronista y, en cambio, el hecho de reparar lisa y llanamente en la actuación de la “conciencia popular” en las urnas, calificándola de “revolución en las urnas”, tenía el objetivo de deslegitimar el lugar de aquella dirigencia dentro del peronismo. Aún más: ésta no sólo no habría tenido un rol importante en el discurrir electoral sino más aún “no supo canalizar la expresión valiente y combativa que a través de las urnas significaba el repudio y la liquidación de las fuerzas oligárquicas y el imperialismo” (*Compañero*, 30, p. 6). En definitiva, estas cumplieron nuevamente, según el semanario, un papel obstruccionista.

Un nuevo extracto de “Historia de un proceso...” puede servir para ilustrar esto. En una subsección titulada sugestivamente “Los mariscales de la derrota” se dice:

Después de la infamia frondicista del ‘Conintes’, la decisión popular de castigar la traición en las elecciones del *18 de marzo marcó el comienzo de una nueva etapa*. De allí en adelante el *proceso de definición revolucionaria* que expresara e impulsara “DEMORACIA” primero, “18 DE MARZO” después y “COMPAÑERO” ahora, *se hizo incontenible, culminando en la histórica jornada del 5 de agosto* [de 1964] (*Compañero*, 68, p. 4 – Cursivas propias).

Si al “18 de Marzo” se lo presenta como un quiebre que inaugura el “comienzo de una nueva etapa”, la asamblea que da nacimiento al Movimiento Revolucionario Peronista en agosto de 1964 va a ser presentada como la culminación de los sucesos “revolucionarios” acaecidos entre la sublevación de Valle en el año 56 y el tiempo presente. Resulta asimismo evidente el lugar que al respecto se otorga el propio

---

<sup>29</sup> El “Consejo...” apareció en octubre de 1958. Constituyó la segunda institución creada por Perón para suplir la carencia de una organización partidaria propia y disuadir liderazgos locales. “Según instruyó su creador, la función del organismo sería de la ‘colaborar’ en la dirección táctica, y debía dedicarse exclusivamente a organizar las fuerzas políticas dejando la de las sindicales a las 62 y la CGT, sin ninguna intervención del CCS. Fue la voz oficial del peronismo a la hora de propiciar el voto en blanco en 1960 luego de prohiñar un congreso justicialista frustrado por una nueva proscripción y jugó un papel de articulador de la concurrencia electoral en 1962 mediante el apoyo a siglas como la Unión Popular” (Julio César Melón Pirro, 2014; 151 y 152).

*Compañero*; éste no hizo más que recuperar, promover y ahondar un trabajo ideológico legado por otros dispositivos periodísticos como fueron *Democracia* y el mismo *18 de Marzo*, curiosamente ambos bajo la dirección del propio Valotta.

Más adelante, en el mismo artículo, se concluye:

[L]os “*mariscales de la derrota*” son los portadores naturales de una nueva maniobra reaccionaria tendiente a *contener el nuevo ascenso de las masas*. El *Peronismo Revolucionario*, *leal a Perón* y consciente de su fuerza, *aguarda sereno el fin de la farsa* que significará al mismo tiempo la *fosa de los traidores*, a los que Perón ha obligado a asumir la responsabilidad total por el fracaso poniendo plazo fijo a sus negociaciones espurias con el régimen. De allí en adelante, *la palabra la volverán a tener las masas* que sabrán expresarse con el lenguaje contundente del plomo (*Compañero*, 68, p. 4 – *Cursivas propias*).

Sin embargo, aún a pesar de que ese incontenible “proceso de definición revolucionaria” haya tomado cuerpo con la constitución del MRP, la burocracia política y sindical –los “mariscales de la derrota”- tenían aún el potencial como para obturar –tal y como hicieron en el pasado- el “nuevo ascenso de las masas”. Esta vez el propio Perón indicó la necesidad de que los sectores burocráticos asuman la “responsabilidad total por el fracaso”. Esto permitía al peronismo “leal” a Perón, el “Peronismo Revolucionario”, mantener la calma y esperar “el fin de la farsa”. Al sortear el “cerco” tendido por los elementos burocráticos, Perón habría deslegitimado el lugar de éstos, inclinándose, lógicamente, por los sectores “leales”. A partir de esta acción, “la palabra la volverán a tener las masas”; otra vez, como la historia del peronismo parecía haber mostrado, aquellas desbordaban como un río caudaloso a sus dirigencias e impondrían el “lenguaje contundente del plomo”.

### *1.1.3 – Imágenes de un Perón revolucionario*

Una cuestión interesante se desprende de ese religarse a la tradición peronista que realiza *Compañero*: esa vuelta al origen es, en concreto, una vuelta hacia una autoridad personificada; lógicamente, hacia la del propio Perón. En este sentido, la develación de la supuesta esencia revolucionaria del peronismo pretendía funcionar no sólo como un método para restituir el lugar de Perón al parecer puesto en cuestión por los sectores sindicales, sino también validar la voz del gran exiliado que llamaba a reorganizar el movimiento sobre bases “revolucionarias”. Esto es: poniendo nuevamente en el centro a Perón, aquellas órdenes adquirirían la urgencia y la gravedad necesarias.

A este respecto, Mario Valotta señala en dos editoriales:

“En la medida en que *Perón* interpretando al pueblo y a las condiciones objetivas creadas por el régimen en descomposición, *llama a las bases del Movimiento a forjar una estructura revolucionaria* que permita iniciar la gran batalla por el poder y anuncia su regreso en el presente año, *el camino de la unidad es el del acatamiento de las directivas*. En cambio, *el traicionarlas en la práctica es el camino del antiperonismo* y, por ende, *el de la traición* (*Compañero*, 39, p. 1 – *Cursivas propias*).

“El *Peronismo* –y esto tampoco terminan de comprenderlo los grupos pequeñoburgueses que pretenden representar a la izquierda en nuestro país- es la *expresión política de la clase trabajadora argentina*. Como tal, es producto de la madurez alcanzada por las masas obreras en sus luchas y constituye al mismo tiempo una conquista fundamental al consolidar la unidad de todos los trabajadores –rurales e industriales- no sólo a nivel sindical, sino también en el plano político. De ahí que *los tránsfugas que en defensa de posiciones personales se oponen a la definición revolucionaria del Movimiento que impulsa Perón*, lo mismo que a su conducción, no vacilando en aliarse con los enemigos del pueblo con tal de salvar sus sillones, están *cumpliendo un papel contrarrevolucionario* (*Compañero*, 51, p. 1 – *Cursivas propias*).

Como se desprende de los extractos citados, la palabra de Perón es la que llama a la conformación de una “estructura revolucionaria” en tanto mecanismo para la “batalla por el poder”. Sin embargo, parecen existir sectores dentro del movimiento que, oponiéndose a la “definición revolucionaria del Movimiento”, se oponen, a su vez, al propio Perón. Esto es, una afrenta a la reorganización revolucionaria del peronismo parece ser sinónimo de una afrenta contra el rol de Perón. Aún más, al no acatar sus directivas, “en defensa de posiciones personales”, aquellos sectores terminan “cumpliendo un papel contrarrevolucionario”. En concreto, el desafío a Perón no parece una forma divergente de peronismo, sino que se muestra como la negación de éste; es liso y llano “antiperonismo”.

Este desafío en ningún otro lugar está tan claramente explícito como en la nota que menciona la conformación de la “Agrupación Unificada de Acción Revolucionaria”, producto del acercamiento entre Andrés Framini, Augusto Vandor, Raúl Matera, Alberto Iturbe, Marcos Anglada, entre otros, en marzo de 1964. Para el semanario, lo más grave de este intento no es tanto la “vacía enumeración de puntos programáticos de contenido auténticamente reformista” sino el hecho de desconocer

“las decisiones del Comando Superior, y, por lo tanto, de Perón”. Precisamente, este desconocimiento estaba más agravado por el intento de la agrupación recientemente formada de “cuestionar su autoridad [la de Perón] oponiéndose a lo que denominan ‘verticalidad’”, verticalidad que para *Compañero* no es otra cosa que el necesario “centralismo revolucionario en torno al Jefe del Movimiento, que las bases saben que es el eje de su fuerza” (*Compañero*, 41, p. 3). Sutilmente se traza la línea “burócratas – programa reformista – cuestionamiento a Perón” como la contracara exacta de aquella que el semanario hacía propia: “bases – programa revolucionario – acatamiento a Perón”.

Desde *Compañero*, en definitiva, se construye una imagen de Perón como la de alguien que “no es ajeno a estas luchas [obreras contra la dirección burocrática] que permitirán la recuperación del auténtico peronismo con Perón” (*Compañero*, 24, p. 5), por lo que debería ponerse en cuestión la visión neutralista del máximo exiliado. Para Raimundo, por ejemplo, en el semanario dirigido por Valotta, Perón “apoya siempre al ala más poderosa, de allí los reiterados llamados voluntaristas a ‘desarrollar la línea revolucionaria, conteniendo este imaginario una visión ‘neutral’ de Perón”, el cual siempre respondería a los designios de las bases (2001; 218). Más allá del desliz lógico –si Perón respondía siempre a las bases, no podía ser lógicamente neutral-, las citas precedentes no dejan lugar a dudas: la imagen de Perón que edifica *Compañero* era la de un líder que se había proclamado por la reorganización revolucionaria del peronismo sin titubeos. Por ejemplo, en otro número, desde el semanario se señala que Perón, en una cinta grabada, marcó a los dirigentes que querían actualizar la doctrina peronista: “Nuestra doctrina no puede ser sino revolucionaria. El justicialismo se expresa hoy a través de todos los países de la tercera posición, como doctrina” (*Compañero*, 13, p. 3). También, en una carta que el líder envía al Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT) y que el semanario expone, se dice: “A través de la misiva, el general Perón señala una vez más la necesidad de mantener a cualquier precio la unidad del Movimiento, como asimismo promover la organización revolucionaria del peronismo para librar la guerra revolucionaria contra las fuerzas de ocupación” (*Compañero*, 54, p. 3). Como arguye el dirigente del Sindicato de Jaboneros y Perfumistas, Alfredo Arias, en relación a la decisión de Perón de retornar al país en 1964: “Ahora están dadas las condiciones para ese cambio revolucionario (...) [Perón] no podía dejar de advertir esta situación favorable para los planes revolucionarios del Peronismo.” (*Compañero*, 38, p. 5).

A su vez, para el semanario se trataba de un Perón enfrascado en la tarea revolucionaria y presuntamente dispuesto a purgar al movimiento de elementos burocráticos. A este respecto, marca muy bien Raimundo (2001; 217) la distancia que parece existir entre este tipo de planteos y los que volcaba Perón a Cooke. En una carta fechada el 25 de agosto de 1964, unos veinte días después de la formación del MRP, señalaba el caudillo: “[E]s necesario continuar manteniendo la unidad a toda costa [del peronismo], porque en estos momentos no estamos en la tarea de purificarlo” (Cooke, 2014; 583-584).

Los sectores sindicales “burocráticos” parecían conspirar contra las definiciones impulsadas desde Madrid. Por ejemplo, señalan desde *Compañero*:

Lo que *Perón decidió* hace casi un año –‘organizar el Peronismo a nivel revolucionario’-, fue transformado por los burócratas en una broma de mal gusto que ya entró definitivamente en la categoría de traición. Naturalmente, *el jefe del Movimiento no esperaba demasiado* de un aparato que venía de fracaso en fracaso (...) esperaba, por lo menos, en aquel entonces cuando Perón decidió la reorganización, que se construyera un aparato político de superficie, más apto para la lucha que los anteriores y con una representación más auténtica de las bases. Nada de ello ha ocurrido” (*Compañero*, 58, p. 3 – Cursivas propias)

Conspiración, como se desprende de la cita precedente, que parece tomar la forma de un trastocamiento –“transformado por los burócratas en una broma de mal gusto”- de la palabra de Perón –“organizar el Peronismo a nivel revolucionario”.<sup>30</sup> Sin embargo, el líder exiliado nunca pareció abrigar esperanzas en el “aparato”. Esto permitía eximir de culpa a Perón no sólo del atolladero en el que se encontraba la reorganización sino también del hecho de haber elegido a figuras vinculadas a la burocracia del movimiento para llevarla adelante. Parafraseando la famosa máxima zizekeana, Perón sabía muy bien lo que hacía –construir “un aparato político de superficie, más apto para la lucha que los anteriores y con una representación más auténtica de las bases”- y aún así lo hizo –designar para dicha tarea a los elementos del “aparato”, a pesar de la desconfianza y de sus repetidos fracasos-.

---

<sup>30</sup> Esto está íntimamente relacionado con la sacralización de la palabra del líder exiliado, en un contexto proscriptivo caracterizado, a su vez, por la “circulación restringida” del verbo de Perón (Verón y Sigal, [1986] 2014; 107).



Esta idea de Perón como un “estratega genial” que se vislumbra en las páginas de *Compañero* se halla también en un trabajo de los años setenta titulado “The Peronist left 1955-1975”. Allí James, el afamado historiador inglés, dice:

“El peronismo nunca fue bajo ningún aspecto un movimiento institucionalizado en el periodo 1955-1973 (...) El movimiento, en concreto, no era esencialmente más que un conglomerado de diferentes grupos leales a Perón. Esto facultó a Perón, por supuesto, para manipular tanto a la izquierda como a la derecha otorgándoles cierta autonomía” (1976; 293 – Traducción propia).

Como una suerte de impugnación a este tipo argumentos,<sup>31</sup> y desde una perspectiva afín, señala Gerardo Aboy Carlés: la estrategia está relacionada más con la “reconstrucción posterior de un devenir, muchas veces independiente de toda intencionalidad” que con un “curso de acción continuo de acción racional con arreglo a determinado fin” (2004; 91). En este sentido, entonces, esa suerte de genialidad estratégica que James parece depositar en Perón no sería más que un efecto retroactivo que, como toda interpretación, llega “demasiado tarde”. En otras palabras, es el comentario del analista el que le asigna el carácter de “estratega genial” cuando vuelve su mirada sobre el fenómeno.

Retomando lo expuesto en *Compañero*, entonces, el hecho de desoír a Perón tenía un claro y conciso objetivo. Valotta, en un editorial fechado el 6 de julio del año 64, sentencia:

Los *burócratas y los ideólogos de la reacción* han elucubrado, en la mesa de las negociaciones, lo que creen que es un ‘plan maestro’ mediante el cual *pretenden aplastar el proceso de definición revolucionaria del Movimiento y anular la extraordinaria unidad existente entre las bases y Perón que la impulsan* (...) A pesar de este ruidoso fracaso [el de las elecciones internas en el peronismo] debemos tener en cuenta que intentarán nuevas maniobras con el fin de cumplir sus compromisos con las fuerzas reaccionarias por lo que *seguirán tratando de ahogar la línea*

---

<sup>31</sup> El argumento de la manipulación de las “masas en disponibilidad” está presente, por ejemplo, en la lectura que hizo Gino Germani del fenómeno peronista en *Política y sociedad en una época de transición* (1962). Curiosamente, James, en su clásico *Resistencia e integración*, critica la visión dada por Germani. Para el historiador británico, a diferencia de lo que menciona en la cita referenciada en el cuerpo del texto, la “construcción de la clase obrera [argentina] no implicó necesariamente la manipulación y la pasividad, asociadas a la poderosa imagen de las ‘masas disponibles’ formulada por Gino Germani (...) Había en juego indiscutiblemente un proceso de interacción en dos direcciones, y si bien la clase obrera fue constituida en parte por el peronismo, éste fue a su vez en parte creación de la clase trabajadora” (1990; 56).

*revolucionaria en desarrollo*” (*Compañero*, 54, p. 1 – Cursivas en el original).

El desafío a las “órdenes” de Perón no es solamente el “aplantar el proceso de definición revolucionaria” sino que también estaba orientado a quebrar la unidad entre aquel y las bases. Esto es un punto muy importante. Como ya se mencionó más arriba, *Compañero* acusa a los sectores sindicales “burocráticos” de operar como un cerco alrededor del líder, impidiendo, tanto al comienzo del peronismo como también en la actualidad de los sesenta, que la supuesta naturaleza revolucionaria pueda manifestarse. En este sentido, entonces, aparece aquí una tensión entre la lectura revolucionaria del periodo 45-55 *in toto* y el rol obstaculizador que se le asignaba a la burocracia desde el comienzo mismo del peronismo. Asimismo, este cerco no sólo enturbiaba las órdenes emanadas desde Madrid sino que también pretendía fracturar la unidad del líder y la masa. Como se verá más adelante, esta simbiosis sería para el semanario una característica endémica del fenómeno peronista. Así, entonces, estos elementos “burocráticos”, aun habiendo sido derrotados en las elecciones internas de 1964,<sup>32</sup> “seguirán tratando de ahogar la línea revolucionaria”; esto es, continuarían desobedeciendo a Perón a los fines de “cumplir sus compromisos con las fuerzas reaccionarias”.

#### 1.1.4 – *Imágenes de una Evita revolucionaria*

No podría resultar una sorpresa que la figura de Eva Perón adquiriese para *Compañero* dimensiones gigantescas. Tampoco lo sería que su persona fuese investida de toda una serie de características importantes y representativas para el propio semanario. Asimismo, no resultaría extraño encontrar a la Evita presentada por *Compañero* cumpliendo un papel descollante en diversos sucesos caros al imaginario peronista. Todas estas resignificaciones sobre la imagen de Eva Perón se realizaron a los fines de presentarla como el arquetipo de la “lealtad” sin reservas hacia Perón y, lógicamente, hacia el pueblo. Al decir de Svampa, Evita, en virtud de su condición de “guardiana de

---

<sup>32</sup> En julio de 1964 se realizaron en Capital Federal, en Provincia de Buenos Aires y algunos otros distritos elecciones internas en el peronismo a los fines de “normalizarlo”. Al decir de Melón Pirro, mientras “[l]os ganadores manejaron los congresos, los perdidosos radicalizaron su discurso y quienes no participaron ‘por adentro’ deslegitimaron la fuerza de la convocatoria” (2014; 155). El proceso eleccionario dio ampliamente ganador al sector vanderista. Es ciertamente curioso que *Compañero*, ubicado claramente en el bando de los “perdidosos”, elija hablar de una derrota vanderista. Con seguridad esa preferencia se explique al “develar” las intenciones del sector acaudillado por Vander para “institucionalizar” el movimiento. Institucionalización, parecía creer *Compañero*, que iba contra los supuestos designios que provenían de Madrid.

la lealtad”, permitía distinguir a los “enemigos” dentro del campo propio. Éstos eran los que propugnaban divisiones, los que atentaban contra la imagen de unidad operando dentro del propio campo peronista; eran, a fin de cuentas, los “traidores” ([1994] 2006; 309). En el capítulo 2 de esta tesis se examinará con detalle la dupla lealtad-traición. Precisamente, esta construcción de la imagen de Evita le permite al semanario ahondar en la demarcación de las alteridades –los “traidores” a Perón y a su causa- que atenderían contra la unidad del propio campo de referencia.

Resulta interesante reparar, a este respecto, en el papel que *Compañero* asigna a Eva Perón durante las jornadas de octubre del año 45. Allí se dice:

En ese momento crucial de nuestra historia, en esa coyuntura en la que se juega el destino de la patria, es que *Evita muestra su garra combativa*, su estatura militante. Incansablemente, en horas sin tregua ni desfallecimiento, *Evita instigará a su pueblo a la lucha*. Todos los barrios son testigos de este batallar. Hogares humildes, sindicatos, mítines espontáneos son el *escenario de su prédica revolucionaria*, de su *apelación a la lealtad y a la rebelión*. Y ese encarnizado combate contra el tiempo da sus frutos (...) Evita, gestora decisiva del triunfo, *marcha – una más- confundida entre la multitud*. (*Compañero*, 56, p 4 – Cursivas propias).

El *papel desempeñado por ella* [Evita] en aquellos días memorables está *escrito a fuego* en las páginas de la historia y *ligado* inquebrantablemente al *sentir de nuestro pueblo* (...) En aquellos días de angustia, que precedieron al 17, cuando era incierto el futuro de Perón y de la revolución, *ella junto a los trabajadores* que la acompañaron en su acción removi6 cielo y tierra, hasta lograr dar con el Líder y luego fue *una de las impulsadoras más fervientes del magno acto*, en que el pueblo recuperó a Perón de las garras de la oligarquía (*Compañero*, 68, p. 5 – Cursivas propias).

Haciendo a un lado los argumentos que sostienen, como se vio más arriba, la existencia de una historia verdadera falseada por el entrometimiento de la política, la reescritura del papel que tuvo Eva Perón el “17 de Octubre” pretendía funcionar como un mecanismo para descalificar las actitudes de las dirigencias sindicales y políticas, a las cuales se les achacaba pasividad e intentos de conciliación con el gobierno radical de Illia, además de una suerte de reticencia a bregar por el regreso de Perón. Frente a estos, una Evita que “muestra su garra combativa”, que “instigará a su pueblo a la lucha”, recorriendo barriadas humildes y sindicatos, apelando a una “prédica revolucionaria”

para, “junto a los trabajadores”, lograr la liberación de Perón y la defensa de las conquistas que éste había legado al pueblo. Esta era una Eva Perón que se había “confundido entre la multitud”, que se “transformó” en pueblo y se movilizó junto con las masas por su líder. De modo similar, esta es la versión que Perón da en *Del poder al exilio*. Evita es la que, poniéndose a la cabeza de los manifestantes, los condujo Plaza de Mayo, amenazando con incendiar Buenos Aires si Perón no era liberado (1958b; 48). En *Compañero*, se presentaba a Evita, en otras palabras, como la contracara exacta de la inmensa mayoría de los dirigentes sindicales que, mientras lanzaban incendiarias peroratas en favor del Plan de Lucha<sup>33</sup> y del regreso de Perón, presuntamente trataban de congraciarse con el gobierno radical y los “factores de poder”.

No obstante, otra es la versión que la gran mayoría de los estudios historiográficos han dado sobre el rol de Evita en las jornadas de octubre de 1945. Por ejemplo, Félix Luna, en su clásico *El 45*, aseguraba que el papel de Evita allí fue mínimo: “el de una mujer enamorada desprovista de medios para defender a su hombre” ([1969] 1984; 333). Navarro, asimismo, ha mostrado muy bien que tanto fuentes peronistas como antiperonistas coincidieron en otorgar a la segunda esposa de Perón un rol activo en la crisis de octubre. Mientras los primeros pretendían que se acepte que “Evita permaneció fiel a Perón”, los escritores antiperonistas buscaron que se reconozca que “ella fue el factor clave en la liberación de Perón y que, tras haber fallado en evitar su arresto, como la Mujer Maravilla, procedió a manejar e implementar la operación rescate” (1995; 155). Por último, Plotkin expuso cómo el proceso de institucionalización del “17 de Octubre” a partir de 1947, y principalmente a través del diario cercano a la Fundación Eva Perón, *La Época*, comenzó a darle a Evita un papel relevante en los sucesos del 45 (1995; 201).

Puede aprovecharse esta supuesta incoherencia entre hecho y narración respecto del rol de Eva Perón en las jornadas de octubre de 1945, para delinear un supuesto analítico recorre de principio a fin todo el capítulo: la imposibilidad de pensar la política divorciada de la historia y la historia de la política. Este atolladero, no obstante, no es percibido por algunos estudiosos. Basten, a este respecto, dos ejemplos. El primero es el

---

<sup>33</sup> Luego del Congreso Normalizador de la CGT de finales de enero y principios de febrero de 1963, la Confederación anunció la elaboración de un Plan de Lucha. Éste condensó pedidos tan disímiles como la libertad de presos políticos, la fijación de precios máximos o la reforma agraria, por sólo nombrar algunos. Esta fue la primera de otras etapas por las que iba a transitar el Plan de Lucha —otras serían la toma de fábricas, la realización de cabildos abiertos y de marchas multitudinarias en las grandes ciudades—. Al decir de Schneider, [d]esde sus comienzos, la medida de fuerza encuadró dentro de los rasgos que identificaron al vanderismo: la presión junto con la negociación” (2006; 201). La actitud dialoguista primó a lo largo de las diversas etapas del Plan.

de *Los males de la memoria* de Diana Quattrochi-Woisson. Allí la autora, en el epílogo de su libro, concluye:

No podemos sino constatar la persistencia de una “sospecha de ilegitimidad” que persigue a las diferentes fuerzas políticas argentinas y las obliga a buscar apoyos retrospectivos, un consenso distinto al de sus contemporáneos. El *traslado al pasado de los intereses del presente*, y su consecuencia *subordinación de la historia a la política*, siguen siendo en la Argentina una traba formidable al ejercicio intelectual y responsable (Quattrochi-Woisson, 1995; 321 – Cursivas propias).

Como puede apreciarse, al decir de la autora, la dificultad que encuentra el desarrollo historiográfico está vinculado a la traslación de los intereses políticos del presente a la historia, al desarrollo disciplinar del historiador. Son las necesidades políticas que se yerguen sobre el presente las que obligarían a las fuerzas políticas a hurgar en la historia. En otras palabras, para Quattrochi-Woisson, es la política la que, buscando colmar su endeble legitimidad,<sup>34</sup> se vuelca a la historia, subordinándola a sus propias necesidades y contaminando, se concluye a partir de esto, el trabajo historiográfico.

En sintonía similar, el otro caso mencionado es el de *La izquierda peronista* de Germán Gil. Allí el autor, recuperando algunas reflexiones del militante del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT), Carlos Caride,<sup>35</sup> sobre las elecciones de 1965, aduce:

Este rescate a ultranza de la figura del Líder se inscribe en la línea de pensamiento en la que los tacuaristas realizarán su aporte. El rescate puede llevar a *alterar por completo la verdad histórica*, como que en el 17 de octubre de 1945 “las masas han sido conducidas a su victoria, por la pasión y el verbo encendido de Evita” (Gil, 1989; 46 – Cursivas propias).

---

<sup>34</sup> Sin la eminente carga normativa que se desliza del trabajo de Quattrochi-Woisson, Silvia Sigal se refiere al juego historia-política en los términos siguientes: “El corte tajante entre las dos historiografías, alimentado por la sistemática voluntad del revisionismo de invertir cuanto significación hubiera sido atribuida por la historia convencional a eventos o actores del pasado, es incomprensible si se lo reduce al corte, que es por otra parte real, establecido por el campo profesional. Porque si la historia argentina fue transcrita según una retícula política, la política se legitimaba de acuerdo a un sentido histórico preconstituido” (1991; 29). Aún a pesar de esta última palabra –es difícil sostener la existencia de articulaciones constituidas previamente a una operación política-, la cita es aleccionadora sobre la influencia mutua entre historia y política.

<sup>35</sup> Gil recupera una entrevista que le hacen a Carlos Caride en el periódico *Patria* (órgano de la Juventud Peronista de la Provincia de Buenos Aires dirigido por Jorge Caffatti) desde de la cárcel de Caseros, en donde se encontraba preso desde 1962 por el homicidio de la joven Beatriz Melena en la Facultad de Derecho. Para ampliar sobre Caride se sugiere Daniel Gutman (2003; 128-129). La entrevista puede encontrarse en Baschetti (2012; 429-436).

Tal y como lo muestra la cita precedente, Gil sostiene la existencia de una historia verdadera, la cual puede ser trastocada mediante la recuperación política. En otros términos, aduciendo que existe un sustrato verdadero en el transcurrir histórico,<sup>36</sup> Gil parece postular que toda relectura política de la historia no hace otra cosa que transgredir su significado verdadero. La política, en modo similar a la postura de Quattrochi-Woisson, no hace otra cosa que subvertir, entiende Gil, el significado auténtico de la historia, sea cual sea este contenido real; la apelación a la actividad histórica que realiza la política, entonces, no parece ser más que un remedo, una entelequia que oculta una historia auténtica, verdadera, real.<sup>37</sup>

En una postura diametralmente opuesta a los autores antes mencionados, en esta tesis se sostiene que toda identidad política se “constituye en referencia a un sistema temporal en el que la interpretación del pasado y la construcción del futuro deseado se conjugan para dotar de sentido la acción presente” (Aboy Carlés, 2001; 68). Por tanto, si un actor se sirve del pasado, lo hace para brindar un conjunto de certezas y conocimientos –quiénes fueron, son y buscan ser en un futuro- a aquellos hacia los que se dirige. Esa inacabada, persistente e inevitable reescritura del pasado<sup>38</sup> constituye una

---

<sup>36</sup> Esta aserción incluso se trasluce en la estructuración de los capítulos de su libro. En el curso de las 96 páginas que conforman *La izquierda peronista*, el autor elabora una lectura evolutiva de la “izquierda peronista”, que parte de una etapa insurreccional –ubicada entre los años 1955 y 1960-, prosigue con una de reformulación ideológica –entre 1960 y 1969- y finaliza con la de las organizaciones armadas –entre 1969-1976-. Además de la inobservancia del carácter lógico de la mutua exclusión de dos fenómenos simultáneos –1960 no puede pertenecer simultáneamente a la etapa insurreccional y a la de la reformulación ideológica, por ejemplo-, debe llamarse la atención acerca del teleologismo en el que incurre la lectura de Gil; el autor parece empeñado en encontrar los embriones de lo que serán las organizaciones armadas peronistas de los setenta en los distintos grupos peronistas de finales de los cincuenta y principios de los sesenta. Para ahondar en una crítica a Gil, véase Ehrlich (2012; 9).

<sup>37</sup> Esta crítica también podría hacerse a *El dilema argentino: civilización o barbarie* [1994]. En las hojas finales de su libro, Svampa se refiere al desarrollo de lo que ella llama “lectura idealista” de la historia: “una lectura con pretensiones explicativas totalizantes de la historia argentina” ([1994] 2006; 377). Según la autora, la irrupción del peronismo acentúa los contenidos idealistas de aquella lectura, que ya estaban presentes en el revisionismo histórico. A partir de aquí, la afamada socióloga argentina concluye polémicamente: a través de la lectura idealista “se hacía menos referencia a lo real en sí mismo, que a su *status* en relación con las imágenes del pasado. La historia cristalizó en entelequias y el presente devino metáfora o cumplimiento sin más de esa historia” ([1994] 2006; 378). Estas referencias a “lo real en sí mismo” y a entelequias, conduce a algunas preguntas: ¿Qué sería una historia que haga referencia a “lo real en sí mismo”? ¿Puede haber “realidad” en una lectura historia? ¿Qué es lo “real en sí mismo”? ¿Lo marcan las fuentes? ¿Lo marca el estudioso? ¿Lo marca el contexto de producción? Sin embargo, debe aclararse que este trabajo no quieren inmiscuirse en querellas disciplinares que lo exceden como es la que libran las historiografías liberal y revisionista. Se es consciente, entonces, de las diferencias existentes entre las disputas que se dan en el marco de la historiografía de aquellas otras que se producen en el campo de la política. Así, los comentarios precedentes fueron presentados simplemente a modo de explicitar ese vínculo indeleble entre historia y política que estructura el trabajo.

<sup>38</sup> Žizek ha llamado la atención acerca de la naturaleza variable del pasado: “Cada ruptura histórica, cada advenimiento de un nuevo significante amo, cambia retroactivamente el significado de toda tradición, reestructura la narración del pasado, lo hace legible de otro modo, nuevo” ([1989] 2009; 88).

herramienta fundamental a la hora de polemizar y descalificar a los enemigos y adversarios políticos de turno con que ese conjunto gregario deba lidiar.

Como se decía más arriba, el vínculo entre política e historia es capital en esta tesis. En relación con ello, Antonio Gramsci ([1948] 2003; 225) ha señalado, refiriéndose al concepto de historia en Benedetto Croce, que si el político es historiador –esto es, hace y también interpreta el pasado- es también un político que transforma a la historia en una historia contemporánea o política. En definitiva, las reconstrucciones épicas realizadas sobre el pasado se constituyen, en todo caso, en fuentes fecundas para el análisis de los distintos discursos sobre el pasado, “prescindiendo por completo de cotejar los mismos con un supuesto ‘pasado empíricamente dado’ al que se referían” (Aboy Carlés, 2001; 69). Parafraseando a Ernest Renan [1882] (2010), entonces, los olvidos y errores históricos deliberadamente forman parte de todo regreso al pasado.

Retomando las páginas de *Compañero*, la figura de Evita fue, asimismo, vinculada a toda una serie de características positivas. Se destacaba, por ejemplo, su carácter sacrificial, su vida dedicaba a la labor por los humildes, su talante combatiente y guerrearante para con la oligarquía, su carácter devoto para con Perón y el pueblo, por sólo mencionar algunas.<sup>39</sup> Además, de la inmensa cantidad de propiedades de la que fue investida Eva Perón, dos son las que importan en demasía para esta tesis. Por un lado, la figura de la “Evita Revolucionaria” y, por el otro, aquella que señala que “Eva era pueblo”.

Respecto a la primera de éstas, tómense estos extractos. En el semanario se señala:

Creemos y estamos firmemente convencidos que es preciso –hoy más que nunca- esclarecer en todo el ámbito del país, la figura rectora de quien fuera la antorcha que guió al pueblo de la Patria por el camino de la liberación. La muerte cortó su acción pero el recuerdo está permanentemente. Muchas veces ha difamado hechos de su vida, sirviendo para *desviar la verdad del pensamiento revolucionario de Evita* (*Compañero*, 54, p. 6 – Cursivas propias).

[N]o ha[n] podido ocultar el *auténtico carácter de símbolo revolucionario de clase* que ostenta Evita. Por eso es que *el pueblo debe mirar con desconfianza* a todos los que *pretenden mellar su personalidad*

---

<sup>39</sup> Constituiría una labor tan tediosa como ciclópea citar consecuentemente todos los extractos a partir de los cuales *Compañero* construye esa imagen de Eva Perón. Sin ánimos de exhaustividad, pueden mencionarse a la sazón *Compañero*, 31, p. 6 y *Compañero*, 45, p. 8, los cuales explicitan de forma resumida las virtudes asociadas a la figura de la segunda esposa de Perón.

*combativa*, estrechándola y deformándola en el marco de un pacifismo hipócrita, tendiente a esterilizar la capacidad de lucha de la clase obrera. *Nada es más extraño a su carácter*. Sus palabras y sus actos son, aún hoy, una bofetada en el rostro de la reacción y un llamado perenne a la acción de las masas (*Compañero*, 56, p. 1 – Cursivas propias).

[L]es inquieta [a la policía] que el pueblo tome conciencia del *contenido revolucionario de las banderas* enarboladas por la compañera Evita, banderas que la voluntad de lucha del pueblo restaurará (...) La actitud de las cabezas mandantes de la burocracia sindical-política de nuestro movimiento, ha sido precisamente la de distorsionar la figura de EVA PERÓN (*Compañero*, 57, p. 5 – Cursivas propias).

Las tres citas coinciden en dos puntos capitales. En primer lugar, se destaca el presunto carácter revolucionario de Evita. Se trataría de una Eva Perón que era “símbolo revolucionario”; que tenía un “pensamiento revolucionario” y además “banderas de contenido revolucionario de clase”. Esto hacía que su figura –la combatividad por excelencia- sea la antítesis de cualquier tipo de componenda o conciliación. Esto debería, entonces, poner en suspenso la aserción de Marisa Navarro (2007; 339) que señala que fue sólo luego del “Cordobazo” y, sobre todo, a partir del trabajo de la organización político-militar Montoneros en los años setenta que la figura de Evita iría adquiriendo sus perfiles más combativos. En este sentido, Sarlo (1999; 350) marca que toda una serie de “cualidades jacobinas” –inflexibilidad, furia revolucionaria, agresividad en sus palabras, radicalización, militantismo heroico, carácter misional- habilitaron la transformación de la figura de Evita en los sesenta. En *Compañero*, específicamente, se delinea con insistencia una Eva Perón nacida para la revolución, enemiga de la oligarquía, tan violenta y apasionada como también abnegada, sacrificial y leal a Perón.

Y, en segundo lugar, relacionado con esto último, el semanario acusa a la “burocracia sindical-política” de operar distorsionando el verdadero talante de Evita. Los sectores sindicales habrían horadado, asegura *Compañero*, el auténtico contenido revolucionario del pensamiento de la segunda mujer de Perón, limitándose a simples misas y conmemoraciones,<sup>40</sup> a los fines de servir a sus intereses de pactar con el

---

<sup>40</sup> Las críticas del semanario apuntaban, por ejemplo, hacia aquellos para los que “Eva es sólo un nombre que se recuerda por ahí con alguna que otra misa” (*Compañero*, 17 p. 4) o marcando que a “Evita no se la honra rezando, sino siguiendo su ejemplo de revolucionaria” (*Compañero*, 54, p. 5). Para un examen de los homenajes a la memoria de Eva Perón durante el periodo, se recomienda Anabella Gorza (2016).



gobierno radical y, traicionando al líder, convertir al peronismo en un partido político más del sistema.

Tal y como lo marca muy bien Ehrlich (2016; 11), en este juego de espejos con su propio presente, *Compañero* buscaba atribuir a Evita no sólo el hecho de haber impulsado a las masas a salir a la calle en rescate de su líder en las jornadas de octubre de 1945, sino también el haber luchado contra los elementos “burocráticos” dentro del peronismo; esos mismos que, como se vio más arriba, presuntamente había impedido la cristalización de la fórmula Perón-Perón y, como correlato, había detenido la revolución. Esta era la Eva Perón que luego de su “Renunciamiento” siguió cerca del pueblo; aquella que continuó con su trabajo cerca de aquel; la que, en definitiva, no rehuía de su doble dimensión de ser del pueblo y también voz del pueblo.<sup>41</sup> El motivo de la elección está más que claro en *La razón de mi vida*. Allí, Evita relataba la doble personalidad que animaba su cuerpo. Por un lado, Eva Perón en tanto esposa del Presidente, la que asistía a ceremonias y eventos de gala. Por el otro, Evita, “puente tendido entre las esperanzas del pueblo y las manos realizadoras de Perón” ([1952] 2006; 50).

Esto conduce a la segunda dimensión mencionada pretéritamente: la Evita que era pueblo. Respecto a ésta, basten dos breves ejemplos. Por un lado, en una carta que el por entonces delegado personal de Perón y artífice del MRP, Héctor Villalón, se destaca la extracción popular de Evita, así como también el hecho de que “vivió y murió en comunión permanente con el pueblo” (*Compañero*, 66, p. 4). Y por el otro, una nota en *Cuadernos de Compañero* referida al “Renunciamiento” que señala:

Representó [Evita] el *nexo dinámico entre las masas y Perón*, por lo que su acción fue boicoteada y combatida por la burocracia, la burguesía y el ejército, traidores al pueblo y la revolución nacional (...) Como *intérprete de las clases oprimidas* impulsó constantemente la profundización de la revolución, transformándose en su más extraordinaria agitadora y propagandista (...) (*Cuadernos de Compañero*, 3, 13 – Cursivas propias)

---

<sup>41</sup> En alusión a esto, señala muy bien Svampa respecto de Evita: “Identificación y voluntad de mediación implican, así, dos momentos: el primero señala su origen popular; el segundo, más que limitación lógica de una condición social, es producto de un acto de libertad: Evita opta por continuar siendo ‘pueblo’ habiendo podido devenir otra cosa (...) Así, entre Evita-Pueblo (identificación) y Evita-voz del pueblo (mediación), se instala el espacio de la ‘lealtad’ al pueblo mismo, fruto de una elección personal” ([1994] 2006; 308).

Ambas citas muestran ese doble talante al que se asociaba la figura de Eva Perón. Ella era pueblo y precisamente por eso mismo podía hacer las veces de nexo, intermediario, intérprete entre la voluntad de Perón y las necesidades del pueblo. Esta función estaba permitida, asimismo, por su pertenencia de clase, como se constató en los extractos anteriores. Debe recordarse que la propia Evita se autopresentaba también como un puente entre Perón y el pueblo (Eva Perón, [1951] 1987; 416-417 y [1952] 2006; 50). Slipak (2015; 89) ha remarcado la construcción que de Evita hizo *El Descamisado*, ubicándola en medio de Perón y el pueblo, sin por eso romper la diada precisamente por ser ella misma pueblo y también Perón. Esta posición que se daba a Evita en *Compañero* era, en contrapartida, una posición diametralmente opuesta a la que se achacaba a los sectores sindicales, que no eran intérpretes legítimos del pueblo sino un mero cerco que impedía la comunicación entre éste y Perón; cerco que, como ya se precisó más arriba, habría puesto en suspenso la revolución iniciada en octubre de 1945. En una misma tónica, Cooke mencionaba en una carta a los militantes peronistas bonaerenses en 1962 que las elecciones del “18 de Marzo” habían ratificado una constante que venía acosando al peronismo desde hace algunos años: “un Jefe Revolucionario y una masa revolucionaria, por un lado, y por el otro, cuadros intermedios donde abundan especímenes de la vieja burocracia que sólo conciben la política en los marcos tradicionales, reformistas y negociadores” (Baschetti, 2012; 101).

Por tanto, la construcción y señalamiento que hace *Compañero* de, por un lado, una veta revolucionaria y combativa, y, por el otro, una “naturaleza” popular que le permitía ser la intérprete del pueblo –otra forma de decir que “sabía lo que el pueblo necesitaba porque fue pueblo”-<sup>42</sup> en la figura de Evita, buscaba precisamente funcionar como un dispositivo para desaprobar y deslegitimar las pretensiones de otros sectores dentro del peronismo. Recuperando caracteres que presuntamente habían hecho de Evita la “Abanderada de los Humildes” –los cuales fueron distorsionados por la burocracia- el semanario buscaba suplir el rol que otrora había desempeñado la segunda esposa de

---

<sup>42</sup> El número 56 de *Compañero* es dedicado en homenaje a Eva Perón a 12 años de su muerte. En una nota titulada “Eva Perón ¡Presente!”, se dice: “Detrás quedaba una mujer que, como tantas, había palpado y sufrido el país oscuro de la década infame, que había asistido con ojos de niña y de adolescente a las aristas más duras de una realidad que golpea sin piedad a millones de argentinos. Niños desvalidos, hogares miserables, el rostro atroz del hambre popular, de la entrega y el saqueo: ésta fue la imagen que Evita recogió de su pueblo durante su formación como mujer y como militante. La imagen que en lo hondo de su rabia -rabia hacia los infames que condenaban al pueblo a una existencia postergada- estaba, día a día, engendrando la semilla erguida de su futura rebeldía” (*Compañero*, 56, p. 4).

Perón. Esto es, *Compañero* reclamaba presentarse como esa intermediación, ese nexo,<sup>43</sup> ese puente entre un Perón exiliado y con su autoridad puesta en cuestión, y su pueblo.

## 1.2. Revisionismo y pueblo

### 1.2.1 – Una lectura diacrónica. Entre caudillos y montoneras

En la sección “Por una auténtica cultura de mayorías” del número 18 de *Compañero*, se hace mención de un acto organizado por la Juventud Universitaria Peronista (JUP) en la Universidad de Buenos Aires, en celebración de un nuevo natalicio del caudillo riojano Ángel “Chacho” Peñaloza. En esta pequeña columna, además de criticar los “mitos de la ‘historia oficial’ elaborados por [Bartolomé] Mitre, [Ricardo] Levene y los calumniadores de siempre”, se aduce allí que las luchas obreras que se estaban llevando adelante en la época expresaban un supuesto “resurgir de la conciencia nacional”. Este era, continúan en la nota, el índice que mostraba la mixtura entre las “tareas de la revolución con la tradición de guerras emancipadoras y federales”, mixtura que fue presuntamente destacada por toda una generación de historiadores revisionistas (*Compañero*, 18, p.7). Esta pequeña columna habla ya de un abrazo simbólico entre peronismo y revisionismo.<sup>44</sup>

Sin embargo, es un hecho harto conocido que la relación entre peronismo y revisionismo distó bastante de ser uniforme. Por ejemplo, durante su gobierno, Perón no sólo eligió los nombres de próceres del panteón liberal para bautizar las líneas ferroviarias, sino que también prohibió que el peronismo interviniese en la querrela historiográfica, como puede leerse en el nuevo estatuto partidario sancionado en 1954.<sup>45</sup>

---

<sup>43</sup> Esto está explícito, por ejemplo, en dos editoriales consecutivos de Valotta. En el primero de ellos, se dice: “La línea revolucionaria [del peronismo] (...) ve acercarse la hora en que deba asumir el papel que le corresponde en la conducción nacional, como *nexo auténtico entre las bases y Perón* (...) ratificando su decisión de *defender la unidad del pueblo en torno de Perón*” (*Compañero*, 62, p.1 – Cursivas propias). En el segundo, señala el editor: “El Peronismo Revolucionario debe preparar sus cuadros para asumir entonces su *papel de nexo entre Perón y el pueblo* y ocupar su lugar de vanguardia que le corresponde en la lucha (...) [L]a *unidad del pueblo en torno de Perón es la más grande amenaza* de la historia para sus privilegios de clase” (*Compañero*, 63, p.1 – Cursivas propias).

<sup>44</sup> Claro que el revisionismo es anterior al año 55. La aparición en 1934 de *La Argentina y el Imperialismo Británico* de Rodolfo y Julio Irazusta suele ser considerada como el basamento inaugural del revisionismo. Aún así, como muy bien muestra Elena Piñero, la revisión de la historia tuvo lejanos antecedentes en figuras del siglo XIX como las de Adolfo Saldías y Vicente Quesada. Luego, Ernesto Quesada, hijo del antes mencionado, “continuó esa revisión a través de la discusión erudita y un exhaustivo análisis documental que le permitieron historia la época de los caudillos y de Rosas, en busca de respuestas a nuevos interrogantes” (1996; 127). Para ampliar sobre el desarrollo del revisionismo en el marco de la historiografía argentina, véase Quattrochi-Woisson (1995) y Fernando Devoto y Nora Pagano (2009; 201-285).

<sup>45</sup> Al respecto, señaló Tulio Halperín Donghi: el peronismo “no iba a recibir el aporte revisionista con efusión (...) 1947, la nacionalización de los ferrocarriles británicos (...) fue celebrada por el régimen imponiendo a las líneas ferroviarias ahora argentinas los nombres de los antihéroes a cuyo vituperio los

En definitiva, en el periodo 1946-1955, el revisionismo no pudo, aún a pesar de la influencia que produjo en John William Cooke, Ernesto Palacio, Raúl Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche, transformarse en una nueva historia oficial. Dicho en palabras de Quattrochi-Woisson, la “contrahistoria revisionista no se impondrá como una historia oficial e institucionalizada sino como una visión coherente, polémica y siempre paralela” (1995; 269). Sus triunfos, empero, se darían con posterioridad en otros niveles de la realidad argentina.

A este respecto, si bien, como señala Aboy Carlés (2001; 142) en discusión con Quattrochi-Woisson (1995; 225-253), durante los primeros años del gobierno peronista la disputa con sus antagonistas giró derredor de un patrimonio simbólico común, el revisionismo dejaría en el peronismo una significativa huella luego de 1955. En gran medida, a esto contribuyó la identificación plena que adquirió la figura de Perón a la de Juan Manuel de Rosas con posterioridad a su exilio. Al decir de Svampa, “[l]a eficacia simbólica negativa que tiene el paralelo trazado entre Rosas y Perón sería explotada por la oposición a lo largo de los nueve años de gobierno justicialista”, sellándose de forma definitiva con la publicación, bajo auspicio de la autodenominada “Revolución Libertadora”, del *Libro negro de la Segunda Tiranía* en 1958 ([1994] 2006; 329). Asimismo, aquella identificación se hizo carne en el propio Perón. Su libro *Los vendepatria* puede ser visto como una suerte de certificado de adscripción al revisionismo. Allí no sólo se concedía la autoidentificación que hizo la “Libertadora” con la “línea Mayo-Casero” sino que también se proponía una tradición diferente para el peronismo, una en la cual Juan Manuel de Rosas ocupaba un lugar preponderante. Así, la “adscripción a esa imagen del pasado era funcional al objetivo de Perón: distinguirse aún más de sus enemigos, dotando de un sentido histórico al combate del presente” (Alejandro Cattaruzza, 2003; 170).

Así, después del derrocamiento de Perón, la mencionada dimensión de la tradición –el referenciamiento a un sistema temporal en el que, al tiempo que se interpreta el pasado y se construye el futuro, se resignifica el presente- se consolidó y dio solidez a las principales identidades políticas argentinas. Retomando nuevamente las

---

revisionistas dedicaban páginas cada vez más nutridas: Urquiza, Mitre, Sarmiento y Roca completaban con San Martín la lista (...) Y cuando en 1954 comenzó una campaña [en *La Época*] en favor de la repatriación de los restos de Rosas, que descansaban en su tierra de exilio, una indicación discreta pero precisa de Perón persuadió rápidamente a los promotores de la inoportunidad de su iniciativa” (1996; 118). Para ahondar en la relación entre revisionismo y la conformación del panteón de héroes nacionales durante el peronismo, así como también en los ecos que aquel produjo dentro de las huestes peronistas, se sugiere Michael Goebel (2013; 119-129).

palabras de Aboy Carlés, tanto en el radicalismo como en el peronismo, en tanto fuerzas que se disputaban el monopolio de la representación de la nacionalidad, aquella consolidación de la dimensión de la tradición consistió en el “entroncamiento de la propia actuación política con las luchas que habían dado origen al país” (2001; 145). Esta reconstrucción del pasado a la luz de los conflictos acuciantes del presente fue un proceso rico y prolífero en el peronismo de la proscripción.

A este respecto, Goebel ha llamado la atención sobre dos características que tuvo el revisionismo posterior a 1955. Por un lado, la acentuación de la “noción de las dos Argentinas, contrastando a Buenos Aires [ciudad y también provincia] con el interior, más remoto, como verdadero depositario de la argentinidad”. Y, por el otro, la devoción hacia los “caudillos federales del interior [y] sus partidarios gauchos (las montoneras) como precursores de las luchas contemporáneas en pos de la liberación de las clases populares” (2013; 144). En las páginas de *Compañero*, ambas cuestiones están muy presentes. Por un lado, se realiza una exacerbación del interior<sup>46</sup> y, por el otro, también los caudillos federales son traídos a la coyuntura, se revalorizan sus polémicas y las luchas que emprendieron contra las autoridades nacionales. De alguna forma, esto revela lo que sostiene Aboy Carlés: con la proscripción del peronismo, la vieja metáfora de las dos Argentinas, una visible y otra invisible,<sup>47</sup> “variable en su forma y contenido, demostraba una vez más su vigencia como superficie mítica de inscripción de múltiples antagonismos y como principio de inteligibilidad de una situación dada” (2001; 155).

Entre diciembre de 1963 y febrero de 1964, los jóvenes abogados Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luís Duhalde comenzaron a publicar en coautoría una serie de nueve ensayos historiográficos. En términos generales, estos trabajos esbozaban una narración que intentaba subrayar la influencia indeleble que tuvo el préstamo que la Casa Baring de Inglaterra otorgó al presidente unitario Bernardino Rivadavia en 1826, no sólo en la etapa formativa de la Argentina sino también en el propio presente desde

---

<sup>46</sup> Resulta curioso esto si se repara, como señaló Facundo Carman, en la gran circulación que tuvo el semanario dentro de la Ciudad de Buenos Aires y en localidades del Conurbano bonaerense. En este sentido, esa imagen exacerbada del interior habría sido recogida y asimilada por los lectores porteños y bonaerense de *Compañero* (Facundo Carman, comunicación personal, 6 de abril de 2017). Esto guarda ciertos paralelismos con lo apuntado por Altamirano respecto a la pequeña burguesía [2001a] (2013; 99). Al igual que en el caso de *Compañero*, donde las invectivas contra Buenos Aires partían desde la propia Buenos Aires, Altamirano encuentra que la crítica a la pequeña burguesía partía desde las propias filas de la pequeña burguesía. El autor agradece a Ricardo Martínez Mazzola este señalamiento.

<sup>47</sup> Desde mitad de los años treinta hasta casi los setenta, este motivo de las “dos argentinas” tuvo una preeminencia casi absoluta y, como marca muy bien Adrián Gorelik, “organizó las lecturas de la historia y del presente, no exclusivamente las del revisionismo, aunque en éste contó con un difusor espectacular” (1999; 144-145).

el cual los autores escriben.<sup>48</sup> En esta narración las figuras del mismo Rivadavia, la de Justo José de Urquiza o la de Bartolomé Mitre son presentadas no como la de aliados sino como simples personeros de imperialismo inglés. En contrapartida, Manuel Dorrego, Juan Manuel de Rosas y Ángel Vicente Peñaloza son señalados como aquellos obstáculos con los cuales se topó aquel imperialismo. Estorbos superados con la muerte violenta y también con el exilio forzoso. Se trababa, como marcó Oscar Terán, de un relato rayano al sentido común que, pretendiendo súbitamente esclarecer el pasado argentino, reducía los conflictos entre actores a simples intereses de clase o facciones, allende las complejas y dinámicas razones que motivaban aquellas polémicas (1991; 71).

Ahora bien, a los efectos de la constitución identitaria y de las transformaciones de la tradición peronista en *Compañero*, más importante son, en cambio, las sutiles inflexiones que los autores realizan dentro del campo revisionista a la hora de narrar aquel derrotero. A este respecto, pueden mencionarse:

*La exaltación incondicionada de la montonera provinciana* [de parte de los historiadores revisionistas del periodo rosista], a la que concedemos de antemano toda la profunda significación que ha tenido en la historia argentina, *tiene un propósito ideológico*. Al identificarse, por la necesaria tendencia a efectuar analogías históricas, la figura de Rosas con la de Perón, se produce en contraposición la exaltación de figuras menores, desde un horizonte meramente telúrico y folklórico. Para promover a [Raúl] Matera, *se insistirá en el periodo antirrosista del Chacho* [Peñaloza]. La historia argentina encubre, hoy más que nunca, intereses políticos inmediatos (*Compañero*, 30, p. 4 – Cursivas propias).

Ante la maniobra financiera, análoga a la rivadaviana, el *Chacho* [Peñaloza] *organiza a la montonera y comienza su lucha* en el norte argentino. No se trataba de un levantamiento irracional. No vale la pena analizarla a la luz del pretendido enfrentamiento ‘civilización-barbarie’, grotescamente falso. *Falso es*, asimismo, que el *pronunciamiento del Chacho fuera una definición contra Buenos Aires* y nada más. Los montoneros de Peñaloza, con el *claro sentido propio de las clases sociales oprimidas*, que vivencian su situación al nivel de sus

---

<sup>48</sup> Esto lo dicen en relación a la visita que Mr. Phillimore realizó a la Argentina en 1963. En tanto representante del Baring Bank de Londres, el misterioso sujeto se habría reunido con el Ministro de Economía de Illia, Eugenio Blanco. Para *Compañero*, “[m]ostrar el significado de nuestra ‘relación’ con la Casa Baring, señalar el sentido de la visita de Mr. Phillimore, entroncándola con el pasado histórico argentino, es lo que permitirá al pueblo detener en forma definitiva la penetración de esa nefata Banca” (*Compañero*, 26, 4).

necesidades, sabían espontáneamente que eran *víctimas de la maniobra artera del imperialismo* (*Compañero*, 34, 8 – Cursivas propias).

A primera vista ambos extractos pueden parecer contradictorios. Sin embargo, la contradicción aparente forma parte de las transformaciones del revisionismo en los años sesenta. Omar Acha, en su libro *Historia crítica de la historiografía argentina. Vol. 1: Las izquierdas en el siglo XX*, realiza un análisis del trabajo de Ortega Peña y de Duhalde. Allí, examinando algunos de sus libros, marca la crítica de los autores a la excesiva importancia que dio el revisionismo a la figura del caudillo, que tendió a olvidar el papel activo que tuvieron las masas. Éstas serían, en contrapartida, las verdaderas protagonistas de la historia argentina. Una verdadera historia crítica debía, aseguraban Ortega Peña y Duhalde, descubrir el protagonismo que las masas del interior habían tenido en las luchas civiles del siglo XIX (2009; 325). Legítimamente podría preguntarse ¿descubrir o crear ese supuesto protagonismo? Para Halperín Donghi (1996; 125-126), hablar de revisionismo es referirse a reconstrucciones históricas que privilegiarían la fantasía e invención por sobre la indagación metódica y disciplinar del pasado o que, en el mejor de los casos, subordinan esa investigación a la selección de casos que no contradigan las conclusiones previamente convenidas. La aserción de este autor se acercaría a aquello que ha marcado Arendt: “Aun si admitimos que cada generación tiene derecho a escribir su propia historia, sólo le reconocemos el derecho a acomodar los acontecimientos según su propia perspectiva”, lo que no puede significar la alteración “objetiva” de la misma ([1954] 2016; 365).

Las cuestiones mencionadas por Acha, en definitiva, están presentes tempranamente en los ensayos elaborados por Ortega Peña y Duhalde para *Compañero*. Mientras en el primer extracto los autores arremeten contra la “exaltación de la montonera provinciana” como mecanismos para elevar la figura del neoperonista y otrora delegado personal de Perón, Raúl Matera, en el segundo, buscan derruir aquellas versiones revisionistas que han pretendido ver en la organización de la montonera de Peñaloza tanto una acción irracional, propia de la barbarie, como también un lisa y llana “definición contra Buenos Aires”. Frente a esto, las masas que seguían a Peñaloza “comienza[n] su lucha en el norte argentino” al sentir “espontáneamente [que] era eran víctimas de la maniobra artera del imperialismo”. A los párrafos citados le cabrían, asimismo, la acusación que pesa en la última oración del primero: estar encubriendo, a través de la historia, “intereses políticos inmediatos”.

Sin embargo, los trabajos firmados de Ortega Peña y de Duhalde no fueron los únicos con un claro contenido revisionista publicados en *Compañero*. Entre los números 74 y 79 se edita la sección “La epopeya montonera en nuestra historia”; se trató de una serie de artículos en los cuales se relata vida y obra de personajes tales como José Hernández, Ángel Peñaloza, Ricardo López Jordán, Juan Facundo Quiroga y Martín de Güemes. Trabajos en los que afloran algunas cuestiones capitales para la caracterización de la traza identitaria peronista en el semanario. En primer lugar, se produce allí un explícito desplazamiento de Rosas en favor de una serie de caudillos del interior; así, la nula o mínima mención al “Restaurador de las Leyes” es reemplazada con una serie de loas al carácter y a las acciones que emprendieron aquellos caudillos. Halperin Donghi llamó la atención sobre esta sustitución operada por el “neorevisionismo” a principios de los años sesenta. Para el historiador argentino, la preferencia del que fueron objeto los caudillos se explicaba sencillamente: “puesto que el infortunio nunca les permitió desenvolver desde el poder política alguna, resulta menos escandaloso identificarlos con las que algo anacrónicamente ese nuevo revisionismo proyecta sobre el futuro” (1996; 123). Es precisamente esto, aunado a la inexistencia de fuentes, lo que les permite, continuaba el autor, presentar, por ejemplo, al caudillo catamarqueño Varela como el más peligroso y temible enemigo de Gran Bretaña. Polémicamente, Diana Quattrocchi-Woisson sostiene que esta segunda oleada revisionista, “menos brillante que la primera, menos dedicada a la actividad intelectual que sus predecesoras, más distraída por tareas materiales de un militancia militarista (1995; 319), no produjo novedad alguna desde el punto de vista historiográfico, sino que se limitó a ampliar el panteón revisionista. Aún leyendo esta crítica en el marco de la más global que hace la autora hacia el “uso político de la historia”, la novedad del “neorrevisionismo”, como se verá más adelante, pasó por la preeminencia que los historiadores dieron a las masas y la ubicación un tanto subordinada que los caudillos adquirieron en consecuencia.<sup>49</sup>

Esta recuperación de los caudillos coincide también con lo que Halperin Donghi denomina “una historia continuada pero soterrada” (1996; 124), rescatada del olvido por el propio trabajo revisionista; sólo así, como se precisó más arriba, podía reconocerse como verdadero. Esto conduce a una segunda característica: esta primacía de los

---

<sup>49</sup> No obstante, debe recordarse que, aún relacionados, el revisionismo y neorevisionismo son dos movimientos claramente distinguibles: de los grandes caudillos, particularmente Rosas, del revisionismo, el neorevisionismo comenzó a hacer hincapié en los “pequeños”, y luego en las masas. Esto último podría haberse basado en la idea, ya presente desde el siglo XIX, de que los pequeños caudillos eran parecidos a sus seguidores, algo que no sucedía con Rosas. El autor agradece nuevamente este señalamiento a Ricardo Martínez Mazzola.



caudillos opera como una suerte de paráfrasis de la preponderancia que habrían tenido las “clases subalternas”. En “La epopeya montonera...” son innumerables estas filiaciones. Basten, a la sazón, algunos ejemplos:

Su muerte [la de José Hernández], en esos momentos, adquiría contornos simbólicos. Era Martín Fierro acompañando a sus hermanos en desgracia. Sin embargo, no mucho tiempo hubo de transcurrir para que *las montoneras gauchas retornaran* con su aliento de lucha. *Estuvieron junto a la chusma irigoyenista* [sic], en las zonas bravas de Baradero. Y fue *su espíritu redivivo el que acompañó a las masas trabajadoras un 17 de octubre* (...) En tanto enfrenta a la sociedad oficial, *Martín Fierro encarna a los montoneros, y al actual ‘cabecita negra* (Compañero, 74, 8 – Cursivas propias).

Su pueblo, sus paisanos no lo olvidaron [a López Jordán], porque la memoria de los pueblos nunca es ingrata. *López Jordán fue el último montonero federal*. Pero desde luego *no el último representante de ese pueblo nuestro, oscuro y tenaz, que un día de 1945 decidió ser de nuevo protagonista de su propia historia* (Compañero, 76, 8 – Cursivas propias).

Una línea de continuidad, un hilo rojo, parece recorrer los derroteros de experiencias históricas tan disímiles como el de las montoneras gauchas, la radical y la peronista. Si más arriba se ha aludido a las fechas de junio del 56, enero del 59 y marzo de 62 como “estertores revolucionarios”, aquellas experiencias también buscan presentarse de un modo similar; esto es, índices a través de los cuales no sólo denunciar el silencio que se habría hecho alrededor de la lucha de las “clases subalternas” sino también, y principalmente, restituir el “ánimo de lucha” que aquellas habrían de inspirar. En otras palabras, su disposición a entablar el combate, aún y a pesar de sus recurrentes derrotas. Nuevamente se está aquí ante la construcción de un actor social imaginario, al decir de Verón y Sigal; ella ocurre, como se precisó más arriba, cuando conflictos presentes buscan ser presentados como la encarnación de disputas históricas. Esta ficticia operación permite darle sentido a la acción presente y fortificar la identidad colectiva mediante la filiación a un pasado compartido. En relación a esto, Cattaruzza señala que con la integración de algunos fragmentos del repertorio revisionista, el peronismo de la proscripción ensayó la segunda versión de una operación que “consistía en entramar su propio pasado con la historia de la nación desde el momento fundacional, pero esta vez proponiendo una genealogía que lo emparentaba con los que veía como los perseguidos, los derrotados (2003; 171-172). Esta imagen, asegura el

historiador, reforzaba el lugar que la mayoría del peronismo elegía ocupar en esos años: una mayoría que fue desplazada ilegalmente de un poder que legítimamente le correspondía.

Resulta más que representativo el enlazamiento que se hace en el extracto citado de *Compañero* entre López Jordán y el “17 de Octubre”: si bien el caudillo fue el “último montonero federal”, no fue el representante último del pueblo, ya que en las jornadas de octubre aquel habría recobrado –al parecer, por *motu proprio*– el protagonismo perdido. A este respecto, Halperín Donghi (1996; 124) ha llamado la atención de que, para los neorevisionistas, no se trataba tanto de encontrar un modelo en el pasado sino en hallar allí una promesa diferida y nunca consumada, que sólo una revolución podría concretizar. En efecto, este buceo en el pasado no era otra cosa que la búsqueda de certezas respecto de la lucha entre el “pueblo” y el “antipueblo”. Empero, y contra lo que cree el autor, existe un pasado modélico, epítome de victoria del “pueblo”: el “17 de Octubre” y la “década peronista”. Precisamente, aquella fecha marcó el triunfo del pueblo luego de sucesivas derrotas. Ese arquetipo inspira muchas de las búsquedas en el pasado caudillesco en la que se embarcaron los revisionistas de nuevo cuño.

Finalmente, y relacionado con lo inmediatamente anterior, la última característica que se desprende de este conjunto de artículos se refiere al carácter del que fueron dotados aquellos personajes históricos, los caudillos. Si las “clases oprimidas” parecen tener como característica esencial la resiliencia, capacidad que les permite sortear las vicisitudes y sobreponerse al final, los caudillos son presentados como sus correlatos exactos: bravos jefes que se ponían a la cabeza de sus huestes en la lucha.

A este respecto, resultaría útil remarcar las tensiones que aseveraciones de este tipo mantienen con las ideas del propio Perón y de Evita. Así, por ejemplo, en *Conducción política*, Perón decía: “[E]l caudillo no era un adoctrinador, ni un maestro, ni un conductor. Prefirió, pues, sustraerse del contacto con la masa (...) [C]arecía de las cualidades que debía tener para conducir” ([1952] 1974; 43). En otras palabras, a diferencia del propio Perón, los caudillos preferían no mezclarse con el pueblo, entremezclarse con las masas, precisamente ahí radicaba su carencia del “arte de la conducción”. Evita, en el mencionado *Historia del peronismo*, era aún más terminante: “Los caudillos en nuestro país han utilizado siempre a los hombres humildes, y han utilizado sus posiciones para servir intereses mezquinos o bastardos. Ellos, llegados al poder, han olvidado al pueblo” ([1951] 1987; 28).

Claramente argumentos de este tipo no se encuentran en *Compañero*. En el semanario editado por Valotta, Quiroga es presentado como un bravo guerrero, gran estadista y azote de “toda agachada frente al extranjero” (*Compañero*, 77, 7), mientras que a Güemes se lo muestra como el “primer guerrillero barbudo” de la historia argentina; aquel que, apoyándose en los “sectores más explotados de la población campesina”, enseñó que la verdadera “lucha es contra los ricos” (*Compañero*, 79, 8). Asimismo, el capital más importante que los caudillos habían legado a las generaciones posteriores era la ejemplaridad. Ella era la que permitía al semanario, por un lado, predecir que no estaba “lejano el día en que el pueblo, reeditando las heroicas acciones de aquellos bravos montoneros (...) empuñe de nuevo las armas para escribir con ellas la historia futura” (*Compañero*, 77, 7); así también, por el otro, ratificar que Güemes, en tanto “encarnación viva de un revolucionario de los pueblos”, seguía presente ahí donde el pueblo se alzaba en armas para defender su libertad. Entre los caudillos y su pueblo parecía existir un lazo tan férreo como inquebrantable.

### 1.2.2 – *Las “dos Argentinas”. O Buenos Aires vs. el interior*

A lo largo de las páginas precedentes, una cuestión capital atravesó las reflexiones que se hicieron sobre la relectura en clave “revolucionaria” del peronismo y sobre los usos del revisionismo histórico en *Compañero*: la cuestión del “pueblo”. Esta escenificación del sujeto-pueblo hecha desde el semanario permite reparar en la segunda de las dimensiones analíticas que Aboy Carlés identifica en todo proceso identitario: la dimensión de la representación. La representación es caracterizada por el mencionado autor como un nunca acabado cierre interior de una superficie identitaria. En este sentido, no puede haber una identidad política por fuera del juego representante-representado; esto es, la representación se constituye en una instancia *sine qua non* de la propia política (2001; 66). En definitiva, hablar de identidades es referirse a un proceso de representación. En el semanario, como un fantasma que acosa, silenciosa y subrepticamente, esta escenificación que se realiza del “pueblo” se torna fundamental para comprender la constitución identitaria y las transformaciones en la tradición peronista en los años sesenta.

La caracterización del sujeto-pueblo que se hace desde *Compañero* presenta dos elementos complementarios. En primer lugar, el interior de la Argentina es propuesto como el reservorio en el cual se encuentra el verdadero pueblo; en otras palabras, sólo

es “pueblo” el del interior.<sup>50</sup> Esta caracterización pudo vislumbrarse brevemente cuando se trabajó, líneas más arriba, con las relecturas en clave revisionista; esto es, una línea de continuidad parecía poder ser trazada entre los gauchos que habían pertenecido a las montoneras de Peñaloza, Varela y otros, y los trabajadores que se volcaron a las calles el 17 de octubre del año 45. En este sentido, esto se expresa claro en el extracto titulado “El interior a la cabeza”:

[C]ada vez que las masas argentinas piden la palabra, esas masas provienen del Interior del país. Las interrupciones del pueblo en nuestra historia son simbolizadas siempre con el nombre de un caudillo utilizado por la masa como su representante directo. Así, esas intervenciones se denominarán Güemes, Chacho, Yrigoyen (...) [El 17 de octubre de 1945] [c]uando el resorte lleva a las masas hacia el poder definitivo como no lo estuvieron nunca a lo largo de nuestra historia. Y en el recuerdo surge nítida la verdad de que *los que ‘se lavaron las patas’ en Plaza de Mayo no era precisamente porteños pálidos sino cabecitas negras, hombres del interior* que habían convergido en la plaza a buscar la figura del hombre, del líder, que ocupaba el lugar de vanguardia, el lugar que esos hombres habían ganado y le estaban ofreciendo (...) La evocación sirve para *reconocer a esas masas del interior del país el lugar que ocuparon en la historia argentina. Y también el interior se hizo ver en Plaza Once* [de 1963] y *todo el país* (*Compañero*, 18, 6 – Cursivas propias).

La extensión de la cita está justificada por la riqueza de significaciones que de ella pueden extraerse. Por un lado, las “interrupciones” históricas en la Argentina parecieran ser obra de las “masas provenientes del Interior del país”. Aquí aparece una cuestión importante: en *Compañero* se utilizan indistintamente los significantes “masa” y “pueblo”. Esto podría verse como una contradicción con, por ejemplo, lo que postuló Perón en *Conducción política*: mientras las masas son difíciles de ser conducidas, los pueblos son más sencillos para aquel que conoce las artes de la conducción política ([1952] 1974; 92-93). Asimismo, se opondría a la diferenciación que estableció Evita en *Historia del peronismo*: mientras las masas no tienen conciencia, personalidad ni organización social, son violencias y están formadas por explotados, los pueblos, en cambio, tienen conciencia, personalidad y organización y están formados por hombres libres que descreen de los privilegios ([1951] 1987; 57-58). Sin embargo, lo que esta

---

<sup>50</sup> Debe remarcar que este discurso retoma la lectura elaborada y consolidada desde principios del siglo XX como rechazo a la inmigración. Ejemplo paradigmático de esto lo constituye *El payador* de Leopoldo Lugones.

indistinción de términos esconde es, como señala acertadamente Slipak (2015, 75-76), una intención de privilegiar una vinculación sin intermediarios entre Perón y el pueblo.<sup>51</sup>

Volviendo al extracto arriba citado, en octubre de 1945 sucedió una de esas “interrupciones” en donde se apersonaron las masas del interior argentino. Aquellos que se “lavaron las patas” en las fuentes de Plaza de Mayo, “cabecitas negras, hombres del interior”, fueron a reclamar por la “figura del hombre, del líder, que ocupaba el lugar de vanguardia”. Por el otro, esas masas, al igual que sus no tan lejanas antecesoras del XIX, habrían visto en los caudillos a los representantes de sus intereses, siendo los nombres de aquellos – “Chacho, Güemes, Yrigoyen”-<sup>52</sup> una suerte de sinónimo de las masas. En este sentido, al exigir por la liberación de Perón, estaban pidiendo por la liberación del representante de sus intereses, su caudillo. Para *Compañero*, reconocer esta constante presencia que las masas del interior habían tenido en la historia argentina permite registrar realmente el papel relevante que ellas tuvieron en las celebraciones del “17 de Octubre” de 1963; prolegómeno del importante rol que tendrían, continúa el semanario algunas líneas más adelante, en un futuro inmediato, a la hora de “tomar el poder en forma definitiva”. En este sentido, serían las masas de hombres del interior las que tomarían el poder y traerían de regreso a Perón.

Asimismo, el motivo que une el “17 de Octubre” al interior vuelve a aparecer explícito varios números más adelante. El ya mencionado Felipe Ludueña, en la edición aniversario por el “Día de la Lealtad”, señala:

*Los elementos nativos que se incorporan a la vida ciudadana [con las migraciones internas] traían consigo una particular concepción de la vida producto de viejas tradiciones y de un contacto permanente con la naturaleza. En el terreno político, ese modo de vida se manifestaba a través del caudillo, intérprete y expresión de las masas. Él era el centro de atracción política, y por él se participaba y también de él se esperaba (Compañero, 68, 6 – Cursivas propias).*

---

<sup>51</sup> Para profundizar en la caracterización de las masas en el discurso de Perón, ver Svampa ([1994] 2006; 289-294).

<sup>52</sup> Las menciones explícitas que el semanario hace del radical Hipólito Yrigoyen son, salvando la nota de Rogelio García Lupo titulada “Con Yrigoyen. Militares nacionalistas que apoyan al ‘peludo’” del número 9, inexistentes. Esto podría poner entre paréntesis la tesis de Richard Gillespie acerca de la ampliación de la “lista de caudillos nacionales para incluir a Yrigoyen y a Perón, elegidos popularmente” ([1982] 2011; 44). Empero, algunas reverberaciones del imaginario radical yrigoyenista podrían ser rastreadas, allende a la inexistencia de la antedicha mención explícita. Es lo que sucede, por ejemplo, con la “abstención revolucionaria” que algunos círculos peronistas lanzan de cara a los comicios de julio de 1963 y marzo del 65.

No es casual que esta nota comience hablando de las migraciones internas y de la cultura caudillesca que los migrantes traían consigo de los rincones más remotos de la Argentina. Nuevamente se puede apreciar el lugar del caudillo como “intérprete y expresión de las masas” –diríase de representante-. Como también por Perón, por aquel, por el caudillo, “se participaba y también por él se esperaba”. Resulta interesante notar la cercanía que estas ideas tienen con el argumento esgrimido por Vitorio Codovilla en *Sobre el peronismo y la situación política Argentina* (1945), anticipando la tesis por excelencia de Gino Germani en *Política y sociedad en una época en transición* (1962): el apoyo a Perón provino de los nuevos trabajadores migrantes del interior.<sup>53</sup> Éstos, habiendo sido integrados económica pero no políticamente, se encontraban en estado de “disponibilidad”; esto es, en un estado propicio para el “canto de sirena de un líder autoritario”. En gran medida el apoyo que aquellos dieron a Perón se vinculaba también a la cultura caudillista que habían traído desde sus lugares de origen. Desde *Compañero* la asimilación de este diagnóstico será una apropiación autorreferencial y celebratoria, para utilizar palabras de Svampa ([1994] 2006; 345).

Más adelante, Ludueña, en la misma nota, menciona en relación a Perón:

Pero la *aparición de aquel hombre* [Perón] en el escenario político de la nación no fue providencial como algunos afirman, sino que *representaba la continuidad histórica de los grandes jefes que acaudillaron las luchas de liberación del pasado*, desde el momento transcendental en que las masas que buscaban su liberación, encontraron al jefe capaz de conducirlos hacia las grandes metas de justicia y libertad que todos los pueblos anhelan (*Compañero*, 68, 6 –Cursivas propias).

Esas masas emigradas del interior, las que traían consigo una tradición de contacto personal con sus caudillos, supieron reconocer, aduce Ludueña, que Perón “representaba la continuidad histórica de los grandes jefes” que llevaron adelante las luchas en el pasado; encontraron en el militar, a partir de sus contactos cotidianos en la Secretaría de Trabajo y Previsión, el jefe que anhelaban para “conducirlas hacia las grandes metas”: la justicia y la libertad. En definitiva, fueron las masas las que reconocieron a Perón como caudillo, como su legítimo representante. Precisamente, en las jornadas de octubre de 1945, concluye la nota más adelante, las “masas movilizadas

---

<sup>53</sup> Como ha marcado Aníbal Jauregui, los partidos de cuño marxista, a diferencia de otras corrientes políticas, buscaron explicar el apoyo obrero a Perón vinculándolo como un momento de progreso histórico, y no como un momento de pura negatividad. Codovilla, por ejemplo, vinculó la “creciente influencia de Perón entre los trabajadores a su inexperiencia de recién llegados a la vida fabril, en quienes se enfatizaba su condición migrante, juvenil o femenina” (2012; 28-29).

con un claro sentido revolucionario” mostraron que eran capaces de “jugarse hasta sus últimas consecuencias por sus jefes”.<sup>54</sup> Aparece aquí nuevamente la cuestión de la autoridad personificada, en la cual la lealtad parece ser un valor de las masas hacia sus jefes. A partir de esto, cobra sentido lo que señala Federico Neiburg en relación a la visión dualista que estructura muchas de las explicaciones que se dieron sobre el peronismo después de 1955; el mito de las “dos Argentinas”, la rural y la urbana, operó en los intérpretes identificados con el peronismo transformando en “*locus* de la cultura nacional [al] ambiente rural del interior del país que había dado lugar a una estructura social particular, a un tipo social, a una forma de vida” (1998; 127).

Luego y en íntima relación con lo dicho anteriormente, el segundo de los elementos mencionados: el carácter activo de este pueblo del interior. Aquí aparecen divergencias con las lecturas elaboradas por Codovilla y Germani mencionadas más arriba. En este sentido, para *Compañero*: “La voz de tierra adentro es unánime, no deja lugar a dudas, y como siempre, está al frente de la lucha” (*Compañero*, 4, 6); “[N]o sólo no hay solución sin el pueblo, sino que el pueblo es la única solución” (*Compañero*, 3, 1); “[Sabemos] que somos el pueblo y que, en el acierto o en el error, es nuestro derecho y nuestra razón lo que debe prevalecer” (*Compañero*, 5, 6); “[E]l Pueblo, con su infatigable instinto que lo hace invulnerable a la propaganda enemiga” (*Compañero*, 7, 8); “Una vez más el pueblo recordará su fecha [el “17 de Octubre”]. Con rabia, con ansias de lucha, aprestándose para nuevas batallas” (*Compañero*, 68, 4). Se trata aquí, entonces, de la edificación de la imagen de un pueblo activo, resistente y predispuesto hacia la lucha. Esta representación contradiría, empero, aquello que Maristella Svampa y Danilo Martucelli ven predominante en el discurso de Perón: la “representación central de la ‘pasividad’ popular” (1997; 99). Esto es, el lugar preponderante que tiene el líder en la operatoria a través de la cual la masa es transformada en pueblo. Aquel es el único y verdadero actor histórico, mientras las masas no son más que actores subalternos. *Compañero*, empero, ofrece el retrato de un pueblo que, independientemente de que la razón esté o no de su lado, es arquetipo de infalibilidad. Se intenta construir, en otras palabras, la imagen de un pueblo seguro y asertivo.<sup>55</sup>

---

<sup>54</sup> Para Cooke, la “conformidad del pueblo con respecto a la conducción del proceso revolucionario” explicaba la “no aparición de dirigentes políticos que pudieran hacerle sombra a Perón” (2014; 263).

<sup>55</sup> Geneviève Bolléme ha señalado la transformación de los juicios respecto al pueblo que ocurre con posterioridad a 1789. A partir de esta fecha, “se abrirá después de haberse alargado una brecha, y se encontrará en los diccionarios otro discurso que alimenta al siempre codiciado poder del pueblo, a fin de que su irresistible fuerza sea utilizada, pero a condición de encauzar, de asegurar su universalidad; es decir, controlarla” (1994; 39).



La cuestión del carácter activo del pueblo abre el interrogante acerca de la existencia y la necesidad de intermediarios entre aquel y Perón. También lo hace en lo que se refiere a la relación que entablan el pueblo y su líder. Con lo dicho hasta el momento podría sostenerse que *Compañero* muestra algunas reticencias hacia las instancias de vinculación intermedia entre aquella década. Esto iría en contra de la buena estima que Perón tenía hacia los cuerpos intermedios. A este respecto, el líder decía en su ya citado *Conducción política* que la conducción era un sistema que ponía en correspondencia al conductor con los “intermediarios de la conducción, que son las fuerzas destinadas a encuadrar la organización, y luego, con el elemento de la conducción que es el pueblo” ([1952] 1974; 77). En este sentido, el semanario entiende que el vínculo entre Perón y el pueblo –compuesto, éste último, por sus elementos verdaderos, los del interior- se constituyó aquel 17 de octubre de 1945. Se lo concibió, asimismo, como una vinculación directa y sin intermediarios entre la masa y su líder.<sup>56</sup> Vinculación, no obstante, puesta en suspenso a partir de 1955. Esto es, esa plenitud comunitaria edificada alrededor del encuentro periódico entre Perón y el pueblo durante los nueve años de gobierno, parece haber sido astillada con el acaecer del golpe septembrino.

Esto astillamiento, empero, no impedía manifestaciones e intentos por zurcir aquel desgarrado vínculo. Así, por ejemplo, *Compañero* observa que:

El *pueblo* está detrás del ‘Plan de lucha’ de la CGT. O quizás, más exactamente, delante, *abriendo la marcha para que sus conductores no se pierdan en el camino*. Está escuchando con sorna el otro ‘gran debate’, ese que quiere ‘esclarecer’ si es legítimo no ocupar las fuentes de trabajo que los usurpadores llaman ‘propiedad’ (...) Por eso, aunque la CGT no parece revolucionaria, la situación sí lo es (*Compañero*, 34, 3 – *Cursivas propias*).

Pero el *pueblo*, que recuerda los asesinatos del Chacho, Valle, Bevilacqua, Vallese, sabe en la forma que va a responder a la represión,

---

<sup>56</sup> Emilio De Ipola llama la atención sobre el tipo de lazo que tejen Perón y la multitud que se congregó en Plaza de Mayo aquella noche del 17 de octubre de 1945. Analizando el pedido de Perón de que se “queden en esta plaza quince minutos más”, De Ipola asegura: “se trata de fijar, en el éxtasis de un momento (‘quince minutos’) el hecho político del 17 de Octubre bajo la forma cristalizada de una escenificación en la cual cada uno ha de permanecer en su lugar propio; se trata, si se quiere, de transformar el acontecimiento en espectáculo; más precisamente, en un espectáculo reservado para quien, desde los balcones, dispone por derecho propio del máximo campo de visión posible” (1995; 147). Ahora bien, la pregunta que podría hacerse es ¿qué sucede cuando ese “máximo campo de visión posible” es difuminado por la lejanía del exilio? ¿cómo afecta la expatriación de Perón esa escenificación de cada uno permaneciendo en su “lugar propio”?



pues cada joven, cada argentino, *tiene el legado de la llama revolucionaria de Eva Perón. El General vuelve a la Argentina (...)* porque *así lo exige el Pueblo*, y como él ha dicho sólo el Pueblo salvará al Pueblo. Por lo tanto, éste es *artífice de su propio destino*, y *no aceptará tutelas ni interferencias* que quieran ensombrecer el camino de su felicidad y su LIBERACIÓN (Compañero, 64, 3 – Cursivas propias).

Las citas son reveladoras. Por un lado, acerca del carácter activo del pueblo. Éste es el que está llevando a cabo el Plan de Lucha; el que está haciendo las veces de vanguardia; el que conduce a los conductores; aquel que, a fin de cuentas, frente a las reticencias de la CGT, aprovecharía la naturaleza “revolucionaria” de la situación creada. Asimismo, es el pueblo el que traerá de regreso a Perón precisamente porque “así lo exige el pueblo”; su voluntarismo permitiría que el líder retorne, principalmente porque el pueblo es ante todo “artífice de su propio destino”. Por el otro lado, precisamente este endiosamiento de la voluntad y de la acción parecía tornar secundario cualquier tipo de instancia de mediación. Es más, como se precisa respecto a la responsabilidad de la CGT en la consumación del Plan de Lucha, los órganos intermedios parecían ser “interferencias” que ensombrecían “el camino de la felicidad” y la “liberación” del pueblo.

Sin lugar a dudas, donde queda más claro este descreimiento respecto de los órganos intermedios es en la nota de Nicanor Leyes, “Nuestro 17 de Octubre”. Allí, el Secretario General del MRP dice:

El *pueblo trabajador* demuestra actitudes de grandeza histórica; lamentablemente está *dirigido por una pandilla* que se pasa recolectando paja seca para quemar en honor de los trabajadores que, indudablemente, hace llama pero no da calor (...) *Faltó en la tribuna* [de acto del 17 de octubre de 1964] el combativo y vigoroso acento de los *auténticos trabajadores argentinos*, de la ciudad y el campo, que *forman el Ejército del Pueblo*, aunque para ello tengan que marchar ‘con la cabeza de los dirigentes’. No se escuchó la voz del *hachero santiagueño*, del *obrero del azúcar de Tucumán*, del *vendimiador de Cuyo*, del *cosechero del litoral*, del *hombre de las canteras de San Luis* o de las minas de Río Turbio; *tampoco fue expresado el obrero que da vida al cinturón industrial de las grandes ciudades*. Faltó, en fin, la gran síntesis nacional y popular que es el Peronismo (Compañero, 70, 3 – Cursivas propias).

¿No aparece nuevamente aquí una crítica hacia las intermediaciones que, como en lo presentado sobre la figura de Evita, habían distorsionado la esencia del

peronismo? Las “actitudes de grandeza histórica” de los trabajadores –la ocupación de fábricas en el marco de las etapas dispuestas por el Plan de Lucha de la CGT- no encontrarían su correspondencia en las actitudes de la dirigencia sindical. Esta “pandilla” dice hablar en nombre del pueblo pero no se conduce, continúa el Secretario, en acciones que ratifiquen esas palabras –obstaculizando la profundización de la ocupación de fábricas, por ejemplo-. He aquí la distorsión fundamental entre los trabajadores y sus dirigentes, la cual será examinada en el capítulo 2. Asimismo, el índice de este hiato entre las palabras y las acciones concretas de los dirigentes estaría dado por el lugar negado al interior en la “tribuna”, a esos “auténticos trabajadores argentinos”. Esta ausencia manifestaría, de igual forma, el carácter falso de la dirigencia; esto es, al faltar el componente “nacional y popular que es el peronismo” en las gradas del acto, cualquier tipo de reivindicación que aquellos dirigentes hagan del pueblo trabajador caería en saco roto; en otras palabras, no serían verdaderos peronistas en tanto y en cuanto negaron el lugar preponderante de aquellos contingentes del interior.

Puede concluirse a este respecto que, para *Compañero*, en la álgida coyuntura política y económica de los primeros años sesenta, las acciones llevadas a cabo por los trabajadores del interior del país entre 1963 y 1965 contra los sectores patronales –las movilizaciones, las huelgas, las toma de fábricas, por ejemplo- son leídas, frente a las decisiones que tomaría la dirigencia sindical desde Buenos Aires, como una suerte de manifestaciones estentóreas de la “naturaleza revolucionaria” que anidaría en el peronismo.<sup>57</sup> En este sentido, hay una crítica hacia la intermediación que suponían estos dirigentes, a los cuales se los acusaba de haber encubierto el significado revolucionario de peronismo y operar tras bambalinas para detener la revolución de la “década peronista”.<sup>58</sup> Precisamente, como se vio más arriba, la apelación al viejo conflicto Buenos Aires – Interior era resignificado y ligado a los conflictos presentes.

---

<sup>57</sup> En este sentido, Schneider señala que los paros, los trabajos a reglamento y las ocupaciones de fábricas simbolizaron el malestar reinante en el movimiento obrero ante la situación económica y social de la Argentina de 1963. “En ese marco, un sector de activistas, que participaban en comisiones internas y cuerpos de delegados, comenzaron a manifestar su descontento. En líneas generales, las acciones se desplegaron al margen de la cúpula sindical” (2006; 205). Sintomático fue, asimismo, la ocupación de la planta Kaiser Córdoba. Ella delineó, asegura el historiador, algunos matices de lo que serían las ocupaciones de fábricas del año siguiente: toma de rehenes con producción en manos de los trabajadores.

<sup>58</sup> Claro que esta visión crítica de los intermediarios entra en tensión con la reivindicación que se hace de las elecciones de 1946 y de 1962. En este sentido, entonces, y como se desprende de la inyectiva contra los cuadros sindicales “burocratizados”, no se refiere a una concepción inmediateista de la democracia (Rosanvallon, 2007; 64); no se rechazan *in toto* los cuerpos intermedios sino tan sólo los que están encarnados por dirigentes “burocráticos”. Por ello, por ejemplo, importaban los mecanismos electorales para la selección de dirigentes, como lo muestran las elecciones internas del peronismo de 1964.

*Compañero*, entonces, pretende no sólo traer a primer plano aquella naturaleza presuntamente ahogada por las estructuras partidarias y sindicales hegemónicas en el peronismo, sino también restituir el lugar supuestamente troncal que tuvieron los contingentes del interior en aquel, en particular, y en la historia argentina, en general.

### **1.3. Conclusiones**

Este capítulo inaugural estuvo orientado a analizar el modo en que el semanario *Compañero* operó sobre las construcciones acerca del pasado, tendiente no sólo a explicar lo acontecido sino también a proyectar el futuro y redefinir el sentido de la acción presente. Precisamente, esta redefinición permite, en un mismo movimiento, solidificar el espacio propio y establecer aquellos elementos que atentarían contra la unidad de ese campo. Asumiendo que los “usos de la historia” son columnas ineludibles sobre las que se recuesta la constitución de toda identidad política, se discutieron asimismo aquellas hipótesis que pretenden sostener la existencia de una “verdadera historia” a la que la política no haría más que ensombrecer. Todo buceo en el pasado, se concluyó, lleva deliberadamente consigo una herencia de olvidos y errores, que ensombrecen cualquier apuesta por un pasado objetivo o verdadero.

En *Compañero*, entonces, se realiza un retrato del fenómeno peronista que le permitía, en forma simultánea, ligarse a la tradición peronista y polemizar contra los sectores que, ubicándose dentro del movimiento, trataban de cuestionar el rol preponderante del propio Perón. Esencialmente, de esto trataba la recuperación de una “esencia revolucionaria” en el peronismo en la que embarcó el semanario. Así, subrayar aquella supuesta dimensión revolucionaria, permitía al semanario no sólo restituir la autoridad lesionada de Perón sino más aún revalidarse como un actor legítimo dentro del movimiento.

Ese restablecimiento de la presunta faz revolucionaria involucraba: I) reconocerle una supuesta capacidad para conmover el orden de lo dado; II) ligar el acontecer del peronismo –el “17 de Octubre”- con la gesta revolucionaria de Mayo; y III) enlazar la forma de irrupción –la movilización de octubre del 45- con el contenido del peronismo –las políticas públicas que llevó adelante en el gobierno-. Son estos puntos los que permiten poner en cuestión la supuesta reticencia de ciertos grupos peronistas de los años sesenta para recuperar la experiencia del periodo “1945-1955” y, también, la que sostiene que, para aquellos años, todo el peronismo se pensaba revolucionario. En *Compañero*, en este sentido, hay una recuperación de la “década

peronista” que no está exenta tensiones, ya que se marca, por ejemplo, en los propios orígenes del peronismo el nacimiento de una corriente conciliadora y burocrática. Aún así, puede contraponerse tendencialmente a aquellas afirmaciones respecto a la no recuperación del periodo 45-55 el delineamiento que hace el semanario respecto de una esencia revolucionaria peronista que habría sido obturada por otros sectores.

Asimismo, la erección de una “naturaleza” revolucionaria involucraba dos cuestiones para el semanario. Por un lado, la situación de penuria y desasosiego que vivió el movimiento con posterioridad al golpe de 1955 tenía también una dimensión positiva: ella demostró un presunto alto grado de politización y combatividad en las huestes peronistas. Precisamente, esto era lo que los “esténtores revolucionarios” de junio de 1956, enero de 1959 y marzo de 1962 mostrarían: la combatividad y el espíritu de lucha, ahogados por el accionar de los “elementos burocráticos”. En este sentido, la constitución del MRP en agosto de 1964, un nuevo mojón pero aún así relacionado con los anteriores, debía constituirse en la plataforma a partir de la cual renovar las dirigencias políticas y sindicales con aquellos “leales” a Perón. Sólo así, al parecer, ese río caudaloso que eran las masas podría ser reconducido.

Y por el otro lado, en íntima relación con la renovación dirigencial, *Compañero* elaboró una relectura de las figuras de Perón y de Eva Perón. En el caso del primero, para el semanario se trataba de un líder revolucionario enfrascado de una tarea revolucionaria, dispuesto a purgar el movimiento de elementos reacios a esa tarea. Precisamente, la afrenta de los sectores burocráticos contra la reorganización revolucionaria del peronismo que proclamaba el líder era, a su vez, una afrenta contra el rol de Perón en el movimiento. La burocracia, aseguraba *Compañero*, terminaba, en su acercamiento a postulados reformistas, teniendo posicionamientos cercanos al “antiperonismo”. En este sentido, el semanario, haciendo suyo el pedido desde Madrid por la reorganización revolucionaria, estaba siendo “leal” a Perón y a la esencia endémica peronista revolucionaria que la burocracia quería obturar con su desacatamiento.

En el caso de Evita, ella sería presentada como el arquetipo de la “lealtad” a Perón y al pueblo; índice a partir del cual ahondar en la demarcación de las alteridades – los “traidores” a Perón- que atentaban contra la homogeneidad del propio campo. En este sentido, la reescritura del papel que tuvo Evita en las jornadas del “17 de Octubre” pretendía funcionar como un mecanismo a partir del cual descalificar la pasividad y los intentos de conciliación con el gobierno de Illia que exhibían los dirigentes sindicales y

políticos. Precisamente, habrían sido éstos los que intentaron ocultar la dimensión revolucionaria de Eva Perón, suplantándola por una imagen cándida y beatífica. Ello se relacionaba, asimismo, con el cercenamiento del lugar de puente que ella había desempeñado en vida entre Perón y el pueblo. Rol que el propio *Compañero* quería suplir. Esto es, buscaba presentarse como esa intermediación, ese nexo, ese puente entre un Perón exiliado y con su autoridad puesta en cuestión, y su pueblo.

Las páginas de *Compañero* pueden servir también como ejemplo de una constante que atraviesa las identidades políticas con posterioridad a 1955: un entroncamiento de la propia actuación política con las luchas que dieron origen al país. Esta constante permitía la erección de un actor social imaginario con la facultad de trascender tiempo y espacio. Apelando a lecturas de corte revisionistas, en el semanario se realizó una exacerbación del pueblo del interior y también de los caudillos federales. Las polémicas y luchas que éstos entablaron con las autoridades nacionales son traídas a la coyuntura y revalorizadas. Una vez más la disyuntiva de las “dos Argentinas” volvía a cobrar relevancia.

En relación al “pueblo del interior” y a los caudillos, dos cuestiones son claramente perceptibles en las páginas de *Compañero*. En primer lugar, la recuperación de los caudillos se relacionaría con la intención de delinear la preponderancia ocultada de las “clases subalternas”. En este sentido, recuperar a los caudillos federales operaba como una suerte de restitución del papel relevante que las masas habrían tenido en la historia argentina. Precisamente, el hecho de develar aquel papel no sólo buscaba operar como una denuncia sino también como un mecanismo tendiente a restituir el “ánimo de lucha” que los caudillos y las masas del interior había tenido. Así, si éstas últimas parecen tener como característica esencial su capacidad para sortear las vicisitudes y sobreponerse a fin de cuentas, los caudillos federales se constituían en sus correlatos exactos: bravos jefes que se ponían a la cabeza de sus huestes en la lucha.

Y, en segundo lugar, el pueblo del interior es presentado como el reservorio del verdadero pueblo. Así, habrían sido justamente del interior las masas que participaron del “17 de Octubre”. Ellas traían de sus lugares natales toda una cultura que les permitía reconocer a sus verdaderos representantes. Precisamente por eso reconocieron a Perón como un auténtico representante del pueblo. Para *Compañero*, se trataba de un pueblo asertivo y seguro, que pudo sobreponerse tendencialmente a la puesta entre paréntesis de su vínculo idílico con Perón a partir de 1955. Un pueblo, asimismo, que parecía descreer de los vínculos intermedios entre él y su líder. Un pueblo, en otras palabras,

que para el semanario estaba, en el presente, al mando de las movilizaciones, las huelgas y tomas de fábricas. En este sentido, las acciones llevadas a cabo por los trabajadores del interior del país entre 1963 y 1965 contra los sectores patronales eran leídas como una suerte de manifestaciones estentóreas de la “naturaleza revolucionaria” que anidaría en el peronismo, frente a las decisiones que tomaban la dirigencia sindical desde Buenos Aires. Pretendiendo no sólo traer a primer plano aquella esencia ahogada por las estructuras partidarias y sindicales, *Compañero* buscaba restituir el lugar trocal de los contingentes del interior en el peronismo y en la historia argentina.

Ahora bien, lo dicho hasta el momento permite el planteamiento de una serie de interrogantes: los significantes “lealtad” y “traición” aparecen insistentemente en algunos de los extractos analizados de *Compañero*, ¿cómo operan éstos en la constitución de alteridades para el semanario? En relación a ello, ¿existen allí figuras arquetípicas vinculadas a aquellos significantes? ¿La delimitación de alteridades involucra necesariamente la violencia para el semanario? Siendo esto así, ¿de qué modo es conceptualizada la violencia? ¿Cuáles son los argumentos a los que se apela para justificar o para criticar el uso de la violencia? ¿La constitución del MRP en 1964 trastoca de algún modo la forma de entender y explicar el uso de la violencia? Estas son algunas de las cuestiones principales que dinamizan el capítulo siguiente.

## Capítulo II

### Violencia

*Yo le pido a Dios que no permita a esos insensatos levantar la mano contra Perón, porque ¡guay de ese día! Ese día, mi general, yo saldré con el pueblo trabajador, yo saldré con las mujeres del pueblo, yo saldré con los descamisados de la Patria, para no dejar en pie ningún ladrillo que no sea peronista.*

Eva Perón, *Discurso por el Día del Trabajo*, 1 de mayo de 1952

*Los “leales” y los desleales cuentan sólo para construir y debemos manejarlos a todos porque sino llegaríamos al final con muy poquitos. Por otra parte, hay dos clases de lealtad, la de los que son leales de corazón al Movimiento y los que son leales cuando no les conviene ser desleales. Con ambos hay que contar: usando a los primeros sin reservas y utilizando a los segundos, a condición de colocarlos en una situación en las que no les convenga defecionar.*

Juan Domingo Perón, *Carta a John William Cooke*, 1966

Un porcentaje mayoritario de trabajos académicos que intentaron explicar el fenómeno de la violencia política en la Argentina de los años sesenta y setenta han tenido como característica distintiva el haberse circunscripto meramente al periodo 1969-1976. Orientados a explorar el periodo que media entre el “Cordobazo” y el arribo de la última dictadura militar, han puesto la mirada específicamente sobre las formaciones políticas ligadas a experiencias autopresentadas como revolucionarias, tanto marxistas como peronistas, y la relación que éstas entablaron con las prácticas violentas.<sup>59</sup> En definitiva, puede decirse que han escaseado las investigaciones orientadas a estudiar las manifestaciones que adquirió la violencia política en la Argentina de los primeros años de los sesenta, sea en las formaciones políticas que se identificaban como peronistas

---

<sup>59</sup> Aquí pueden mencionarse, sin ánimos de exhaustividad, los trabajos de: Richard Gillespie, [1982] 2011; Claudia Hilb y Daniel Lutzky, 1984; Pablo Giussani, 1984; Eliseo Verón y Silvia Sigal, [1986] 2014; Cecilia Luvecce, 1993; Gustavo Morello, 2003; Pilar Calveiro, 2005; María Matilde Ollier, 2006; Vera Carnovale, 2011; Daniela Slipak, 2015; y Esteban Campos, 2016.

como también en aquellas otras que se no se reconocían de este modo, como es el caso de la izquierda no peronista.<sup>60</sup>

En este sentido, el segundo capítulo desarrolla un análisis de las formas que adquiere la constitución de la alteridad y el trazado del lazo comunitario. Ambos son, debe remarcárselo, operaciones fundamentales de la constitución identitaria. Jean-Jacques Rousseau, complejizando las cavilaciones vertidas por el marqués D'Argenson, marcó que la presencia de intereses diferentes era condición *sine qua non* para la existencia un interés común ([1762] 2004; 61).<sup>61</sup> Esto es, la posibilidad de algo más que la existencia de intereses particulares estaba íntimamente relacionada con la pervivencia de la oposición entre esos mismos intereses. En otras palabras, el pensador ginebrino parece estar aduciendo que “[n]o hay identidad si no hay límite que la definan, no hay identidad fuera de un sistema de diferencias” (Aboy Carlés, 2001; 64).

Para la constitución del doble movimiento que erige la alteridad y también el campo comunitario, *Compañero* se vale alternativamente de los significantes “lealtad” y “traición”. Éstos permiten delinear el límite entre el campo propio y el campo de los “enemigos”, y, al mismo tiempo, dotar de cohesión al grupo de pertenencia. La apelación de *Compañero* a significantes como “traidores” / “traición/ “leales” / “lealtad” es utilizada a los fines intensificar el conflicto político, a la unión y a la separación respecto del propio campo comunitario. Esta recurrencia encuentra su cenit en dos figuras caras al imaginario peronista: Evita y Augusto Timoteo Vandor. Mientras Evita es figurada como la lealtad sin reservas para con Perón y su causa, Vandor es concebido por el semanario como la encarnación de la traición al peronismo, al pueblo y a su líder.

Asimismo, la “lealtad” y la “traición” encuentran su reverberación en los modos específicos en que se conceptualiza la violencia en *Compañero* ¿Qué debe hacerse con

---

<sup>60</sup> Merece la pena mencionar otras investigaciones que han examinado el fenómeno de la violencia en los años inmediatamente posteriores al derrocamiento de Perón. Son los casos, por ejemplo, de Spinelli (2005) y de Samuel Amaral [1993] (2004). En lo que hace a la primera, su estudio se circunscribe al periodo inmediatamente posterior a la intervención militar del 16 de septiembre del 55 desde una dimensión más partidaria, tocando la violencia sólo tangencialmente. Amaral, por otro lado, analiza las diatribas escritas por Perón y las prácticas desorganizadas e inorgánicas que caracterizaron los años finales de la década del cincuenta, poniendo un excesivo peso en la publicidad que los diarios hicieron de tales hechos.

<sup>61</sup> Arendt ha llamado la atención sobre la importancia de esta nota al pie de página realizada por el autor de *El Contrato Social*. Para la pensadora alemana, esta adición que hace Rousseau a lo dicho por el marqués de D'Argenson es fundamental para comprender el concepto rousseauiano de voluntad general. Aún más, Arendt adujo que la razón por la que el ginebrino optó por colocar semejante reflexión en una simple nota al pie demostraba que la “experiencia concreta de la que Rousseau hacía derivar su teoría le había llegado a parecer tan natural que no creía necesario mencionarla” ([1963] 2012; 104). Para Gerardo Aboy Carlés, las lógicas constitutivas de la política, la equivalencia y la diferencia, los juegos entre la parte y un todo que la trasciende, pueden verse presentes en Rousseau a partir de la mencionada nota (2010a; 22).



los traidores? ¿Alcanza con exponerlos para luego expulsarlos? ¿Quiénes son los grupos de leales? ¿De qué forma manifiestan aquellos su lealtad a Perón? ¿Existen figuras arquetípicas? Como se verá en la segunda parte del presente capítulo, la violencia recorre un eje vertical, adquiriendo una doble faz que, en el transcurso de los números de *Compañero*, va borrando sus contornos: una violencia que acciona y otra que reacciona a ésta; una violencia que brota de la cúspide del poder estatal, involucrando detenciones, torturas y muertes de militantes peronistas, así como también la propia proscripción del peronismo; otra violencia concebida como su reacción instantánea y pasional, la que es llevada a cabo por los propios peronistas contra el régimen.

Mientras la violencia del régimen es asociada con la ilegitimidad, la ilegalidad y la injusticia, la violencia reactiva, la que es fruto de la reacción de las masas ante el clima represivo, es imaginada como la contracara exacta; esto es, tan legítima como justa. A su vez, en la primera de estas violencias, la figura del mártir ocupa un lugar fundamental: muestran tanto la “ferocidad” del régimen como también la lealtad y el espíritu de sacrificio de los militantes peronistas. Como sostiene Hugo Vezzetti: “el ejemplo siempre proviene de los mártires y los caídos en combate” (2013; 142). En este preciso sentido, epítome del “mártir peronista” es Felipe Vallese, escenificado también como la contracara exacta de la figura del traidor. Luego, con la intensificación, después de la constitución del Movimiento Revolucionario Peronista en agosto de 1964, del llamado a la “lucha armada” y a formar un “Ejército del pueblo” que la espontaneidad e instantaneidad asociada a la violencia reactiva deja su lugar a una concepción instrumental de la violencia. En otras palabras, la violencia presuntamente instantánea, pasional y muda, producto de la impotencia que un conjunto de actores siente hacia un determinado estado de cosas vivido como insoportable (Claudia Hilb, 2003; 5), es reemplazada por una concepción instrumental de la violencia, comprendida como la delineación de un conjunto de medios indispensables para alcanzar un determinado fin (Arendt, [1972] 2015). A partir de aquí, la lucha armada y la formación de un ejército comienzan a funcionar como los medios indiscutibles para la concreción del fin que era traer nuevamente a la Argentina a Perón y devolverlo al poder. En este exacto sentido, y como complemento a la lucha armada, la imagen de los “tribunales populares” constituye el epítome del devenir de la violencia reactiva en instrumental en *Compañero*.

## **2.1. De la lealtad y la traición**

### 2.1.1. De los leales trabajadores frente a la traición de la burocracia

El 21 de mayo de 1964 se dio inicio a la ocupación de fábricas en el marco de lo que se llamó la segunda etapa del Plan de Lucha elaborado por la CGT. Más de un millón de obreros textiles, químicos, metalúrgicos, navales, albañiles, aceiteros y fideeros llevaron a cabo la ocupación de sus lugares de trabajo. Cerca de ochocientos establecimientos fabriles fueron ocupados en la Capital Federal –Saavedra, Núñez, Belgrano, Villa Lugano y Mataderos- y en algunas localidades del conurbano –Avellaneda, Lanús, Valentín Alsina, Villa Domínico, Dock Sud y Sarandí- (Schneider, 2006; 216). Al decir de James, el Plan, capitaneado por Vandor, constituyó “una impresionante demostración de organización y disciplina”, ya que en el transcurso de cinco semanas “fueron ocupadas más de 11.000 plantas, con intervención de más 3.900.000 obreros” (1990; 224).

Seis días después de la iniciación formal<sup>62</sup> de esta segunda etapa, Valotta comentaba en su editorial semanal:

Se ha cumplido por fin, aunque parcialmente todavía, con la etapa del ‘Plan de Lucha’ de la CGT que establecía la *toma masiva de fábricas por los trabajadores*. Cerca de 1.000 establecimientos fabriles, en manos de sus obreros, constituyen una *prueba terminante de la real combatividad de las bases tantas veces menospreciadas* por ciertos dirigentes burocratizados para justificar así sus posiciones claudicantes (...) Es necesario dejar en claro que *la victoria corresponde a los cuadros de base que reflejan mejor que nadie la voluntad de lucha* que existe en la masa trabajadora, porque están estrechamente ligados a ella y son sus auténticos representantes (*Compañero*, 48, p. 1 – Cursivas propias).

Para el máximo responsable de *Compañero*, la toma de mil fábricas mostraba una realidad que las dirigencias burocratizadas estaban empeñadas en mantener oculta: la “real combatividad de las bases”. Precisamente, aquellos se valían de ese menosprecio para mantener sus propios privilegios. Como señala muy bien Raimundo, la objeción del semanario hacia la burocracia no se refiere tanto a la falta de democracia –motivo central de los movimientos de democratización sindical de los setenta, por

---

<sup>62</sup> Según Schneider, muchos de los analistas que han estudiado la ocupación de fábricas han errado al haber señalado al 21 de mayo como el punto de inicio de éstas. Para el autor, en contrapartida, la medida de fuerza empezó tres días antes, el 18. “En dicha jornada, la protesta tuvo una breve duración; en pocas horas, los lugares ocupados fueron desalojados” (2006; 216). Schneider ofrece dos hipótesis para explicar el desenlace de este primer episodio: 1) reflejó las tensiones entre las 62 Organizaciones y los Independientes; o 2) sólo fue una muestra al gobierno acerca del poder de fuego que tenían para organizar y movilizar a la clase obrera.

ejemplo- como sí al de ser “freno de la lucha de las bases peronistas” (2001; 216). Valotta, más arriba, aclara: si constituyó una victoria sobre el sistema político-económico la toma de los establecimientos fabriles, esa victoria corresponde pura y exclusivamente a los trabajadores, a los “cuadros de base”. Aquellos que, justamente debido a su ligazón y cercanía con la “masa de trabajadora”, reflejaron la voluntad de lucha de ésta.

En el mismo editorial, el responsable máximo de *Compañero* continúa:

Ha sido su presión [la de las bases] constante sobre los burócratas encaramados en la dirección del Movimiento Obrero la que evitó un nuevo retroceso de los tantos que ha producido *una dirección absolutamente divorciada de las bases y en abierta complicidad con el enemigo*. Las *constantes traiciones*, junto a la dramática situación que vive la clase trabajadora, *ha ido acentuando peligrosamente ese divorcio que amenazaba ya la permanencia en sus sillones de los señores burócratas* de la Central Obrera. Por eso es que han tenido que abrir esta válvula de escape –aunque muy limitadamente- para evitar ser rebasados por los hechos (*Compañero*, 48, p. 1 –Cursivas propias).

Mediante la presión sobre sus dirigentes, esos “cuadros de bases” evitaron que el Plan de Lucha retrocediera en sus pretensiones o sea abandonado. Valotta observa, en este sentido, que los retrocesos que se han producido en el Plan desde su anuncio – enero-febrero de 1963- se explican por la ruptura, el quiebre del lazo entre dirigentes-dirigidos, “divorcio” en gran medida derivado de las “constantes traiciones” de los dirigentes burocráticos hacia las bases. Si estos últimos lanzaron la ocupación de fábricas, ello no se debió precisamente a sinceras razones, sino que trataron así de evitar “ser rebasados por los hechos”. Esa “válvula” de escape que significó el lanzamiento de la segunda etapa del Plan de Lucha fue, en definitiva, pura y exclusivamente producto de la presión de las bases, aduce Valotta.

Esto que aparece en *Compañero* adquiere más relevancia si se lo compara con lo dicho por Perón. En su célebre *Conducción política*, el caudillo lobense señalaba, al tratar la cuestión de las diferencias entre masa y pueblo, que eran los dirigentes los que daban valor a un pueblo, ya que eran quienes lo impulsaban y dirigían. En este sentido, una masa mal conducida, que no “va donde la conducen sus dirigentes” puede verse en la tentación de desbordarlos, algo que claramente Perón no veía con buenos ojos (1974; 93). Esta idea, sin embargo, se encuentra en tensión con lo que marcaría Perón en el exilio. Por ejemplo, en *La fuerza es el derecho de las bestias*, señalaba: “Nuestro

movimiento ha sido creado y organizado ‘de abajo hacia arriba’. Cuenta la masa más que los dirigentes (...) [En nuestro partido] los dirigentes dependen de la masa” ([1956] 2013; 30). Algo similar aparece en *La realidad a un año de tiranía*. El golpe de 1955, además de haber servido para “purificar el Movimiento, intensificarlo y extenderlo”, indicaba también un hecho incontrovertible de la realidad política argentina posperonista: los dirigentes habían sido superados por la masa, la cual “[t]iene la fuerza de un oleaje, tal vez lento, pero incontenible, que va aumentando su potencia con un ritmo avasallador” (Perón, 1958a; 39). No tomar consideración de este hecho, aseguraba el otrora presidente, no llevaba más que al fracaso.<sup>63</sup> *Compañero*, en este sentido, claramente se hace eco de las ideas del Perón del exilio. Con seguridad, a esto haya contribuido el sentimiento de orfandad que muchos peronistas experimentaron al ver a sus dirigentes entrando en conversación con políticos no peronistas e, incluso, delineando estrategias político-electorales allende la figura del gran exiliado.

Dos cuestiones capitales se derivan de los extractos de *Compañero* arriba presentados. Por un lado, la cuestión de la legitimidad. Junto con Max Weber [1922] (2008), podría señalarse a la legitimidad como la representación de validez que un orden brinda a los fines de suscitar la adhesión de un conjunto de hombres. En contrapartida, ilegítimo sería, por ejemplo, un orden que no pudiese suscitar dicha adhesión. Precisamente, esto es lo que Valotta está sugiriendo. Para el periodista, ese ordenamiento que conforma la diada dirigentes-bases se encuentra atravesado por la ilegitimidad: los dirigentes desestiman el ánimo de lucha de las bases, poniendo coto a la expansión del Plan de Lucha y privilegiando sus intereses particulares por sobre los de sus dirigidos. Si aquellos comunicaron la implementación de la segunda fase de Plan, ello se debió al temor a la desobediencia de las bases más que a sinceras intenciones de luchar contra el sistema político-económico. Esto es, al riesgo de que el mandato

---

<sup>63</sup> Esta metáfora acuifera no debe verse como un simple recurso estilístico por parte de Perón. Es, en contrapartida, la manifestación acerca de cómo entendía la actuación de las masas. En *Los vendepatria*, por ejemplo, esta alegoría se profundizó: mientras los “pueblos siguen la táctica del agua; las oligarquías, [las] de los diques que contienen, encauzan y explotan”. Los pueblos, continuaba Perón, siempre pugnan por desbordar aquel dique. Cuando la “compuerta es impotente para regularla”, los pueblos la desbordan torrencialmente, tomando la forma de aluviones. En este sentido, entonces, mientras los “diques oligárquicos” siempre terminan desbordados por las masas, el “dique Perón” logra regularlas y atemperar sus manifestaciones destructivas ([1958] 1974; 185). Sin ánimos de entrar en un análisis pormenorizado del término y sus usos, es interesante mencionar que para el politólogo colombiano Cristian de Jesús Acosta Olaya el populismo gaitanista pretendió, cual dique, “controlar de manera beligerante la tendencia a configurar como *enemigo* al adversario político” (2015; 87 – *Cursivas* en el original). Esto es, funcionó como una contención a la violencia política. Algo similar sucede con Perón, como lo muestra, por ejemplo, aquel famoso discurso en la Bolsa de Comercio del 25 de agosto de 1944. Ello no obtura, empero, el gesto de amenaza que Melo (2009; 123) encuentra en el mencionado discurso.

dirigencial de “negociar con el régimen azuzando la posibilidad de una completa toma de fábricas en todo el territorio nacional”<sup>64</sup> sea desbordado por la “real combatividad de las bases”, como se extrae de los párrafos de *Compañero* citados arriba.

Luego, la segunda de las cuestiones que emanan de las citas precedentes: la fidelidad. Carl Schmitt ha señalado que los conceptos centrales de la política en la modernidad son conceptos teológicos secularizados ([1922] 2005a; 57). Eso ocurre con la palabra “fidelidad” cuya raíz latina, *fidélitas*, significa literalmente servir a un dios. El cristianismo revalidó este significado: se era fiel a Dios cumpliendo con la alianza que él trazó con su pueblo. En el feudalismo, por ejemplo, los vasallos y sus señores feudales estaban unidos por un vínculo: una promesa de fidelidad mutua los mantenía unidos (Weber, [1922] 2008; 205). Salvando las distancias temporo-espaciales y conceptuales, en una sintonía similar está pensado el vínculo dirigentes-bases el semanario. Al decir de Valotta, las traiciones de los cuadros dirigentes mellaron el lazo de fidelidad entre ellos y las bases. En este sentido, quebrado el vínculo de fidelidad que los unía, los dirigentes dejaron de cumplir la función de legítimos representantes de los trabajadores. Valotta es concluyente: no son los auténticos representantes. Sólo habrá verdadera representación “cuando existe una conducción revolucionaria y combativa, pues en ese caso hay una identificación plena con las bases, que son revolucionarias” (Raimundo, 2001; 216). Con lo dicho, reverbera aquí una de las máximas esgrimidas por Perón en *Conducción política*: la lealtad a dos puntas. Al decir del caudillo, para que el conductor sea seguido necesita lealtad, ya que “[n]adie sigue al hombre a quien no cree leal, porque la lealtad, para que sea tal, debe serlo a dos puntas: lealtad del que obedece y lealtad del que manda” ([1952] 1974; 151 y 152). La función de representante, como se sigue de lo que dicho por Valotta, sólo la cumplen las bases representantes en razón de su ligazón con la masa de trabajadores. Esto es, las bases son fielmente representantes de los trabajadores en tanto están ligadas a las masas.

En un sentido similar, en dos editoriales anteriores a los expuestos, el máximo responsable de *Compañero* sentencia:

---

<sup>64</sup> En otras palabras, parafraseando al famoso eslogan vandomista, “amenazar primero y negociar después”. A este respecto, Santiago Senén González y Fabián Bosoer narran un episodio que ayuda a comprender la estrategia vandomista: “Golpear y negociar era la consigna. Un obrero metalúrgico describe una asamblea de la época: estaban reunidos para decidir una medida de fuerza y de repente lo ven aparecer a Vandom. Como era lógico, supusieron que el Lobo venía con la intención de frenar la huelga. Iniciada la Asamblea se barajaban distintas opciones. Para sorpresa de todos, Vandom expuso la suya: ‘Paro por tiempo indeterminado y toma de la fábrica con armas’. Nadie lo podía creer (...) [E]l conflicto se superó tal cual él lo previó, negociando con los patrones las medidas progresivas, ‘pegando y negociando’” (2009; 68 – Cursivas en el original).

La *burocracia sindical y política* que pretenden representar a los trabajadores ha intentado todos los *caminos de la conciliación con el enemigo*, a pesar de la dramática situación que soporta el pueblo argentino. El *divorcio que separa a la dirección capituladora de las bases es ya demasiado profundo* (...) La *clase trabajadora* se encuentra en condiciones de *forjar una nueva conducción que represente cabalmente su voluntad actual de lucha*. Así lo ha demostrado la *decisión con que han asumido las bases el 'Plan de Lucha'*, que rebasa las previsiones de la CGT, amenazando con desbordar los limitados objetivos que se proponían alcanzar los dirigentes conciliadores (*Compañero*, 34, p. 1 – *Cursivas propias*).

Ya no pueden haber dudas sobre el *profundo divorcio que separa a la dirección burocratizada del Movimiento Obrero y las bases* (...) El *miedo a las bases es el resultado natural de los compromisos* de una dirección claudicante que teme ser rebasada por la clase trabajadora. El largo proceso por el cual *se fueron alejando de sus representados y comprometiendo con el régimen* que debían combatir, va tocando a su fin (...) [E]s *miedo a las bases, ese salir disparando, todo este conjunto de hechos, están diciendo bien a las claras que la burocracia encaramada en la dirección del Movimiento Obrero, hoy es 'extranjera' ante las masas, a las que debiera representar* (*Compañero*, 43, p. 1 – *Cursivas propias*).

Como puede verse, el motivo del “divorcio” aparece en la pluma de Valotta con anterioridad al lanzamiento propiamente dicho de la segunda etapa del Plan de Lucha. Nuevamente, este resquebrajamiento profundo, y por tanto inocultable entre dirigentes y bases, estuvo dinamizado por los “caminos de conciliación con el enemigo” y los compromisos asumidos con el gobierno radical, que hizo de la burocracia una “extranjera ante las masas”. Unos años antes, en 1962, Cooke trazaría una dicotomización similar. Para el “Bebe”, el peronismo venía arrastrando desde hacía tiempo una “contradicción” fundamental: por un lado, contaba con un “Jefe Revolucionario y una masa revolucionaria”, y, por el otro, presentaba “cuadros intermedios (...) especímenes de la vieja burocracia, que sólo conciben la política en los marcos tradicionales, reformistas y negociadores” (Baschetti, 2012; 213). En ambos casos, los cuadros burocráticos aparecen como disociados sea de las “bases” o de la denominada “masa revolucionaria”. Ante ese panorama, Valotta, como se aprecia en la cita referenciada, retoma el ejemplo que las bases han dado con el Plan de Lucha. Es precisamente esta muestra la que indica, para el editor de *Compañero*, la necesidad

perentoria de la clase trabajadora: “forjar una nueva conducción” que pueda representar y canalizar el ánimo de lucha de los trabajadores.

Aquí podría encontrarse una tensión fundamental entre dos elementos. Por un lado, como se vio en el primer capítulo, la desestimación que *Compañero* presenta respecto de cualquier otra instancia que pretenda mediar entre Perón y el pueblo, que no fuese el propio semanario. Como también se precisó en aquel capítulo inaugural, *Compañero* se arrogaba el lugar de nexo entre el líder y su pueblo, rol que otrora habría tenido Evita. En este sentido, no es casual que *Compañero* recurra a la segunda esposa de Perón. Como señala Svampa, la condición de mediadora que ella presentaba entre Perón y el pueblo estaba dado “en virtud de sus orígenes mismos, es decir de su emergencia del campo social” ([1994] 2006; 307). Esto es, podía ser nexo porque era parte del pueblo y había elegido ser la “voz del pueblo”. Esta dimensión es claramente recuperada por *Compañero*: una parte del pueblo, de los sectores trabajadores, de las bases, que elige ocupar el lugar de “correa de transmisión” de la voluntad de ese pueblo, de esos trabajadores, de esas bases.<sup>65</sup>

Y, por el otro, la pretensión de que la “voluntad de lucha” de los trabajadores encuentre su correspondencia con una nueva conducción gremial. Esto es, en tanto “vanguardia del proceso de liberación”, la clase trabajadora reconoce que el único medio para “la conquista del poder” y para “terminar con la opresión y la miseria” es la revolución, pero que necesita una “dirección esclarecida y consecuente” (*Compañero*, 34, p. 1). Carl Schmitt ha señalado que el principio político-formal de la representación es un fenómeno de carácter “existencial” que consiste en hacer presente de forma pública algo que era imperceptible. El acto de suponer “presente lo imperceptible, al mismo tiempo que se lo hace presente” no es posible con “cualquier especie de ser”. Para el jurista alemán, la representación supone, en contrapartida, una especie particular de ser. Es a partir del proceso de representar, señalaba finalmente Schmitt, que “adquiere apariencia concreta una alta especie de ser” ([1934] 2006; 209). Para *Compañero*, en este preciso sentido, la “alta especie de ser”, la actualización de lo imperceptible, estaba relacionado con la constitución de la conducción esclarecida con respecto a los medios de lucha que deben adoptar los trabajadores para conquistar el poder y consecuente tanto con Perón como también con el ánimo de lucha que

---

<sup>65</sup> Aún más: podría sugerirse que la elección del nombre para el semanario se encuentra empapada de esta idea. Como se sabe, esta palabra sustancial del imaginario peronista viene del latín y deriva de las palabras latinas *comedere* y *panis*. En este sentido, entonces, *compañero* –*cunpanis*– era quien compartía el mismo pan entre sus iguales.

mostraban los trabajadores. Ambas cuestiones son primordiales para *Compañero* a los fines de polemizar con la burocracia en tanto reflejo de la “conciliación” y el “reformismo”. Ella manifestaba, para el semanario, una intención de quebrar la unidad entre Perón y los trabajadores. A este respecto, véanse dos extractos:

*La organización obrera que Perón dejara al pueblo (...) pese a los intentos de los ganapanes del imperialismo no ha podido ser dividida, fraccionada. Ello se debe a la férrea unidad de las bases del movimiento mayoritario que traslada a las '62 organizaciones', su unidad monolítica en torno de Perón, a pesar de la complicidad de ciertos burócratas con intereses extraños a los de la clase obrera y del país. Los gorditos de la CGT, -como los llama ya el pueblo- pese a su dirección conciliadora, no han podido, ni podrán desvirtuar el contenido revolucionario de la lucha que le diera nuestro líder, y que a cada rato reafirman sus bases (Compañero, 48, p. 5 – Cursivas propias).*

*Las organizaciones gremiales se transformaron, entonces, en trincheras de lucha, soportando todo el peso de la persecución del régimen [después de 1955]. Junto a la violencia, y como su complemento, llegó el soborno y las tácticas corruptoras de la burguesía, tendientes a destruir al movimiento refugiado en los sindicatos. La falta de una comprensión de fondo del proceso, unida a la acción corruptora del régimen con quienes debían mantener un trato permanente en virtud de la labor gremial reivindicatoria, los hizo caer sobre el reformismo a la traición. Dada la inexistencia de un aparato político revolucionario, los dirigentes sindicales debieron asumir la dirección, trasladando todas esas debilidades al plano de la acción política del Movimiento (Compañero, 57, p. 3 – Cursivas propias).*

Fue gracias a la “férrea unidad de las bases” que los intentos por dividir al movimiento obrero no prosperaron. La “unidad monolítica en torno de Perón” que las bases trasladaron a las 62 Organizaciones frenó cualquier fraccionamiento de las organizaciones obreras, a pesar de los motivos que “ciertos burócratas con intereses extraños a la clase obrera” tenían en ello. Aún con estos burócratas encaramados en la dirección de la CGT, los ánimos de lucha, el “contenido revolucionario de la lucha” que diera Perón y reafirmaran las bases no podrá ser desvirtuado por los burócratas. Es interesante notar, empero, que sí parece haber habido una suerte de “desvirtuación” para *Compañero*: esas organizaciones gremiales que luego del golpe de Estado de 1955 se habían convertido en “trincheras de lucha”, mediante operaciones como la coacción y el soborno terminaron abrazaron el reformismo. El miedo (a la violencia) y la corrupción



(del soborno) fueron trasladadas al plano de la acción por los dirigentes sindicales encargados de la dirección del movimiento obrero. Del reformismo, entonces, se cayó en la traición.

Este último es un punto muy importante. Como ya se anticipó, el motivo de la traición y de su término antagónico, la lealtad, constituye uno de los dispositivos a los que apela *Compañero* para configurar la alteridad y escenificar el campo propio. Hilb y Lutzky, por ejemplo, van en este sentido cuando notan que el tema de la traición tiene una importancia capital en el imaginario peronista: ayuda a “explicar como otros peronistas (es decir del campo propio) son enemigos”. Aquellos que “no coinciden con peronismo imaginado (...) son estigmatizados como ‘pasados al otro campo’, traidores (1984; 47).<sup>66</sup> Esta función de frontera de la traición es patente, por ejemplo, en la glosa evitista. En *La razón de mi vida* la segunda esposa de Perón señalaba que tras las primeras medidas de la Secretaria de Trabajo y Previsión, los “dirigentes honrados del sindicalismo argentino se aliaron con Perón. En la vereda de enfrente quedaron los que no quisieron oír las promesas ni quisieron ver las realidades (...) [Ellos se] ganaron el olvido de los trabajadores; el olvido, que es la manera que el pueblo tiene de despreciar a quienes lo traicionan” ([1952] 2006; 64). Asimismo, en *Historia del Peronismo*, Evita argumentaba que Perón realizó todas sus obras “contra la incomprensión de los de afuera y, lo que no esperábamos, también contra los de adentro, lo cual constituye una traición, que es lo que más amarga” ([1951] 1987; 1967). Como contrapartida, la lealtad parece reservada para los que configuran el campo propio. Esto es, leales son todos aquellos que no se han pasado a ese “otro campo”, que respetan y acatan las directivas de Perón y, lógicamente, no ponen en cuestión su legitimidad. Evita señalaba, por ejemplo, en un discurso de 1949, que se había denominado “Día de la Lealtad” al “17 de Octubre” justamente porque encarnaba “la lealtad de un pueblo para con su vida, día de la lealtad entre hermanos de una misma causa”, de un pueblo en el que no “cabe la

---

<sup>66</sup> Sin embargo, el tema de la traición se manifiesta también en el campo no peronista. Como marca Terán, el grupo de intelectuales de izquierda y “nueva izquierda” que habían creído ver en el proyecto desarrollista del frondizismo una estrategia para no sólo acceder al poder sino también para superar las condiciones de atraso económico y marginalidad social, bien pronto se encontró con un desengaño, con “la traición de Frondizi”. “En octubre de 1958, las 62 Organizaciones declaran un paro que es la marca de que el pacto se ha roto (tal como Perón lo revelaría públicamente un año después), y cuando al mes siguiente estalla una huelga en Mendoza, Frondizi no vacila en acusar a peronistas y comunistas de estar promoviendo lisa y llanamente la ‘subversión’” (1991; 132-133). Asimismo, Perón no vaciló en calificar como traición, en enero de 1960, la actitud tomada por Frondizi, la que significó el quiebre del pacto (Baschetti, 2012; 169).

traición, y cuando la sospecha pasa como una sombra hay un solo grito: ‘¡La vida por Perón!’” (1986; 140-141).

Al respecto de esta diada, es posible aquí discutir una idea planteada por James tanto en “The Peronist Left 1955-1975” como también en su clásico *Resistencia e integración*. Respectivamente, señala el historiador británico:

[Para la izquierda peronista] [e]l peronismo era *per se* de izquierda, antiestablishment y revolucionario, y la lealtad al exiliado y vilipendiado líder bastaba como una definición de estrategia política. Este continuó siendo el caso después de 1962 y en muchos casos el gobierno militar de 1966 reforzó esta característica: de ahí, la *constancia de la terminología* en la que el *peronismo de izquierda definió a sus enemigos y definió su carácter distintivo desde 1955 –su vocabulario político era esencialmente moral–*. La derecha eran aquellos que habían ‘traicionado’ la dura lucha contra los gobiernos antiperonistas, aquellos que habían corrompido y traicionado la esencia del peronismo –en definitiva, aquellos que habían traicionado a Perón– (James, 1976; 276 – Cursivas y traducción propias).

[T]oda la dinámica de la Resistencia y la regresión siguiente a 1955 habían contribuido a esa *carencia de definición ideológica formal* (...) [L]a experiencia de la Resistencia tendió a ser encarnada por un característico *conjunto de valores y estructuras de sentimientos en vez de conducir a la elaboración de una ideología extremista distinta* (...) [L]a índole de la terminología en que la izquierda peronista definió a sus enemigos y se caracterizó a sí misma. Su *vocabulario político era esencialmente moral* (...) Conceptos como los de ‘leales’, ‘traidores’, ‘duros’, ‘blandos’, ‘fe’, ‘lealtad’, ‘intransigencia’, que constituían el núcleo tradicional de la terminología de los duros, se referían en definitiva a *cualidades morales y valores éticos antes que a programas políticos y preceptos ideológicos* (James, 1990; 277-278 – Cursivas propias).

Para James, el rasgo distintivo que tuvieron los “duros” del sindicalismo peronista, y del cual se habrían empapado aquellos peronistas que se autoidentificaban con posiciones de izquierda, fue la apelación a un “vocabulario esencialmente moral”. En este sentido, se habría tratado de una concepción moral que impedía tanto la formación de “programas políticos y preceptos ideológicos” como también la “elaboración de una ideología extremista distinta”. Al decir del historiador inglés, ese conjunto de “cualidades morales y valores éticos”, no políticos, eran la piedra en el

zapato del desarrollo de una ideología política coherente; ideología que muy sutilmente James ve concretizada en las formaciones peronistas de los años setenta.<sup>67</sup>

De manera similar, esta posición es sostenida por Raimundo. Para este historiador, las diferencias políticas que enfrentaban a “duros” y “blandos” del peronismo no constituían una expresión de controversias ideológicas, en tanto “[l]os duros juzgaban a sus oponentes en términos morales: el problema era que aquellos adolecían de una serie de vicios, a los que debían oponerse una serie de virtudes” como la intransigencia, la lealtad o el valor (2001; 205). Además de recusársele de forma similar a como se hizo en el caso de James, podría contestársele a Raimundo, junto con Zizek, que si la ideología es “una fantasía (inconsciente) que estructura nuestra propia realidad social” ([1989] 2009; 61), esas querellas que Raimundo ve como no ideológicas estructuran, no obstante, la realidad social de los actores. En otros términos, ¿qué más propio de esa función social estructurante de la ideología que la de trazar la división entre el campo de los amigos y el campo de los enemigos, para utilizar un vocabulario schmittiano, utilizando para ello categorías como “traición” y “lealtad”, “traidores” y “leales”? Que esta dimensión ideológica no esté formalizada según los cánones marxistas, como parece esperar Raimundo, es una cuestión diferente.

En contrapartida a la posición de ambos autores, puede sostenerse con seguridad que allí donde ellos ven no-politicidad se trata en realidad de una politicidad flagrante. A este respecto, Carl Schmitt ha mostrado que la definición propia de lo político residía en su capacidad de distinguir a los amigos de los enemigos, en donde los apelativos morales, éticos, económicos o de cualquier otra índole sólo servían para indicar la “intensidad *extrema* de una unión o de una separación” ([1932] 2015; 26 – *Cursivas* en el original). Dicho de otro modo, las apelaciones morales que James ve como no políticas son, basándose en lo que señalaba Schmitt, políticas por excelencia ya que permiten dotar de intensidad al agrupamiento “amigo-enemigo” que es característico de lo político

Respecto a esto, Balbi, en su trabajo *De leales, desleales y traidores*, menciona que Perón, sin advertirlo, transfirió su concepción de lealtad, heredera de la vida militar,

---

<sup>67</sup> Aún sin ir en el mismo sentido que la crítica aquí vertida, Ehrlich le señala al historiador inglés un punto más que pertinente: “[A]demás del contexto [caracterizado por derrotas gremiales y por la desmovilización obrera tras el conflictivo año 59], determinados elementos ideológicos procedentes de la familia política del nacionalismo, como el antipoliticismo, el apego al líder, y un anticomunismo en proceso de moderación pero todavía activo, imbricados en las actitudes combativas y la retórica obrerista y anticapitalista del sindicalismo peronista en 1960, operaron como límite a la posibilidad de una radicalización general de este sector del movimiento obrero hacia la izquierda” (2012; 201).

al ámbito político. Extrapolación que sucedió no sin cambios. Al decir del antropólogo argentino:

En el ámbito militar, la **lealtad** que se profesa a personas (al **superior**, al subordinado, al camarada) es función de lo que se debe a una institución (el **Ejército**). Inversamente, en el ámbito del *peronismo*, la *lealtad* que se profesa a instituciones (los partidos peronistas, el Movimiento entendido como un conjunto cambiante de instituciones) es función de la que se debe a una persona (Perón). Asimismo, en el ámbito militar, la **lealtad** a la **Patria** o a la Nación es canalizada a través de la que se debe al **Ejército**, en la medida en que esta institución –como ya vimos– se identificaba con aquella, mientras que en el *peronismo* ser *leal* a Perón implica necesariamente ser *leal a la Patria* o *leal a la Nación*, ya que él es el *creador de la doctrina nacional justicialista* (2007; 139 – Cursivas y negritas en el original).

Balbi argumenta que la traslación de la lealtad del cuartel a la Casa Rosada que hizo Perón mientras estuvo en el poder produjo una sustancialización del concepto en su figura. Esto es, se produjo una personificación de la lealtad. Es a Perón (sujeto) y a las instituciones peronistas (derivadas de él) a las que se profesaba lealtad. Asimismo, si durante los nueve años de gobierno se apeló a la ecuación Perón = Pueblo = Patria, es lógico que de la lealtad profesada al primero de estos factores se siga la lealtad a los restantes. En este sentido, una actitud “desleal” con respecto a Perón, era concebida también como una deslealtad, una traición al Pueblo o a la Patria.<sup>68</sup>

El mismo autor, páginas más adelante del extracto citado, se pregunta por los contornos que tomó la lealtad peronista una vez acontecido el golpe septembrino. Desde 1955, Perón se transformó en un “principio articulador del Movimiento”;<sup>69</sup> al recaer en su figura el “nuevo juego político peronista” se vio investido de una formidable capacidad: “el poder de legitimar y deslegitimar las acciones de sus seguidores en tanto

---

<sup>68</sup> Svampa ha llamado la atención acerca de la existencia simultánea del discurso de la división y de la unidad en Perón. Al decir de la socióloga, la voluntad de exclusión del otro convive y alterna con la absorción del Pueblo-Uno: “[E]s la sustancialización del Pueblo en la idea de Patria, que habla por Perón, y conforma así este sistema de identificación de ‘las tres P’ (Patria-Pueblo-Perón), y que desde el núcleo de unidad instituye las divisiones de la única manera que éstas pueden permitirse: existen réprobos y elegidos, leales y traidores, pueblo y antipueblo, peronistas y antiperonistas” ([1994] 2006; 306).

<sup>69</sup> Rol articulador que para Ernesto Laclau permite hablar de un Perón como “significante vacío”. Eso es, como su nombre lo indica, un significante que se ha vaciado tendencialmente de un contenido particular, asumiendo la representación de la plenitud comunitaria ausente. Para el historiador argentino, el peronismo en los sesentas coqueteaba con la posibilidad de que ese significante tendencialmente vacío que era Perón se vaciara completamente; “en ese caso, los eslabones de la cadena equivalencial no necesitan para nada coincidir entre sí: los contenidos más contradictorios pueden ser reunidos en tanto se mantenga la subordinación de todos ellos al significante vacío” (2005; 270). El tipo de lazo comunitario (pueblo) que surgiera de esta operación sería, continuaba el autor, endeble.

juez ‘natural’ de su lealtad” (2007; 222). En este sentido, si bien la lealtad a Perón era condición *sine qua non* para reconocerse como peronista, sólo con ella no bastaba. Era el propio líder el que dictaminaba la lealtad o la traición de un dirigente o de una acción determinada.<sup>70</sup> Esto es, del propio Perón partía el trazado de lo que, en el campo propio, constituían los “amigos” (los leales) de los “enemigos” (los traidores), para decirlo en términos schmittianos.

Retomando las páginas de *Compañero*, no podría resultar del todo una sorpresa que el mote de traidor, como se vio más arriba, este reservado para la burocracia sindical. Edgardo Manero, en su trabajo *Nacionalismo(s), política y guerra(s) en la Argentina plebeya (1945-1989)*, señala, de modo similar a Hilb y Lutzky, que en el peronismo el motivo de la “traición es particularmente útil para deslegitimar ciertos sectores como la ‘burocracia sindical’, objeto de execración permanente desde la izquierda en general” (2014; 273). En este sentido, Slipak encuentra en su análisis de *La Causa Peronista y El Peronista lucha por la Liberación*, publicaciones ambas vinculadas a Montoneros, que Vandor aparece en ellas como el representante paradigmático pero no por eso exclusivo de la actitud negociadora y conciliadora del gremialismo con respecto a los gobiernos (2015; 114). En lo que se refiere a *Compañero*, la primacía que adquiere “El Lobo” puede explicarse, por ejemplo, por el poder del que gozaba en la estructura política y gremial del peronismo a nivel local. Para el semanario, tres episodios son representativos de la “traición de Vandor”: la transformación del cuadrivirato a heptavirato, las elecciones internas del peronismo y el fracaso de la “Operación Retorno” en diciembre de 1964 de cara a las elecciones legislativas de marzo del año siguiente. Tres extractos pueden servir para ejemplificar lo dicho:

*El heptriunvirato que preside Iturbe, con el que intentaron frustrar el deseo de Perón de dar una organización revolucionaria al Movimiento, murió antes de nacer porque la masa intuyó que se trata de una maniobra más de los burócratas de las 62 Organizaciones. Los ‘vandoleros’, que boicotearon y enfrentaron al cuadrivirato que era el instrumento creado por el Caudillo para tal fin, urdieron la ampliación del organismo para adormecer la participación de las bases en el*

---

<sup>70</sup> Claro que este señalamiento no era cuestión sencilla de entrever *a priori* para los militantes peronistas. Así, por ejemplo, lo atestiguan los modos a través de los cuales Perón intervino en política en el periodo 1955-1973; sea manteniendo abiertas líneas de comunicación con las distintas vertientes dentro del movimiento, dando su aval a la mayoría de los dirigentes aún sabiendo de las reyertas internas existentes entre ellos o interviniendo en las internas que asolaban el movimiento, bendiciendo a un determinado dirigente o línea interna y, en el mismo movimiento, desautorizando a otra (Balbi, 2007; 223-225).

*Movimiento y poder llevar adelante sus planes de 'institucionalizar' el peronismo (Compañero, 32, p. 3 – Cursivas propias).*

*Vandor, dentro de su propio campo, con sus propios métodos y dentro de su propio aparato, resultó derrotado. Todo el aparato político y económico de la burocracia, los caudillos barriales y el aparato político nacional manejado por Iturbe, le sirvió solamente para demostrar el repudio que las bases sienten por él (...) [E]s necesario dejar bien sentado frente a ciertas actitudes, que la revolución no se hace con 'elecciones internas' ni con lindos discursos ni las marchas y contramarchas ayudan a forjar una dirección revolucionaria peronista, que reemplace a la casta de burócratas y traidores, enquistados hoy en el aparato del Movimiento (Compañero, 55, p. 3 – Cursivas propias).*

*El plan fue gestado por Vandor (...) Con el propósito de que el movimiento quedara en sus manos para poder consumir así sus propósitos de 'institucionalizarlo', vendiéndolo a los agentes del imperialismo, maniobró tratando de aislar a Perón de las masas y quedar él y sus compinches en libertad de acción. La finalidad inmediata de esta maniobra era arrastrar al movimiento a un proceso electoral avalando al régimen al participar en el nuevo fraude de marzo [de 1965] (...) El concurrecismo de los burócratas es una nueva traición a las bases y a Perón (Compañero, 76, p. 5 – Cursivas propias).*

En primer lugar, la incorporación de tres miembros al cuadrunvirato, que lo transformó en un heptunvirato,<sup>71</sup> fue impulsada íntegramente por Vandor y los suyos a los fines de, asegura el semanario, “frustrar el deseo de Perón de dar una organización revolucionaria al Movimiento”. Empero, la intención que “adormecer la participación de las bases” con el fin de institucionalizar al peronismo fracasó porque la masa “intuyó que se trata de una maniobra más de los burócratas de las 62 Organizaciones”, esto es, del propio Vandor. Luego, fue precisamente “El Lobo” el que fue derrotado en el proceso de elecciones internas del peronismo en julio de 1964.<sup>72</sup> Derrota que mostró la impotencia del aparato burocrático frente a la manifestación de “repudio que las bases sienten por” Vandor. Asimismo, el fracaso de éste manifestó que el “forjar una

---

<sup>71</sup> Para Norberto Galasso, Perón llevó a cabo la reorganización que convirtió al cuadrunvirato en heptunvirato para recuperar el ímpetu perdido. Con siete miembros (Juana Matti, Andrés Framini, Carlos Gallo, Julio Antún, Jorge Álvarez, Miguel Gazzera y Delia Parodi), el nuevo organismo quedó virtualmente dominado por los “dirigentes alineados con Vandor y con la posición conciliadora del ingeniero [Alberto] Iturbe” (2005; 936). Fue precisamente este organismo dominado por el “Lobo” el que, con la intención de “adaptarse a la legislación que requería la democracia interna en el partido”, anunció su propósito de reorganizar al partido “‘de abajo hacia arriba’, privando a Perón de toda participación en la selección de los dirigentes partidarios” (McGuire, [1993] 2004; 182).

<sup>72</sup> Al respecto, ver nota 32.

dirección revolucionaria” no se logra con “elecciones internas’ ni lindos discursos”. En definitiva, el reemplazo de los cuadros dirigentes identificados con prácticas burocráticas no se llevará a cabo mediante las prácticas usuales y seminstitutionalizadas (elecciones internas, discursos combativos o marchas) sino que parecía involucra algo más. Y, en tercer lugar, Vandor es también sindicado como el responsable máximo de la planificación y puesta en práctica del llamado “Operativo Retorno”.<sup>73</sup> Para el semanario, su fracaso obedeció a la intención del “Lobo” de “aislar a Perón de las masas” para así poder institucionalizar el peronismo. Esto no deja de ser curioso si se lo analiza con la carta que envía Perón desde Río de Janeiro el 2 de diciembre de 1964. Allí no sólo señalaba que el comportamiento de los miembros de la “Comisión Nacional por el Retorno de Perón” está “más allá de toda ponderación” sino que además se recalca la sinceridad y la lealtad con la que llevaron a cabo su frustrada tarea (Baschetti, 2012; 387). Claro que no es la primera vez que desde *Compañero* se cuenta una versión *aggionada* de algunos hechos, como se vio más arriba respecto a las elecciones internas del peronismo. Al decir de *Compañero*, en definitiva, nada explica mejor ambas intenciones que la maniobra para “arrastrar al movimiento a un proceso electoral avalando al régimen”, para participar en las elecciones legislativas de marzo de 1965. Así, entonces, el “concurrencismo de los burócratas” y la “traición a las bases y a Perón” son dos caras de una misma moneda. Moneda, debe remarcar, acuñada y expedida por el mismísimo “Lobo” Vandor.

Puede sostenerse con seguridad que *Compañero* refleja en sus páginas la puja interna entre Perón y sus acólitos frente a Vandor y su aparato político-sindical.<sup>74</sup> Como

---

<sup>73</sup> El año 64 fue el elegido por Perón para su retorno. Desde febrero circulaban rumores fuertes de que el líder concretaría su ansiado regreso ese mismo año. Luego de la intensa represión policial en Plaza Miserere en el acto del “17 de Octubre”, se constituyó la “Comisión Pro-Retorno”. “El ‘operativo’, como afirma Jorge Antonio, persona muy cercana siempre al ex presidente [Perón], estuvo a cargo del grupo conocido como los ‘cinco grandes’, compuesto por Alberto Iturbe, Andrés Framini, Delia Parodi, Carlos Lascano y Augusto Vandor. Con la excepción de Framini, el grupo respondía a Vandor.” (Senén González y Bosoer, 2009; 109). El 2 de diciembre del 64 partió Perón desde el aeropuerto de Barajas con destino a Buenos Aires. Sin embargo, en su escala en Río de Janeiro, el avión fue demorado y obligado a regresar a Madrid. La petición del gobierno de Illia al régimen militar brasileño de Castelo Branco impidió al líder exiliado regresar a la Argentina. Mientras Perón “ordenó a sus seguidores lanzar ‘la guerra integral [al gobierno] por todos los medios y en todo momento”, Vandor optó por una versión propia de “‘guerra integral’ resolviendo apoyar la participación de candidatos peronistas en las elecciones de diputados nacionales que debían realizarse en marzo de 1965” (McGuire, [1993] 2004; 187). Para ampliar sobre la significancia del frustrado “Operativo” en la militancia peronista y la repercusión que tuvo en los periódicos españoles, ver Luís Alberto Cárdenas, 2007.

<sup>74</sup> Para la misma época, algo similar puede ser encontrado en la agrupación denominada “Guardia de Hierro” (GH). Como ha señalado Humberto Cucchetti, ya en 1965 GH enfatizaba su lealtad irrestricta a Perón y comenzaba a denunciar “deslealtad” en las filas del peronismo. Para el sociólogo mendocino, existe una relación directa entre disidencia neoperonista y relecturas extremas del peronismo (2010; 82 y 83).

señala Daniel James, Vandor simbolizó el “proceso de integración del aparato sindical al sistema político institucional argentino”, trocando el franco antagonismo del sindicalismo peronista para con el establishment posterior al 55 en “una actitud de aceptación de la necesidad de acomodarse a él y encontrar un espacio dentro de sus límites” ([2003] 2007; 136-137). Esto no podía ser leído de otra manera por Perón: el “vadorismo” suponía una real amenaza para el rol de “Padre Eterno” que aquel se adjudicaba.<sup>75</sup>

En definitiva: si la “lealtad” en el peronismo está enlazada a la persona misma de Perón ubicado en la cúspide; si es la propia palabra de Perón la que dictamina quién es “leal” y quién es “traidor” al movimiento; si todo intento por poner en cuestión el poder de esa palabra y el lugar desde donde se la enuncia es “traición”, y, como contrapartida, el acatamiento de esa palabra es investido de “lealtad”; entonces, son “traidores”, para *Compañero*, los cuadros sindicales y políticos burocratizados que intentan subvertir el rol de Perón, que negocian con el gobierno radical y que intentan transformar al peronismo en un partido político. Asimismo, en la vereda de enfrente, son “leales” las bases trabajadoras que, presionando a sus dirigentes para romper con el sistema político-económico, se mantienen incólumes detrás de Perón. Así, mientras son catalogados como “traidores” aquellos que propugnaban un diálogo con el gobierno de Illia y proponían la transformación del peronismo en un partido político, son considerados “leales” los que se muestran renuentes a cualquier tipo de acuerdo con el gobierno radical y más aún de toda incorporación del peronismo al sistema político-económico. En este sentido, esa intransigencia a ultranza y el militantismo en pro del voto en blanco cristalizaron más temprano que tarde en una afirmación identitaria que pregonaba una “lealtad intransferible al líder exiliado y [una] admonición permanente frente a potenciales enemigos internos” (Ehrlich, 2012; 192).

Ahora bien, surge la pregunta por el qué hacer con los “traidores”. Esto está claramente expresado en *Compañero*. En el número 43, por ejemplo, refiriéndose a la posibilidad de división de la CGT, se dice que “es preciso repudiar y expulsar a dirigentes que convierten a la central obrera en campo de batalla de las contradicciones imperialistas”. Se asegura que sólo a través de la purga de “traidores” podrá mantenerse

---

<sup>75</sup> Esto escribe Perón a Cooke en 1957: “Yo sigo siempre la norma de atender a todos porque, no olvide, que ahora soy algo así como el Papa: encargado de la bendición apostólica <in urbe et orbis>. Dentro de ese concepto, no puedo negar nada dentro de mi infalibilidad, que como todas las infalibilidades, está basada precisamente en no decir ni hacer nada, única forma de poder asegurar esa infalibilidad” (2014; 346-347). Perón quería que Cooke, en tanto delegado personal, operase de la misma forma, como un “Padre eterno” (2014; 326 y 397).



la unidad de la central (*Compañero*, 43, p. 5). Unos números más adelante, Valotta en su editorial número 53 señala que la experiencia y la conciencia política que ha adquirido el pueblo le permitirá “expulsar de sus filas a los mercenarios de la reacción” (*Compañero*, 53, p. 1). En este sentido, como señala acertadamente Raimundo, si bien para estos años la burocracia es identificada como el “enemigo” dentro del peronismo, la opción será menos su eliminación física que su expulsión del movimiento o, al menos, de los órganos de conducción (2001; 210).

¿Qué lugar otorga *Compañero* a la Juventud Peronista (JP) en esta dicotomización entre “amigos” y “enemigos”, “leales” y “traidores” para con Perón? Si bien no puede resultar del todo una sorpresa que el semanario coloque a las diversas manifestaciones de la JP en el campo de la lealtad, es significativo examinar el modo en que esta ubicación es legitimada no sólo por *Compañero* sino también por las propias organizaciones. A modo simplemente de anticipo: la figura de Evita tiene allí un lugar preponderante.

### 2.1.2. ¿La leal juventud?

El 22 de noviembre de 1964 se celebró en la ciudad de San Miguel de Tucumán el “Congreso de la Juventud Peronista”, el que bien podría concebirse como una continuación del que se llevó a cabo un año antes en la ciudad de La Falda, Córdoba.<sup>76</sup> La convocatoria al congreso corrió por parte la “Juventud Peronista de la III Zona”<sup>77</sup> y contó con la participación de: el Movimiento de la Juventud Peronista (Tucumán, Salta, Jujuy, Santiago del Estero, Catamarca, Santa Fe, Córdoba); la Juventud Revolucionaria Peronista (Gran Buenos Aires y Capital Federal); la Agrupación Justicialista de Estudiantes Universitarios (Comando Nacional); el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (Comando Nacional);<sup>78</sup> la Juventud Universitaria Peronista (Comando Nacional, Tucumán, Capital Federal, Rosario y La Plata), entre otros.

---

<sup>76</sup> El congreso de La Falda fue celebrado del 22 de octubre de 1963. A grandes trazos, las exigencias que allí se plantearon comparten parecidos de familia con los programas de La Falda (1957) y Huerta Grande (1962): nacionalización de sectores claves de la economía, expropiación de latifundios, respeto a la autonomía de otros pueblos, etc. Para comparar los planteos antedichos, se sugiere Baschetti (2012; 121 y 226).

<sup>77</sup> Al menos en *Compañero*, las distintas JP están divididas en cinco zonas: 1) Capital Federal y Gran Buenos Aires; 2) Formosa, Chacho, Santa Fe, Corrientes, Entre Ríos, Misiones y Formosa; 3) Salta, Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca; 4) Córdoba, La Rioja, San Juan, San Luis y Mendoza; y 5) Chubut y Santa Cruz. Esto podría pasar como una mera curiosidad si no representase similitudes con la forma en que fue dividido el territorio nacional a partir de la implantación del Plan CONINTES en 1960 (Esteban Pontoriero, 2015; 7). Esto habla a las claras de una incorporación del lenguaje bélico a la práctica organizacional de la juventud del peronismo a principios de los años sesenta

<sup>78</sup> La presencia del MNRT en el Congreso puede tomar la forma de una sorpresa impensada. Sin embargo, como muy bien señala Gutman, alrededor del Movimiento Revolucionario Peronista y de su discurso

Con la presencia de los trabajadores tucumanos de FOTIA,<sup>79</sup> las delegaciones presentes debatieron durante un lapso de 22 horas, reafirmando su “inquebrantable decisión de luchar hasta el fin por el regreso incondicional del compañero Juan Domingo Perón”. Gustavo Rearte, dirigente sindical jabonero, creador de la Juventud Revolucionaria Peronista<sup>80</sup> y hombre fuerte del MRP, aseguraba que el congreso mostró la existencia de “toda una generación que se ha propuesto irrevocablemente marchar junto al pueblo de la Patria por el camino de la Revolución que pondrá fin definitivamente al dominio imperialista en la Argentina” (*Compañero*, 73, p. 4).

Hay aquí algo más que un hecho anecdótico. En la Argentina, por ejemplo, un actor social que cobró fuerza en el periodo posterior al derrocamiento del peronismo fue el sector juvenil.<sup>81</sup> Los estudiantes, por ejemplo, comienzan a vincular su lucha – teniendo al aumento de presupuesto universitario como una de las reivindicaciones principales– “dentro de otra más general que estaba librado sobre todo el movimiento obrero”. Es así como se insertan secundando los “planes de lucha de la CGT, haciendo suyos muchos de sus puntos principales (...) [y procediendo] a la toma de las facultades como muestra de solidaridad” ante las tomas de fábricas (Mónica Gordillo, [2003]

---

radicalizado se “juntarían los personajes más duros del peronismo de la época, como Gustavo Rearte y Andrés Framini, y también se integrarían los tacuaristas” (2003; 194). Éstos últimos comenzarían a frecuentar la redacción de *Compañero* y a su editor, Mario Valotta. A su vez, la cercanía entre los militantes del MNRT y los miembros del Movimiento Revolucionario Peronista es confirmada por Carlos “Pacho” Gaitán, militante del antedicho grupo, en su biografía (2014; 136).

<sup>79</sup> Fundada en 1944, la Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar (FOTIA) tuvo un papel relevante en los conflictos obreros del periodo posperonista. Como sugiere muy bien Ana Lucía Ramírez, fueron los trabajadores azucareros los que protagonizaron en Tucumán los “diversos planes de lucha decretados por la CGT durante los años 1962 y 1964, así como también apuntalaron con su voto las diferentes alternativas políticas en las que se involucró el movimiento proscrito” (2008; 3). Para indagar el lugar que tuvieron los obreros de FOTIA en la guerrilla rural Uturuncos, se sugiere Ernesto Salas (2006; 37-40)

<sup>80</sup> La creación de la JRP coincidió con el punto máximo de tensión entre los dos referentes de los grupos juveniles peronistas de principios de los años sesenta: Envar El Kadri y Gustavo Rearte. Ambos habían participado del “Comando General Valle”, de la “Mesa Ejecutiva de la Juventud Peronista de Capital Federal y Gran Buenos Aires” y del “Ejército Peronista de Liberación Nacional” entre 1958 y 1962. Para Jorge Rulli, partícipe de aquellos agrupamientos, la tensión entre la JRP de Rearte y el Movimiento de la Juventud Peronista de El Kadri “no era más que la expresión de las dos fracciones que entran en colisión en el seno del peronismo en 1964”: Vandor y su aparato sindical, y el “delegado insurreccional” de Perón, Héctor Villalón (Oscar Anzorena, 1989; 82). En esto coincide Gillespie (1979; 184). Bozza, por otro lado, menciona que la disyuntiva entre El Kadri y Rearte giró en torno al rol que debían tomar la JP: organización para la lucha armada o frente de masas, respectivamente. Yerra el autor, no obstante, cuando señala que es el grupo de El Kadri el que se acerca a Villalón. Como se indicó pretéritamente, fue el JRP el que “logró conectarse con el delegado insurreccional de Perón, Héctor Villalón y con el MRP, y recibir las promesas de la provisión de armamentos” (Juan Bozza, 2014; 77).

<sup>81</sup> Sin embargo, lejos estuvo esto de ser una particularidad argentina. Como señalaba muy bien Eric Hobsbawm, en los años sesenta y setenta se asiste a nivel internacional a una entronización de la juventud. Tanto es así que, continuaba el historiador alejandrino, “la «juventud» pasó a verse no como una fase preparatoria para la vida adulta, sino, en cierto sentido, como la fase culminante del pleno desarrollo humano” ([1994] 2008; 327). Para ampliar sobre las transformaciones de la juventud específicamente en la Argentina, se recomienda Valeria Manzano [2014] (2010).

2007; 342). Al respecto, César Tcach y Celso Rodríguez marcan que los de Illia fueron años de intensas manifestaciones estudiantiles. Por ejemplo, en la ciudad Buenos Aires miles de universitarios marcharon y ocuparon físicamente algunos establecimientos estudiantiles, como método para solicitar más presupuesto. En Córdoba también se produjeron manifestaciones, las cuales fueron duramente reprimidas. Tanto es así que la “represión de la Guardia de Caballería contra los estudiantes universitarios dio lugar a un telegrama de protesta de Franja Morada dirigido al ministro del Interior, Juan Palmero” (2006; 106).

En este sentido, *Compañero* comparte entre los números 27 y 37 una serie de nueve notas tituladas “Compañero estudiante”, orientadas a criticar a las autoridades de la Universidad de Buenos Aires y al rector Risieri Frondizi, hermano del ex presidente Arturo Frondizi. Además de esta crítica, lógica en el marco de la pelea por mayor presupuesto para la educación universitaria, otro tema, de mayor relevancia para el presente estudio, es esbozado en estas notas: la necesidad de unir las reivindicaciones universitarias con las luchas obreras; pretensión íntimamente relacionada con la compenetración entre los bloques universitarios y los partidos políticos.<sup>82</sup> A la sazón, en dos notas se dice:

*Nuestro ‘orden social’ está agonizando (...)* Es a partir de este panorama que se hace *necesaria una transformación* de las concepciones que han orientado las *relaciones entre los estudiantes y las luchas del proletariado y las capas explotadas (...)* Es a partir de la *posición objetiva que ocupan* [los estudiantes] *en el sistema productivo* y no de sus buenas intenciones que están *estrechamente vinculados a las luchas del proletariado*, al que le está reservado, por ser la clase más consecuentemente revolucionaria, el papel de dirigente de la liberación nacional y social de nuestra sociedad (*Compañero*, 30, p. 3 – Cursivas propias).

*Los estudiantes debemos participar activamente en esta lucha de los trabajadores*, ya que sus objetivos son también los nuestros. En cada agrupación, en cada centro y en cada facultad debe organizarse a los estudiantes para que *participen en las acciones que librarán los*

---

<sup>82</sup> Esto ha sido marcado por Sigal: “es una particularidad argentina que los bloques universitarios no hayan sido nunca, hasta comienzos de los ’60, la reproducción de partidos políticos. Hasta finales de los ’50 las corrientes en el seno del movimiento estudiantil se mezclaban simpatizantes o afiliados de diversos partidos, pero fue sólo con la aparición de la Juventud Universitaria Peronista [1960] que una tendencia se referiría explícitamente a un partido” (1991; 71). La JUP (Buenos Aires, La Plata, Rosario y Córdoba), que celebró su “Primer Congreso Nacional de las Juventudes Universitarias Peronistas” en la ciudad de Santa Fe en junio de 1964, publica algunas pequeñas columnas en *Compañero* (números: 5, 19, 20, 25, 38, 39, 43, 44, 49, 50, 61, 65, 74, 75 y 79).

*trabajadores contra el régimen (...)* Para *buscar ejemplos para los trabajadores argentinos* no deben utilizarse las naciones imperialistas y expoliadoras, sino los de los *pueblos que luchando por su liberación nacional han tomado el poder*, por ejemplo *la revolución argelina y la cubana*. Los *estudiantes revolucionarios* debemos *vincularnos* con las bases del *movimiento obrero (...)* Los *estudiantes deben ser esclarecidos (...)* [deben incorporarse] a la *acción en común con el proletariado* a aquellos que vayan comprendiendo el significado de su acción liberadora (*Compañero*, 34, p. 5 – *Cursivas propias*).

La crisis del “orden social” es la que obliga a una redefinición de las concepciones a través de las cuales se ha pensado la relación entre el estudiantado y la clase obrera. El patronazgo y la mera solidaridad de los estudiantes hacia los obreros debían trocar en una compenetración de los primeros en las luchas de los segundos. Esto debe leerse como una crítica a los reformistas universitarios. Como se sabe, la solidaridad o cooperación entre estudiantes y obreros fue uno de los pilares de la Reforma Universitaria de 1918. Empero, como señala Juan Carlos Portantiero, la antigua consigna de los reformistas que abogaba por la “unidad obrero-estudiantil se fragmentó durante los incidentes entre los manifestantes que a inicios de los años ’40 llevaron a los estudiantes y a los obreros a alinearse en trincheras opuestas” ([1978] 2014; 240). Asimismo, la desconfianza hacia los reformistas halla un fértil campo de crecimiento con la colaboración que estos le dispensaron a los militares de la “Revolución Libertadora” y el apoyo de muchos otros a la malograda experiencia frondizista. En *Compañero*, los estudiantes “están estrechamente vinculados a las luchas del proletariado” por el lugar que el sistema productivo les confiere. En este sentido, el sector estudiantil está obligado a participar en las mencionadas luchas ya que los objetivos de trabajadores son los mismos que los de los estudiantes. Así, en esta participación, deben tomarse los ejemplos de otras latitudes, “de los pueblos que luchando por su liberación han tomado el poder”: pueblos argelino y cubano. Debe recordarse que, a comienzos de los sesenta, la “Revolución Cubana” comenzaría a ganar la simpatía abierta de una parte del espectro político de izquierda y del peronismo que se autoidentificaba como revolucionario. Este fue claramente el caso de *Compañero*. Al decir de Terán, la revolución cubana adquirirá el “valor de un modelo alternativo a la dependencia imperialista”, asumiendo este valor mayor peso específico con la intensificación de la agresiva política de los Estados Unidos para con el país caribeño. Así, “las adhesiones crecerán en relación directa en círculos progresistas y de izquierda

dentro de los cuales los intelectuales ocuparán un lugar de privilegio” (1991; 134). En definitiva, se trata, para *Compañero*, de que los estudiantes “revolucionarios” y “esclarecidos”, aquellos que han sabido aprehender “el significado de su acción liberadora” se vinculen con “la clase más consecuentemente revolucionaria”, aquella que tiene “el papel de dirigente de la liberación nacional y social”, esto es, la clase trabajadora.

Más arriba, cuando se retrató la configuración que toma Evita en el semanario editado por Valotta, se adujo que aquella tenía como objetivo presentar a la segunda esposa de Perón como el arquetipo de la lealtad a Perón. Asimismo, junto con Svampa, se señaló la función de “guardiana de la lealtad” asumido por Evita, la cual le permitía discriminar a los considerados propios y ajenos dentro del campo peronista. Continuando con esta idea, la socióloga argentina argumenta que la dicotomización que hacía el verbo evitista entre un “espíritu oligarca” y uno “de pueblo” está vinculado con una serie de vicios –la soberbia, el orgullo, la ambición y la vanidad, propios de la oligarquía y de los intelectuales- y virtudes –la simpleza, la honestidad y la humildad, distintivos todos de los “descamisados”-,<sup>83</sup> respectivamente. Como “[r]epresentante de ese Pueblo-Trabajador que Perón ha organizado, Evita se convierte en la guardiana de la lealtad, dentro del campo peronista” (Svampa, 2006; 310).

En *Compañero*, en este sentido, el conjunto de vicios y de virtudes antes mencionados están representados por las figuras de Vador y Evita, respectivamente. Ambos significantes permiten una concatenación de significados. El significante “Vador” es tanto la persona (Augusto Timoteo Vador) como también la institución (la UOM/CGT/62 Organizaciones) y un colectivo (la burocracia sindical). Algo similar sucede con “Evita”. Es tanto Eva Perón, como también el pueblo y el peronismo revolucionario.<sup>84</sup> Mientras la primera de estas imágenes es asociada al privilegio de

---

<sup>83</sup> Respecto a la imagen del descamisado, señala Marcela Gené en su trabajo sobre las ilustraciones oficiales de los trabajadores en los años peronistas: “Trazado sobre el aporte involuntario de los enemigos políticos, aquel obrero del suburbio, grosero y mal vestido, devino icono del triunfo popular y en una de las imágenes más poderosas de la Argentina contemporánea: la del héroe positivo y romántico, que amparado en la bandera argentina signaba el fin del pasado oligárquico y anunciaba el advenimiento de un nuevo orden, guiando al pueblo hacia el destino de grandeza señalado por el Líder cautivo (...) [E]l descamisado peronista se erigía imaginariamente en heredero de aquellos otros héroes anónimos de la gesta emancipadora de 1810” (2005; 65).

<sup>84</sup> Esta operación de analogía ha sido tematizada por Paul Ricoeur: “La analogía que puede existir entre el sentido segundo y el primero no es una relación que pueda yo poner en observación y considerar desde afuera (...) es una relación adherida a sus términos; soy llevado por el sentido primero, dirigido por él hacia el segundo; el sentido simbólico está constituido en y por el sentido literal que opera la analogía dando el análogo; a diferencia de una semejanza que podríamos considerar desde afuera, el símbolo es el

intereses corporativos, a la vacilación y a la conciliación con el sistema político-económico, a la claudicación y a la traición,<sup>85</sup> la imagen de Evita es, tal y como se precisó en el capítulo uno, su contraatacara exacta. En este sentido, la humildad, la sencillez, la abnegación, la obediencia, el fanatismo de la que se hace depositaria a la figura de la segunda esposa de Perón permite a *Compañero* caracterizar a los grupos juveniles peronistas y construir la contraposición de éstos con la burocracia. A este respecto, basten dos extractos:

*La Juventud Peronista, que no quiere ni sabe de conciliación, es la depositaria de las banderas y el fanatismo revolucionario de la compañera Evita. Debemos consustanciarnos con su fe ciega en el pueblo y su jefe para que sea realidad indoblegable que no quede a lo largo y a lo ancho de la patria un solo ladrillo que no sea peronista (Compañero, 56, p. 6 – Cursivas propias).*

*Los mismos que combatieron a Evita la revolucionaria, alcahuetes, oportunistas, logreros y mistificadores del Justicialismo, se ocupan también ahora de combatir mediante la calumnia y la infamia a todos aquellos que señalan la única salida posible para el Movimiento: la Revolución” (Compañero, 59, p. 6 – Cursivas propias).*

La juventud del peronismo se mostraba contraria a cualquier tipo de acuerdo con el gobierno radical. Esto es precisamente lo que hacía de ella la “depositaria de las banderas y el fanatismo revolucionario” de Evita. En este sentido, si la crítica que pesa sobre la denominada burocracia sindical, como se señaló en el capítulo inaugural, es el haber mistificado la imagen de Eva, se constituía como misión de la Juventud Peronista recuperar el talante revolucionario que presuntamente ella habría ostentado.<sup>86</sup> No es de otra manera como debe leerse el pedido por consustanciar a la juventud con la “fe ciega en el pueblo y su jefe” que habría tenido Eva Perón. El verbo “consustanciar” que se utiliza en la cita no puede ser tomado simplemente como una curiosidad estilística. De lo que se trata aquí es de pregonar una simbiosis entre el mito de Eva Perón y la

---

movimiento mismo de sentido primario que nos asimila intencionalmente a los simbolizado, sin que podamos dominar intelectualmente la semejanza” ([1965] 1990; 19).

<sup>85</sup> Sin ánimos de exhaustividad, algunas de estas clasificaciones se presentan en *Compañero* en los números 39 (p. 1), 42 (p.3), 56 (p.3), 57 (p. 5) y 59 (p. 6).

<sup>86</sup> En su trabajo “La secta política”, Horacio Tarcus señala una característica de la secta de izquierda que se podría aplicar en este caso a la Juventud Peronista: “La secta política se vive a sí misma no sólo como ortodoxa, sino inclusive define su misión como de restauración de la ortodoxia perdida o traicionada. Es así que, a pesar de los contenidos radicalizados, revolucionarios o subversivos de su discurso, la ‘estructura de sentimiento’ de la secta es profundamente conservadora, hostil a lo nuevo, restauracionista” (1999; 30).

Juventud Peronista. Algo de esto menta el concepto de “consustancialidad” acuñado por la cristología para describir la relación entre Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo: un solo ser del cual sólo el hijo es nacido antes del tiempo.<sup>87</sup> La entrega por la que aboga la Juventud Peronista, no obstante, no se realizará sin sobresaltos. Aquellos mismos “alcahuetes, oportunistas, logreros y mistificadores del Peronismo” que combatieron la imagen de una Evita revolucionaria estaban ahora combatiendo a ese peronismo que se había inclinado por la revolución, por la “destrucción” de todo lo que no sea peronista o no profese su fe en el peronismo, “única salida posible para el Movimiento”. En definitiva, lo que la reconstrucción de la imagen de Evita podía ofrecerles a los jóvenes del peronismo era un modelo de conducta. Esto es, la lealtad, el tesón revolucionario, el fanatismo y la abnegación que habría tenido Evita debían ser los espejos a través de los cuales la Juventud Peronista se mirase.<sup>88</sup>

A este respecto, más que permitentes son las palabras que Ehrlich otorga en lo referente a los modos de acción y el arquetipo heroico construido por la juventud del peronismo. Al decir de la autora, formó parte integral de la construcción identitaria de la Juventud Peronista en el periodo pos 1955 la “idea de estar asumiendo una misión legada por Perón cuando éste era presidente” (2012; 123). Fue así como se resignificó el lugar que otrora había tenido la juventud dentro del movimiento. En este preciso sentido, Ehrlich habla de la “composición de una memoria de *sacrificios* y actitudes *valerosas*” por parte de los jóvenes como un mecanismo a partir del cual legitimar su lugar y su voz en el movimiento (2012; 124 – Cursivas en el original).

En el caso de *Compañero*, por ejemplo, la Juventud Peronista tucumana de la localidad de Monteros, señala:

Frente a esta realidad [“penurias impuestas por el despotismo” al pueblo argentino], la *Juventud Peronista*, ha dispuesto comenzar la lucha sin cuartel y hasta las últimas consecuencias y *bendecir si fuera precisa nuestra tierra con sangre criolla* para ejemplo de la posteridad y para gloria y honor de nuestros hijos, llegue a todas las latitudes de nuestro país *el JURAMENTO que parte de nuestros corazones TRIUNFAR O MORIR* con la consigna irrenunciable de PATRIA, PERÓN O MUERTE (*Compañero*, 56, p. 6).

---

<sup>87</sup> Las referencias religiosas adosadas a la vida y obra de Evita han sido trabajadas brillantemente por Lila Caimari (1995; 215-239).

<sup>88</sup> Similarmente una utilización modélica de Evita en *Trinchera de la Juventud Peronista*, publicación de la “Mesa Ejecutiva de la Juventud Peronista de Capital Federal y Gran Buenos Aires” (Andrés N. Funes, 2018b; 179-180).

Obrando como un espejo curvo, la realidad socio-económica de la Argentina empuja a la juventud del peronismo a expedirse por “la lucha sin cuartel y hasta las últimas consecuencias”. Una lucha que, tal y como se marca dos veces, puede ocasionar la muerte de los involucrados. Precisamente, el “juramento que parte” de los corazones de aquellos y que constituye un ejemplo para la posteridad, “Perón o Muerte”, da cuenta de que la disyuntiva era la victoria y la vida o la derrota y la muerte.

De modo similar a Ehrlich, puede argumentarse que gran parte de este ímpetu de lucha de los jóvenes peronistas adquiriría su sentido en las polémicas con otros sectores del movimiento, a los que se achacaba “*desviar al peronismo de su orientación natural, revolucionaria*”, acercándose a los representantes del sistema político-económico y/o propiciando armados electorales independientes de Perón (2012; 128 – Cursivas en el original). Asimismo, la autora menciona que el *ethos* combativo e intransigente, el que postulaba para los jóvenes el lugar vanguardia en el combate,<sup>89</sup> sobrevivió a la implementación generalizada del CONINTES en marzo del 60 y a la inauguración de la “etapa legal”<sup>90</sup> del frondizismo en 1961.

Más aún, puede sostenerse con seguridad que este *ethos* no sólo se mantuvo sino que también se intensificó con las experiencias de la frustrada elección del 18 de marzo de 1962, la constitución del Frente Nacional y Popular de cara a las elecciones presidenciales del 63<sup>91</sup> y el abrazo explícito a la Doctrina de Seguridad Nacional por

---

<sup>89</sup> Nuevamente, aquí se ve aparecer un vocabulario eminentemente bélico. Respecto a la palabra “vanguardia”, Noé Jitrik señala que fue usada por primera vez por Charles Sainte-Beuve en literatura, constituyendo una metáfora militar. “Se la puede analizar como tal: adelantarse respecto de qué: de un grueso, llámese ‘tradicición’, ‘establishment’; pero ese adelantarse no es para marcar el camino sino para establecer una ‘ruptura’ respecto de aquello que queda atrás: tomar formar de vanguardia para romper con lo que precede y para que lo que precede no se rompa” (1984; 176). El gesto de la ruptura, sentencia el autor, es un rasgo decisivo de la vanguardia. También Alain Badiou, en su libro *El siglo*, repara en el carácter aborrecible que tienen las vanguardias artísticas respecto a lo antiguo y lo repetible, inclinándose, en cambio, por el presente y la novedad (2005; 170). Ambas aseveraciones pueden tensionar lo que se marcó con Tarcus en la nota 73 ¿Puede hablarse, entonces, de una suerte de vanguardia restauracionista?

<sup>90</sup> Luego de implementación del CONINTES –se calcula que fueron detenidas más de dos mil personas, quinientas de las cuales fueron condenadas por tribunales especiales-, James señala que el gobierno frondizista empezó a “relajar algunas de las restricciones más ferreas del plan de estabilización”. A su vez, las “huelgas dejaron de ser declaradas automáticamente ilegales y los sindicatos lograron recobrar algo (...) del terreno perdido en 1959 y 1960”. Desde el gobierno y la prensa más ligada a este comienza a hablarse “con confianza de la nueva ‘etapa legal’ en que entraba el país” (1990; 208). Confianza reforzada por las victorias electorales del oficialismo en Catamarca y Santa Fe en 1961. Para Catalina Smulovitz, la estrategia que siguió el gobierno de Frondizi en esta segunda etapa de su gobierno presentó dos rasgos. En primer lugar, su intención novedosa de intervenir en la escena partidaria. Y, en segundo, intervención que “tomó la forma de una superposición de estrategias que resultó en la creación de un espacio de reglas claras”, sobre todo con respecto a qué hacer con el peronismo (1988; 109-110).

<sup>91</sup> De cara a las elecciones presidenciales de 1963, un heteróclito grupo compuesto de nacionalistas, desarrollistas y peronistas trataron de organizarse en un frente que se hiciese con los votos. El conservador popular Vicente Solano Lima y el radical intransigente Carlos Sylvestre Begnis fueron seleccionados como candidatos a presidente y vicepresidente, respectivamente. Como señala Antonio



parte de las Fuerzas Armadas luego del discurso del General Juan Carlos Onganía en la Academia de Westpoint en agosto de 1964,<sup>92</sup> por tan sólo mencionar algunos puntos relevantes. Con estos hechos como marco, resulta un tanto lógica la pervivencia y aún más la intensificación de ese *élan* guerrero. En este sentido, la apuesta por anular la alteridad –léase, eliminación de Perón y de aquellos peronistas que se mostraban reacios a participar en el sistema- produjo una acentuación del antagonismo, lo que ocasionó que la frontera entre un conjunto gregario –el peronismo proscripto- y otro –por ejemplo, el conjunto del sistema político-partidario- se rigidice. Esto es, aún sin presentar las características que permitirían definir las como identidades totales (Aboy Carlés, 2013; 28), la intensificación del antagonismo ocasiona que entre ese conjunto de “manchas superpuestas que se disputan la articulación de superficies de sus propios campos solidarios” (Gerardo Aboy Carlés, 2010b; 34) comienza a dibujarse un contorno que las va diferenciando y enfrentando cada vez más férreamente. Llegado un punto, las manchas superpuestas adquieren rasgos similares a los de “formaciones paratácticas enfrentadas” (2010b; 33).

A partir de lo dicho, véanse dos extractos:

*La posición política nuestra [JP de San Juan] es enteramente revolucionaria. Reconocemos como único jefe y conductor al General Perón, y nos sentimos plenamente identificados con el programa de Huerta Grande, que señala claramente los objetivos de nuestro Movimiento. Luchamos y lucharemos por un cambio total y definitivo de las carcomidas estructuras económicas, políticas y sociales porque así lo señala LA HORA DE LOS PUEBLOS. Sabemos que el único*

---

Manna, la candidatura del Frente trocó en un cierto malestar en los militares: “se consideraba que todo el proceso se reducía a una orden de Madrid, a la intervención mediadora de Montevideo (Frigerio) y a la obediencia de Bariloche (Frondizi, que estaba allí detenido)” ([1993] 2004; 148). La Unión Popular (UP), partido formado por Juan Atilio Bramuglia en 1955, constituía un elemento central dentro de este armado ya que, habiendo sido conformado bajo el estatuto de partidos, “tenía derecho de ciudadanía (...) [pudiendo] negociar a la vista de todo el mundo la formación del ‘Frente Nacional y Popular’ con los grupos nacionalistas (Basilio Serrano, el comodoro Guiraldes), los democristianos, la UCRI y desde luego la CGT” (Rouquié, 1982; 216). Sin embargo, el decreto-ley 4046 excluyó a la UP del acceso a cargos ejecutivos a nivel nacional y también provincial, alegando que mantenía vínculos con el disuelto partido peronista (Rouquié, 1982; 222). En este panorama, con la prohibición de Solano Lima, Perón y Frondizi se lanzaron por el voto en blanco.

<sup>92</sup> “La adhesión a la doctrina de la Seguridad Nacional imbuía a las fuerzas armadas de una misión: el control de las fronteras internas, el enemigo era la ‘subversión comunista’. En septiembre de 1964, en un conocido discurso pronunciado en el marco de la Quinta Conferencia de los Ejércitos Americanos celebrada en West Point, [Juan Carlos] Onganía la definió: preservar los valores de la civilización occidental y cristiana. Eran el brazo armado de la Constitución pero no podía tolerar desbordes de autoridad provocados por ideologías exóticas” (Persello, 2007; 217). Para Robert Potash, el discurso de Onganía en West Point “expresó así una filosofía general que llamaba a las Fuerzas Armadas a apoyar a los gobiernos democráticos mientras se reservaban el derecho de derrocar un régimen que consideraran despótico” (1994; 198).

*camino que le queda al pueblo es la lucha masiva de los trabajadores, la lucha frontal y armada (Compañero, 47, p. 6 – Cursivas propias).*

Exhorto [lo hace Ernesto Maidana, secretario de la Mesa Ejecutiva Nacional de la JPR] a la juventud peronista a sumarse a nuestras filas ya que *ningún joven debe ser espectador cómodo e indiferente* ante el drama que se detalla ante sus ojos. *Debe estar en forma activa y dispuesta a seguir sin dudar en la lucha*, ya que ni con la toma del poder la revolución estará terminada. Exhorto a aquellos jóvenes que se sientan indecisos a *renunciar a la comodidad*, como así también a los que alienten pujos de ‘caudillismo’ a *renunciar a las ambiciones sectarias negativas y romper sobre todo con los personalismos, uniéndose al Ejército del Pueblo que lucha a muerte por la conquista de la Patria*. Marchando con el General Perón a la cabeza y con la cabeza de los traidores (*Compañero, 66, p. 4 – Cursivas propias*).

El cariz guerrero se vislumbra con claridad meridiana en las citas precedentes. De un lado, la lucha por el “cambio total y definitivo de las carcomidas estructuras” políticas, económicas y sociales. Esta es una lucha “enteramente revolucionaria” no sólo por la identificación de Perón como el “único jefe y conductor” sino también por el reconocimiento que bridan al Programa de Huerta Grande como fuente de inspiración. Así, sólo queda al pueblo, para llevar a cabo aquel cambio de estructuras que dictamina la “hora de los pueblos”, la “lucha frontal y armada”. Del otro, en este conflicto la juventud se ve impulsada a “renunciar a la comodidad”, “renunciar a las ambiciones sectarias negativas” y a romper “con los personalismos”. Esto es, debe expedirse activamente a continuar la lucha; “lucha a muerte por la conquista de la Patria”; lucha que necesita que la juventud se inserte en el “Ejército del Pueblo”, el que tendrá a la cabeza a Perón y reclama “la cabeza de los traidores”. Es interesante mencionar que este no es el único lugar donde el motivo del degüello aparece en *Compañero*. Entre los números 1 y 24 se edita, como se señaló en la introducción, una pequeña columna titulada “Patíbulo” en la que, con una prosa elegante, se examina y critica duramente a algunos personajes políticos y sindicales identificados con el no peronismo. Como se sabe, el patíbulo o cadalso se refiere a una estructura improvisada donde se acometían las ejecuciones públicas, las cuales involucraban las más de las veces el ahorcamiento o la decapitación. En definitiva, retomando al semanario de Valotta, se delinea allí un modelo de lo que debería ser la juventud que se reconoce como peronista: combativa, leal, abnegada y fanática.

Algo similar encuentra Ehrlich en su análisis de *Trinchera de la Juventud Peronista*. Esto es, no sólo aparece el motivo del degüello (2012; 141) sino que también aparece el intento de escenificar un arquetipo heroico. Sin embargo, la autora hace una salvedad: a finales de los cincuenta y principios de los sesenta, la figura emblemática del hombre nuevo difundida por los escritos del “Che” Guevara aún no existía. Empero, “sí estaba disponible el modelo del hombre nuevo fascista, tamizado por la retórica nacionalista local” (2012; 133). Entonces, concluye la historiadora, la entrega como modo de vida y el autopoicionamiento de la Juventud Peronista como sujeto central de la revolución fueron elementos tomados en préstamo de la cultura política nacionalista. Esta inexistencia que nota Ehrlich, empero, puede ponerse entre comillas para el caso de *Compañero*. Es dable a pensar que en el periodo 1963-1965 sus libros “Guerra de guerrillas” (1960) y “Recuerdos de la guerra revolucionaria” (1963), además de algunos de sus discursos más representativos, hayan impactado en los vinculados al semanario.<sup>93</sup> En este sentido, el lugar que ocupan las notas referidas a Cuba en la sección internacional del semanario, “Lo que silencian los cables”, atestiguan una relevancia por los hechos sucedidos o relacionados con el país caribeño.

Por último, si la pregunta que guió esta primera parte rondó el modo en que es trazada la línea que separa al campo de los “amigos” del campo de los “enemigos”, para apelar a términos schmittianos, dentro del peronismo, queda aún por inquirir el lugar o no que ocupa la violencia en esta dicotomización que hace *Compañero*. En definitiva, si la divisoria de aguas se opera en el semanario a través de la apelación a fórmulas morales, esto es, de un lado los traidores y del otro los leales, ¿tiene la violencia aquí una función? En caso de que así sea, ¿cómo es conceptualizada? ¿Se producen tensiones en esta conceptualización?

## **2.2. De las violencias**

### *2.2.1. “La violencia de arriba...”: Fidelidad y martirios*

El 23 de agosto de 1962 se produce el secuestro y muerte del obrero de Trefilación y Esmaltación de Alambres (TEA) y militante de la Juventud Peronista, Felipe Vallese, en la ciudad de Buenos Aires. Vallese había salido de su casa en el barrio de Flores para

---

<sup>93</sup> Esta hibridación fue favorecida por el propio nacionalismo de la Revolución Cubana. Este carácter nacionalista permitió, por ejemplo, que un semanario ubicado en las antípodas ideológicas de *Compañero*, como fue aquel dirigido por Marcelo Sánchez Sorondo, *Azul y Blanco*, encuentre que el proceso revolucionario cubano se destacó por la “hidalguía, el coraje y la virilidad (cualidades altamente valoradas por la mirada nacionalista) que los líderes revolucionarios habían demostrado al momento de luchar por su patria” (María Valeria Galván, 2014; 13).

dirigirse a su trabajo cuando fue apresado y llevado a un destacamento policial en San Martín, provincia de Buenos Aires, para luego ser trasladado a una comisaría en Villa Lynch. Torturado y luego muerto, su cuerpo nunca fue encontrado.<sup>94</sup> Para Osvaldo Berrenche, lo sucedido a Vallese fue un caso más de violencia policial en los años sesenta, perpetrado por una policía que respondía directamente al poder militar y que tenía experiencia en este tipo de prácticas (2012; 269).<sup>95</sup> De la pluma del periodista y militante de la JP Leopoldo Barraza, *Compañero* dedica una serie de siete notas – números del 1 al 7- donde se describe y analiza el transcurrir del caso Vallese. Es interesante observar que la intención del periodista no es sólo describir el padecimiento de aquel, sino también, en un mismo movimiento, sindicarlo a Vandor como responsable máximo del hecho –Vallese parece haber ido a pedirle auxilio a éste pero se encontró con desaires de parte del referente de la UOM- y quitar cualquier responsabilidad que pudiese pesar sobre Alberto Rearte, al cual los medios comenzaron a señalar como instigador principal del secuestro.

A este respecto, Barraza señala subrepticamente en el primer número el tono que tendrán las notas siguientes sobre Vallese:

Al poco tiempo [de entrar a trabajar en la fábrica TEA] *consigue para sus compañeros numerosas conquistas* que hoy les son arrebatadas (...) Hasta el momento de su desaparición *siguió siendo delegado, cuatro años fue reelegido por unanimidad. Era una garantía. Era un aguerrido antídoto contra el soborno patronal.* Cuando la empresa consideró que ya se estaba poniendo demasiado pesado, le ofreció 50.000 pesos de coima para que no moleste. *Felipe los dejó con la mano extendida (...)* *Felipe tenía cabal conciencia de que ya no se pertenecía; que él se debía a los de su clase; los que tarde o temprano terminarán por imponer la fuerza de sus derechos...* Y en eso reside la clave quizá para

---

<sup>94</sup> Se ha sostenido con cierta seguridad que el operativo encabezado por el comisario Juan Fiorillo tenía como objetivo la captura del hermano de Gustavo Rearte, Alberto “Pocho” Rearte, referente de la Juventud Peronista y miembro de la “Mesa Ejecutiva de la Juventud Peronista de Capital Federal y de Gran Buenos Aires”. Recién fue en 1974 cuando la Corte Suprema de la Nación confirmó la sentencia para los 39 policías bonaerenses implicados en la desaparición de Vallese. Para ampliar sobre el caso Vallese, se sugiere Eduardo Luis Duhalde y Rodolfo Ortega Peña [1965] (2002).

<sup>95</sup> Asimismo, anota el historiador, a finales de los años cincuenta se produce la profesionalización de la policía de la Provincia de Buenos Aires, al convertirse en una institución funcional a los intereses cívico-militares que se hicieron con el poder desde aquellos años. “[M]utó de brava a dura; esto es, de una policía que dirimía localmente su espacio de poder a través del ejercicio de una autoridad fuerte y que frecuentemente recurría a acciones extrajudiciales para la resolución de los conflictos a cuenta y riesgo de sus propios apoyos políticos, a otra verticalmente estructurada y articulada en toda la provincia que con el aval explícito de las autoridades reprimió sistemáticamente la protesta social y la disidencia política, y contribuyó, junto con actores políticos y militares, a crear las condiciones para la instalación posterior del terrorismo de Estado en la Argentina” (Berrenche, 2012; 269-270).

explicar por qué *la conducción de su gremio no movilizó sus cuadros para hacerlo aparecer* (*Compañero*, 1, p. 3 – Cursivas propias).

La intención de presentar a Vallese como la contracara de las actitudes de los dirigentes gremiales es a todas luces clara. Él consigue para sus compañeros conquistas sociales. Pudiendo transformarse en dirigente, prefiere continuar siendo un simple delegado gremial. Esto hace de Vallese “una garantía”, un dique de contención frente al “soborno patronal”. Soborno que había hecho mella en la dirigencia gremial. Muestra de su rectitud y espíritu sacrificial, Barraza menciona la negativa de Vallese a los sectores patronales cuando intentaron sobornarlo. El incorruptible Vallese los “dejó con la mano extendida”. Esto habla a las claras también de la distancia que lo separaba de los “patrones”. Haber aceptado el soborno habría sido ir contra su clase, la clase trabajadora. En este sentido, los corruptibles sectores sindicales, los que aceptan el soborno día tras día, no pueden reconocerse legítimamente como parte de la clase obrera. Así, mientras Vallese “tenía cabal conciencia de que ya no se pertenecía”, que era patrimonio de los trabajadores, los dirigentes “burocratizados”, en cambio, sólo respondían a sus intereses particulares. En esta actitud egoísta encuentra Barraza la clave de bóveda para explicar por qué la conducción gremial de la UOM –léase, Vador y compañía- “no movilizó sus cuadros para hacerlo aparecer”.<sup>96</sup>

Para Barraza, Vallese tomó conciencia que no se pertenecía. Esto es, que formaba parte, en cambio, del pueblo trabajador. Sin embargo, su muerte parece producir una transformación y *Compañero*, en dos pequeñas columnas conmemorativas a un año de su desaparición física, así lo marca:

Porque *Felipe Vallese existió*. Porque *fue uno de nosotros* [los peronistas], porque *fue más que nosotros...* Porque *fue un rehén de las fuerzas entregadas al extranjero* que controlan nuestro país. Porque existió y militó en el p... y *no transigió con los corruptores del sistema*. Porque existió y militó en el gremialismo y *desnudó a los traidores*. Por eso Vallese es olvidado (...) *El país está ocupado* por las fuerzas de unos *hombres vestidos de uniformes teñidos por la sangre de Vallese*. Por eso Vallese muerto o vivo, torturado, cremado, asesinado, vaciado su cuerpo por la tortura, olvidado por los diarios del sistema, *está presente en todas partes*. Porque *es el símbolo de una Patria avasallada* (...) Y en esta acción de guerra sin cuartel contra el sistema, Felipe

---

<sup>96</sup> Esto no es lo que sucede, como marca Gillespie, con el clásico *Felipe Vallese: Proceso al sistema* de Ortega Peña y Duhalde, donde se deja bien documentado que la UOM sí trató de ayudar al delegado gremial de TEA (1979; 183).

Vallese está presente (...) Como *símbolo de lucha contra el hambre, para castigo de sus secuestradores, como fantasma para que los que padecen de 'amnesia' recuperen, algún día, repentinamente, su memoria (Compañero, 11, p. 3 – Cursivas propias).*

A un año de su desaparición, *Felipe Vallese no ha muerto; su presencia y la acción revolucionaria desarrollada a través de su corta existencia mantiene al pueblo en pie de guerra. Así como un día su cuerpo desapareciera por la acción de los asesinos uniformados, regreso de pronto convertido en símbolo. Y está presente en cada huelga, en cada toma de fábrica, en el continuo batallar de la juventud p..., en cada jornada de lucha de la clase trabajadora y estará presente también cuando el pueblo tome el poder para construir, definitivamente, la Gran Nación que el soñara (Compañero, 13, p. 7 – Cursivas propias).*

El motivo por el cual la prensa comercial no cubre el caso Vallese ni tampoco se preocupa por la suerte que le deparó al obrero de TEA es más que claro: su identidad de peronista. Esa misma filiación que lo hizo militar, que lo decidió a no ceder ante los “corruptores del sistema”, que lo hizo desnudar a los “traidores”, que, en definitiva, lo transformó en un “rehén de las fuerzas entregadas al extranjero que controlan” la Argentina, un país que está ocupado por uniformados manchados con la sangre de Vallese. Precisamente, esa sangre en sus atuendos, cumpliendo un papel similar al que tienen las reliquias para el cristianismo,<sup>97</sup> es testimonio no sólo de la “Pasión” de aquel, sino también es utilizada para atestiguar su permanencia en tanto “símbolo de una Patria avasallada”, “símbolo de lucha contra el hambre”, para castigar a sus secuestradores y acosar cual fantasma a los que “padecen ‘amnesia’”, esto es, a los que se olvidaron de su deber para con los trabajadores; los “burócratas”, en una palabra.

Asimismo, la desaparición física de Vallese no trocó en olvido. Él seguía presente allende su muerte. En este sentido, “su presencia y la acción revolucionaria” que llevó adelante en vida son los pilares que mantienen al “pueblo en pie de guerra”. Otra vez, la muerte de Vallese lo transformó en símbolo, que lo hizo estar presente en cada una de las huelgas obreras, en las fábricas, en las batallas que la juventud del peronismo afrontaba. También, este Vallese-símbolo estará presente cuando se concrete lo que él habría soñado: “cuando el pueblo tome el poder”.

---

<sup>97</sup> Para el cristianismo, las reliquias son los restos dejado por un santo luego de que muere. En este sentido, una reliquia puede ser el cuerpo entero, una parte de éste y aún artículos varios. Estos objetos son considerados dignos de veneración al haber pertenecido o estado en contacto con el santo.

Lo dicho más arriba se corresponde con una dimensión que puede denominarse “martirologio peronista”: la enumeración y veneración de un conjunto de personas, las cuales son equiparadas con las figuras de mártires, cuyas torturas y muertes se debían a su función de testigos de la “fe peronista”. Así, el asesinato de Vallese es una prueba de esta dimensión martiroológica que comienza a operar en el peronismo con fuerza en el periodo pos 1955. A este respecto, Ehrlich, en su análisis de *Trinchera*, encuentra que “[l]a construcción de un modelo de conducta a emular en la práctica cotidiana se canalizó también en el trazado de un martirologio propio” (2012; 137). Asimismo, en una nota al pie de la misma página, la historiadora señala que aún cuando sea cierto que el martirologio peronista se extendió con posterioridad al golpe de 1955, ya anteriormente algunas figuras habían sido retratadas de ese modo. Menciona, por ejemplo, el tratamiento que la publicación *Mundo Peronista* brindó a la memoria del cabo Miguel Ángel Fariña, muerto en servicio en el marco de lo que fue la sublevación militar del general Benjamín Menéndez, el 28 de septiembre de 1951. También Juan Pedro Denaday (2016) halla la constitución de figuras mártires en la organización peronista constituida a principios de los setenta y liderada por Alberto Brito Lima, el “Comando de Organización”. Por su parte, Slipak encuentra en *Cristianismo y Revolución* la evocación celebratoria del motivo del martirio, “no tanto en el sentido de una entrega pasiva, sino en el de una ofrenda máxima ante una causa irrenunciable” (2015; 37). En *Compañero*, en definitiva, reverbera tibiamente un sentido similar del mártir como el que la autora antedicha encuentra en la publicación dirigida por Juan García Elorrio.

En relación a esto, junto con Vezzetti, puede recordarse que en el “eslogan del sacrificio de los mejores se transparenta algo del culto a los mártires”, siendo este último la argamasa primordial con la cual se han levantado y dado consistencia a las religiones políticas en Occidente (2013; 141). Esto es lo que sucede, por ejemplo, con el fascismo.<sup>98</sup> Emilio Gentile ha señalado que la muerte se constituyó en una imagen permanente en las instancias formativas del universo simbólico fascista. “La ‘confesión de fe’ con el sacrificio de la vida era el valor supremo de la religión fascista. En torno al culto a los caídos se desarrolló (...) la simbología de la sangre de los mártires, regeneradora y fecundadora” ([1993] 2007; 53). Para Carlos Piñeiro Iñiguez, cuestiones

---

<sup>98</sup> Asimismo, debe recordarse que el culto a los mártires fue importante en el movimiento anarquista y en el socialismo en la Argentina. Al respecto, consultar Juan Suriano (2001; 311) y Sofía Seras (2015).

tales como el culto a Evita o la propagación de la simbología peronista en la sociedad permiten caracterizar al peronismo como una religión política<sup>99</sup> (2010; 60).

Claro que el episodio de Vallese no es el único mencionado por *Compañero*. En una entrevista que le hace el semanario, Oscar Figueroa, presidente de la “Mesa Ejecutiva del Movimiento de la Juventud Peronista” de Tucumán, responde ante la pregunta de si cree en la salida electoral:

[S]ería un iluso o sencillamente un estúpido creer aún en la salida electoral, si la experiencia que nos entregaron estos *9 años de escarnio* nos demuestra que *mientras la reacción y sus herederos se mantengan en el poder, serán siempre considerada la mayoría popular como parias* en su propia tierra, ello más aun considerando que los *actuales gobernantes* de turno u optando o en su mayoría son los *responsables de la sangre derramada que dejarán como saldo cuántos mártires*, tributo que pagarán *por ser leales al pueblo y por manifestarse leales a una causa*. Ingenuos serían quienes pretenden que con declaraciones harán olvidar a [Juan José] Valle, [Oscar Lorenzo] Cogorno, [Rómulo] Varreno [sic], Vallese y muchos otros más (*Compañero*, 34, p. 6 – Cursivas propias).

La experiencia que vivió este obrero tucumano desde 1955 lo muestra desconfiado de cualquier tentativa que involucre una salida electoral, algo que podría poner en tensión el lugar reservado por el semanario para los comicios de 1946 y de marzo de 1962. Así, estos “9 años de escarnio” muestran, al decir del obrero, al pueblo argentino que la “mayoría popular” continuará siendo tratada como “parias en su propia tierra” mientras la “reacción y sus herederos” continúen en el poder. Esta sensación cobra aún más fuerza cuando se toma conciencia de la responsabilidad que pesa sobre aquellos elementos respecto a la muerte de militantes, sangre tributada por el sólo hecho de “ser leales al pueblo y manifestarse leales a una causa”, la peronista. Mártires como

---

<sup>99</sup> En lo que respecta a esta cuestión, el término “religión política” se adecua mejor para este trabajo que el de “religión civil”, ya que entre ambos, como señala Emilio Gentile (2004; 329), existe una diferencia fundamental en lo que es su misión histórica. La religión política, por ejemplo, no acepta la coexistencia con otras ideologías o movimientos políticos, rechaza la autonomía individual afirmando la primacía de la comunidad, santifica la violencia como un arma legítima en la lucha contra lo que considera enemigos internos y externos, obliga la observancia de sus mandamientos y la participación en el culto político, entre otros. Al decir de Enzo Traverso, “lejos de oponerse al pluralismo y al Estado de derecho, la sacralización de la política preconizada por estas religiones civiles tenía como finalidad instituir un *ethos* compartido, en el sentido de Rousseau” y, en este sentido, “todas las democracias modernas han procedido a la sacralización de sus instituciones” (2014; 199). Para indagar sobre un trabajo que apela a la categoría “religión secular” para referirse a las experiencias políticas comunista y fascista, se sugiere Raymond Aron (1985).



Juan José Valle, Oscar Lorenzo Cogorno, Rómulo Barreno o el mismísimo Vallese no serían “olvidados por el pueblo”, testigo del holocausto hecho por aquellos.

En otro extracto, anoticiando sobre un tiroteo sucedido en la ciudad de Rosario,<sup>100</sup> se informa:

*Pero la reacción fracasará rotundamente ante estos intentos. La clase trabajadora argentina, que ha sufrido ocho años de persecuciones, no se dejará intimidar por la violencia que desate la reacción y en su momento sabrá ajustar las cuentas con los asesinos. Por el contrario, la sangre derramada por los compañeros Víctor Oscar Militello, Antonio Giardina y Eduardo Angel Bertoglio constituye un aliciente más para llevar hasta el fin la lucha emprendida (Compañero, 36, p. 6 – Cursivas propias).*

Nuevamente aparece la figura de los mártires: Militello, Giardina y Bertoglio. Para el corresponsal de Rosario, la “sangre derramada por los compañeros” constituye el incentivo necesario para continuar “hasta el fin la lucha emprendida”. Es interesante percibir que aquí la muerte no es concebida como una derrota. Como señala acertadamente Vezzetti, sólo puede hablarse de derrota cuando ya no existe causa, cuando ese conjunto de muertes no puede ser incorporado al curso de los combates aún abiertos. En una palabra, cuando el objetivo final –triunfar sobre los “enemigos”- se mantiene en pie e ilumina el decurso de la lucha (2013; 146). Esto permite al cronista augurar que la “reacción fracasará rotundamente” en tanto la clase obrera no permitirá ser intimidada por la “violencia que desate la reacción”. En su momento, en un punto indeterminado en el futuro, sabrá hacer rendir cuentas a la reacción por los “ocho años de persecuciones”.

La cuestión de la violencia que es desatada desde el ámbito de la “reacción” abre una interesante brecha para examinar una de las concepciones de violencia circulantes en *Compañero*. En su clásico *Sobre la violencia*, Arendt examinó la cuestión de la violencia en el ámbito político, discutiendo la asimilación lisa y llana que se ha hecho entre poder y violencia. Para la afamada teórica política alemana, la violencia: 1) “se

---

<sup>100</sup> El 24 de febrero de 1964, en la reunión plenaria de la CGT celebrada en el Sindicato de Cerveceros, se produjo un tiroteo que dejó un saldo de tres militantes muertos. Los gremialistas peronistas Víctor Militello y Antonio Giardina, junto con el militante del Movimiento Nacionalista Tacuara (MNT) Eduardo Bertoglio, fueron muertos. Al decir de Isidoro Gilbert, “[I]os tres coordinaban la presencia de Tacuara con la misión de impedir que el plenario convocado en relación con un plan de lucha de la CGT, con la presencia, además, de organizaciones sociales, fuera dominado por la izquierda” (2011; 457). Para *Compañero*, empero, el ataque está íntimamente vinculado a la acción de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE).

distingue por su carácter instrumental” ([1972] 2015; 149); 2) como todo medio, “siempre necesita orientación y justificación para alcanzar el fin que persigue” ([1972] 2015; 155); 3) “puede ser justificable, pero nunca será legítima” ([1972] 2015; 155); 4) hasta cierto punto puede arreglársela sin acólitos porque se vale de instrumentos; 5) su forma más extrema es la de Uno contra Todos ; y 6) “puede destruir el poder; pero es absolutamente incapaz de crearlo” ([1972] 2015; 159).

Entonces, puede hablarse de un tipo de violencia racionalizada o instrumental, presentada como un medio indispensable e insustituible para alcanzar un determinado fin. Este tipo de acción violenta interviene apelando a la superioridad física, al chantaje y a la coerción. Al decir de Hilb, “no hay nada propiamente en ‘común’ para la acción violenta; hay fuerzas en pugna por un objetivo a conquistar” (2003, 4). En este sentido preciso, la violencia racionalizada pretendería sustituir a la política, en donde la acción y las palabras dejarían su lugar al choque de fuerzas y a la modelación del espacio común mediante instrumentos (asesinatos, secuestros, etc.).

A este respecto, véase cómo operaría esta violencia para *Compañero*:

[L]a violencia impuesta desde septiembre de 1955 contra el pueblo, expresada en todas sus manifestaciones, más dura o más blanda, de acuerdo a las conveniencias tácticas del imperialismo, es la esencia misma del sistema en crisis. Y esa violencia queda al descubierto cuando ese sistema, aquí ahora, y en todas partes del mundo está en su agonía final. Esa violencia que se mide por la represión armada, los fusilamientos, el asesinato a los delegados obreros, conjuntamente con una política de hambre y de miseria para tratar de ‘ablandar’ la combatividad popular, mientras en el plano político se desconoce la voluntad de las mayorías y se sigue aplicando el fraude y las proscipciones políticas (*Compañero*, 39, p. 3 – Cursivas propias).

El asesinato del pueblo es una constante del régimen (...) La herramienta mecánica que mutila o mata ‘accidentalmente’ a tantos obreros, así como la picana que tortura a Vallese, y la bala que fusila al General Valle, son formas de asesinar, son instrumentos de matar que, indistinta y permanentemente, utiliza el sistema para mantener sus privilegios. Es que la picana eléctrica o la pistola policíaca son ‘instituciones’ tan intrínsecas al régimen liberal burgués, como la fachada parlamentaria, los partidos políticos o las elecciones proscriptas (*Compañero*, 61, p. 3 – Cursivas propias).

Tal y como se dijo en el capítulo inicial de esta tesis, el golpe de Estado de 1955 aparece en *Compañero* como un quiebre o cesura respecto de una época de oro, el decenio peronista. Quiebre, como muestra el primero de los extractos presentados, caracterizado por la implementación de violencia contra el pueblo: “represión armada”, “fusilamientos”, “asesinatos”, “una política de hambre y de miseria” y el desconocimiento de la “voluntad de las mayorías”. Ahora bien, en medio de lo que el semanario identifica como una “crisis del sistema”, la violencia que era su parte esencial queda al descubierto cuando el sistema está agonizando. Retomando lo que aparece en el extracto anterior, esa violencia, por otra parte, es utilizada por el “sistema para mantener sus privilegios”. Esto lo hace apelando a los “instrumentos de matar”, aquellos que hacen del “asesinato del pueblo” la característica intrínseca del sistema político-económico. Tanto es así que, para *Compañero*, la picana eléctrica o la pistola policial se transformaron en instituciones del “régimen liberal burgués” como son también los partidos políticos, el Parlamento o la instancia electoral. En palabras de Terán, tras el derrocamiento a Frondizi el 29 de marzo de 1962 y su reemplazo por el otrora Presidente provisional del Senado, el radical José María Guido, se “tornó aún más evidente que las mediaciones políticas representativas eran en este país más que dudosas”. Para el filósofo argentino, el motivo que identificaba a la democracia con un velo que ocultaba la realidad “formará sistema con una matriz de pensamiento que se ha constituido al menos desde la década del treinta”: la afirmación de que existían “dos Argentinas”. Sólo que en los sesenta retornaba al calor del derrumbe de la política formal (1991; 138-139).

A partir del extracto citado de *Compañero*, pueden ser percibidos con cierta claridad ecos del polémico *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon: “Las represiones, lejos de quebrar el impulso, favorecen el avance de la conciencia nacional. En las colonias, las hecatombes (...) fortalecen esa conciencia, porque indican que entre opresores y oprimidos todo se resuelve por la fuerza” ([1961]2009; 64). La mención del filósofo martiniqués no es tan descabellada como puede parecer al principio. En el número del 14 de julio de 1964, el 55, se hace una reseña del libro publicado en español por Fondo de Cultura Económica tan sólo un año antes. Las palabras finales de la reseña son más que elocuentes:

‘Los condenados de la tierra’ nos toca más hondamente, porque está hablando también (...) de *una humillación que sentimos día a día*, de un escarnio del que aún no estamos libres y que es en el fondo el mismo

que *soportan o han soportado los pueblos hermanos de Asia y África*. Esa misma conciencia de pertenecer a la misma cofradía de los postergados, de estar unidos por esa oscura hermandad de dolor y la miseria, de la indignidad y de la lucha, la que *nos hace asumir a este libro como nuestro*, escrito con rabia por uno de los nuestros” (*Compañero*, 55, p. 7 – Cursivas propias).

En definitiva, lo que se tiene en *Compañero* es una concepción de violencia que asocia lisa y llanamente su ejercicio con el poder estatal. Este sentido, los encarcelamientos, las torturas y las muertes de los militantes peronistas, así como la propia proscripción del movimiento, son concebidos como los medios que utiliza el sistema político-económico para impedir el regreso de Perón, esto es, para imposibilitar el reencuentro entre el líder y su pueblo. Asimismo, como se vio para el caso de Vallese, el ejercicio de este tipo de violencia por parte del sistema político-económico presenta, para el semanario, una función performativa dentro del campo peronista: las persecuciones y los sacrificios que padecen son índices de la fidelidad de los militantes para con Perón y su movimiento. Como ya se deslizó, en esta concepción la figura de los mártires ocupa un lugar primordial, quienes no sólo demuestran el carácter violento del sistema político-económico. Aquí podría sostenerse lo mismo que marcó Jacques Derrida respecto al “gran delincuente” para Walter Benjamin: la fascinación que ejerce su figura está íntimamente relacionada con el hecho de desafiar la ley y poner al desnudo la violencia del orden jurídico mismo ([1997]2008; 87). En el caso de Vallese, por ejemplo, su carácter admirativo estaba en haber desafiado a la legislación siendo militante peronista. Su desaparición habría desnudado los fundamentos represivos sobre los que descansaba el sistema político-económico. Asimismo, el mártir, cual arquetipo heroico, manifiestaba el espíritu de “lealtad” y de sacrificio que debía primar en el colectivo peronista. Esto permitiría completar la aserción de Manero: no sólo en los años setenta sino también en los sesenta el motivo del martirio será fundamental para buena parte de las organizaciones políticas peronistas (2014; 268). Veta sacrificial que, en tanto prueba de “lealtad”, tenía una función pedagógica.

### 2.2.2. “...engendra la violencia de abajo”: Justicia y lucha armada

La violencia racionalizada o instrumental detallada más arriba no es, sin embargo, el único tipo de violencia que puede hallarse, no sin tensiones, en las páginas de *Compañero*. Existe, en cambio, otra conceptualización de la violencia que, junto con Hilb, puede adjetivarse como reactiva. Al decir de la autora, la cual retoma las

cavilaciones vertidas por Arendt en *Sobre la violencia*, la violencia reactiva “no admite ninguna justificación a priori: toda justificación previa desmiente inmediatamente su carácter reactivo” (2003; 3), sólo siendo posible su juzgamiento una vez que acontece.<sup>101</sup> Se trata, en definitiva, de un tipo de violencia concebida como instantánea, pasional y muda, producto de la impotencia que un conjunto de actores siente hacia un determinado estado de cosas o situación vivida como insoportable. Para Arendt, “[r]ecurrir a la violencia cuando nos vemos confrontados por hechos o condiciones indignantes es enormemente tentador por su inmediatez y rapidez inherentes a aquellas” ([1972] 2015; 165). Si, como se concluyó pretéritamente, la violencia instrumental pretende erigirse como sustituto de la política, la violencia reactiva, en cambio, se arroga una rehabilitación de la política tras restituir la balanza de la justicia con sus propias manos.

Sin embargo, esta noción analítica de la violencia reactiva sufre algunas tensiones en las páginas de *Compañero*. Dos extractos, por ejemplo, del más que relevante número 40<sup>102</sup> pueden ayudar a expresar esto:

*La violencia no es engendrada por TACUARA –que sería mucha pretensión-, ni por el pueblo argentino, sino que ningún pueblo del mundo pasa a la violencia por la violencia misma (...) La violencia es engendrada por el sistema capitalista (...) Es el instrumento final con que se defiende todo un sistema basado en la explotación del hombre por el hombre (...) El capitalismo no tiene piedad cuando sus intereses corren peligro. El pueblo tampoco la tendrá cuando ponga en movimiento su enorme fuerza (...) Pero cuando la violencia del SISTEMA es contestada con actos de violencia aislada de las masas, su acción se convierte en ‘terrorismo’ y va al fracaso. En este error caen*

---

<sup>101</sup> En su trabajo, Hilb es consciente de las reverberaciones de la distinción benjaminiana violencia mítica – violencia divina en la diferenciación que ella elabora entre violencia instrumental y violencia reactiva. Respecto a esta violencia que adviene, señala Slavoj Žižek: “[P]ara expresarlo en términos de [Alain] Badiou, la violencia mítica pertenece al orden del *ser*, mientras que la violencia divina pertenece al orden del *acontecimiento*: no hay criterios <objetivos> que nos permitan identificar un acto como propio de la violencia divina. Un acto que para un observador externo es sólo un estallido de violencia, puede ser divino para los implicados en él. No existe ningún gran otro que garantice su naturaleza divina, pues el riesgo de interpretarlo y asumirlo como divino pertenece totalmente al sujeto” (2007; 237 – *Cursivas en el original*).

<sup>102</sup> El adjetivo “relevante” adquiere dimensiones si se considera la tapa misma. Con una imagen de Perón sosteniendo un revolver en actitud de cedérselo al lector, el número se muestra cargado de significaciones. Baste, a la sazón, mencionar que en este número se produce por primera vez una entrevista al Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara y, también, se tematiza la situación del Ejército Guerrillero del Pueblo a semanas de haber comenzado el operativo de la Gendarmería Nacional para desmovilizar el grupo, que concluiría con la desaparición de Jorge Ricardo Masetti también conocido como “Comandante Segundo”. Para ahondar en lo que se refiere a los mencionados grupos, se sugiere Daniel Gutman (2003) y Gabriel Rot ([2000] 2010).

*todos los primeros brotes revolucionarios le [sic] pequeños grupos, que pagan con cárcel o la vida su empirismo y su pasión por la causa del pueblo (Compañero, 40, p. 3 – Cursivas propias).*

*La existencia de los guerrilleros [del Ejército Guerrillero del Pueblo] es un hecho objetivo y no una manifestación de iracundia ni una actitud artificial. Es consecuencia directa de las condiciones creadas por la política de hambreamiento y desocupación que sufre el pueblo en el plano económico, y de humillación, fraude y violencia en el plano social y político (...) [L]as manifestaciones [de violencia] aisladas deberán confluir en la acción de conjunto. Porque insistimos: aunque las respuestas parciales tengan plena justificación en la violencia que ejerce el régimen contra el pueblo, y el valor personal puesto en juego merezca todo nuestro respeto y admiración, nada permanente ni definitivo se podrá hacer al margen del movimiento de masas más rico que registra la historia de nuestro país (Compañero, 40, p. 3 – Cursivas propias).*

El primero de los extractos expuestos corresponde a un comunicado que lanza el MNRT a raíz del asalto al Policlínico Bancario ocurrido en agosto de 1963 en el barrio de Caballito de la ciudad de Buenos Aires.<sup>103</sup> Como una suerte de *mea culpa*, desde la novel escisión de Tacuara que pronto se incorporaría al Movimiento Revolucionario Peronista, intenta eximirse de responsabilidad por la violencia cometida. Asimismo, tampoco es culpable el pueblo de los arrebatos violentos que pudiese cometer. En contrapartida, “la violencia es engendrada por el sistema capitalista”. Éste utiliza a la violencia (un medio) para defender el “sistema en la explotación del hombre sobre el hombre” (fin). El segundo de los extractos enlaza la existencia del EGP en el norte argentino<sup>104</sup> como un “hecho objetivo”, producto directo de las condiciones de “hambreamiento y desocupación” que padece el pueblo. Esto es, la aparición de los guerrilleros liderados por Masetti es hija de la situación de violencia, del hambre y de la desocupación que padece el pueblo. En este sentido, la acción guerrillera del EGP

---

<sup>103</sup> Llamada internamente “Operación Rosaura”, se trató del robo de 100.000 dólares a la clínica del sindicato de bancarios. En la operación participaron José Luis Nell, Jorge Caffatti, Horacio Rissi, Mario Dualhy y Tomislav Rabic. Dos empleados del policlínico fueron muertos. Al decir de Gutman, que hace un excelso trabajo describiendo los pormenores del robo, para el MNRT este episodio significó el inicio de una nueva etapa (2003; 188).

<sup>104</sup> Rot argumenta que la publicación de la “Carta al Presidente Illia” por parte de Masetti y los suyos en *Compañero* en julio de 1963 encendió la alarma en los servicios de inteligencia ([2000] 2010; 270). Similar acotación hace Gutman (2003; 213-214). Sin embargo, un rápido repaso por las páginas del semanario basta para desmentir la aserción de Rot. No fue publicada en *Compañero* la mencionada carta. Erratas como estas refuerzan la necesidad y la relevancia de llevar adelante un análisis crítico y pormenorizado del semanario.

parece adquirir los contornos de una violencia reactiva, que, como se deslizó inmediatamente más arriba, encuentra su justificación en la sensación de impotencia que un conjunto de sujetos siente respecto de una situación vivida como insoportable.

No tal sutilmente, empero, en ambos extractos se desliza una crítica a lo que constituyó la práctica habitual en los primeros años luego del golpe de 1955: las acciones individuales.<sup>105</sup> Así, por ejemplo, el MNRT aduce que la violencia que se practica allende las masas estaba condenada a transformarse en actos terroristas y sucumbir, sea encarcelando o asesinando a sus principales instigadores. El divorcio con las masas es un error común, se lee en el extracto del documento citado, en el que “caen todos los primeros brotes revolucionarios”. También, a raíz de la aparición del campamento del EGP, *Compañero* aduce que, aún por justificadas que estén las “respuestas parciales” de los grupos a la “violencia que ejerce el régimen contra el pueblo” y valorable sea el coraje personal de los involucrados, “nada permanente ni definitivo se podrá hacer al margen” del peronismo y de las masas. Se está aquí, a principios de los años sesenta, de una clara y contundente crítica hacia el foquismo. En otras palabras, se expresa muy tempranamente aquello que Elías Palti señala como la distinción que agitó los debates en los años setenta: si sólo era legítima la violencia de las masas, ¿puedo un “pequeño grupo arrogarse la representación popular y ejercer la violencia en su nombre”? (2008; 107). Claramente, como lo muestran los extractos citados, para *Compañero* la respuesta es negativa. Sólo a través de la violencia de las masas podía edificarse algo “permanente”, “definitivo”, algo más que “actos terroristas”. Sin embargo, eso no resuelve el problema fundamental que una concepción como esa conlleva y que el mencionado Palti expresa certeramente: ¿es meramente un criterio numérico el que legitima la acción violenta? En caso de que sea así, ¿cuántos son necesarios para dotarla de legitimidad?

---

<sup>105</sup> Amaral, en su trabajo “Retórica y práctica de la violencia”, sostiene que si bien la acción recomendada por Perón en sus “Directivas generales para todos los peronistas” del año 1956 estuvo en gran medida anticipada por sus seguidores (resistencia pasiva que no excluye el uso de la violencia y hasta un posible golpe de estado), aquellos “se cuidaron de seguir al pie de la letra las mucho más violentas ‘Instrucciones generales para los dirigentes’ de junio [de 1956]” (resistencia individual que incluía incendios intencionales, atentados contra medios de transporte, sabotaje industrial, entre otros) ([1993] 2004; 86). A su vez, continúa el autor, con la asunción de Frondizi en 1958 se atestigua un cambio: de la acción de los grupos barriales, principales perpetradores de la resistencia individual, se pasó a la de los grupos sindicales. Asimismo, la acción “dejaría de tener por objeto causar una perturbación general e indiscriminada, para centrarse en conflictos particulares” ([1993] 2004; 87).

También desde la pluma del propio Valotta se vertía la crítica a lo que se calificaba como violencia individual. Señalaba en sus editoriales el otrora militante del Movimiento Universitario Reformista:

[L]os *actos de violencia aislados* que no partan de una apreciación profunda de la realidad, corren el *peligro de resultar extraños a las masas* y a producir la consolidación de un bloque de los demás sectores sociales en torno a las fuerzas reaccionarias, que *los aleje de los trabajadores* (...) [S]e *provocaría la intensificación de la represión* que, entonces, tendría como *único destinatario al movimiento mayoritario* separado de sus aliados naturales” (*Compañero*, 13, p.1 – *Cursivas propias*).

Del mismo modo, *promover actitudes individuales aisladas de violencia*, sin plan y marginando a las masas es *fruto de la desesperación* y prueba, en el mejor de los casos, *falta de comprensión del proceso*. No significa ello negar el sentido profundo de estos actos (...) También, *a su hora, recorreremos ese camino sin vacilaciones*. Lo que  *juzgamos erróneo es anticiparse a los hechos*, transformando esos actos en una política que sólo puede servir a la provocación (...) En última instancia, *conduce directamente por el camino del fracaso* a la conciliación con el enemigo (*Compañero*, 14, p. 1 – *Cursivas propias*).

Para el editor de *Compañero*, las acciones de violencia individual eran peligrosas porque podían ocasionar un divorcio entre sus perpetradores y las masas. A su vez, aquella práctica violenta podría ocasionar que potenciales aliados<sup>106</sup> se vieran seducidos por las “fuerzas reaccionarias” y su pretensión de terminar con el desorden, alejándolos de los trabajadores. Hegemonizados por las “fuerzas reaccionarias”. Como marca Ernesto Laclau, en condiciones presentadas como de desorganización radical del tejido social, la “gente necesita *un* orden, y el contenido factual del mismo pasa a ser una consideración secundaria” (1996; 83-84 – *Cursivas en el original*). Esto es, la exigencia de ordenar la situación vivida como caótica prima por sobre el modo y las

---

<sup>106</sup> Una cuestión interesante se desprende de esto. En su trabajo “De lo popular a lo populista”, Gerardo Aboy Carlés identifica tres formas a partir de las cuales las identidades políticas populares se constituyeron y relacionaron con la comunidad. Ellas son: las identidades parciales, las totales y las que tienen pretensión hegemónica. Es esta última la que llama la atención para el caso que se está considerando. Según el prestigioso sociólogo, las identidades con pretensión hegemónica intentan “cubrir al conjunto comunitario”, proceso que no involucra la “destrucción de lo heterogéneo” sino más bien implica “desplazamientos moleculares que suponen tanto la negociación de su propia identidad como la conversión de los adversarios a la nueva fe” (2013; 34). Es así, entonces, como debe entenderse esa obstinación con la que se remarca en *Compañero* que “los sectores medios no comprometidos (...) son aliados naturales de la clase trabajadora” (*Compañero*, 11, p. 1) y también, lógicamente, toda crítica a acciones que puedan poner en peligro la posibilidad de seducir a estos sectores.



características que asumirá ese acto de ordenar. El establecimiento de un orden, el ordenamiento del caos, decide sobre quién recae la soberanía o la capacidad de decidir qué constituye una situación normal y qué una excepcional (Schmitt, [1922] 2005a). En este sentido, si del caos dinamizado por la violencia aislada se pasa, vía seducción de los potenciales aliados, a una situación de orden, corresponderá a quien o quienes lo hayan erigido determinar cuándo este orden es violado y qué medidas se aplican al respecto. A todas luces, entonces, un escenario más que tenebroso para los elementos autopercebidos como revolucionarios del peronismo.

En definitiva, Valotta cree que la práctica aislada de la violencia sólo puede provocar que la represión se intensifique y caiga sobre los hombros del “movimiento mayoritario”, del peronismo. A su vez, la promoción y aplicación de “violencia, sin plan y marginando a las masas” demuestra ser producto de una decisión apresurada, de una lisa y llana incomprensión de la realidad. Este es un punto importante porque aún cuando se reconocen las legítimas causas que pueden impulsar la aplicación de ese tipo de violencia y, también, aún cuando no se eche por tierra la posibilidad de practicarla en un futuro, lo que Valotta está criticando es su aplicación prematura, la que sólo intensificaría la represión y decantaría, finalmente, en la “conciliación con el enemigo”.

Esta crítica a la precocidad de la aplicación de violencia debido a una comprensión errada de la realidad puede vincularse al modelo insurreccional de la toma de poder, que indicaba, en tanto concepción etapista o evolutiva del acontecer revolucionario, que dicho proceso debía atravesar progresivamente una serie de etapas. Una de ellas, por ejemplo, era la de “profundización del esclarecimiento ideológico y organización política”, como insistentemente lo marca Valotta en sus editoriales (números: 7, 13, 14, 16, 18, 21, 24, 31, 32, 50, 67, 70, 73, 79). Tanto María Cristina Tortti (1999; 226) como Vera Carnovale (2011; 28) marcan que los procesos chinos, argelinos y fundamentalmente el cubano pusieron en jaque, entre otras cosas, esa concepción etapista.

Asimismo, puede percibirse otro referente de la crítica a la “violencia individual” vista inmediatamente arriba. Al decir de María Cristina Tortti, luego de las frustradas elecciones de marzo de 1962, los “afanes por construir una fuerza política de masas con el peronismo” fueron dejando espacio para los “planteos que destacaban la imperiosa necesidad de constituir una *nueva dirección* –una ‘vanguardia’- para el movimiento popular, y en algunos casos, la de prepararse para la lucha armada” (2014; 24 –Cursivas en el original). Aún cuando desde las páginas de *Compañero* se insistiese

en la necesidad de forjar una nueva conducción política que se embarque en la lucha armada, lo que se estaba criticando realmente era el guerrillerismo. Esto resulta curioso si se tiene en cuenta que en las “Instrucciones generales para los dirigentes peronistas” elaboradas por el Comando Superior Peronista (o Perón) en 1956, una de las órdenes era inclinarse por la guerra de guerrillas (Baschetti, 2012; 95). Esta fue la táctica que siguió, por ejemplo, Uturuncos, considerado como la primera guerrilla rural de la Argentina. En una entrevista realizada al Comandante Uturunco en el semanario *Mayoría* en enero 1960, éste decía entender la guerra de guerrillas como la “guerra revolucionaria del pueblo en armas, contra la cual se estrellan los ejércitos que son utilizados para enajenar la soberanía de la Patria” (Baschetti, 2012; 174).

De todas formas, pasada la Revolución Cubana, contra lo que se estaba expidiendo *Compañero* es, en realidad, la *praxis* sistematizada por el “Che” Guevara en su libro *Guerra de guerrillas: un método* [1961] (1964): 1) Un ejército puede ser vencido por un grupo pequeño; 2) El foco insurreccional puede crear las condiciones para la revolución; y 3) En América Latina, la lucha armada surge inevitablemente del campo.<sup>107</sup> Asimismo, dentro del campo peronista, de forma similar puede leerse esta crítica en la proclama conjunta del MNRT y CONDOR, “El retorno de Perón (alineación y contrarrevolución de las izquierdas)” (Baschetti, 2012; 331-344). Cucchetti, en su análisis de Guardia de Hierro, señala, por su parte, que el grupo quedó desvinculado del guerrillerismo de tipo guevarista y rural (2010; 96). En lo que a la “nueva izquierda” se refiere, por ejemplo, críticas similares a la táctica guevarista inspiraron a uno de los tantos desprendimientos del Partido Comunista a principios de los sesenta: Vanguardia Comunista (Adrián Celentano, 2014; 94).

Premisas como las que expresaba el guerrillerismo de inspiración guevarista estaban lógicamente en tensión con las que postulaba *Compañero*. A este respecto, por ejemplo, tómense en consideración dos extractos. El primero de ellos, un editorial de Valotta del número 59, cuando se anuncia la constitución del Movimiento Revolucionario Peronista. Allí señala editor:

Hace mucho que las *condiciones revolucionarias objetivas existentes exigen el desarrollo de los instrumentos* capaces de dar formulación expresa y canalización a la conciencia política elaborada por las masas

---

<sup>107</sup> Respecto a esta última, es conocida la sentencia fanoniana: “[E]n los países coloniales, sólo el campesino es revolucionario. No tiene nada que perder y tiene todo por ganar (...) El explotado percibe que su liberación exige todos los medios y en primer lugar la fuerza” (Fanon, [1961] 2009; 54).

en la dura experiencia de los últimos años (...) [E]ste instrumento revolucionario se verá limitado en sus objetivos si no puede *utilizar todas las formas de lucha para vencer al enemigo*, los sectores del privilegio asientan su poder sobre la violencia y la fuerza armada. Es decir, *sin su propio ejército las masas no pueden enfrentar con perspectivas de éxito al ejército de ocupación*, y para forjarlo es preciso *dominar todas las técnicas de organización y lucha*, aprovechando la experiencia de otros pueblos que recorrieron el camino antes que nosotros (*Compañero*, 59, p. 1 – *Cursivas propias*).

“Guerra al régimen” titula *Compañero* aquel número, en el que la nota de Valotta esté encabezada por un “5 de agosto. Jornada histórica”. Para el editor, están dadas las condiciones para que la revolución acontezca. La idea de la inevitabilidad o de un proceso irresistible, sea éste el “colapso ya inevitable de la tendencia capituladora” (*Compañero*, 62, p. 1) o la “cara de sistema que se derrumba inevitablemente” (*Compañero*, 78, p. 6), está muy presente a lo largo de las páginas del semanario. Arendt ha señalado que tanto la necesidad y como la violencia “han llegado a ser la marca distintiva de las revoluciones victoriosas del siglo XX”, constituyéndose para el público en general como las “características principales de todo suceso revolucionario” ([1963] 2012; 152).

No obstante, retomando lo expresado por Valotta en el extracto citado, las condiciones para que suceda el hecho revolucionario exigen que se desarrollen los instrumentos adecuados para formular, expresar y canalizar “la conciencia política elaborada por las masas” en los años posteriores a 1955. En tanto partido revolucionario, este instrumento creado debe apelar a “todas las formas de lucha para vencer al enemigo”. En este preciso sentido, si los “enemigos” hacen descansar su poder en la violencia ejercida por su propia fuerza armada, se hace menester que el partido revolucionario cuente con la suya propia. En otras palabras, la violencia organizada y sistematizada por el Estado debía ser respondida por una violencia igualmente organizada y sistematizada por parte de las masas. Al decir del propio Valotta, si aquellas no tienen su propio ejército “no pueden enfrentar con perspectivas de éxito al

ejército de ocupación”.<sup>108</sup> En la forja de su propio ejército, las masas deben valerse de la “experiencia de otros pueblos que recorrieron el camino antes”.<sup>109</sup>

El segundo de los extractos propuestos corresponde al Programa del MRP. En el punto 7 se asegura:

7) Que el *régimen en descomposición ha cerrado todos los caminos al pueblo apoyado en la violencia y en la represión y haciendo del fraude y la proscripción* de las mayorías populares su “*sistema de gobierno*”. Condenada históricamente, la reacción ha escogido la forma en que habrá de ser destruida. *A la violencia responderemos con la violencia*, y como dijo Perón: ‘Por cada uno de los militantes del pueblo que caigan caerán cinco de ellos’. Nuestro pueblo sabrá recoger la tradición de las montoneras gauchas y responder golpe por golpe a la reacción con sus mismas armas. De hoy en adelante sabremos *utilizar la lucha armada como método supremo de la acción política* (*Compañero*, 59, p. 4 – *Cursivas propias*).

El régimen social y político de la Argentina de Illia, heredera del quiebre constitucional de 1955, apoyándose “en la violencia y en la represión”, amparándose en el “fraude y la proscripción” y cerrando los caminos legales, electorales y pacíficos, ha “escogido la forma en que habrá de ser” destruido. Nuevamente, la violencia “de arriba” será respondida por una violencia “de abajo”. Algo similar aduce el militante peronista Carlos Alberto Burgos en su alegato ante la acusación de terrorismo en noviembre de 1960: “A la violencia legal (...), el Pueblo responde con la violencia física, último recurso cuando el fraudulento sistema político niega el acceso al poder por los normales y democráticos medios electorales” (Baschetti, 2012; 182).

Se apela también, en el punto 7 del Programa arriba citado, a la resonante exclamación lanzada por Perón en su última aparición en los balcones de la Casa Rosada, incorporando, no obstante, el sintagma “militantes del pueblo”.<sup>110</sup> Recurriendo

---

<sup>108</sup> Algo similar podría leerse en Fanon: “Porque la violencia, y ahí está el escándalo, puede constituir, como método, la consigna de un partido político. Los cuadros pueden llamar al pueblo a la lucha armada” ([1961] 2009; 66).

<sup>109</sup> Como se verá en el próximo capítulo, las luchas de liberación nacional que se estaban llevando a cabo a comienzos de los años sesenta en Asia, África y parte de América Latina están muy presentes en las páginas de *Compañero*.

<sup>110</sup> Denominado por la liturgia peronista como el “discurso del cinco por uno”, el 31 de agosto de 1955 Perón dirigió un encendido mensaje ante sus huestes luego de, un día antes, haber enviado a Alejandro Leloir, Presidente del Partido Peronista, su renuncia. La CGT, a raíz de esto, llamó a movilizarse a la Plaza de Mayo. Según Félix Luna, la pasividad de los hechos posteriores permite sostener que “Perón no parece haber tomado demasiado en serio sus propias palabras y trató de despojarlas de su contenido tremendista ante sus colaboradores” (1986; 312). Asimismo, continua el historiador, el “pueblo peronista” entendió que su líder estaba enojado pero ello no derivó en mayores consecuencias. Empero, fueron los

al ejemplo de las luchas montoneras –ya se señaló en el primer capítulo el influjo que la tradición de las montoneras federales produjo en *Compañero*-, podrá el pueblo responder, cual *lex talionis*, “a la reacción con sus mismas armas”. En este sentido, la constitución del MRP lo atestigua. Con la “Asamblea del 5 de Agosto” el instrumento de la lucha armada, la táctica de responder a un golpe con otro golpe, adquiere la dignidad del “método supremo de la acción política”. Asimismo, los puntos 8 y 9 del mencionado Programa van en este sentido. Por un lado, arguyendo que el pueblo debe oponer al “ejército del régimen sus propias fuerzas armadas y milicias obreras que le permitan conquistar la victoria y defenderla después”. Y, por el otro, la acción sólo deberá llevarse a cabo con la “movilización total del pueblo, hasta un grado tal que cada hombre se convierta en un militante”. En este noveno punto se concluye: “Porque la revolución la harán las masas y nada podrá reemplazar esa acción”. En otros términos, la guerra al sistema político-económico se transforma en la continuación de la política peronista por violentos medios.<sup>111</sup> Claro que esta racionalización de la violencia, esta transformación de la política mediante la aplicación de la violencia cual método, la guerra como sustituto de la política, no tenía en mente el ejemplo del guerrillerismo, como más atrás se especificó. En el capítulo siguiente se examinará la tensión que emana de los dos modelos conceptualizados en el semanario: el insurreccional y el de guerra popular prolongada.

En definitiva, se asiste aquí a un significado divergente de aquella violencia señalada anteriormente. Los arrebatos de violencia individual y aislada, aún siendo considerados legítimos, son censurados por *Compañero*; ella no puede ser practicada de forma aislada en tanto cualquier arrebato individual no hace otra cosa que exacerbar la represión estatal y disuadir a potenciales aliados de los trabajadores de luchar contra el sistema político-económico. Así, sólo era deseable la violencia organizada y colectiva, la que se practicaba con las masas. Estas líneas pueden poner en tensión las palabras

---

opositores los que tomaron muy en serio el discurso vertido por Perón. Tanto así que, luego de la alocución de éste, los preparativos para un nuevo golpe de Estado se intensificaron (1986; 313). *Compañero*, por otro lado, rememora aquel episodio en su número 61, señalando en la tapa: “Por cada uno de nosotros caerán cinco de ellos. 31 de agosto de 1955. El llamado de Perón a la lucha, tiene dramática vigencia ante la violencia del régimen contra el pueblo”.

<sup>111</sup> Se está aquí evidentemente ante una inversión del clásico aforismo clausewitziano “La guerra es la continuación de la política por otros medios”. En *Genealogía del racismo*, a este respecto, Michel Foucault señaló que dicha inversión tiene al menos tres significados. Por un lado, significa invertir a la política de la capacidad para mantener el desequilibrio de fuerzas que se manifestó durante la guerra. También, que durante la paz, los enfrentamientos alrededor del poder son interpretados como “episodios, fragmentaciones, cambios de lugar de la guerra misma” ([1976] 1992; 25). Por el otro lado, significa que la decisión última sólo puede sobrevenir de la guerra, del choque de fuerzas.

vertidas por Cooke en su conferencia “Universidad y país” dictada en Córdoba en diciembre de 1964. Allí el otrora delegado personal de Perón realizó una serie de críticas. Una de ellas fue dirigida a la “línea dura” del peronismo, a la que acusaba de voluntarista, vanguardista, de tener una idea de revolución sin fundamentos doctrinarios o reales, y de hacer un llamamiento a la violencia inorgánica y anárquica (Baschetti, 2012; 353). En tanto *Compañero* se ubicaba en la estela de esta “línea dura” del peronismo, lo dicho anteriormente no permite sindicarse con certeza al semanario ni a su director, Valotta, como destinatarios de la aguda crítica cookista.

Retomando lo dicho, significantes como “ejército del pueblo” y “lucha armada” cobran ímpetu en las páginas de *Compañero* con la constitución del MRP. Aún cuando la crítica a la violencia espontánea se vislumbra desde los primeros números del semanario, con la “Asamblea del 5 de agosto” la concepción reactiva de la violencia desdibuja definitivamente sus aristas instantaneístas. En otras palabras, se instrumentaliza. La primigenia violencia “de abajo”, contestación presuntamente instintiva y pasional a la “de arriba”, se transforma en el medio justificado para la proyección de un fin: el regreso de Perón a la Argentina y al poder. Empleando una terminología soreliana, puede decirse que lo que se intenta sugerir aquí es que la fuerza represiva del orden capitalista es contestada con la violencia liberadora del proletariado;<sup>112</sup> sólo así, empleando esta última se concretará el retorno del máximo exiliado. Asimismo, continuando con Sorel, el retorno de Perón operaba como un “mito” unificante y movilizador.

Una última cuestión que atañe a esta transformación cualitativa de la concepción de la violencia merece ser señalada: el de la justicia. Como se dijo más arriba, el tipo de intervención violenta espontánea se arroga restituir la balanza de la justicia. Ahora bien, ¿qué sucede cuando aquel tipo de violencia se trasmuta? En su trabajo *Para una crítica de la violencia*, Walter Benjamin trazó una diferencia entre una violencia que funda (mítica) y otra que destruye (divina) el orden del derecho. Mientras el poder es el principio de todo derecho mítico, la justicia es el de toda finalidad divina ([1972] 2001; 40). Siguiendo esta estela, Derrida señaló el carácter de “experiencia de lo imposible” que reviste la justicia ([1997] 2008; 39). Ella no se puede asimilar al derecho; la justicia lo desborda en tanto pretensión de cálculo de lo incalculable; “la decisión entre lo justo

---

<sup>112</sup> George Sorel no ahorra en adjetivos cuando habla de la violencia proletaria: en tanto manifestación pura y simple de la lucha de clases, deja verse como algo bello y heroico. Aún más: “[e]stá al servicio de los intereses primordiales de la civilización” ([1908] 1973; 95).

y lo injusto no está jamás determinada por una regla” objetiva ([1972] 2008; 39). Entonces, el orden divino, destructor del derecho, está estructurado sobre un principio que es incalculable, que no permite la elección determinada por una regla cierta de qué constituye lo que es lícito llamar justo y qué puede, en contrapartida, denominarse injusto. En definitiva, la justicia parece desbordar los marcos establecidos del derecho.

Algo de este desbordamiento aparece en *Compañero*. Marcelo Repezza, dirigente del Peronismo de Acción Revolucionaria de Córdoba y allegado al MRP, señala respecto a la represión en Córdoba a raíz de la visita de Charles De Gaulle a la capital provincial:<sup>113</sup>

Las fuerzas de represión totalmente superadas, fueron retrocediendo, hasta las puertas mismas del lugar del banquete. Y ahí, frente a la estatua que representa *la Justicia con los ojos vendados*, la *justicia para los poderosos*, cuando el miedo y la histeria se apoderaron de los responsables de las fuerzas policías, se cometió el más vandálico crimen que conoce Córdoba. Pero *no escapan, serán juzgados* por irresponsables que ordenaron balear a la multitud. *No será por cierto la justicia de las minorías*. En su hora, *será la justicia de las mayorías, la del pueblo, que será inapelable* (*Compañero*, 69, p. 6 – Cursivas propias).

Las fuerzas de seguridad se lanzaron a la violenta represión cuando se vieron acorraladas por la masa que, loando a De Gaulle y criticando a Illia, estaban en verdad pidiendo por el regreso de Perón. Precisamente, anota Repezza, la represión fue lanzada desde los Tribunales, “frente a la estatua que representa la Justicia con los ojos vendados”. Esto es, “el más vandálico crimen” se realizó a los ojos de esa “justicia para los poderosos”. Empero, los responsables serán juzgados a término. Algo de esto halla Cuchetti en su análisis de *GH Guardia de Hierro*. Al decir del autor, el tema del uso de la violencia como método de acción atravesó las páginas de la publicación perteneciente a Guardia de Hierro. Por ejemplo, tras el Congreso peronista de Avellaneda de 1965, el

---

<sup>113</sup> A principios de octubre de 1964, De Gaulle visitó Argentina en el marco de lo que fue su gira latinoamericana. Si bien en sus actos en la ciudad de Buenos Aires no se registraron incidentes de gravedad, fue en Córdoba capital, bastión territorial de Illia, donde los hechos adquirieron un cariz violento. Por una parte, el cortejo presidencial fue apedreado frente a la sede local de la CGT, lo que ocasionó que el mandatario argentino fuese lastimado. Por otra, un feroz tiroteo sacudió la zona de Tribunales. Veinte heridos de bala fue el saldo final. Como señalan Tcach y Rodríguez, “[I]o que en principio parecía una fiesta –miles de cordobeses bordeaban las calles llegando a formar hasta tres hileras de cada lado de las calzadas para ver pasar los automóviles con ambos presidentes- se convirtió en un drama” (2006; 107-108). La actuación de las fuerzas de seguridad fue duramente condenada por la CGT, por algunos elementos del partido Demócrata Cristiano y también por los radicales intransigentes. A los fines de ahondar en la visita del presidente De Gaulle y las reverberaciones tercermundistas que pulularon a raíz de ella, se sugiere Roberto Baschetti (2016).

cual estuvo dominado por el vandomismo, para las organizaciones juveniles peronistas al estilo de Guardia de Hierro, el “tiempo del ajusticiamiento popular pasaba a ser el objetivo supremo, y casi inmediato” (2010; 91). Volviendo a lo dicho por Repezza, este juzgamiento no será llevado a cabo mediante las instituciones de las democracias liberales encargadas de esos menesteres. Esto es, “no será por cierto la justicia de las minorías”, señala el obrero cordobés. Se trata aquí, en cambio, de hacer actuar a un tipo de justicia que se cree más sustancial y por ello verdadera: “la justicia de las mayorías”. Se trata, en este sentido, de un tipo de justicia que desborda los marcos del derecho formal. Es la concepción de justicia de un pueblo, el cual se siente perseguido y lesionado por las instituciones que abrazan una concepción abstracta y para las minorías de justicia. Un cierto sentido de “venganza como justicia” o “justicia como venganza” reverbera en esta concepción. De forma similar, Slipak encuentra que *Cristianismo y Revolución* vinculó su práctica de la violencia con una concepción de justicia también alejada de los procedimientos e instituciones reglamentadas, inclinándose, en contrapartida, por “una justicia ligada a la figura del pueblo, de un lado, y la pasión de la venganza, por otro” (2015; 40). A este respecto, entonces, ¿qué más alejado de una idea de justicia como equidad o distribución, propia del orden del derecho, que una noción que la concibe como venganza o retribución, propia del orden divino?

Precisamente, en esta idea acerca de una justicia que excede el derecho y que se transforma en venganza ante una ofensa, la imagen de los “tribunales populares” asume el lugar máximo de su concreción e instancia de reparación de la ofensa. En este preciso sentido, se trata no de “una señora casta, ni un ente abstracto con los ojos vendados” (*Compañero*, 12, p. 4) sino más bien de instancias colectivas en las cuales “tanto ejecutores como sirvientes de turno tendrán que pagar sus culpas” (*Compañero*, 60, p. 5). Se erigen como el lugar de una redención futura, donde los platillos de la justicia son nuevamente devueltos a su equilibrio a partir del castigo de los “enemigos” y sus cómplices.

### **2.3. Conclusiones**

En este segundo capítulo se realizó un análisis de los modos a partir de los cuales se figuró la alteridad y, simultáneamente, se constituyó el propio lazo comunitario en *Compañero*. Se precisó, asimismo, que no es posible que exista identidad por fuera de un sistema de diferencias. En este sentido, la diferenciación respecto de un otro y la



unidad interna se presentan ambos como procesos endémicos de toda articulación identitaria.

En *Compañero*, para el doble movimiento que involucra la constitución de la alteridad y la figuración del campo comunitario, se apeló a los significantes “lealtad” / “leales” y “traición” / “traidores”. Son estos los que permitieron delinear el límite que separa al campo de los “amigos” del campo de los “enemigos”, para decirlo en términos schmittianos, al interior de la unidad de referencia. Además, al ser un movimiento simultáneo, esa delineación dota de cohesión al propio grupo de pertenencia. En este sentido, frente al argumento de James que ve en estos significantes una mera apelación a un lenguaje esencialmente moral, no político y alejado de toda formulación ideológica precisa, se sostiene aquí que aquellas apelaciones son fundamentalmente políticas, si por políticas se entiende, como arguyó Schmitt, la capacidad de trazar una línea de demarcación entre el campo de los “amigos” y el campo de los “enemigos”. En el semanario, entonces, el vocabulario moral es utilizado para intensificar el conflicto político al interior del peronismo, trazando una línea divisoria entre el campo propio, de pertenencia, y el ajeno, el “enemigo”.

A este respecto, desde *Compañero* se concibe que las tomas de fábricas llevaron a la superficie, gracias a la labor de los cuadros medios, el ánimo de lucha de los trabajadores. Esto, empero, intentó ser negado por los elementos burocráticos. Junto a los reiterados fracasos, la negación del espíritu combativo puso en evidencia que entre dirigentes y bases se había producido un divorcio. En este sentido, el vínculo que los unía estaba imbuido de ilegitimidad: aquellos no eran los auténticos representantes de los trabajadores; la relación de fidelidad, asimismo, se había quebrado: los dirigentes dejaron de cumplir con su función de representar los intereses de los trabajadores. Todo esto hacía necesario que se forjara una nueva conducción obrera. Una conducción de nuevo tipo que supiese, se remarcaba, adoptar los medios de lucha necesarios que dictaba el contexto y que fuese consecuente con respecto a los dictados de Perón desde Madrid. En concreto, una que se mantuviera en unidad con aquel y pudiera sortear el camino que del miedo y la corrupción lleva a la traición.

En relación con esto último, la cuestión de la traición, como se marcó arriba, tiene una importancia fundamental en el imaginario peronista ya que permite explicar por qué otros peronistas son considerados como “enemigos”, como pasados al bando opuesto. La lealtad, en contrapartida, se reserva para los que se mantienen incólumes detrás de Perón y, en virtud de ello, acatan sus directivas. Precisamente, la lealtad en el

peronismo significa primero lealtad a Perón. A su vez, era prerrogativa suya determinar, en tanto receptáculo de lealtad, corporización de ésta, qué constituía una lealtad y qué una traición. Esto es, la palabra del líder, a fin de cuentas, operaba como una divisoria de aguas entre el campo de los leales (“amigos”) y el campo de los traidores (“enemigos”).

En *Compañero*, la figura de la traición tiene una representación precisa: la de Augusto Timoteo Vandor. Tal y como se vio, tres episodios son representativos de su traición con respecto a Perón y al pueblo para el semanario: I) la constitución del heptunvirato con los fines de obstaculizar el armado de una organización revolucionaria, como ordenaba Perón; II) insistiendo en la celebración de elecciones en el peronismo, cuyo objetivo era transformar al movimiento en un partido más del sistema político-institucional; III) fracasando en la “Operación Retorno”, que debía devolver a Perón a la Argentina. En este preciso sentido, en las páginas de *Compañero* se estaban interviniendo políticamente en las pujas entre Perón y el sector liderado por Vandor, puja en la cual se dirimía si el caudillo continuaba o no operando cual “Padre Eterno” desde su exilio madrileño.

Ahora bien, ¿qué sucede con los sectores juveniles del peronismo? En términos generales, puede sostenerse que el estudiantado cobró fuerza luego de derrocamiento de Perón. Trató, en este aspecto, de integrar su lucha universitaria en el marco de las que estaban librando los trabajadores. En *Compañero* es clara la resignificación operada sobre el lugar que otrora había tenido la juventud en el movimiento liderado por Perón. Esta fue puesta, lógicamente, en un primer plano. Clara es, asimismo, la pretensión de unir las reivindicaciones estudiantiles y las demandas obreras. Para los sectores juveniles del peronismo que escribían en el semanario, el patronazgo y la solidaridad de estudiantes a obreros debía transformarse cualitativamente. Los primeros estaban obligados a participar en las luchas que estaba llevando adelante el movimiento obrero, para lo cual los ejemplos de otras latitudes debían funcionar como incentivo y guía de acción.

A este respecto, Evita, guardiana de la lealtad peronista, se constituyó en un arquetipo y figura ejemplar para la juventud del peronismo. A su imagen será adosada toda una serie de virtudes: humildad, sencillez, abnegación, obediencia, lealtad. Todo este conjunto fue presentado, a su vez, como la contracara de lo que representaba la imagen de Vandor: el privilegio de intereses corporativos, la conciliación, la claudicación, la traición. Haciéndose eco de estos conjuntos antitéticos, la juventud

peronista se presentó como contraria a cualquier tipo de acuerdo con el sistema político-económico. Precisamente, autopresentándose como la encargada de hacer ondear las banderas de Evita, su misión era también la de traer a la superficie el talante revolucionario de aquella, el cual fue presuntamente negado y transfigurado por la burocracia sindical peronista. Evita le ofrecía a los jóvenes del peronismo un modelo de conducta; su lealtad, su tesón revolucionario, su fanatismo, su abnegación eran características todas que debía tener el joven militante.

Luego, la segunda sección del capítulo, se detuvo en las formas en que la violencia fue representada en *Compañero*. En este sentido, no sin tensiones, dos tipos se delinearon en las páginas de semanario. En primer lugar, una que era esencialmente aplicada por el sistema político-económico a sus opositores; violencia que tomó la forma de la represión y descendía de la cúpula del poder estatal al pueblo. Precisamente, de ella se valía aquel sistema para sostenerse. Tanto es así que elementos típicos del arsenal represivo como la picana eléctrica o la pistola de policía se constituyeron en instituciones del sistema. En esta concepción, cobró especial relevancia la figura del mártir. Este es el caso, por ejemplo, de Felipe Vallese. Presentado como la contracara exacta de las actitudes de los burócratas sindicales, su muerte parece haberlo transformado en un símbolo que acompañó al pueblo en cada una de sus luchas. Asimismo, la incorporación de otras figuras además de la del mencionado Vallese permite hablar de la construcción de una suerte de martirologio peronista en las páginas de *Compañero*. Aquí la muerte de los militantes peronistas no es concebida como una derrota sino más bien como un incentivo más para reanudar la lucha contra el sistema político-económico. En este preciso sentido, puede sugerirse que la erección de mártires no sólo demostraba que la violencia que “bajaba” del sistema al pueblo, sino que también, en tanto modelo ejemplar, expresaban la lealtad y espíritu sacrificial que debía tener todo militante peronista.

En segundo lugar, el otro tipo de violencia hallable en las páginas del semanario es aquella que pretende presentarla como una mera reacción ante la situación represiva y proscriptiva que habrían imperado en la Argentina desde el golpe de Estado de 1955. Un tipo de violencia a la que se concibe como instantánea, pasional y producto de la impotencia de un conjunto de actores. Sin embargo, esta manifestación se presenta tensionada. Por un lado, aún cuando es investida de dignidad y legitimidad, se censura duramente la aplicación de violencia individual, aduciendo que llevar a cabo acciones violentas aisladas y sin preparación puede llevar no sólo a intensificar la represión

estatal sino también, y quizás más importante, puede disuadir a potenciales aliados a unirse a la lucha. Por el otro, y en íntima relación a esta crítica, la violencia sólo debía ser practicada de forma organizada y apelando a las masas. En este sentido, entonces, la reacción se transforma, ya en su enunciación, en una racionalización. Así, la erección de un ejército propio, que dirima los conflictos contra un ejército regular, se entiende como una medida indispensable para llevar adelante la lucha armada. Aquí, finalmente, ocupa un lugar importante la pretensión de justicia. Lejos de formar parte de una concepción ligada al derecho y a las instituciones del derecho formal, la justicia adopta la forma de una retribución, en donde la única forma para devolver el equilibrio de la justicia es la venganza, el ojo por ojo, el “cinco por uno”.

Leales (“amigos”), traidores (“enemigos”), *ethos* guerrero, lenguajes belicistas, mártires, arquetipos heroicos, ejércitos, lucha armada y venganza. Hasta aquí las formas en que la violencia es tematizada en *Compañero*. Violencia, debe remarcar, que presuntamente traería de vuelta a Perón a la Argentina y llevaría a cabo la revolución. Sin embargo, ¿de qué revolución se está hablando? ¿Una revolución que, como se vio en el capítulo uno, signifique volver la rueda del tiempo al periodo 45-55? Como se expondrá en el tercer capítulo, existe otro significado de revolución presente en las páginas del semanario. La cuestión será precisar el contenido y los modos de llevarla efectivamente a la práctica ¿Permitirá esta doblez de la noción de revolución incorporar a *Compañero* dentro del conglomerado llamado “izquierda peronista”?

## Capítulo III

### Revolución

*¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; ¡del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!*

José Martí, *Nuestra América*, 1891.

*Debemos ayudar a las masas a comprender que nosotros representamos sus intereses y vivimos la misma vida que ellas. Debemos ayudarlas a que, partiendo de estas cosas, lleguen a la comprensión de las tareas aún más elevadas que hemos planteado, las de la guerra revolucionaria, de manera que apoyen la revolución, la extiendan por todo el país y, respondiendo a nuestros llamamientos políticos, luchan hasta el fin por la victoria de la revolución.*

Mao Zedong, *Preocupémonos por el bienestar de las masas, prestemos atención a nuestros métodos de trabajo*, 1934.

Fabio Wasserman, en su trabajo sobre el término “revolución” en el Río de la Plata, señala que tras la Revolución Francesa, la crisis de la Monarquía española y la Revolución de Mayo, el concepto adquirió una gran difusión en el *ottocento*. Como muestra muy bien este autor a partir del prólogo de Mariano Moreno al *Contrato Social*, el término tomó un “cariz positivo al expresar la posibilidad de profundos cambios de orden político, social, moral y cultural, asociándose además con otros como patria, libertad, independencia, justicia y derechos en oposición a tiranía o despotismo” (2008; 162). Al decir del historiador, gran parte de la responsabilidad en la tonalidad positiva que adquirió la palabra –debe recordarse que en la mitad del siglo XVIII se asociaba a la revolución con la sedición, el alboroto y el caos- se debió al hecho de permitir la comprensión un proceso caótico, surcado por cambios, marchas y contramarchas. En este sentido, entonces, “contribuyó a articular un nuevo marco de inteligibilidad en los

que esos sucesos atenuaban su carácter contingente y cobraban mayor sentido al formar parte de un proceso de cambio histórico” (Wasserman, 2008; 162).

No sería descabellado sentenciar que el término siguió funcionando de una manera similar con el correr de la historia argentina. Haciendo un simple ejercicio memorístico, entre la Revolución de Mayo de 1810 y la autodenominada Revolución Argentina de 1966, existieron al menos cuatro fenómenos que se presentaron a sí mismos como revoluciones: la Revolución de 1880, la Revolución del Parque de 1890, la Revolución del 43 y la Revolución Libertadora de 1955. Esto es, como experiencias políticas que decían inaugurar una nueva época, poniendo los cimientos de un nuevo origen a través de la convulsión del orden dado. Aparecen aquí algunos ecos de lo que ha marcado Arendt en *Sobre la revolución*: durante el curso de las revoluciones de siglo XVIII, los hombres comenzaron a considerar que un nuevo origen podía constituir un fenómeno político, resultado de aquello que ellos mismos hicieran y de lo que conscientemente se propusieran. Así, cuando la novedad puso sus pies en la plaza, “significó el origen de una nueva historia, que habían iniciado, sin proponérselo, los hombres de acción, para que fuese hecha realidad, ampliada y prolongada por su posteridad” ([1963] 2012; 62).

Teniendo esto de fondo, este tercer y último capítulo examina el concepto de “revolución” en *Compañero*. En contrapartida con la relectura del fenómeno peronista en “clave revolucionaria” visto en el capítulo uno, aquí el significante “revolución” es presentado como la meta deseada, el objetivo al que debía apuntar el movimiento peronista. Determinar las aristas que ofrece el concepto de revolución en tanto instancia fundamental de la “construcción del futuro deseado” (Aboy Carlés, 2001; 68) arroja luz sobre el proyecto político delineado en el semanario. Esta segunda acepción de revolución está teñida de lo que Arendt denominó irresistibilidad o necesidad histórica: un movimiento uniforme que es ajeno a la voluntad de los hombres.<sup>114</sup> En el semanario, por ejemplo, la victoria del peronismo en su lucha armada contra el sistema político-económico, el regreso de Perón y la restitución del Estado peronista son planteadas como cuestiones inevitables, producto irresistible de una corriente allende el afán de los actores. Asimismo, *Compañero* ve patentizado este movimiento irresistible en las

---

<sup>114</sup> Una suerte de irrestibilidad puede, asimismo, encontrarse en la apelación de Perón entre los años 1943 y 1945 a la “evolución”. Como ha mostrado Melo en una cita reproducida más arriba, el hecho revolucionario que el peronismo viene a significar para Perón es un “factor de la evolución donde la pretensión es reponer al país en una senda perdida, senda que, por otra parte, asoma indiscutible para el relato histórico mundial que ofrece Perón” (2009; 108).

luchas de liberación nacional en África y Asia, y en los incipientes movimientos liberacionistas en América Latina de comienzos de los años sesenta.

A su vez, una cuestión no menor que abordará este capítulo es la tensión que puede percibirse en el semanario entre dos estrategias de hacer la revolución: la insurrección y la guerra popular. Al calor de las luchas de liberación nacional, el modelo insurreccionalista de toma del poder comienza a perder terreno frente al arquetipo de la guerra popular y prolongada. Si se acepta que la noción de “guerra popular prolongada” adquiere preponderancia a fines de los años sesenta en la Argentina, las tensiones que se vislumbran en *Compañero* respecto de ambos modelos, hablan de un periodo de intensas transformaciones.

Finalmente, a la luz de las reflexiones sobre el *qué* y el *cómo* de la revolución en el semanario, se trata de poner en cuestión las perspectivas teleológicas o genealógicas que han primado en los estudios sobre *Compañero* y el MRP. Estas se han traducido en una incesante necesidad de ubicarlos en una línea histórica evolutiva. La pretensión de ubicarlos en una línea histórica evolutiva –i.e.: de las manifestaciones inorgánicas de la “Resistencia Peronista” después del golpe de 1955 a las organizaciones político-militares de los años setenta- es lo que ha contribuido a figurarle características ausentes, cercenando rasgos particulares y distintivos del fenómeno peronista en los primeros años sesenta. En este sentido, aquí se interroga la productividad o no que puede presentar la etiqueta “izquierda peronista” para designar fenómenos políticos complejos y multiformes. Especialmente, la posibilidad de adscribir a *Compañero* dentro de esa etiqueta.

### **3.1. El qué: ruptura, liberación, necesidad e hipocresía**

#### *3.1.1. Entre La Falda y Huerta Grande, ¿el socialismo?*

En agosto de 1957 la CGT de Córdoba y las 62 Organizaciones Peronistas convocaron a todas las regionales de la máxima central obrera de la Argentina a la ciudad cordobesa de La Falda. A finales de julio del mismo año se había celebrado la elección de constituyentes para reformar la ley fundamental que había legado el gobierno peronista. Con este hecho como marco, la seccional cordobesa de la CGT y las 62 Organizaciones dieron a conocer lo que se llamó el “Programa de La Falda”. Dividido en tres apartados que recordaban las banderas fundamentales del peronismo – independencia económica, justicia social y soberanía política-, la proclama no sólo hacía referencia a las políticas económicas y sociales que implementó el peronismo

durante su gobierno –“Control estatal del comercio exterior sobre las bases de la forma de un monopolio estatal”, “Desarrollo de la industria liviana adecuada a las necesidades del país”, “Nacionalización de las fuentes naturales de energía”, “Control centralizado del crédito por parte del Estado”, “Salario mínimo, vital y móvil”, entre otras- sino que también abogaba en favor de, por ejemplo, la “Liquidación de los monopolios extranjeros de importación y exportación”, la “Integración económica con los pueblos hermanos de Latinoamérica”, la “Expropiación del latifundio y extensión del cooperativismo agrario”, la “Destrucción de los sectores oligárquicos antinacionales y sus aliados extranjera” y la “Solidaridad de la clase trabajadora en las luchas de liberación nacional de los pueblos oprimidos” (Baschetti, 2012; 123-125). Aún cuando el Programa se presentaba como una respuesta a la derogación de la Constitución peronista de 1949,<sup>115</sup> el nombre de Perón no figuraba en la fundamentación, menos aún se pedía allí por su retorno. No es casual esta ausencia. Como recuerda muy bien McGuire, muchos dirigentes sindicales del periodo que veían en la negociación con el régimen militar del 55 una estrategia particularmente atractiva, eran puestos en un dilema “cuando Perón los urgía a lanzar una lucha total para crear las condiciones necesarias para su retorno a la Argentina” ([1993] 2004; 169). Por ejemplo, Perón, en su “Directivas generales para todos los peronistas”, aseguraba que era menester que los trabajadores y sus dirigentes “se persuadan que están empeñados en una lucha decisiva (...) La revolución social impone esfuerzos y sacrificios (...) Sin esta preparación la revolución social no será posible a corto plazo” (Baschetti, 2012; 72 y 73). Más aún, James señala que aún con la represión del gobierno militar a cuesta, el gobierno no pudo quebrar la “capacidad de los sindicatos peronistas para actuar como fuerza organizadora de la totalidad del peronismo” (1990; 112), como puede verse en el papel que le cupo a las 62 Organizaciones en la reorientación de los votos de los trabajadores en las elecciones de febrero de 1958.

Cuatro años después, en junio de 1962, se celebró en la localidad cordobesa de Huerta Grande un plenario nacional de las 62 Organizaciones. Allí se establecieron diez puntos de lo que sería denominado el “Programa de Huerta Grande”. Si bien el contenido programático no cambió sustancialmente respecto al de “La Falda”, resulta interesante reparar en el anteúltimo párrafo del antecedente histórico: “[S]e aprueban

---

<sup>115</sup> Para Salas, programas como los de La Falda, enmarcados en un periodo de fuerte conflictividad como fue el periodo 55-60, hablarían a las claras del viraje del peronismo a “posiciones nacionalistas revolucionarias y de izquierda, tanto en los comandos clandestinos como en buena parte de las organizaciones sindicales” (2006; 19).



como objetivos programáticos a imponer al gobierno los puntos que constituirán una profundización de los contenidos oligárquicos del Peronismo, de acuerdo con el ‘giro a la izquierda’ alentado por el General Perón” (Baschetti, 2012; 228). Según Framini, “Huerta Grande” fue un producto de Perón al notar que “principios doctrinarios y filosóficos del peronismo (...) se están desviando”. Precisamente, continuaba el frustrado Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, el “giro de izquierda”<sup>116</sup> de Perón no “tenía nada que ver ni con la filosofía marxista ni con la filosofía capitalista” sino que involucraba tan solo un retorno a “principios básicos del movimiento revolucionario peronista” (Calello y Parceró, 1984; 55). Es esto lo que permite asegurar a McGuire que el giro estuvo más bien orientado a eclipsar la estrella naciente de Vandor que a significar un real compromiso por parte de Perón con conducir al país por la senda socialista ([1993] 2004; 179). Opinión ésta que toma verdadera sustancia si se recuerda el partaguas que significó en la relación entre el caudillo exiliado y Vandor la elección de Framini como candidato a Gobernador.

Bozza, en su trabajo sobre la corriente “peronista revolucionaria” argumenta que los grupos influidos por Cooke estaban de acuerdo en reinterpretar la clásica tercera posición peronista. En concreto, para el historiador platense, el “peronismo revolucionario” pretendía hacer coincidir “la suerte de los pueblos dominados con la del mundo socialista”; los “movimientos de liberación inexorablemente debían transitar hacia el socialismo, una construcción que debía ser el producto de las circunstancias latinoamericanas” (2001; 156). A este respecto, para Cooke, la “revolución nacional siempre es en parte socialista, siempre es un paso al socialismo”, no pudiendo orientarse nunca al “mantenimiento del «statu quo»” (2014; 524). Si bien el argumento de Bozza es correcto para los grupos denominados cookistas, en *Compañero* no existe una reivindicación manifiesta del “socialismo” pero sí, y aquí puede señalarse una nueva tensión, de los métodos para la toma del poder identificados con el imaginario socialista: la insurrección popular y la guerra popular prolongada.

En este sentido, por ejemplo, el capítulo inaugural de esta tesis marcó que, en los números 20 y 21 del semanario, Andrés Framini escribe dos notas sobre el sentido de la revolución. En el primero de éstos, arguye el miembro del cuadrunvirato:

---

<sup>116</sup> Cooke, en su carta a Perón del 15 de junio de 1962, señalaba un “cambio de lenguaje y de posiciones” en el peronismo después del 18 de marzo, lo que constituía un signo auspicioso (2014; 521). Para el otrora delegado de Perón, más allá del ninguneo al que se la sometía por parte del nacionalismo católico, la divisoria “izquierda y derecha” se mostraba eficaz y aún vigente.

El peronismo sostiene la *necesidad de una Revolución de la sociedad argentina*. Una Revolución que *comprenda el campo político, económico, jurídico y social*. Esta Revolución que propiciamos tiene como objetivos la *plena realización de la Nación y del hombre argentino*. Dentro del marco de nuestra Doctrina, la necesidad de la Revolución no surge de una elaboración mental ni de una declaración de deseos, sino de la REALIDAD. Es el análisis de la realidad mundial y argentina la que nos permite concluir la *necesidad de la Revolución* (Compañero, 20, p.3 – *Cursivas propias*).

Al decir de Framini, la revolución que se piensa desde el peronismo involucra el trazado de un nuevo “campo político, económico, jurídico y social”, terreno fértil en el cual la “plena realización de la Nación y del hombre argentino” pueda darse. Claro que aquí aquel no se aparta de lo que sostuviera en su famoso discurso ante el Plenario de delegados regionales de la CGT en Huerta Grande, tan solo dos años antes: para solucionar la crisis que pesaba sobre el sistema capitalista la “única solución real está en la transformación profunda de toda la estructura económica, financiera y jurídica: y social política y estatal”. Se trataba, continúa Framini en 1962, de una “transformación revolucionaria, destinada a crear una economía y una democracia social al servicio exclusivo de la comunidad argentina” (Calello y Parcero, 1984; 206). A este respecto, Ehrlich marca que a partir del Plenario de Córdoba, la prensa comenzó a ver en Framini a uno de los ideólogos principales del “ala” izquierda del peronismo, la cual parecía ya pertenecer a la estructura propia del movimiento. Según lo que la autora encuentra en el diario *La Razón*, la conformación del ala fomentaba la “estructuración orgánica, una organización de la izquierda peronista” que nucleara a todos los dirigentes peronistas de la Argentina a favor del “giro a la izquierda”, con vistas a un “futuro enfrentamiento ideológico” con aquellos que se opusieran a tal orientación en el peronismo (2012; 232). Retomando lo dicho por el Secretario General de la AOT en el extracto citado, la revolución, ese cambio de estructuras económicas, políticas y sociales se muestra, gracias a los ejemplos que se suceden en el mundo, como una necesidad ineludible para la Argentina.

Unas líneas más adelante, en el mismo “¿Qué es la revolución?”, Framini sostiene sin ambages que las revoluciones presentan un conjunto de leyes:

Estas *leyes*, extraídas de la experiencia social, *no tienen*, por supuesto, *la rigidez y exactitud de las leyes naturales*, pero su conocimiento constituye una herramienta valiosa para establecer puntos de partida,

*comprender las tendencias de la evolución social y formular hipótesis de trabajo, sujetas luego a la comprobación por la vía de la experiencia revolucionaria (...) [Estas son] 1) El pueblo participa de una manera masiva, directamente, con su acción y no por medio de representantes, en la producción de hechos revolucionarios. Ninguna revolución trascendente (...) se ha producido sin la presencia, en mayor o menor medida, de las masas populares. 2) Cada revolución constituye un fenómeno inédito, un acto de creación del pueblo que la realiza. Ninguna revolución ha repetido los métodos de lucha de las que la han precedido (Compañero, 20, p. 3 – Cursivas propias).*

Framini asegura que las leyes de la revolución, las que permiten la comprensión de los fenómenos políticos y también el diseño de escenarios futuros, son dos. Por un lado, la participación directa y sin intermediarios del pueblo “en la producción de hechos revolucionarios”. En este sentido, continúa el Gobernador electo de Provincia de Buenos Aires, no hubo revolución importante que se haya producido “sin la presencia, en mayor o menor medida, de las masas populares”. Aparece aquí nuevamente una crítica al guerrillerismo y a su tesis acerca del poder del pequeño grupo para comenzar y conducir el proceso revolucionario allende el involucramiento del sujeto popular. A esto último podría vérselo en tensión con lo señalado por Eva Perón en su *Historia del peronismo* respecto del proceso revolucionario francés de 1789: su principal error estuvo en la ausencia de “conductor que lo supiese dirigir y canalizar honrada y lealmente” ([1951] 1987; 62). Por el otro, la segunda de las leyes mencionadas por Framini dicta que la revolución es un hecho inédito, “un acto de creación del pueblo que la realiza”. Por lo tanto, ninguna de las revoluciones ocurridas ha “repetido los métodos de lucha” de las anteriores. Esto es, cada una de las revoluciones nacionales que han sucedido tuvo elementos originales, introduciendo métodos y concepciones nuevas acerca del modo de llevar adelante la lucha revolucionaria, que, lógicamente, eran desconocidos hasta ese momento.

Dos elementos se pueden señalar de los extractos de la nota de Framini: la necesidad y la novedad del proceso revolucionario. Como se ha mencionado al principio, Arendt señaló que uno de los elementos que ha caracterizado a las revoluciones que siguieron a las de finales del XVIII fue la conciencia de que es posible configurar un origen nuevo. Esto es, que podía trazarse una cesura en el ciclo de la historia e introducir allí un cambio, una novedad. Aquí se produjo, al decir de la teórica política alemana, la transformación del pretérito significado de revolución como

restauración a la revolución como nuevo comienzo. Como toda concepción revolucionaria que siguió la huella de la Revolución Francesa (Arendt, [1963] 2012; 73), la que se vislumbra en *Compañero* a través de la pluma de Framini está atravesada por la idea de un cambio, un quiebre, la introducción de algo nuevo: un fenómeno inédito con métodos no repetidos anteriormente que pueda transformar la política, la economía, la sociedad y, además, realizar plenamente a la Nación y al hombre. Claramente, esta concepción entra en tensión con la relectura del fenómeno peronista en “clave revolucionaria” visto en el capítulo uno. Como se recordará, la revolución es temporo-espacialmente ubicada en la Argentina peronista (1945-1955). En otras palabras, la nostalgia del retorno convive con el anhelo de lo nuevo.

A su vez, esta noción de revolución que puede encontrarse en el semanario, está teñida de un componente esencial de los procesos que siguieron a la Revolución Francesa y Rusa: la “noción de un movimiento irresistible (...) [que se traduciría] conceptualmente a la idea de la necesidad histórica” (Arendt, [1963] 2012; 64). Este era, aseguraba la autora alemana, un resabio del concepto astronómico de revolución que creía en la existencia de una fuerza irresistible –el movimiento rotatorio de las estrellas– que estaba más allá de la voluntad de los hombres. La fuerza de la historia y de la necesidad histórica, volviendo una vez más a lo dicho por Arendt, permite a Framini asegurar que comenzar la revolución era una necesidad para el peronismo, dictada por la propia circunstancia argentina y mundial. Necesidad que, como apuntan Laclau y Mouffe, establece un sentido literal que anula cualquier variación accidental o fortuita ([1985] 2006; 38). Esto es, un proceso revolucionario prefijado y de sentido unívoco.

Ahora bien, la revolución en tanto introducción de una novedad tiene en el semanario un conjunto de características precisas. Por ejemplo, para Alfredo Montealegre, obrero metalúrgico de San Martín, “la única garantía de la concreción de un cambio de estructuras”, o sea, de la producción del fenómeno revolucionario, estaba dada por la “participación física en la conducción del país” de los trabajadores (*Compañero*, 10, p. 5). Es interesante remarcar que este pregonado “cambio de estructuras” también fue utilizado por el sector de la CGT capitaneado por José Alonso. Al decir de James, los documentos de la central obrera que comenzaron a aparecer a partir de 1963 “tenían por principal objetivo forjar la imagen de una central obrera técnicamente idónea, que miraba para adelante y era capaz de discutir responsable y científicamente el futuro de la nación” (1990; 268). Para Rouquié, este “cambio de estructuras” poco tenía que ver con una transformación de las estructuras económicas.

El cambio hacía referencia, más bien, a reformas políticas, donde el “último grito de la modernización política era la organización corporativista” (1982; 246).<sup>117</sup> Precisamente, es con la publicación en 1965 de *La CGT en marcha hacia el cambio* que toman cuerpo las ideas corporativistas que veían en las organizaciones profesionales como los únicos canales para llevar adelante la representación de intereses, en desmedro de los partidos políticos. La entrevista a Montealegre se lleva a cabo un mes después de la elección presidencial de 1963. Como se recordará, el peronismo estuvo virtualmente impedido de participar. No puede sorprender, entonces, que desde las páginas de *Compañero* aparezca como única vía para concretar la tan ansiada revolución el involucramiento de los trabajadores (peronistas) en el gobierno. Este era un sentir que repercutió desde comienzos del mismo año, como lo muestra, por ejemplo, la entrevista al dirigente sindical de Farmacia, Jorge Di Pascuale: “la elección no puede expresar todo el sentir de la masa, porque se han instrumentado todos los medios para asfixiarla” (Baschetti, 2012; 244).

Asimismo, desde el semanario se establecieron un conjunto de políticas que debían implementarse en el escenario futuro que se abriría con la insurrección popular y el regreso de Perón. Frente al aumento del precio de la carne y la escasez del producto que se vivía en la Argentina de Illia, se aboga no sólo por la “[f]ijación de precios máximos y control de cambios” sino también por una “solución de fondo”: la nacionalización de los frigoríficos y la expropiación de los mayores invernadores (*Compañero*, 25, p. 4). En lo relativo a los contratos petroleros y a las marchas y contramarchas del gobierno radical respecto a éstos, por ejemplo, se pide por la “expropiación de las empresas” y la “nacionalización integral de la industria del petróleo” (*Compañero*, 50, p. 3). Luego, respecto al régimen de tenencia de tierras y al papel que en ella tiene la “oligarquía”, se exige el planteamiento y la ejecución de una “reforma agraria profunda y la expropiación sin indemnización de las clases parasitarias del campo” (*Compañero*, 69, p. 4).

Como puede percibirse, estos postulados lindaban muy de cerca con lo propuesto tan sólo unos pocos años antes en Huerta Grande. En contrapartida, nula

---

<sup>117</sup> Algo similar anota Gordillo. Un lugar común entre finales de los cincuenta y principios de los sesenta fue la aceptación de la necesidad de un cambio de estructuras. Por un lado, “se necesitaba modificar la estructura política, la frágil ‘democracia burguesa’ que mantenía marginada a la fuerza política mayoritaria, contribuyendo a perder confianza en el sistema democrático-representativo”. Por el otro, también se hizo insistencia en la necesidad de cambiar la estructura económica y social que llevase a un sistema donde los sectores populares gobernasen de forma efectiva. Para la historiadora, este imaginario coincidía con la apuesta por “luchar contra el imperialismo personificado en los monopolios y en las grandes empresas extranjeras” ([2003] 2007; 336).

mención se hace en las páginas de *Compañero* respecto a cualquier atisbo que pueda pensarse como un camino al socialismo o a una colectivización de la actividad económica. Si bien no se puede negar la gravitación de la Cuba revolucionaria en las ideas políticas y económicas del periodo, debería matizarse cualquier tipo de asociación sin más del peronismo que se autodefinía revolucionario con la vía de desarrollo socialista. Empero, como se dijo más arriba, la ausencia de mención explícita al socialismo convivía –en tensión– con una reivindicación de las estrategias para la toma del poder. Un índice de esta tensión, por ejemplo, puede ser la nota sobre la movilización de FOTIA ante la acusación de “comunismo” a los obreros del azúcar tucumano: “La revolución que hizo Fidel Castro en Cuba, fue para Cuba. La que haga el peronismo en la Argentina, será para la Argentina; aquella cubana y la nuestra peronista y argentina” (*Compañero*, 55, p. 7).

Claro que esta no es la postura de Cooke. Como se recordará, el otrora delegado personal de Perón viajó por primera vez a Cuba en abril de 1960. Allí comenzó a seguir atentamente el discurrir revolucionario de la isla caribeña. Como anota Galasso, Cooke empezó a insistir a Perón acerca del camino que estaba transitando la Revolución Cubana, “pasando de la revolución nacional a la socialista”: expropiación de las empresas norteamericanas de teléfonos, electricidad, refinerías de petróleo y 36 ingenios azucareros (2004; 154). Al decir de Bozza, el “más agudo teórico y estratega” del peronismo revolucionario creía que debía enlazarse la experiencia del peronismo pos 1955 con el influjo que comenzaba a ejercer la Revolución Cubana. Tanto es así que, sentencia el historiador, para los militantes fundacionales del peronismo revolucionario, “el castrismo y el peronismo, eran dos modalidades nacionales de la lucha revolucionaria continental” (2001; 140). Esto último era algo que el propio Perón ayudaba a anudar. Por ejemplo, en su carta al “Bebe” del 31 de julio de 1960, decía: el “noventa por ciento de los pueblos latinoamericanos están con Cuba y con Fidel”, no sólo porque tenía razón sino también porque “enfrenta valientemente a los eternos enemigos de esos pueblos”. Para Perón, entonces, la “fuerza de Cuba, como la de todos los que luchamos por la liberación” estaba vinculada a que la línea intransigente del peronismo “coincide con el desarrollo histórico y la evolución” (2014; 452).<sup>118</sup>

---

<sup>118</sup> Estas palabras de Perón deben ser, no obstante, leídas en el marco que ofrecía la Revolución Cubana previamente a la “Invasión de Bahía de Cochinos” de abril de 1961. Tras este episodio, el régimen de Castro abraza la idea socialista, declarando que “Cuba es ahora una nación socialista” y que siempre creyó “absolutamente en el marxismo” (Galasso, 2004; 159).

Asimismo, en las páginas del semanario, la revolución presenta un sentido específico. En su último editorial antes de la salida de circulación de *Compañero*, Valotta anota:

*Perón significa la Revolución contra el sistema de explotación e ignominia que mantienen sobre la clase trabajadora la oligarquía vernácula y sus amos, el capitalismo financiero internacional. Su presencia física en el país desataría la lucha activa y violenta de las masas por su liberación (...) Los militantes de la línea revolucionaria peronista (...) debemos continuar pacientemente, obstinadamente, la labor de esclarecimiento de las bases, mostrando cómo dentro de las instituciones del régimen, de su ‘legalidad’ tramposa y fraudulenta, no se pueden solucionar ni uno solo de los problemas de explotación, desocupación, injusticia y entrega que soporta la clase trabajadora. Cómo NO HAY SALIDA PÁCIFICA. Cómo EL ÚNICO CAMINO ES LA REVOLUCIÓN. Cómo la Revolución no se improvisa ni es una explosión súbita, sino que por el contrario es un trabajo de agitación, esclarecimiento y organización que hay que realizar día a día (Compañero, 79, p. 1 – Cursivas propias).*

Las primeras líneas son ya una confesión de fe: Perón es simbolizado como la revolución.<sup>119</sup> Esto es, el retorno del caudillo “desataría la lucha activa y violenta de las masas” contra lo que es identificado como un “sistema de explotación e ignominia”. Así, a lo que, por un lado, han encontrado Verón y Sigal en el discurso de Perón –su palabra comienza a funcionar en un registro similar al de las entidades como el Pueblo, la Patria o la Nación- ([1986] 2014; 81) y, por el otro, a lo que Svampa identifica en el discurso evitista –indistinción y unicidad entre los elementos Pueblo, Perón y Patria- ([1994] 2006; 309), se le agregaría la función Perón = Revolución. Una revolución, como se desprende de lo que señala el editor de *Compañero* en el extracto citado, que descrea que las “instituciones del régimen” puedan paliar los problemas que pesan sobre los sectores trabajadores. En este preciso sentido, entonces, el “único camino es la revolución”, en tanto y en cuanto la “‘legalidad’ tramposa y fraudulenta” del sistema político no resuelve “ni uno solo de los problemas de explotación, desocupación,

---

<sup>119</sup> Para De Ipola, empero, la de Perón siempre fue una “misión de paz”. El caudillo “no viene a traer el escándalo al mundo: viene por el contrario, munido de autoridad de Jefe, a mediar en un conflicto en tren a agravarse, con el objetivo de restablecer el equilibrio de la balanza” (1983; 146). Esto se correspondería, asimismo, con el famoso punto 11 de las “Veinte verdades peronistas”: el peronismo busca la unión nacional y no la lucha. Sin embargo, ya ha sido marcado sin amagues que la paz puede perfectamente ser la forma que toma la ruptura en el peronismo (Melo, 2009; 119). El autor agradece a Julián Melo este señalamiento.

injusticia y entrega”. La revolución no es un camino pacífico, debiendo llevar a los elementos comprometidos con ella a trabajar en la “agitación, esclarecimiento y organización”, desestimado cualquier concepción que pretenda presentar a la revolución que significa la vuelta de Perón a la Argentina nuevamente como un hecho improvisado. Es así, entonces, como puede coincidirse con Raimundo: *Compañero* buscó delinear “formas de lucha y organización diferentes a las propuestas por la burocracia”, a las que consideraba como las más “adecuadas a los objetivos revolucionarios” (2001; 221). Parafraseando el viejo apotegma peronista, sólo la organización de los elementos comprometidos con la revolución podría vencer la resistencia del sistema político-económico.

### 3.1.2. *La hora (liberacionista) de los pueblos (en armas)*

El 31 de marzo de 1964 se inició una revuelta militar contra el Presidente del Brasil João “Jango” Goulart que terminó en su destitución y posterior exilio. El mando del país fue delegado por el Congreso al Jefe del Estado Mayor del Ejército y líder de los sublevados, Humberto de Alencar Castelo Branco, el 15 de abril. Para Halperín Donghi, la intención de Goulart, ni bien asumió la Presidencia, de extender el sufragio a los analfabetos, permitir la sindicalización de los campesinos y la adopción de un programa de reforma agraria, encendieron las alarmas grupos de oficiales, contribuyendo al desapego constitucional. A esto se sumaba, asimismo, el viaje del por aquel entonces Presidente a la China comunista ([1969] 2007; 572). La experiencia dictatorial de Castelo Branco iniciaba lo que el politólogo argentino Guillermo O’Donnell denominará en los años setenta como Estado burocrático autoritario.<sup>120</sup>

En *Compañero* el golpe de Estado en el territorio brasileño fue tratado *in extenso*. Además de la entrevista a Goulart y a su consejero Leonel Brizola, exiliados ambos en el Uruguay, las repercusiones del golpe ocupan un lugar destacado en los editoriales de Valotta. Al respecto, señala el editor:

*El golpe reaccionario brasileño no es un hecho aislado en América Latina (...) [Fue una] decisión del imperialismo yanqui de contener a sangre y fuego los anhelos de liberación de los pueblos latinoamericanos (...) [N]o quedaba [para los Estados Unidos] otra alternativa que la violencia, después del fracaso de la gran mistificación que fue la Alianza para el Progreso, ante la conciencia creciente de los pueblos (...) El proceso de Brasil ha servido para dejar*

---

<sup>120</sup> Al respecto, véase O’Donnell ([1982] 1996).



en claro la nueva política yanqui, cuyo *próximo objetivo es la Argentina* (*Compañero*, 42, p. 1 – Cursivas propias).

El quiebre constitucional acaecido en territorio brasileño debería importar a la Argentina, asegura Valotta, no sólo porque es próximo objetivo de la “nueva política yanqui” después del traspie de la Alianza para el Progreso,<sup>121</sup> sino también debido a que constituye una decisión deliberada del “imperialismo yanqui” para ponerle coto a los procesos de “liberación de los pueblos latinoamericanos” utilizando la violencia. Pero, ¿qué significa el vocablo liberación? Además de los tintes marxistas que lo recorren,<sup>122</sup> algo más se esconde detrás de él. Al respecto, Arendt sugirió en *Sobre la revolución* que, en la concepción revolucionaria, la liberación hacía referencia al *pathos* de la rebelión y la toma del poder de todos aquellos pobres y humildes que a lo largo de la historia se percibieron a sí mismos como sometidos al capricho de los poderosos ([1963] 2012; 52). Algo de esto reverbera en la concepción del semanario: liberación en tanto subversión del orden de opresión por parte de los humildes que, parafraseando a Marx, no tenían nada más que perder que su condición de oprimidos.<sup>123</sup> Volviendo a lo dicho por Valotta, el golpe no deba ser tomado como “un hecho aislado”. Es, como observa en otro editorial, una herramienta más de aquellos que trabajaron durante años para que los pueblos de Latinoamérica permanecieran aislados entre sí. Sin embargo, continúa Valotta:

Hoy, a la opresión común que nos asfixiaba, se agrega otro *factor de unión y de esperanza: la lucha de todos por la emancipación total y la autodeterminación*. Por eso, recogemos con entusiasmo las palabras en favor de la *unidad de las fuerzas populares latinoamericanas* de los dirigentes brasileños (...) El *proceso de liberación de Nuestra América está en marcha* y es emocionante encontrarnos y reconocernos como hermanos después de tantos años de aislamiento. Desde el Caribe hasta

---

<sup>121</sup> Es un lugar común de la historiografía latinoamericana sostener en que la Alianza para el Progreso fue lanzada por el presidente norteamericano John Fitzgerald Kennedy en 1961 para neutralizar cualquier tipo de influencia que pudiese producir la Revolución Cubana. Constituyó, como sostuvo Halperín Donghi, la expresión de una nueva política norteamericana hacia Latinoamérica, que proponía tanto la reforma agraria como también una industrialización rápida ([1969] 2007; 540).

<sup>122</sup> Esto es, la liberación de las necesidades del *animal laborans*. Al respecto, Arendt señaló que para Marx la revolución no parece ser tanto para “emancipar a las clases laborales, sino hacer que el hombre se emancipe de la labor; sólo cuando ésta quede abolida, el «reino de la libertad» podrá suplantar al «reino de la necesidad»” ([1958] 2008; 116). Precisamente, algo de esta liberación de la opresión económica para reencontrar la libertad está presente en las líneas citadas.

<sup>123</sup> Al decir de Ricciardi, el pensamiento fanoniano estaba grandemente interesado en ese movimiento propio de la liberación: “la transformación de los sujetos inertes, ingresados a la historia solamente por un acto de fuerza de los colonizadores, en sujetos activos que, combatiendo a su propio enemigo, también se modificaran a sí mismos” (2003; 192).

el Cono Sur, pasando por todo el Continente Sudamericano, *se habla un mismo lenguaje: el de la revolución latinoamericana* (Compañero, 47, p.1 – *Cursivas propias*).

El lazo entre las distintas experiencias que estaban llevándose a cabo en América Latina está dado por la lucha por la “emancipación total y la autodeterminación”. Esto es, la unidad del conjunto heteróclito de fenómenos se relacionaba con su combate a los “imperialismos”. No está lejana esta idea respecto a lo señalado por Georgieff: lo que era común a una gama de autores tan disímiles como Rodolfo Puiggrós, Milcíades Peña, Juan José Hernández Arregui o John William Cooke, por sólo mencionar a algunos, era el “rescate y la defensa de un perfil histórico de dependencia y solidaridad con proyección continental” que permitiera una “segunda emancipación” y, claro está, también la “liberación de los explotados y oprimidos” (2008; 243). Valotta, en el extracto citado, se refiere claramente a ello. Ese “proceso de liberación” que estaba llevándose a cabo en América Latina permitía a los pueblos reconocerse y redimirse “después de tantos años de aislamiento”. Reconocimiento mediado por un mismo idioma: el de la “revolución latinoamericana”.

Aquí puede hacerse un señalamiento: la “inscripción latinoamericanista” de la Argentina no es una novedad de los años sesenta. Como muy bien recuerda Manero, la reivindicación nacional, inscrita en el marco de la “Patria Grande”, se instala tempranamente en la escena política. Por ejemplo, Manuel Urgarte en 1912 apelaba a la “unidad histórico-cultural, a la idea de latinoamericanidad, a la visión teleológica de la historia y a la Patria Grande”. Asimismo, la Reforma Universitaria de 1918 constituyó otro momento significativo de apelación a una identidad latinoamericana. Otro caso puede ser el de la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA) y su primer punto de la declaración aprobada por su asamblea constituyente de 1935 (2014; 314). Manero incluso recuerda que la integración latinoamericana constituyó una de las reivindicaciones fundamentales de peronismo. Tanto es así que, durante su gobierno, Perón impulsó acuerdos económicos regionales que buscaron maximizar las potencialidades de la región: Tratado de unión aduanera y de cooperación económica con Chile (1946), así también la Comisión Mixta Argentino-Paraguaya (1946), el Tratado para la creación de una zona de libre intercambio con Bolivia (1947), por sólo mencionar algunas. Sin embargo, también se intentó tejer lazos de solidaridad que trascendieran lo meramente económico: por ejemplo, promover una alianza estratégica entre Argentina, Brasil y Chile (Manero, 2014; 314 y 315). Para el peronismo, dice

Manero, la concepción latinoamericanista se consolidó “como pertenencia y afirmación de sí a escala universal”, en donde la autonomía nacional se constituye a partir de proyecciones continentales. En este sentido, la necesidad de afirmar lazos entre las naciones del subcontinente que esgrimía el peronismo en el poder, asegura Manero, estaba orientada a maximizar la capacidad de negociación con las grandes potencias. De lo que se sigue que el “paso del conflicto a la cooperación resulta de una percepción del conflicto dada no por el enfrentamiento con los países vecinos, sino por la injerencia de las potencias hegemónicas” (Manero, 2014; 315).

La cuestión de la “revolución latinoamericana” es marcada por Gil respecto a su lectura de *Cristianismo y Revolución*. Para el historiador argentino, a través de las páginas de la publicación:

[Se] nos ponen a la vista, en sucesión vertiginosa, las luchas campesinas, sindicales, insurreccionales y guerrilleras de Argentina, Perú, Guatemala, Vietnam, Brasil y otras partes del Tercer Mundo; la contigüidad de las páginas crea las impresiones de cercanía y simultaneidad (...) El lector argentino cobra conciencia de lo local de su circunstancia, frente a otros cientos de regiones que, como puntualmente informa la revista, sostienen luchas guerrilleras. Así se crea la imagen de un enorme espacio convulsionado, donde la violencia de los oprimidos achica los espacios y los ensancha –paradójicamente– hacia la lucha continental y, en menor medida, hacia los pueblos oprimidos del Tercer Mundo (Gil, 1989; 52).

En un sentido similar, en *Compañero* también aquellos fenómenos identificados con la “liberación nacional” y los focos guerrilleros en los países africanos, asiáticos y latinoamericanos pretenden crear las “impresiones de cercanía y simultaneidad”, donde la inminente revolución tocaría las puertas de la Argentina a su tiempo. Se busca edificar asimismo la imagen de un “enorme espacio convulsionado”, en el cual la “excepcionalidad argentina” se encuentra diluida dentro del marco que ofrecía la “lucha continental” de los “pueblos oprimidos del Tercer Mundo”. Así, por ejemplo, desde las páginas de *Compañero* se sostiene que “Venezuela, Colombia, Centroamérica, son los tantos escenarios de un fermento revolucionario (...) [en el que] todo el continente se convertirá en un gigantesco campo de batalla” (*Compañero*, 29, p. 2). Debe tenerse en cuenta que, como señala Gordillo, la prédica nacionalista de la década de los sesenta estuvo relacionada con el fenómeno de la liberación nacional. Fenómeno que, sostiene la autora, adquirió un sentido doble. Por un lado, significó la lucha contra el

imperialismo, por una nación que fuese independiente y soberana en sus relaciones con otros países. Por el otro, y al mismo tiempo, implicaba afirmar el respeto y el bienestar de los sectores populares ([2003] 2007; 337). En una sintonía similar, para Ehrlich, el “espacio desde el cual el tópico antiimperialista se formulaba se había ensanchado de tal modo geográficamente que llegó a abarcar países cuya historia era remota y diversa” de la Argentina (2012; 181). Esto permite al semanario capitaneado por Valotta sostener que las experiencias argelina y cubana son “semillas que hoy se multiplican en los cuatro costados del mundo” (*Compañero*, 77, p. 3).

Esta es una cuestión capital para comprender los procesos de configuración y transformación de las identidades políticas. Sin embargo, no ha sido trabajada totalmente en los estudios que tomaron la teoría de las identidades. Sin caer, entonces, en salvavidas teóricos omnicomprendivos como puede ser la idea de un “clima de época” o *Zeitgeist*, de lo que aquí se trata es más bien de pensarlo como un contexto que, como marcan las ciencias de la comunicación y la lingüística, involucra el agrupamiento de específicas circunstancias de tiempo y lugar, donde el acto de comunicación se está llevando a cabo. Parafraseando la intuición de Schmitt en *Teoría del partisano*, se trata de un contexto político-universal que es algo más que el apoyo técnico, político o económico que un tercero puede brindar a un grupo X ([1962] 2005b; 93). Es, principalmente, un halo de legitimidad a partir del cual se transforma la identidad de ese grupo X, mediado por los esquemas y cosmovisiones del tercero. Tomar en consideración este marco contextual permite comprender por qué, al modo del “último Althusser”, pueden algunos elementos encontrarse y otro no. Esto es, ayuda a comprender por qué se produce la articulación entre los distintos elementos que forman el discurso. Tener presente y examinar esta “superficie discursiva de emergencia” permite entender mejor, por ejemplo, la equiparación que *Compañero* hace de la situación social y política argentina con la de países tan diferentes como Venezuela, Vietnam o el Congo. O, también, la asimilación entre la figura del guerrillero del Viet Cong, Nguyen Troi, con Vallese y los fusilados en José León Suarez en 1956 (*Compañero*, 71, p. 2).<sup>124</sup>

En este sentido, Ehrlich señala que en los años sesenta, el panteón de héroes en el cual se inscribe la tradición peronista “parece combinar su énfasis de siempre en la

---

<sup>124</sup> Al respecto, Valeria Manzano analiza el modo en que se produjo la emergencia y expansión de esa asimilación de la Argentina y el Tercer Mundo. Para la historiadora, el tercermundismo fue un componente clave de las ideas y prácticas de la “Nueva Izquierda” (2014).

historia patria (...) con la construcción de un espacio supranacional, el de los movimientos africanos y luego, latinoamericanos, lo cual relegitima la actualidad del peronismo en el país” (2012; 183). Para la historiadora el tópico de la “ocupación” o la invasión permite señalar una novedad en el peronismo pos 1955: un conjunto de “referencias más contemporáneas que históricas, más espaciales que temporales, donde determinados sectores del peronismo pretenden inscribir su legitimidad y significado vigentes de su partido” (2012; 184). Sin embargo, es interesante remarcar que en *Compañero* se produce una recuperación de lo que debería denominarse “gestas y patriotas de Latinoamérica”: una sección homónima publicada entre los números 63 y 73 analiza fenómenos tales como la “Revolución Mexicana” (1910), la nacionalización del petróleo mexicano (1938), la “Revolución Boliviana” (1952), la Revolución Cubana (1959), además de detenerse en figuras como las de Jorge Eliecer Gaitán de Colombia, Augusto Cesar Sandino de Nicaragua y Getulio Vargas de Brasil. A modo de ejemplo, en la nota donde trata *Compañero* la vida y obra del presidente *gaúcho* se dice: “Antes que él, Sandino en Nicaragua y Gaitán en Colombia pagaron con su vida la osadía de haber desafiado al imperialismo y a la oligarquía” (*Compañero*, 62, p. 2). Así, entonces, lo que en el semanario se encuentra es más bien una convivencia de referencias contemporáneas –léase, las “luchas de liberación nacional” en Asia, África y parte de América Latina- e históricas –como son esos supuestos hitos y personajes de la historia Latinoamericana del siglo XX-. Ambas referencias permiten a *Compañero* constituir el carácter revolucionario del peronismo no sólo apelando a los ejemplos de la actualidad sino también a los que el pasado latinoamericano ofrecería. Pareciera quererse señalar que América Latina fue un enorme espacio convulsionado desde siempre. Es así que cobran real sentido las preguntas retóricas: “¿qué pueden importarles a los pueblos que vienen incubando su rebelión en centurias de sufrimiento, los meses o los años que pueda prolongarse la lucha? ¿Qué importa el tiempo cuando se tiene seguridad en el triunfo?” (*Compañero*, 77, p. 3).<sup>125</sup>

Lo que se ha dicho hasta el momento puede contribuir a comprender la pequeña columna que aparece en el número 17 del semanario. En “Perón: la hora de los pueblos”, se dice:

---

<sup>125</sup> Benjamin decía que articular históricamente el pasado significa “apoderarse de un recuerdo que relampaguea en el instante de un peligro” (2008; 307). Eso aplica a la operación que lleva acabo la memoria oral. Por ejemplo, en su autobiografía, “Pancho” Gaitán enlaza los sucesivos golpes o intentonas militares sucedidos en los países latinoamericanos en los años sesenta con el proceso de gestación revolucionario (2014; 172). Para el militante cordobés, la respuesta de los militares constituyó un prolegómeno del Plan Cóndor de los años setenta.

*El Jefe del Movimiento Mayoritario ha fijado recientemente la actitud a adoptar frente al proceso mundial(...) [F]rente a dichas grandes fuerzas mundiales del capitalismo y del comunismo soviético debe alzarse la gran corriente que reúna y sirva a todos los pueblos que hoy luchan por su liberación (...) Aquello que va a determinar el proceso que vivimos y darle forma, es la lucha entre el imperialismo y aquellos países que luchan por su liberación (...) Como una marea incontenible, las luchas de liberación que jalonan todo lo largo de este siglo, fueron tomando organicidad, coherencia y un empuje tal, que lentamente fue e irá venciendo inexorablemente a las fuerzas de represión imperialista como ya ha sucedido en tantos países. Nunca como ahora resulta acertada la definición del Movimiento frente al momento político mundial, e indica una vez más las características de movimiento revolucionario profundamente nacional y antiimperialista del peronismo (Compañero, 17, p. 2 – Cursivas propias).*

Esta pequeña columna anticipa de alguna manera aquello que Perón plasmará en su libro de 1968 “La hora de los pueblos”. Por un lado, la cuestión de que “luchas de liberación” son las que caracterizan el momento presente. Por el otro, que ellas se posicionan frente al sistema capitalista como también frente al comunismo. No obstante, este posicionamiento respecto a los dos bloques dominantes no debe verse como una novedad absoluta del discurso de Perón. Por ejemplo, ya en sus clases de filosofía dictadas en el año 54 en la Escuela Superior Peronista el caudillo señalaba el camino alternativo de la Tercera Posición que “no es capitalista ni comunista”, sin por ello significar una “abstención” o desentendimiento de los “problemas políticos, económicos y sociales que afronta el mundo contemporáneo” ([1958] 1974; 270-271). A pesar de la prédica peronista, marcó muy bien Ciria, “en especial durante el nacimiento de la guerra fría, el pragmatismo de Perón lo llevó a alinearse en los hechos con los Estados Unidos antes que con la Unión Soviética” (1983; 106). Con esto en mente, entonces, puede entenderse mejor que Perón en *La fuerza es el derecho de las bestias*, además de volver sobre el hecho de que su movimiento no era ni capitalista ni comunista, advertía que la dictadura comandada por Aramburu, “con su sistema de fuerza y arbitrariedad”, ocasionará un “recrudescimiento del comunismo en la Argentina” ([1956] 2013; 25), algo que no pasó durante los nueve años de gobierno peronista por el tenor de las políticas implementadas. Aquí, entonces, la veta ordenancista de Perón primaba por sobre cualquier “antiimperialismo”. Retomando el extracto antes expuesto, nada se dice

en la columna, como sí sucederá en su libro del año 68,<sup>126</sup> del tipo de configuración ideológica tienen esos “países que luchan por su liberación”. Se augura, empero, que este conjunto irá tomando “organicidad” y “coherencia”, produciendo la derrota final de las “fuerzas de represión imperialista”. Asimismo, la definición de Perón, el hecho de que el máximo exiliado y líder del movimiento se pronuncie en favor de las luchas de liberación de los países independizados de Asia y África, sirve a *Compañero* para trazar el carácter “nacional”, “revolucionario” y “antiimperialista” del peronismo.

### 3.1.3. Los vicios de una “seudodemocracia”

El 14 de marzo del año 1965 se llevaron a cabo, como ya se dijo brevemente, elecciones para renovar 96 de los 192 escaños de la Cámara de Diputados. La oposición neoperonista se hizo con 37 bancas. La diferencia, empero, no era simplemente numérica ya que la “composición de los diputados electos reflejaba el peso del sindicalismo vandorista” (Tcach, [2003] 2007; 47). Con Paulino Niembro como presidente del bloque peronista, los conflictos al interior del peronismo no tardaron en adquirir mayor aspereza. Lo que quedó en claro tras los comicios, como anota Persello, fue que las dos fuerzas mayoritarias, el peronismo y el radicalismo, se asentaban una sobre un mito –la fortaleza de los sectores populares- y la otra sobre una opción, pero “ninguna representaba al país ‘verdadero’”. Por soberbia e incapacidad, continúa la historiadora rosarina, el peronismo y el radicalismo demolerían el sistema (2007; 219). Luego de las legislativas de marzo las críticas hacia el gobierno de Illia arreciaron. Éstas se inscribían, como sugiere Tcach, en el marco de un deterioro flagrante del prestigio hacia los partidos políticos, el parlamento y a la democracia (2006; 128).

Estas críticas al sistema democrático imperante en la Argentina de principios de los sesenta están presentes, lógicamente, en las páginas de *Compañero*. Tómese como ejemplo lo siguiente:

[Tras la agresión norteamericana a Panamá en 1964] [t]odas las *frases hipócritas y huecas son abandonadas* para dejar paso al *verdadero lenguaje de los mezquinos intereses capitalistas*, el de la violencia. Queda en claro, entonces, que la ‘libertad’ y la ‘democracia’ que propagan *no son medios para que las mayorías se hagan oír y ejecuten*

---

<sup>126</sup> Según lo expresaba en esta obra, para aquellos que no comulgaban con el sistema capitalista y la democracia liberal, se abrían dos opciones: un “socialismo internacional y dogmático”, el soviético, y un “socialismo nacional”, que encontraba a sus apologetas en los movimientos de liberación nacional de Asia, África y Medio Oriente (Perón [1968], 2012; 18).

*su voluntad*, ni principios inmutables, sino válvulas de escape para los anhelos de soberanía de las masas, *simples instrumentos que garantizan el control del poder por las minorías* vinculadas a los intereses capitalistas (*Compañero*, 30, p. 1 – Cursivas propias).

La *experiencia de los pueblos de Latinoamérica* indica que las *elecciones son simples ‘formalidades’ de la seudodemocracia*, que sirve para *encubrir el carácter opresor y de explotación de los regímenes dominados por el imperialismo yanqui* y las clases reaccionarias internas. Cuando deja de cumplir este papel y las clases opresoras ven peligrar sus posiciones, pasa como en nuestro país, en Brasil, en Perú o en cualquier otro país de América Latina: *la seudodemocracia abandona sus ‘formalidades’ y emplea la violencia abierta* y descarada contra el pueblo (*Compañero*, 61, p.8 – Cursivas propias).

Los extractos pueden hacer intervenir una cuestión más que interesante desarrollada por Arendt en *Sobre la revolución*: la reflexión sobre la hipocresía. Al decir de la teórica alemana, los revolucionarios franceses declararon una guerra contra la hipocresía que percibían en la sociedad del siglo XVIII. Desde este punto de vista, la Revolución de 1789 fue presentada como la explosión de un núcleo incorruptible que quebraba lo que se consideraba como una carcasa de decadencia y decrepitud. Para los revolucionarios franceses, sentenció Arendt, la “Revolución ofrecía la oportunidad de arrancar la máscara de la hipocresía de la faz de la sociedad francesa, de poner de manifiesto su podredumbre”, derribando, a fin de cuentas, el halo corrupto y volviendo a poner sobre la superficie “la faz inmaculada y honesta del *peuple*” ([1963] 2012; 140). Asimismo, esta “guerra contra la hipocresía” está presente en aquellos que la autora califica como los que “glorificaron la violencia por la violencia misma” ([1972] 2015; 167). Autores como Sorel, Pareto y Fanon, a partir del intento por desenmascarar la hipocresía del enemigo, sus maquinaciones y manipulaciones engañosas que le permiten ejercer su dominación sin apelar a medios violentos, abogaban por “provocar la acción incluso al riesgo de la aniquilación para que pueda surgir la verdad” ([1972] 2015; 168).

Algo de esto está presente en las palabras de *Compañero* sobre la democracia. Como se desprende del extracto citado, las instituciones pregonadas del sistema democrático tal y como existían en estos primeros años setenta no era más que “simples ‘formalidades’”. Así, por un lado, por detrás de cualquier fraseología sobre la “libertad” y sobre la “democracia” lo que se esconde es la violencia. Esto es, las “simples formalidades de la seudodemocracia” que son las elecciones encubren la raíz violenta a través de la cual el sistema político-económico se mantiene. En este sentido, la agresión



norteamericana al pueblo panameño en enero de 1964 o el golpe de Estado en Brasil del mismo año son entendidos como momentos en los que ese “poder de las minorías vinculadas a los intereses capitalistas” abandona sus “frases hipócritas y huecas” y se conduce a emplear lisa y llanamente la violencia. Nuevamente aquí, como se vio en el capítulo anterior, la violencia del sistema pasa a ocupar un lugar sostenedor. Es decir, ella parece representar la “sustancia verdadera” de esa “seudodemocracia” frente a las palabras “vacías” como elecciones, libertades y democracia. Asimismo, esta asociación entre el sistema democrático que imperaba en la Argentina posperonista y su carácter falso e hipócrita está presente en el Perón de *Los vendepatria*.<sup>127</sup> Allí, aseguraba que, tras el golpe de 1955, no interesaba tanto ser realmente democrático como parecerlo. Se trataba, entonces, de una “simulada democracia que ni sienten ni practican” ([1958] 1974; 149). Esto mismo encuentra Cuchetti en su análisis de Guardia de Hierro: una fuerte crítica al sistema democrático representativo y a los partidos políticos, que involucraba, además, reprobar cualquier tentativa de transformar al peronismo en un partido político del sistema (2010; 90). Claro que el tipo de régimen detallado estaba en las antípodas de la concepción que Evita reproduce en *Historia del peronismo*: “La verdadera democracia es aquella donde el gobierno hace lo que el pueblo quiere, y defiende un solo interés: el del pueblo” ([1951] 1987; 63).<sup>128</sup>

Lo dicho hasta aquí debería ser concebido en el marco legal que ofreció a la Argentina posperonista el acaecer de la “Libertadora”. El gobierno formado tras la “Revolución” de septiembre de 1955 no se contentó, como se señaló en el primer capítulo, con la remoción de nombres, la prohibición de la propaganda y la detención de sindicalistas peronistas. Involucró también un ambicioso proyecto para “suprimir todo vestigio de totalitarismo para restablecer el imperio de la moral, de la justicia, del derecho, de la libertad y de la democracia”, como rezaban las *Directivas básicas del gobierno revolucionario* lanzadas después del golpe palaciego de Aramburu en

---

<sup>127</sup> Sin embargo, debe marcarse que esa asociación ya había sido formulada por Perón en el marco de la campaña electoral de 1946. Al respecto, ha marcado Aboy Carlés: “Se apuntaba así [desde la palabra de Perón] a descalificar al adversario a través de un complejo dispositivo: por un lado, se identificaba a la democracia con la justicia social, escindiéndola de la libertad política; por el otro, se ponía en duda la misma fidelidad de las fuerzas opositoras a la libertad política con la que éstas identificaban a la democracia. En definitiva era el significante mismo ‘democracia’ el que estaba en juego en la disputa entre el naciente peronismo y la Unión Democrática” (2001; 128).

<sup>128</sup> Azzolini ha desandado la inclinación académica por presentar la disyuntiva entre Perón y las fuerzas no peronistas como dos modelos opuestos de democracia, la social o sustantiva y la formal o política. Para el politólogo cordobés, esto ha sucedido porque se tomó el discurso de Perón proclamando su candidatura a la Presidencia como el principio estructurador del periodo 45-55. Esto es, se aceptó la palabra del caudillo como una verdad evidente (2016). Para profundizar sobre las disputas alrededor del sentido de la democracia en los años 45-55, se sugiere Azzolini (2013).

noviembre de 1955 (Rouquié, 1982; 129). Proyecto cuyo epítome fue el famoso decreto-ley 4161 de marzo de 1956 que prohibía la mera mención de Perón o de su segunda esposa so pena de treinta días a seis años de prisión (Baschetti, 2012; 80-82). Al decir de Melón Pirro, la “proscripción del partido y de las instituciones del peronismo constituyeron la base del sistema político inaugurado en 1955” (2014; 149).

Aquí, no obstante, debe tenerse la precaución de no caer en aseveraciones como las de Rouquié –“En lugar de ‘desperonizar’ a los trabajadores, la Revolución Libertadora ‘reperonizó’ a grandes sectores populares” (1982; 141)- o de Gordillo – [La política “desperonizadora” del 55] “contrariamente al efecto buscado (...) produjo un refuerzo de la identidad peronista” (2007; 333)-. Argumentos causalistas como estos pueden conducir a lo que se denomina, en el ámbito de la lógica, a la falacia “cum hoc ergo propter hoc”: una conexión que no es tal entre dos o más fenómenos que se dan al mismo tiempo. Por ejemplo, asumir, como parecen hacerlo los autores antes citados, que fue el fracaso de la política por desperonizar la sociedad argentina la que llevó no sólo a que se produjese un reencuentro entre los sectores populares y la tradición peronista, sino también que el mencionado fracaso transformó en rígida la identidad peronista. En este sentido, si bien las políticas proscriptivas aplicadas por el gobierno de Aramburu *et. al.* influyeron en las transformaciones de la identidad peronista en el periodo, de ello no debería seguirse una relación causal A=B. En otras palabras, la proscripción fue condición necesaria pero no suficiente de esas mutaciones.

Retomando el hilo propuesto, el periodo que se abrió con el exilio de Perón fue testigo, en el medio de las medidas proscriptivas, de la construcción de partidos que buscaron disputar el electorado del peronismo a Perón: los partidos neoperonistas. Muchos de éstos, como sugieren Arias y García Heras, contaron con una política conciliatoria de parte del gobierno de la “Revolución Libertadora”, bajo la hipótesis de que cualquier crecimiento de los neoperonistas se traduciría inmediatamente en la anulación o eliminación de Perón del escenario político-electoral ([1993] 2004; 90-91). Claramente, como lo muestran las sucesivas compulsas electorales de los años 57, 58, 60, 62, 63 y 65, aquello quedó simplemente en un deseo. Para decirlo con los autores antes citados, el carisma de Perón no fue sencillo de horadar para los políticos neoperonistas, aún cuando aquellos hayan contado no sólo con un margen más que amplio para maniobrar sino también con una figura del calibre de Vandor tras bambalinas. En otras palabras, el “carisma de Perón no estaba tan disperso y la mística

peronista estaba más viva entre las masas de lo que Vandor y otros dirigentes neoperonistas habían pensado” (Arias y García Heras, [1993] 2004; 121).

En definitiva, entonces, en *Compañero*, el sistema político-económico es endilgado con una serie de vicios: corrupción, decadencia, falsedad. Ahora bien, ¿cuáles son las tareas de la militancia peronista ante este panorama? ¿Qué debe reemplazar a ese sistema en “crisis”? Dos extractos del semanario pueden ayudar a responder estas preguntas:

*[N]o son hoy los sectores populares los que deben deponer aspiraciones, sino todas las clases o sectores que se han turnado en el poder y han demostrado su incapacidad de conducir los destinos de la Nación. Hoy sólo pueden gobernar los auténticos representantes del pueblo. Para quebrar la trampa y terminar de una vez por todas con las maniobras de las fuerzas retrógradas, hay que pasar a la ofensiva (...) Debemos convencernos que de estas elecciones [Presidenciales de 1963] prefabricadas no surgirá ninguna solución (Compañero, 4, p. 1 – Cursivas propias).*

Hoy es evidente que la libertad de la oligarquía es la opresión de los trabajadores y del pueblo. Siendo esto así, *un régimen popular es incompatible con concesiones democráticas a las fuerzas del privilegio. (...) Las proscipciones nos parecen un acto de sinceridad política de la oligarquía. Vemos en ellas un testimonio de realismo político, un precedente valiosísimo, una escuela práctica de democracia verdadera ¿Cuál es la fórmula política a que debería ajustarse un verdadero régimen popular? La misma que hoy pone en práctica la oligarquía contra el pueblo, pero aplicada contra la oligarquía misma. Impedir que los enemigos del país puedan atacar al pueblo. Garantizar por todos los medios la imposibilidad de todo ‘retornismo’ a ‘épocas felizmente superadas’. Sólo que el pueblo hará esto sin vanas hipocresías, invocando su derecho histórico a gobernar (Compañero, 4, p. 4 – Cursivas propias).*

El primero de los extractos citados, uno de los editoriales de Valotta que anteceden a las elecciones presidenciales de 1963, se establece tajantemente la necesidad de que los “auténticos representantes del pueblo”, los “sectores populares” pasen a encabeza una ofensiva frente a esas “fuerzas retrógradas”, esas que mostraron su incompetencia para gobernar la Argentina. Aparece aquí nuevamente no una lisa y llana censura a las instancias intermedias sino más bien una revalorización de aquellas que “verdaderamente” representen al pueblo. El mencionado “pasar a la ofensiva”, sin

embargo, no está relacionado con participar de las elecciones, ya que “no surgirá ninguna solución” de ellas. ¿De dónde o cómo surgirá la solución al atolladero en que se encontraba el peronismo? La principal nota política del mismo número da una respuesta: poner en práctica también un régimen de exclusión pero que sea el reverso exacto de aquel que imperaba en aquel momento ¿No aparece aquí la venganza como aquella instancia libre de hipocresía y corrupciones, que, como se vio en el capítulo anterior, concibe que lo justo está del lado de la retribución de la ofensa padecida? Lo que se pide en *Compañero*, en este sentido, es no sólo un gobierno que pueda defender al pueblo de sus enemigos, sino también uno que imposibilite “todo ‘retornismo’”; que impida, a fin de cuentas, que un gobierno como el “Libertador” pueda volver a hacerse con el poder. Únicamente el pueblo podrá hacerlo, no sólo en virtud de su falta de hipocresía sino más aún porque en él reside el “derecho histórico a gobernar”.

En definitiva, se está aquí ante aquello que marcó Slipak para un periodo posterior: una disputa contra los elementos que caracterizan a los regímenes demócratas-liberales (2015; 122). Si bien, debe matizarse la adhesión sin más a una concepción sustancialista de la democracia, ya que se reivindicaba la conformación de lazos representativos “verdaderos”. De nuevo, entonces, puede hablarse aquí de tensiones entre esa crítica a las instituciones demoliberales, a las que se consideraban formalidades vacías, y la recuperación de los procesos electorales del 45 y de marzo de 1962 o de algunas instancias de intermediación. En esta concepción, no obstante, la revolución proyectada por el semanario debería arrancar de forma definitiva esa “máscara de hipocresía” que recubría presuntamente al sistema político-económico, poniendo de manifiesto la “podredumbre” y la “corrupción” que lo envolvía. Era esta una “revolución social”, producto de la lucha por la toma del poder y el regreso de Perón (*Compañero*, 39, p. 5), que pretendía recuperar el cariz honesto e inmaculado del pueblo. Al respecto, nada ilustra mejor esta denuncia –falsedad/corrupción del sistema vs. autenticidad/honestidad del pueblo- que la denuncia a la penetración cultural del imperialismo y el desvelamiento de su decadencia, frente al carácter “incontaminado” del pueblo (Georgieff, 2008).

### **3.2. El cómo: entre la insurrección y la guerra popular prolongada**

Entre finales de los años cincuenta y los sesenta se produjo en el “mundo comunista” lo que los historiadores de las relaciones internacionales denominan la “ruptura sino-soviética”: el resquebrajamiento de las relaciones entre la Unión Soviética de

Khrushchev y la China de Mao Zedong, que llevo incluso en 1969 a un conflicto armado por el control de la isla de Zhenbao o Damanski, actual territorio chino. Como señaló Hobsbawm, la llegada al poder de Khrushchev en 1953 perturbó la autonomía que Mao tenía para predicar y poner en práctica su comunismo en China, lo que decantó en una “agria ruptura al cuestionar China el liderazgo soviético del movimiento comunista internacional” ([1994] 2008; 395). Para el suizo Lorenz Luthi, pueden marcarse tres puntos en la polémica ideológica chino-soviética. En primer lugar, el desacuerdo acerca del modelo de desarrollo socioeconómico estalinista. China reemplazó el modelo heredado por uno que retornaba a las políticas que habían sido aplicadas al comienzo por la Unión Soviética: el Gran Salto Adelante (1958 – 1961). Luego, el proceso de desestalinización que inicia Khrushchev y que prontamente lo encuentra polemizando con el líder chino derredor del lugar de Stalin como teórico y como practicante del comunismo. En tercer lugar, finalmente, acerca de la forma de lidiar con el imperialismo. La apuesta por la “coexistencia pacífica” entre las superpotencias impulsada por Khrushchev cobró importancia a mitad de los sesenta y fue dominante en el conflicto entre los dos gigantes comunistas (Luthi, 2008; 2).

En *Compañero*, la polémica sino-soviética está presente y, como no podría ser de otro modo, delinea una clara toma de posición por parte del semanario. Basten al respecto dos extractos:

[L]o más importante de *la polémica se refiere a las luchas por la independencia nacional (...)* [L]os comunistas que siguen la *línea de Moscú* sostienen que *la contradicción principal del mundo moderno es la que existe entre el campo capitalista y el campo comunista (...)* Para los *chinos, todas estas son ‘blasfemias contra el marxismo’*. Ellos sostienen que no hay una sino *cuatro grandes contradicciones* en el mundo actual: 1) entre los países socialistas y los países capitalistas; 2) *entre los países imperialistas y los pueblos oprimidos por el imperialismo*; 3) entre los obreros y los capitalistas en los países capitalistas; y 4) entre las grandes potencias imperialistas. De las cuatro contradicciones, según los chinos, la que *cobra mayor relieve al presente es la segunda* –no la primera, como dicen los soviéticos-. Atribuyen *fundamental importancia a la lucha que libran los pueblos de Asia, África y América latina contra el ‘el colonialismo y el neo-colonialismo’ (...)* Los chinos *acusan a los soviéticos, por otra parte, de oponerse (...)* a la *lucha revolucionaria* por la independencia nacional de los pueblos de Asia, África y América Latina (*Compañero*, 32, p.2 – Cursivas propias).

En *todos los grandes movimientos populares coexisten*, junto a la corriente auténticamente revolucionaria, *tendencias y elementos tibios y oportunistas* (...) Son en *nuestro país, los Vandor o los Materas*, ligados estrechamente a los intereses de la burguesía frigerista, que sirven a sus planes de ‘absorción’ del peronismo. En el caso de la URSS, *es evidente la ligazón de Kruschev a la burocracia* (...) Su influjo dentro del proceso de la Unión Soviética, ha determinado el paulatino abandono de los métodos revolucionarios de la primera época, que han ido siendo reemplazados poco a poco, por los que utilizaban precisamente las clases que fueron desplazadas por la revolución del 17 (...) La liquidación de las tendencias propias de los conciliadores ha de ser el resultado del desarrollo de las luchas revolucionarias de los pueblos (*Compañero*, 71, p. 2 – Cursivas propias).

Es interesante observar que lo que se trasluce a través de los extractos es una problematización acerca de la “independencia nacional”. Como se desliza del primero, mientras la única contradicción válida por la “línea Moscú” –campo capitalista vs. campo comunista- reserva un lugar nulo para la “lucha que libran los pueblos de Asia, África y América Latina”, para los exégetas chinos el momento actual –principios de los años sesenta- mostraba que la principal contradicción estaba dada por la lucha entre “los países imperialistas y los pueblos oprimidos por el imperialismo”. Al decir de los comunistas chinos, la Unión Soviética no sólo pasaba por alto esta contradicción, sino que se oponía a la “lucha revolucionaria por la independencia nacional” de los países asiáticos, africanos y latinoamericanos. Es curioso que el siempre sindicado como máximo representante de la facción “de izquierda” del peronismo, Cooke, no comulgue con este argumento chino. Para el “Bebe”, la “URSS favorece todos los movimientos de liberación, sean o no comunistas (...) porque un régimen socialista no necesita colonias y en cambio los grandes capitalistas perecerán sin ellas” (2014; 523). *Compañero*, en cambio, asume otra posición: Khrushchev en la Unión Soviética, al igual que Vandor y Matora en la Argentina, está ligado íntimamente a las “tendencias y elementos tibios y oportunistas”, a la burocracia. Precisamente, esta ligazón del máximo referente del comunismo soviético con la estructura burocrática fue la que determinó el “abandono de los métodos revolucionarios de la primera época” y su suplantación por el reformismo y la política de comité.

Ahora bien, ¿a qué se está haciendo referencia en *Compañero* cuando se habla de los métodos revolucionarios que vieron la luz con la Revolución de 1917 y que la

coexistencia pacífica y la desestalinización de Khrushchev estaban transformando en su opuesto exacto? Claramente aquí, mediado por la lectura maoísta, se está aludiendo al modelo insurreccional de corte leninista. Como muy bien puntualiza Carnovale, tras el triunfo bolchevique en octubre del 17, aquel se transformó en el modelo de más amplia expansión para la toma del poder en el mundo de las izquierdas. Combinaba la “sublevación de masas con la acción organizadora y orientadora del partido de cuadros”, donde la huelga general revolucionaria era el evento desencadenante de la sublevación (2011; 70). La destrucción del aparato del gobierno y la toma del poder conducía, continúa señalando Carnovale, a la lucha armada en tanto plan militar. Precisamente, a diferencia de otros enfoques, para el modelo insurreccionalista, la “lucha armada se circunscribía a la etapa final de la confrontación entre clases con vista a la toma del poder estatal” (2011; 72). En este sentido, entonces, a aquella no se la entendía como la dinamizadora del proceso revolucionario ni tampoco como la única o principal forma de lucha hacia la toma del poder, sino más bien como la modalidad culminante e ineludible que sigue a la sublevación de las masas. Al decir de Carnovale, finalmente, el insurreccionalismo pronosticaba que el “desarrollo de la ‘guerra civil’ tendría lugar principalmente en las ciudades”, lugar en donde se encontraba el proletariado industrial, para después extenderse territorialmente hacia el campo (2011; 73).

Los motivos de la insurrección, la huelga general revolucionaria y la guerra civil están presentes en el Perón del exilio. Para Raimundo, uno de los puntos que caracteriza el pensamiento del caudillo en su exilio fue la decisiva toma de partido en cuanto el método a emplear para lograr su regreso: una insurrección nacional (1998; 206). En las que fueron las “Instrucciones generales para los dirigentes” de julio de 1956, el punto cinco se refiere al “paro general revolucionario”. Allí, el Comando Superior Peronista – el mismo Perón- señalaba que cuando se haya desgastado el gobierno mediante la “resistencia civil” y esté lista la “organización clandestina del pueblo”, será desatada la “huelga general revolucionaria, cesando toda actividad en el país hasta que la canalla dictatorial abandone el gobierno” (Baschetti, 2012; 95). Anteriormente, en enero del mismo año, Perón decía en las “Directivas generales para todos peronistas” que debía aplicarse el “trabajo a desgano, el bajo rendimiento, el sabotaje, la huelga, el paro, el desorden, la lucha activa por todos los medios y en todo lugar”; “[s]in esta preparación la revolución social no será posible a corto plazo, porque la tiranía sólo caerá por este medio” (Baschetti, 2012; 72 y 73). Si bien Perón abogaba por una huelga general revolucionaria, la guerra civil no gozaba de su beneplácito. En la introducción a *Los*

*vendepatria*, Perón señalaba que pasado dos años de la “Libertadora”, el cuadro no podía ser más desolador: “[h]an desaparecido todas las garantías y se ha caído en tal estado de descomposición social, que todo hace pensar que el país marcha aceleradamente a la guerra civil” ([1958] 1974; 4). En este sentido, De Ipola marca que existe una constante ideológica en la discursividad de Perón: “opción permanente por el orden social contra las ideologías extrañas, contra la agitación de los políticos profesionales, contra el disturbio sistemático, e incluso contra el ‘egoísmo’ y los ‘excesos’ de los patrones” (1983; 145). Precisamente, continúa el sociólogo argentino, la predilección de Perón por el orden y su animadversión por la política ayudan a entender la simpatía que el caudillo dispensaba a líderes tan disímiles como Franco, Allende o Stroessner. Sin embargo, no es sólo el orden lo que prima en el pensamiento de Perón. Aboy Carlés ha señalado que una doble impronta es visible desde los orígenes del peronismo: el juego pendular e indecible entre reforma y ruptura (2001; 131).

Retomando las páginas de *Compañero*, la columna de Framini sirve para observar de qué forma opera el modelo insurreccionalista en el semanario. Allí, en “Sobre la Revolución Argentina”, señala el frustrado Gobernador electo de Buenos Aires:

Y bien, ¿qué nos enseñan la Historia y la Realidad? La primera enseñanza se refiere al método de lucha: LA *MOVILIZACIÓN POPULAR* es el *arma utilizada permanentemente por nuestro Pueblo para enfrentar a los enemigos de adentro y de afuera*. Este método condujo al triunfo de las Fuerzas Nacionales cada vez que fue empleado: en 1806 y 1807; en 1810, en 1840; el 17 de Octubre de 1945 y el 18 de marzo de 1962. Este es el método *PROPIO, ORIGINAL*, que el Pueblo Argentino incorpora como el *CAMINO NACIONAL para la Revolución*. Por eso, los enemigos de la Emancipación Nacional centran sus esfuerzos en impedir la *MOVILIZACIÓN POPULAR*, en frenar la *ACCIÓN* de masas, en despojar al Peronismo de su carácter multitudinario. Por eso, nosotros *insistimos hasta el cansancio* en la necesidad de *recurrir a este método de combate cada vez que se produce un enfrentamiento* entre el Pueblo y la Oligarquía. (*Compañero*, 21, p.3 – *Cursivas propias*).

Las primeras palabras de Framini son contundentes: la actualidad y el pasado muestran que el “pueblo” apeló a un método cuando tuvo que enfrentarse a sus enemigos: la movilización popular. Precisamente, asegura el dirigente textil, este método fue utilizado con éxito durante las Invasiones Inglesas, la Revolución de Mayo,



las batallas federales contra el ejército unitario de Lavalle, el 17 de Octubre y también el 18 de Marzo.<sup>129</sup> La movilización popular parece ser el instrumento propio y original a través del cual se incorpora el pueblo en la revolución. Seguramente debido a esto aquellos “enemigos de la Emancipación Nacional” quieren impedir que sea posible esa movilización popular. Esto es, quieren “frenar la acción de masas” o, lo que es lo mismo, quitarle el contenido popular al peronismo ¿No está acaso aquí Framini expidiéndose contra la tentativa de dirimir electoralmente el “enfrentamiento entre el Pueblo y la Oligarquía”? Como anota Ehrlich, en el contexto de la proscripción político-electoral al peronismo, se produjo una articulación de la experiencia proscriptivista, “postulando en la reivindicación de una persistencia invariable del peronismo en las masas, y en la denuncia a quienes justamente apostaban a transformarlo en uno u otro sentido”, las nuevas coordenadas de la traza identitaria (2012; 191).

Más adelante, en la misma nota, señala Framini:

*LA MOVILIZACIÓN POPULAR* no consiste únicamente en recurrir a la ACCIÓN de la MASA, sino en *darle a esta ACCIÓN un contenido revolucionario*. Y, ¿en qué consiste este contenido revolucionario? (...) El *contenido revolucionario de la MOVILIZACIÓN POPULAR* radica en *impulsar la lucha de masas para alcanzar permanentemente nuevos niveles, para derrotar al enemigo, para acorralarlo y destruirlo*. Esto supone necesariamente que no puede emplearse con éxito el método de la MOVILIZACIÓN POPULAR sin dirigentes revolucionarios (...) Por eso la tarea de *construir una DIRECCIÓN REVOLUCIONARIA* constituye una *parte fundamental de la lucha del Pueblo*. Esta tarea no puede ser cumplida desde arriba, por ideólogos o aventureros, ni ser forzada violentando la experiencia y el ritmo que el Pueblo está dispuesto a darle. Es la *propia masa el único JUEZ* que dictamina cuando una dirección deja de cumplir con los objetivos para los que fue designada (*Compañero*, 21, p. 3 – Cursivas propias).

Ante la pregunta por la razón que debe guiar esa movilización popular, Framini asegura que no debe repararse únicamente en el hecho de que la masa se movilice, sino también en que esa movilización presenté un contenido revolucionario. Esto es, en “impulsar la lucha de masas para alcanzar nuevos niveles” que permitan destruir al enemigo. En otras palabras, de lo que se trata es de estimular a las masas para que

---

<sup>129</sup> Merece la pena destacar la incorporación de las elecciones del 18 de marzo de 1962 en esta enumeración. Claramente Framini buscaba incorporar su nombre a la lista de acontecimientos “revolucionarios” que se destacaron por la movilización popular, en un intento por revalidar su figura en la historia argentina.

avancen sobre las trincheras enemigas, lo que acorrallará a sus enemigos y conducirá en un tiempo a su destrucción. Sin embargo, advierte el gremialista textil, nada puede esperarse de la movilización si ella no cuenta con “dirigentes revolucionarios”. En caso de que no los tenga, no puede legar el pueblo la construcción de esos dirigentes a “ideólogos o aventureros, ni ser forzada violentando la experiencia y el ritmo” del pueblo. La masa, “el único juez”, dictamina cuándo sus dirigentes se apartaron de los objetivos que debían guiarle. Dirigentes revolucionarios, sostiene firmemente Framini, que son forjados a través de la lucha. Otra vez, ni en comités o unidades básicas, sino sólo mediante el codo-a-codo con el pueblo.

Asimismo, en *Compañero* se percibe, junto con el modelo insurreccionalista, la confluencia de otra concepción: la de la guerra popular y prolongada. Al decir de Carnovale, las experiencias de liberación nacional en el Tercer Mundo, en especial la china y vietnamita, señalaron otro camino para la toma del poder. En estos casos, se trataba de una estructura poblacional preponderantemente campesina, con relaciones de dominación precapitalistas, donde el “combate contra un enemigo colonialista o invasor determinaron en estas experiencias la conjunción entre guerra de liberación y guerra revolucionaria” (2011; 73). La principal característica de la guerra popular prolongada era, continúa la historiadora, que el enfrentamiento militar con un enemigo técnicamente superior implicaba el desarrollo de una fuerza militar propia que iría, como sugieren las máximas maoistas, de mayor a menor. Esto es lo que aparece, por ejemplo, en la conocida entrevista en 1956, “El imperialismo norteamericano es un tigre de papel”. Allí, ante la periodista norteamericana Anna Louise Strong, Mao señalaba que el derrocamiento de la gran dinastía Qing (1644-1912) por una pequeña y subestimada fuerza –la de Sun Yat-sen y su partido Kuomintang- enseñaba que “[l]o grande no tiene nada de temible. Será derribado por lo pequeño. Y lo pequeño se hará grande” (1977; 335). La construcción del ejército popular estaba vinculado íntimamente al control del territorio; el sentido iba del campo a la ciudad, momento a partir del cual se desencadenaría la insurrección general. A este respecto, en su *Teoría del partisano*, Schmitt indicaba al “aspecto espacial” como una de las características del partisano moderno. Para el jurista de Plettengberg, el partisano “no se puede separar de la tierra auténtica; es uno de los últimos guardas de la tierra como elemento histórico-universal mientras que no esté completamente destruida” ([1962] 2005b; 87). Retomando lo dicho por Carnovale, la guerra no era, como sí para el modelo insurreccionalista, el momento culminante de la situación revolucionaria caracterizada por el auge de masas, sino más

bien “era su propio motor, y el ejército, aunque bajo la dirección del partido, su gran protagonista” (2011; 74). Precisamente este ejército no sólo se presentaba como el representante de la nación ocupada sino también como el brazo ejecutor de las tareas revolucionarias. Este es el sentido que toma, entonces, la frase “la política manda sobre el fusil”: el ejército, debido a su carácter político, estaba supeditado al partido (2011; 75).<sup>130</sup>

Véase como opera esta concepción a partir del siguiente extracto. En una de las últimas declaraciones del MRP en *Compañero*, se marca:

*La línea revolucionaria se estructura para dejar de ser una línea y se convierte en Movimiento, se proyecta a la lucha dejando de ser intención por derecho y determinación propia, por acción y no por reacción, por convicción y no por oportunismo, por definición de ser vanguardia irrevocablemente nos enfrentamos a la historia de los que hoy sólo creemos en una sola salida: la de las armas, para producir esa revolución* (Compañero, 74, p. 4 – Cursivas propias).

El ala revolucionaria que representa el MRP se formó para tomar el movimiento peronista. Esto es, no sólo se constituyó para llevar a cabo la revolución sino, como paso previo, “copar” el peronismo. Es un ala que se lanza a la lucha porque tiene el “derecho” y la “determinación”; su ánimo hacia la lucha por la revolución está legitimado por la razón y por su voluntad. Curiosamente, esa “definición de ser vanguardia” los enfrenta a la historia. Aquí reverbera, con toda seguridad, una crítica a la concepción etapista de la revolución, que fue referida en el capítulo dos. Precisamente, el voluntarismo del MRP los lleva a sentenciar tajantemente que sólo existe una sola salida para hacer la revolución: las armas. Se delinea aquí una cuestión que parece irresoluble: ¿cómo combinar el voluntarismo vanguardista con aquella concepción que ponía la primacía en las masas?

Para reforzar estas ideas, permítase citar unas líneas más de la misma “Declaración del MRP”:

*Sostenemos que la única posibilidad de vuelta triunfal de nuestro Líder, es por la vía de las armas y que esas armas las debe tener el pueblo y que ese pueblo debe estar organizado disciplinadamente, capacitado en su vanguardia, convencido, clarificado en el ‘método’ y con la certeza de que su lucha será larga y cruenta pero para comenzar*

---

<sup>130</sup> Aquí aparece, asimismo, una distancia con respecto al planteo foquista, en donde los que comandaban las acciones guerrilleras tenían la primacía.

es necesario que construyamos: *Una Organización Revolucionaria. Una Dirección Revolucionaria. Un Método Revolucionario* (Compañero, 74, p. 4 – Cursivas propias).

Sólo a través de la lucha armada se producirá el regreso “triumfal” de Perón a la Argentina. Esto es, la única manera en que el máximo exiliado regrese al país es por medio de la “vía de las armas”. Estas armas deben ser detentadas por un pueblo “organizado disciplinadamente, capacitado en su vanguardia” y convencido respecto al método que necesita ser empleado. A su vez, el pueblo debe ser aleccionado acerca del carácter prolongado y violento que tendrá el enfrentamiento. No podría negarse aquí que, aún sin respetar a rajatabla el esquema “del campo a la ciudad”, se está en presencia de un imaginario de “guerra popular prolongada”. Carnovale, a este respecto, señala que la guerra del pueblo atravesaba variadas etapas en las que se expresaban tácticas de combate específicas de acuerdo a la correlación de fuerzas: una guerra de guerrillas que se transformaba gradualmente en una guerra de movimientos, para, finalmente, combinarse con una guerra de posiciones. “La sucesión de estas etapas exigía la transformación del ejército del pueblo en un verdadero ejército regular” (2011; 74).

Aquí debe marcarse una cuestión interesante. Una concepción similar a la guerra popular prolongada fue difundida por Perón en los tempranos tiempos de su exilio. Así, por ejemplo, el caudillo señalaba en las “Instrucciones generales para los dirigentes” del año 56: “[l]a iniciativa del Pueblo llega a hacer de esta actividad [la “resistencia individual”] una verdadera guerra integral a medida que la propia ejecución va ampliando el campo de realizaciones efectivas” (Cooke, 2014; 660). Asimismo, la “guerra integral” volvía a ser esgrimida por Perón a raíz de su frustrado regreso al país. En una “Carta a los compañeros peronistas” fecha el 2 de diciembre de 1964, el máximo exiliado decía desde Río de Janeiro: “En cuanto a la acción, se acabaron las contemplaciones. Hay que comenzar la guerra integral por todos los medios, en todo lugar y en todo momento” (Baschetti, 2012; 388). En estas aseveraciones están influidas menos en Mao Zedong que en las lecturas que Perón hizo durante su formación como militar de las obras de los teóricos bélicos alemanes Carl von Clausewitz, Colmar von der Goltz y Erich Ludendorff. Relacionado con esto, Perón, bajo el seudónimo de Descartes, señalaba en abril de 1951 que la destrucción se transformó en las guerras modernas en el principal medio de acción. “Hoy la fuerza del enemigo es la ‘nación en armas’, y hay que destruir la o las naciones que la constituyen; por eso se la ha

denominado también ‘guerra integral’” (1951; 62) Asimismo, como reproduce Arcomano en su análisis de las fuentes militares de *Conducción política*, Perón indicaba que la guerra total de Ludendorff sólo podría realizarse cuando “la existencia misma del pueblo se vea amenazada y el pueblo decida asumir la responsabilidad”. Esta era una “guerra librada por la conservación de la vida de un pueblo” (Perón en Arcomano, 2003; 204).<sup>131</sup>

En el capítulo anterior se ha mostrado la apuesta de *Compañero* por conformar un ejército propio. Este hecho se corresponde con el punto de inflexión que representó, al decir de Raimundo, el fallido intento de golpe de Estado de noviembre de 1960.<sup>132</sup> Para el historiador argentino, a partir de este periodo comienza a primar una concepción diferente de cómo resolver la cuestión militar: “se abandonará la esperanza de encontrar militares peronistas dispuestos a combatir y los esfuerzos se volcarán hacia la construcción de una fuerza militar autónoma” (1998; 220). Si bien es cierto que esta fuerza militar propia, nacida de los propios grupos organizados tras el derrocamiento de Perón en 1956, se mostraba endémicamente dentro de los “cánones insurreccionales planteados desde 1956”, esto no es necesariamente del todo cierto para el caso del semanario dirigido por Valotta.

En septiembre de 1964, Leopoldo Barraza, bajo el seudónimo de Martín Guay, entrevistó a los militantes del MNRT presos en la cárcel de Devoto, a los que calificó como “auténticos prisioneros de guerra del régimen” (Gutman, 2003; 247). En esta entrevista, el periodista les pregunta a los tacuaristas por el significado del “ejército del pueblo”. A lo que ellos responden:

*El Ejército del Pueblo es la herramienta de las masas para lograr soluciones radicales (en el buen sentido de la palabra) y verdadera a sus*

---

<sup>131</sup> Sin embargo, más que desaparecer, la noción de guerra integral intensifica y aclara su significado con el pasar de los años en el pensamiento de Perón. En el documental de Fernando “Pino” Solanas y Octavio Getino *Actualización doctrinaria para la toma del poder*, Perón señala: “La guerra revolucionaria que realiza un pueblo en la situación en que nosotros estamos, bueno, puede llamarse guerra integral. Guerra integral, porque se hace por todos los medios, en todo momento y en todo lugar. Es decir, cada uno de los que forman esa fuerza popular que está en lucha, desde la mañana a la noche, hace en cada lugar y en cada momento su acción de guerra, su lucha. Es decir, buscando dañar al enemigo cualquiera sea la situación en que se encuentre. Esto da lugar a que se empleen todos los sistemas y métodos para realizar esa lucha” (Solanas y Getino, 1971).

<sup>132</sup> El 30 de noviembre de 1960 el general Miguel Ángel Iñíguez comenzó una sublevación, principalmente en las ciudades de Rosario y Tartagal. Como anota Rouquié, “cincuenta hombres atacaron, con complicidad de suboficiales, el 11° Regimiento de Infantería [en Las Heras, Mendoza]. El tiroteo duró varias horas y arrojó un saldo de cuatro muertos (entre los cuales un coronel peronista retirado, Julio Barredo) y numerosos heridos. El general Iñíguez, jefe del fallido intento insurreccional, se dio a la fuga” (1982; 178). Para ampliar sobre este episodio y complejizar las reflexiones sobre el vínculo que tuvieron allí militares y peronistas, se sugiere Anabella Gorza (2015).

problemas. Es el *único medio del pueblo para lograr su liberación*; es la consecuencia lógica donde desembocan los pueblos oprimidos por los imperialistas y contrarrestar su violencia. El Ejército del Pueblo es la *vanguardia armada de las masas, producto de condiciones políticas objetivas*. Ese Ejército Popular *es parte de la masa y se abastece de la propia masa, por eso es invencible cuando se pone en marcha (...)* Quienes olviden esto y pretendan suplantar la acción de las masas como protagonistas del proceso revolucionario, fracasarán (*Compañero*, 63, p. 4 – Cursivas propias).

La construcción de un ejército del pueblo es el instrumento que la masa dispone para transformar revolucionariamente las estructuras y solucionar realmente los problemas que la aquejan. En este sentido, es el único medio que permitirá al “pueblo lograr su liberación”. Es interesante observar que aparece nuevamente la cuestión de la necesidad. Aquí está expresado aquello que observó Gramsci en torno a dicho concepto: la existencia de una premisa en la que deben estar contenidas, desarrolladas o en vías de ello, las “condiciones materiales necesarias y suficientes para la realización del impulso de voluntad colectiva” ([1948] 2003; 109). Dicho en otros términos, en tanto “producto de condiciones políticas objetivas”, el alzamiento de un ejército popular es una “consecuencia lógica donde desembocan los pueblos oprimidos” para contestar las agresiones que sufren por parte de sus opresores. Se trata aquí de un ejército que es producto no sólo de la acción de la “masa”, sino que también es una parte de ella. Esto es, la masa no es simplemente el demiurgo de esa construcción denominada “ejército popular”. Es, asimismo, la que “abastece” a la formación militar, tornándola, de ese modo, “invencible cuando se pone en marcha”. Lo dicho vuelve a mostrar la importancia que tiene la acción de la masa para *Compañero*. Así, cualquier concepción o tentativa que “pretenda suplantar la acción de las masas” en lo que se refiere al proceso revolucionario no lleva más que al fracaso.

Asimismo, la importancia de la constitución de “ejército popular” y el rol de la masa en él están expresados en las dos notas consecutivas que realiza el militante santafesino del MRP, Rodolfo Lagos:

*El desarrollo de cada estructura solo se da sobre la lucha concreta –y no en el café de la nueva y vieja izquierda pequeño burguesa- crece en la fábrica y en el ingenio. La unificación lo exige la lucha, la represión fragua el compañerismo y allí nace la confianza mutua. Es así que las bases se van uniando hasta soldarse en un ariete que derrumbará las estructuras burocráticas que traban la acción del Movimiento para*

enfrentar al régimen de privilegio y limpiar sus filas de traidores. *Debemos fortificar, incansablemente, esta organización*, ser fieles custodios de ella. Así es como iremos forjando el ejército del Pueblo, que abrirá el camino hacia la victoria y a la realización del Decálogo Revolucionario levantado en la histórica asamblea del 5 de Agosto (*Compañero*, 77, p. 5 – Cursivas propias).

*Vivimos un periodo prerrevolucionario* y es en estos momentos en que la labor de masas se hace más necesaria que nunca (...) Toda estructura pretendidamente revolucionaria que no finque su acción en la labor de masas está condenada a la esterilidad y el fracaso (...) Las organizaciones revolucionarias del Movimiento, grandes o pequeñas, deben concentrar su acción junto al pueblo en el lugar y en el momento en que éste enfrenta al régimen aprovechando las múltiples ocasiones que se presentan a diario (...) Dirección centralizada y división de tareas y responsabilidades en la ejecución, son los dos criterios básicos de toda organización revolucionaria (...) La Liberación la hará el pueblo unido a su líder, el general Perón y sin salvadores providenciales (*Compañero*, 78, p. 5 – Cursivas propias).

La línea inaugural del primer extracto es taxativa: el desarrollo de la estructura revolucionaria sólo se produce a través del involucramiento en la lucha y se vigoriza en la ciudad (la fábrica) y en el campo (el ingenio). Esto es algo que parece no compartir la “nueva y vieja izquierda pequeño burguesa”, en tanto no ponen la primacía en la práctica, refugiándose, en contrapartida, en la teoría. La lucha exige la “unificación” del grupo. La represión abona en este sentido: “fragua el compañerismo” y hace crecer dentro del conjunto la confianza. Esto es algo que Arendt marcó en *Sobre la violencia*. Al decir de la teórica política alemana, tanto en la acción militar como en la revolucionaria, en lugar del individualismo, lo que se encuentra es una suerte de coherencia grupal; “vínculo mucho más intensamente sentido y probadamente más fuerte, aunque menos duradero” que cualquier tipo de unión civil. Para ser admitido dentro del grupo, el individuo sería compelido a “quemar los puentes que lo unen con la sociedad respetable”. Sin embargo, termina acotando Arendt, una vez que es acogido en esa “comunidad de la violencia”, cae indefectiblemente bajo el hechizo embriagante de la “práctica de la violencia” ([1972] 2015; 169). Parafraseando lo dicho en el primer extracto, la solidificación del grupo cual “ariete” es lo que permitir “derrumbar las estructuras burocráticas” que padece el peronismo y que le impide “limpiar sus filas de traidores” y luchar contra el sistema político-económico. Sólo se podrá construir el

ejército popular que conduzca “hacia la victoria y a la realización del Decálogo Revolucionario” si se fortalece la unidad del grupo.

En el segundo de los extractos, por otro lado, se aduce que la “dirección centralizada y [la] división de tareas y responsabilidades en la ejecución” deben ser los dos criterios sobre los cuales edificar la “organización revolucionaria” ¿No existen aquí, acaso, ciertos ecos del argumento principal de *¿Qué hacer?* [1902] (1981) de Vladimir Lenin? Esto es, que la tarea es crear, mediante profesionales de la revolución, una organización centralizada –un partido-, alrededor de un periódico de alcance nacional que es concebido como un gran organizador colectivo. Asimismo, al igual que en Lenin, “la labor de masas” es una instancia fundamental en el “periodo prerrevolucionario” que se vivía en la Argentina. Como se dijo más arriba, cualquier acción que desconozca la importancia de esa labor “está condenada a la esterilidad y el fracaso”. En este sentido, entonces, todas las organizaciones revolucionarias del peronismo, sean del tamaño que sean, deben confluir con el pueblo y enfrentar al sistema político-económico “en el lugar y en el momento” donde el primero lo enfrenta. Así, finalmente, la liberación será obra del pueblo en comunión con Perón. No existe en este esquema lugar para providenciales o proféticos salvadores. La unión del pueblo con su líder será la chispa que encienda la liberación.

Ahora bien, una cuestión importante surge del examen hecho hasta el momento: en *Compañero* se produce una pendulación entre una concepción insurreccionalista – leninista- y una de guerra popular –maoista-. Tanto Raimundo (1998; 228) como Carnovale (2011; 77) marcan que, en los años finales de la década de los sesenta, la concepción de guerra popular prolongada se transforma en hegemónica. Dando por válida esta datación precisa, toma sentido el carácter ambivalente del semanario editado por Valotta respecto al carácter de la guerra, al estar precisamente ubicado entre ambos paradigmas y bajo la influencia de la estrella de la Revolución Cubana. En otros términos, es lógico que en *Compañero*, ubicado prácticamente a mitad de los sesenta, se perciba una suerte de confluencia entre elementos de ambas concepciones. Más que ver aquí contradicciones, que redundarían en argumentos normativos, estas tensiones que se producen entre modelos divergentes son producto de la “politización” que produjo en muchos militantes el CONINTES. La experiencia carcelaria le permitió a un gran número de militantes acercarse a lecturas tan disímiles como las de Lenin, Trotsky, Mao o Primo de Rivera (Raimundo, 1998; 224). En este clima ecléctico y a la vez represivo se fue transformando la salida vía insurrección popular a la de una guerra que necesitaba



la construcción de un ejército popular que diese la lucha progresivamente, “de lo pequeño a lo grande”.

### **3.3. Reflexiones en torno a la “izquierda peronista”**

Han sido numerosos los intentos por reflexionar sobre el nacimiento y las características asumidas por la “izquierda peronista”. Es el caso, por ejemplo, de los británicos Daniel James y Richard Gillespie.<sup>133</sup> Al decir del primero de éstos, el surgimiento de una corriente de izquierda peronista en el periodo pos 55 debe ser entendida como un “reflejo”, ante el sistema que excluía al peronismo del poder y continuaba atacando las conquistas de la clase trabajadora. Así, para James, la izquierda emergió como “una defensora de la clase trabajadora, una cepa anticapitalista del peronismo, que anhelaba la euforia de Octubre de 1945, la organización y los avances de la clase trabajadora en el primer gobierno peronista” (1976; 273 – Traducción propia). Gillespie, refiriéndose a los usos que se le han dado al término “Tendencia Revolucionaria”, señala que la expresión también aplicaría para la “hoy en día olvidada temprana Izquierda Peronista cuya gestación retrotrae a los años de la Resistencia Peronista después de 1955” y cuyo cenit fue alcanzado en 1964 con la creación del Movimiento Revolucionario Peronista (1979; 160 – Traducción propia).

Las respuestas lógicamente también han sido ensayadas desde la historiografía argentina. Gil, por ejemplo, asegura que la izquierda peronista atraviesa de forma lineal y progresiva una serie de etapas, las cuales marcan una suerte de “quiebre de las estructuras ideológicas dominantes en la IP”, provocados por “acontecimientos que demuestran la insuficiencia de la estructura anterior” (1989; 15). En *Las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base*, Lucece argumenta que el “resurgimiento de la Izquierda Peronista a fines de 1965 y 1966” puede interpretarse como una “reacción a la consolidación del vandorismo y a la amenaza de transformar al peronismo en un partido” más del sistema político. Asimismo, continúa la historiadora, la mencionada emergencia estuvo “desencadenado por Perón como parte de su campaña contra Vandor” (1993; 52). En el caso de Bozza, el historiador identifica el término

---

<sup>133</sup> Aquí podría agregarse el nombre de Donald Hodges. Como argumentan Acha, Campos, *et. al*, *Argentina 1943-1976. From National Revolution to Resistance* “provee una explicación de la IP [izquierda peronista] como opuesta a la derecha u ortodoxia peronista, y comparte con James la filiación de esa inmediatez después de 1955” (2017; 74). Para los autores, la riqueza del trabajo de Hodges está dado por su utilización de la categoría de izquierda peronista, nutrida a partir de las “clasificaciones ideológicas empleadas por los actores históricos” que dieron sus entrevistas al investigador norteamericano (2017; 75).

“Izquierda Peronista” como el campo ideológico con el que se identificaron organizaciones, grupos y líderes que “incorporaron algunas concepciones del marxismo y resignificaron el proyecto del Movimiento y el rol de su líder” (2001; 135). Al decir de Acha, Campos, *et. al.*, el traspie fundamental del coherente argumento de Bozza estuvo en “observar los itinerarios de radicación como una prefiguración de las ideas de la NI [Nueva Izquierda], de lo que se derivó una tentación por ver como manifestación de “izquierdismo” fenómenos ambivalentes (2017; 80). Finalmente, Georgieff expresa un argumento usual sobre el nacimiento y el desarrollo de la izquierda peronista: fue en los últimos años de la década del cincuenta cuando se produjo su aparición y que “ciertos sectores del peronismo comenzaron a plantearse el camino al socialismo”. No obstante, la cristalización no se llevaría a cabo sino hasta los años setenta, gracias al “crecimiento de la Juventud Peronista y de las ‘formaciones especiales’” (2008; 87).

Esta enumeración, que no pretende ser exhaustiva, puede ser útil para poner en claro qué es lo que se ha entendido usualmente bajo el término “izquierda peronista”. Por un lado, una tendencia que tiene su certificado de nacimiento en el instante posterior al golpe de Estado de 1955. Luego, en sus etapas formativas, parece haberse tratado más bien de una tendencia esencialmente defensiva ante el avasallamiento que hizo la “Libertadora” de los derechos laborales otorgados bajo el gobierno peronista. Asimismo, en su desenvolvimiento Perón tuvo un rol central, al incentivarla en su lucha contra el vandomismo. Reflejo defensivo que, no obstante, incorporó concepciones caras al imaginario marxista, heredadas de los grupos y personalidades que “redescubrieron” al peronismo.<sup>134</sup> Por último, parece que se trató de una tendencia desarrollada lineal y progresivamente, de nociones rudimentarias a un pensamiento formal y organizado, desembocando, finalmente, en las organizaciones armadas de los años setenta.

Ahora bien, antes de hacer la pregunta por la ubicuidad de *Compañero* en lo que es este conjunto de aserciones, debe reflexionarse por la capacidad explicativa que tiene la categoría misma de izquierda. Esto es, ¿hasta qué punto es útil el término “izquierda” para analizar fenómenos históricos? Como se ha dicho en otro trabajo (Funes, 2018a), clasificaciones como “izquierda” y “derecha” son categorías polémicas, schmittianamente hablando: su utilización involucra, incluso aunque ello no sea explicitado, una distinción entre el campo de los “amigos” o de pertenencia respecto al

---

<sup>134</sup> Al decir de Altamirano, este proceso de redescubrimiento del peronismo ocurrió tempranamente, en 1947, en las filas del núcleo disidente de la dirección codovillista del Partido Comunista con Rodolfo Puiggrós y el periódico *Clase Obrera* ([2001a]2013; 30).

de los “enemigos” o el que está más allá de aquel. En este sentido, entonces, resulta altamente productivo en la lucha política, simplificando la heterogénea realidad y produciendo agrupamientos políticos. Sin embargo, la categoría califica más de lo que describe. Por ello, precisamente, se presenta un tanto compleja a la hora de ser usada para desarrollar análisis historiográfico, ya que no sólo dota de una carga normativa el fenómeno analizado sino que también opera, como sucede con toda binarización, ocultando lo que se encuentre entre los dos polos. En este sentido, sus difusos contornos no permiten definir con precisión qué forma parte y qué no del universo ideológico de la “izquierda” o la “derecha”, y cómo esos elementos se encarnan en prácticas políticas concretas, en acciones. Entiéndase bien, no se trata de quitarle importancia a la distinción, sino tan sólo de llamar la atención sobre las dificultades de acercarse a un fenómeno concreto apelando a dichas categorías.<sup>135</sup>

Un modo tentativo de sortear las problemáticas mencionadas puede ser el que se desprende de las palabras de Franco: “[L]as denominaciones de ‘izquierda’ y ‘derecha’ peronista serán utilizadas según los universos ideológicos de la época configurados por los actores del conflicto” (2011; 27).<sup>136</sup> Esto es, puede recurrirse a las categorías sólo cuando los actores las utilizan, reflexionando necesariamente sobre los contenidos y las tensiones que las identificaciones con los universos “de izquierda” y “de derecha” ocasionan en los propios sujetos. Se trata, entonces, de restringir el uso de las determinaciones por parte del analista toda vez que no sean empleadas por los actores en cuestión.

Teniendo esto en cuenta, ¿puede *Compañero* ser ubicado dentro de ese complejo y heteróclito constructo denominado “izquierda peronista”? Si bien este sintagma está completamente ausente en las páginas del semanario, es útil observar cómo es calificada allí la “izquierda” y qué críticas se le hacen. Esto permitirá arrojar luz sobre la concepción de la izquierda del espectro político que tiene *Compañero*. A este respecto, dos extractos pequeños pueden ser clarificadores:

---

<sup>135</sup> En *Combatientes de Perón, herederos de Cristo*, Cuchetti cuestiona la “utilización muchas veces veloz, y realizada en ocasiones desde un punto de vista indistintamente partisano, de ciertos *clivages* políticos” como sucede con izquierda / derecha o revolucionario / reaccionario. Esta utilización, sentencia el sociólogo mendocino, “ha dejado en el camino una vastedad de circuitos políticos que utilizaron opciones por demás complejas”, como es el caso de Guardia de Hierro (2010; 15).

<sup>136</sup> Esto es algo que también marca Ehrlich. En las páginas finales de su trabajo: “¿Se trata de una categoría [la “izquierda peronista”] *nativa* o de una atribución de identidad proferida desde sectores *externos* al peronismo y eventualmente apropiada por algunos grupos?” (2012; 224 – Cursivas en el original).

[Con las críticas a Hernández Arregui] se produce una sintomática coincidencia [del “nacionalismo de derecha”] con *nuestra izquierda cipaya*, que *el pueblo ha repudiado* –porque siempre ha estado contra él, en 1930, en 1945, en 1955, cada vez que debió pronunciarse- y que con su miopía histórica *continúa de espaldas al país*, preocupada tan solo por la controversia chinosoviética o en el apoyo mediante declaraciones a movimientos nacionales con la única condición de que surjan a miles de kilómetros de nuestro territorio (...) [L]o que *temen y rechazan es al pueblo*, las montoneras y puebladas de ayer, los cabecitas negras de hoy (*Compañero*, 20, p. 7 – Cursivas propias).

[L]a *vieja izquierda confunde forma con contenido*, y pretende hacer pasar gato por liebre al pueblo [copiando *El Popular* la tipografía y los colores de *Compañero*]. *Subestima* –como siempre- *la capacidad de las masas*, a las cuales, cree poder engañar –¡a esta altura del proceso!- pintando dibujos... La misma interpretación, el *mismo divorcio con el verdadero proceso revolucionario argentino*, como hace 18 años (...) Siempre estuvieron *divorciados de las masas argentinas*. Desde que se colocaron en la vereda de enfrente del brazo con Braden en la Unión Democrática hasta este intento de colocarse disfrazados, de rondón, sin hacer autocrítica, único modo de superar errores, en el seno de las mayorías populares (*Compañero*, 25, p. 3 – Cursivas propias).

En la primera de las citas expuestas, Duhalde realiza un análisis de las opiniones que desde arco nacionalista y de izquierda se dio del libro de Hernández Arregui *¿Qué es el ser nacional?* Más allá de las similitudes que el abogado de presos políticos encuentra entre “derecha” e “izquierda”, resulta interesante resaltar que para él la “izquierda cipaya” está asociada con el acto de ponerse de “espaldas al país”, de desoír y renegar de las preocupaciones y deseos del “pueblo” y, en cambio, concentrarse en minucias teóricas tales como las polémicas entre chinos y soviéticos o declaraciones de solidaridad a los movimientos liberacionistas de países del Tercer Mundo “a miles de kilómetros” de la Argentina. Esta izquierda continúa con la actitud que tomó con respecto al golpe de Estado a Yrigoyen en 1930, al 17 de octubre de 1945 y a la “Revolución Libertadora”: estar contra los anhelos del pueblo. Se trata, como se desprende del segundo extracto, de remarcar el divorcio entre esa “vieja izquierda” y las “masas argentinas”. Apartamiento que se manifiesta palmariamente cuando aquellos se “colocaron en la vereda de enfrente del brazo de Braden”. Esto aparece también en el informe conjunto de Cóndor y el MNRT de 1964, donde se señalaba que de la “pequeña burguesía han surgido al cabo de los años multifacéticas sectas ‘izquierdistas’, cuyo

signo fue siempre el alejamiento de las grandes masas y sus movimientos históricos” (Baschetti, 2012; 332). Retomando lo dicho en *Compañero*, aún cuando el periódico de Ernesto Giudici, *El Popular*,<sup>137</sup> copie forma y contenido, subestimando a las masas, no podrá engañarlas. Menos, claro, cuando este plagio aparece “sin hacer autocrítica”, que es la única manera de insertarse en las masas populares de forma legítima, según el semanario.

Es interesante observar que, en lo referente a la consideración de *Compañero* respecto de los partidos de izquierda, aún están frescos los recuerdos de cómo éstos se posicionaron respecto al peronismo. Como señala Svampa, ellos serían efectivamente los más desorientados ante la emergencia del movimiento liderado por Perón. Por ejemplo, a raíz del 17 de Octubre, la “primera reacción de la izquierda tradicional fue restar así *status* de pueblo a las masas”, asegurando que debía hacerse una distinción entre el “proletariado revolucionario y ‘civilizado’, y las masas ‘bárbaras’ peronistas” ([1994] 2006; 324). Asimismo, el Partido Socialista, continua la socióloga, aún compartiendo motivos presentes en el PC, colocaría el acento en el resentimiento social. Para los socialistas se trataba menos de la constitución de una nueva clase obrera que de problemas relacionados con la “moral y el grado de educación, con la ignorancia y el resentimiento” ([1994] 2006; 326).

Debe recordarse, no obstante, que se está aquí en un periodo de transición en el imaginario de las fuerzas de izquierda. Como de alguna manera ya se deslizó, este es el periodo de aparición de lo que se denomina, con diferentes matices y acentos, “nueva izquierda” en la Argentina (Hilb y Lutzky, 1984; Terán, 1991; Altamirano, [2001a] 2013; Tortti, 2007). En el periodo pos 1955 puede identificarse una clara reorientación política que condujo, entre otras cosas, a una revisión del fenómeno peronista. Esto es, aquellos que hasta no hacía mucho habían considerado al peronismo como una forma autóctona de totalitarismo “comenzaron a pensarlo en términos de movimiento nacional-popular o movimiento de liberación nacional, y a atribuirle potencialidades revolucionarias” (Tortti, 2014; 16). Al decir de Altamirano, la “situación revisionista”

---

<sup>137</sup> Editado entre diciembre de 1963 y diciembre de 1964, el periódico del periodista y miembro del Partido Comunista, Ernesto Giudici, tiene la virtud de complejizar la usual mirada dicotómica que operaba en el PC en los sesenta entre el ala codovillista –estalinista- y la disidencia pro-cubana que comienza a tomar cuerpo luego de la entrada a la Habana de 1959. Al decir de Néstor Kohan, Giudici “no se integró a ninguno de esos dos grupos juveniles [*Pasado y Presente* y *La Rosa Blindada*] que bajo el ejemplo del Che polemizaban con el reformismo stalinista de Codovilla. Solo, como francotirador, sin discípulos jóvenes que lo siguieran y sin haber ‘trabajado’ previamente una fracción –como en su época hiciera Puiggrós-, años después él también romperá, quizás tardíamente, con aquella dirección en la misma línea que los grupos de los 60” (2000; 175).

con respecto al peronismo en el que entraron el Partido Socialista y el Partido Comunista debe ser vinculada a dos fenómenos simultáneos. De una parte, el proletariado, reaccionando ante las categorías clasistas, insertó su acción en un contexto dominado por el clivaje “peronismo o antiperonismo” y de la conflictividad social. Del otro, la activación ideológica que ocurrió dentro del campo intelectual con posterioridad al golpe de 1955, ya manifestada en el último año del gobierno de Perón ([2001a] 2013; 67 y 68).

En definitiva, entonces, en un periodo en el que los sentidos sedimentados sobre las fuerzas de la izquierda seguían refiriendo al “antipueblo” y al “antiperonismo”, es lógico que para *Compañero* no haya aún manera de apropiarse positivamente de esta categoría. Cooke, en cambio, consideraba que “el antiperonismo nunca puede ser postura de izquierda; el antiperonismo es una actitud mental y espiritual reaccionaria, es decir, derechista” (2014; 471). El término izquierda, sostenía el otrora delegado personal de Perón en su conferencia de 1964 “Universidad y país”, podía hacer referencia a la “posición relativa dentro del orden burgués” y también a una “definición ‘revolucionaria’, que no puede existir desvinculada de la lucha concreta de masas”. Para Cooke, el proceso histórico argentino mostraba que “no hay revolucionarios sino de izquierda” aún cuando se pueda ser de izquierda sin ser revolucionario (Baschetti, 2012; 359). A este respecto, resulta curiosa la polémica que, en otra carta, el “Bebe” mantiene con Raúl Matera a propósito de la definición de la categoría de izquierda para el peronismo. Mientras para el neurocirujano y secretario del Consejo Coordinador y Supervisor en el peronismo la izquierda era nacional y distributiva, para Cooke, aún cuando esta pretensión de “acortar las distancias entre pobres y ricos era una fórmula aceptable para cierta parte del proceso histórico”, ella ya no conforma a nadie. Había que ir más allá de lo que se hizo en 1945. Era preciso, entonces, “que el gobierno sea «del» pueblo, que la producción sea «del» pueblo (...) [H]ay que socializar mucho” (2014; 526 y 527).<sup>138</sup>

---

<sup>138</sup> Acerca de la disyuntiva planteada por Cooke, puede ser útil el señalamiento que realiza Acha en su *Historia crítica de la historiografía argentina*. Para el historiador, entre izquierda nacional e izquierda peronista existe una discrepancia estratégica: el modo de coordinar socialismo marxista y populismo peronista. En este sentido, entonces, mientras la izquierda nacional pretende introducir en el peronismo la teoría marxista como método de radicalización del movimiento, la izquierda peronista “conserva la soberanía del peronismo y emplea el marxismo como un arma ideológica”, transformando la teoría heredada de Marx en una herramienta en sus polémicas con otras tendencias dentro de peronismo (2009; 303). Esta diferenciación entre estatus del marxismo en ambas corrientes le permiten a Acha decir que lo que la izquierda peronista busca no es introducir la lucha de clases sino empotrar la “contradicción práctica en el frente de clases que el peronismo representa” (2009; 305 – Cursivas en el original).

Volviendo a *Compañero*, la imagen del PS y el PC en la conformación de la Unión Democrática de 1946 seguía operando como un parteaguas. Como recuerda Eva Perón en *La razón de mi vida*: los trabajadores argentinos no olvidan aún -1951- como sus “supuestos líderes obreros se aliaron, en oscuro maridaje, con la más rancia oligarquía (...) [e] intentaron la destrucción del Líder en 1946” ([1952] 2006; 63). Así, aún cuando se esgrima el sintagma “vieja izquierda” para calificar a socialistas y comunistas,<sup>139</sup> brillará por su ausencia en las páginas del semanario dirigido por Valotta, no obstante, el de “nueva izquierda”.<sup>140</sup> Finalmente, parafraseando una reflexión usualmente achacada a Gramsci, se dibuja a partir de *Compañero* un escenario en el que la “vieja izquierda” no termina de morir, pero la “nueva izquierda” no acaba de nacer. En ese intersticio, con la estrella de la Revolución Cubana ascendiendo y retrasándose el sobrevuelo del avión negro que traería de regreso a Perón, en esa hendidura caótica de principios de los sesentas comenzó y terminó de escribir el semanario dirigido por Valotta.

### 3.4. Conclusiones

Este capítulo final se orientó a examinar los sentidos que aparecen en *Compañero* respecto al concepto de “revolución”. Aquí, a diferencia de lo concluido en el capítulo uno, la revolución toma la forma de una meta u objetivo deseado. Funcionando como una instancia fundamental de la construcción de un futuro ansiado, el término comparte ciertas similitudes con la segunda acepción de “revolución” que anota Arendt, en tanto parece significar la introducción de la novedad a partir de la construcción de un origen nuevo.

Tres elementos guiaron el comienzo de la indagación por la “revolución”. En primer lugar, la cuestión de su presunto carácter socialista. La revolución por-venir

---

<sup>139</sup> A este respecto, mucho más que interesante es la nota aparecida en el número 66 de *Compañero* y que lleva por título “El codovillismo da otro mal paso”. Escrita por un tal U.C. –acrónimo de “Un Comunista”-, se trata de una verdadera crítica al posicionamiento del sector comunista capitaneado por Vitorio Codovilla. Además de calificar al PC como parte de la “vieja izquierda”, de recordar la “opción por Braden” y de endilgar a la facción de *El Popular* el poco entusiasmo que muestra ante el posible retorno de Perón, se señala en el último párrafo: “Perón, por lo que hizo, por lo que hace y sobre todo por lo que hará, sólo puede ser comparado con Lenin o con Fidel. Y para terminar, una sugerencia a todos los hombres y fuerzas de izquierda: despójense de esa autosuficiencia que les ha sido fatal, hagan honor al genio del hombre que sentó las bases del movimiento obrero en el mundo”.

<sup>140</sup> En Cooke, si bien aparece este sintagma, no gozaba de buena estima. En su carta a Perón del 15 de junio de 1962, aseguraba que Salvador Allende en Chile, Francisco Julião, un sector de la Unión Republicana Democrática en Venezuela y el Movimiento de Liberación Nacional mexicano “plantean soluciones que impulsan la revolución popular, en lugar de frenarla”. Justamente por esto, continuaba Cooke, los Estados Unidos les temen. “[P]orque son fuerzas que no pueden enchalecarse en la «nueva izquierda» contrarrevolucionaria sino que son la auténtica izquierda latinoamericana” (2014; 531).

involucraba el trazado nuevo de estructuras en los campos político, económico, social y jurídico. Este diseño iba a permitir la realización plena de la Nación y de sus hombres. A su vez, la revolución traía aparejada dos ideas fuerza. Por un lado, el rol protagónico que las masas tuvieron en todas las revoluciones ocurridas en la Argentina. Mediante esto, se trataba de marcar desde las páginas de *Compañero* que cualquier apuesta que se identifique como revolucionaria tenía que reconocer el papel fundamental que las masas tuvieron a lo largo de la historia argentina. Y, por el otro, que la revolución involucraba la introducción de un hecho inédito, producto del propio pueblo. Esto se relacionaba con la idea de que ninguna de las revoluciones ocurridas ha repetido los métodos de lucha pasados. En otras palabras, que cada uno de esos episodios revolucionarios presentó elementos nuevos y originales. Una de las cuestiones interesantes que se desprendió del análisis estuvo relacionada al “cambio de estructuras”. Como se buscó mostrar, sólo podría realizarse este cambio si se incorporaba a los trabajadores a las tareas de conducción. Parecía hacerse referencia menos a una variación de las estructuras económicas que de las políticas. Justamente, la prédica en favor de un cambio de estructuras, una suerte de *ethos* que formó parte del clima de época entre finales de los cincuenta y los sesenta, buscaba transformar las estructuras políticas, favoreciendo un tipo de organización corporativa. *Compañero* lógicamente participaba de este clima y sus apuestas de cambio estuvieron influidas por aquel.

Luego, en el semanario capitaneado por Valotta se delinean un conjunto de políticas que debían seguir a la restitución de Perón en el gobierno: nacionalización de frigoríficos, expropiación de empresas petroleras extranjeras, reforma agraria, por citar sólo algunas. No es casual que este cúmulo de lineamientos políticos futuros mantuviese similitudes con el Programa de Huerta Grande. No obstante esto, a pesar de esos parecidos y de la gravitación que el programa tuvo en las páginas de *Compañero*, no se encuentran en el semanario una mención explícita que reclame la “vía socialista” o la colectivización de actividades económicas. Esto último, empero, convive en tensión con una reivindicación de las estrategias para la toma del poder. Precisamente esto ayuda a matizar un argumento usual en los análisis de los grupos peronistas que se autoidentificaban con posiciones revolucionarias: su *telos* siempre estuvo en transformar la “revolución nacional” en “revolución socialista”. En *Compañero*, aún teniendo relevancia la Revolución Cubana, este intento no está presente. Esto es, la vía socialista no figuraba en la agenda del semanario.



La segunda de las cuestiones encontradas en el análisis fue la de la liberación. Nuevamente junto con Arendt, la liberación adquiere la forma de una rebelión y toma del poder por parte de los humildes y explotados. Para el semanario, el golpe de Estado en Brasil de 1964 fue un intento desesperado, y destinado a exportarse, por ahogar el desarrollo de los movimientos liberacionistas en América Latina. En este sentido, entonces, no debía ser visto como un simple hecho aislado. El golpe se constituía en un episodio más de la larga serie de intentos por dividir Latinoamérica, con mayor fuerza en un momento en donde estaba surgiendo en los países del subcontinente la intención de emanciparse del “imperialismo” y reconocerse mutuamente como parte de América Latina.

Mediados por el “lenguaje de la revolución”, desde *Compañero* van a ensayarse similitudes entre la situación argentina y la de aquellos países africanos, asiáticos y aún latinoamericanos que estaban surcados por focos guerrilleros y por las luchas de liberación nacional. En este sentido, se diluye cualquier tipo de hipótesis de excepcionalidad argentina, ubicándose al país dentro de un marco más general y convulsionado: el de los países del Tercer Mundo y sus luchas liberacionistas. Precisamente, esta suerte de analogía entre la situación nacional y la internacional debe ser tomada en consideración a la hora de analizar los procesos de constitución y transformación de una identidad política, ya que resignifica los conflictos locales y a sus actores principales a la luz de dinámicas internacionales. Esto permitió, por ejemplo, que la muerte del guerrillero vietnamita Nguyen Troi sea equiparada a la de Vallese, o que los ensayos guerrilleros en el Norte argentino sean comparados con la situación congoleña o venezolana. Asimismo, esta situación habilitó la expansión no solo geográfica, sino también histórica del panteón de héroes patrióticos para *Compañero*. Figuras como las de Jorge Eliécer Gaitán, Augusto Cesar Sandino o Getulio Vargas fueron incorporados a ese panteón en tanto ejemplos de lucha para los revolucionarios latinoamericanos contemporáneos.

Por último, en tercer lugar, el tema de la hipocresía. Arendt señaló que los revolucionarios franceses se presentaban como la herramienta que quitaría el velo de la hipocresía que caía sobre la sociedad respetable de la Francia de finales del siglo XVIII. Este intento por mostrar la podredumbre y la violencia que se escondía en los cimientos estaba presente en las reflexiones que *Compañero* realizó sobre la democracia. En este sentido, entonces, ella fue concebida como un conjunto de formalidades vacías, donde “libertad” o “elecciones” no eran más que falsas palabras, destinadas a esconder el

sustrato violento que animaban a las instituciones políticas argentinas. Para *Compañero*, de lo que se trataba era de constituir un tipo de régimen que no sólo tenga a los sectores populares como sus actores privilegiados, sino también que construya los mecanismos necesarios para que la situación del 16 de septiembre de 1955 no volviera a repetirse. Esta tarea cabía únicamente al pueblo, para el semanario, en virtud de su falta de hipocresía y por su prerrogativa a gobernar.

Asimismo, en el capítulo se examinó una tensión que recorre las páginas del semanario respecto a los modos de hacer la revolución: la insurrección y la guerra popular prolongada. Esta tensión obedecía a las múltiples fuentes intelectuales de las que abrevaron los hombres claves de *Compañero*. Por ejemplo, lecturas de Lenin, Trotsky, Mao y demás. También debe recordarse que en el periodo se produce una desestimación de la vía insurreccional de corte leninista, optando por la guerra popular de corte maoísta. En este sentido, el semanario editado por Valotta es un claro exponente de esa transición, desestimando además el guerrillerismo foquista.

Respecto a la insurrección popular, *Compañero* dedica tiempo a la polémica ideológica entre la Unión Soviética y China. La crítica china les permitió sostener que los soviéticos se habían distanciado del modelo leninista de insurrección popular, caracterizado por una sublevación de masas desencadenada por una huelga general revolucionaria. En este sentido, para el semanario, la historia argentina muestra que el acontecer revolucionario siempre estuvo caracterizado por la movilización popular. Precisamente, los sectores presentados como “enemigos” de la revolución anhelaban cercenar la capacidad de movilización del pueblo. Sin embargo, esta última debía tener un contenido revolucionario que le permitiera avanzar en otros terrenos de lucha y dirigentes revolucionarios seleccionados por la masa misma. Luego, con respecto a la guerra popular se precisó que su característica máxima estaba en el enfrentamiento bélico con un enemigo técnica y numéricamente superior. En esta concepción la guerra se constituye en el motor de la situación revolucionaria, adquiriendo un lugar preponderante la constitución de un ejército de extracción popular. A este respecto, para *Compañero*, la situación política, social y económica de la Argentina mostraban que la salida posible era una sola: la vía armada. Sólo a través de ellas sería posible la revolución y el regreso de Perón. Aquí se insertaba la cuestión del ejército popular. En este sentido, si bien el pueblo era el que debía seguir la vía de las armas, se trataba de un pueblo organizado como ejército y capacitado como vanguardia. En este esquema, entonces, el ejército no sólo era puesto en acción por la masa, sino que también era parte

de ella; la masa nutría las filas del ejército del pueblo. Éste adquiriría con el devenir de la lucha la unidad y la coherencia necesaria.

Por último, se trazó una reflexión somera sobre la categoría de “izquierda peronista” y la pertinencia de ubicar a *Compañero* en ella. Sin desmerecer la utilidad política del término “izquierda”, se manifestaron reparos respecto a su uso en análisis histórico-políticos toda vez que dicha categoría no sea explícitamente utilizada por los propios actores. A partir de esto, se precisó no sólo que en el semanario nunca hay una auto-designación como parte de la “izquierda peronista”, sino también que la “izquierda” es identificada con el Partido Socialista y el Comunista. Claramente, esta identificación distaba de dotar al término de contornos positivos. En definitiva, la “izquierda” era reconocida por su distanciamiento respecto de la masa, algo que claramente no condecía con la apuesta política y configuración ideológica de *Compañero*.

## Conclusiones generales

*Hoy estoy persuadido del gran error cometido por mí al pretender realizar una revolución social incruenta. Las revoluciones sociales son cruentas y de exterminio, porque si no la reacción, ayudada desde afuera termina por producir estancamientos, como éste que hoy sufre la revolución justicialista, que ponen en peligro a la propia revolución. En la Argentina se va a producir ahora la verdadera revolución que será con gran derramamiento de sangre y represalias terribles que terminarán con la clase parasitaria. Serán pocos los árboles de las calles de Buenos Aires para colgar gente. El encono es muy grande y será cada día mayor. Esa será la fuerza que desbordada un día realizará una acción tan violenta como largo sea el periodo de incubación.*

Juan Domingo Perón, *Carta a María de la Cruz*, 14 de diciembre de 1955.

*Por el momento, falta un prerequisite para una revolución incipiente: un grupo de auténticos revolucionarios. Precisamente lo que más les gustaría a los estudiantes de izquierda – revolucionarios- es justamente ser lo que no son. No están organizados como revolucionarios, no tiene la menor idea de lo que significa el poder, y si el poder estuviese tirado en la calle y supiesen que está allí, serían por cierto los últimos en agacharse a recogerlo. Esto es precisamente lo que hacen los revolucionarios ¡Los revolucionarios no hacen las revoluciones! Los revolucionarios son los que saben cuándo el poder está tirado en la calle y cuándo pueden recogerlo. Por sí misma, la rebelión armada jamás condujo a una revolución.*

Hannah Arendt, *Reflexiones sobre política y revolución*. Entrevista de Adalberto Reif a Arendt, 1970.

Si bien no puede decirse bajo ningún punto de vista que el peronismo en los años del exilio de Perón haya estado ausente de las reflexiones académicas, debe marcarse con seguridad que muchos de los trabajos clásicos han tenido la tendencia a ver a los sinuosos meandros del fenómeno en los años sesenta como una suerte de prolegómeno

de lo que serían una década más tarde las manifestaciones político-militares del peronismo. Esta tendencia teleológica o genealógica ha tendido a obturar algunas de las particularidades que surcan el pluriverso peronista durante toda la década, como es la convivencia tensionada entre la influencia del maoísmo, las luchas de liberación nacional y la Revolución Cubana con la tradición peronista, sus ideas y concepciones “clásicas”, por mencionar sólo algunas. En otras palabras, muchas de las tensiones del periodo son dejadas a un lado por una variedad de autores, bajo el supuesto de que un porcentaje nada menor de las manifestaciones de los primeros tiempos de la “Resistencia Peronista” no fueron otra cosa que ideas o concepciones *in nuce* de las que alcanzarían su desenvolvimiento en los años setenta. Así, preguntas como las que siguen fueron, cuanto menos, minimizadas: ¿de qué manera se pensaba producir el “regreso de Perón”? ¿Era concebido como un simple hecho de armas o involucraba otras modalidades de confrontación? ¿Fue el sólo el retorno de Perón equiparado con una “revolución”? ¿Qué significados tomó para el peronismo en los años sesenta el término revolución? ¿Constituía la violencia un método legítimo para producirla? ¿De qué forma se legitimaba su uso? ¿Qué nuevos elementos incorpora el trazado de la imagen de Eva Perón? ¿Cómo se entronca en este escenario de prédica revolucionaria el recuerdo de Eva Perón? ¿Qué nuevas significaciones adquiriría la tradición peronista para el peronismo de los sesenta?

Recuperando las interrogaciones enumeradas inmediatamente, la tesis presentada trató de contribuir en esa puesta en cuestión de las perspectivas lineales o teleológicas que han primado en los estudios sobre el peronismo en años sesenta. En este sentido, aquí se pretendió examinar el devenir del peronismo en esos años a partir de los desplazamientos expresados en el semanario *Compañero*. Para realizar este cometido, en definitiva, se apeló a las herramientas teóricas y metodológicas brindadas por la teoría de las identidades políticas, cuya ayuda permitió desandar las tramas sociales de sentido, construidas y disputadas en una coyuntura histórica específica como fue la traza identitaria peronista los años del exilio de Perón. Entendiendo las identidades como un conjunto de prácticas que constituyen solidaridades estables a través de un proceso simultáneo de unificación interna y diferenciación externa, con capacidad para definir orientaciones gregarias de la acción, los objetivos de este estudio fueron tres. Por un lado, se analizaron los contornos que tomó la tradición peronista en *Compañero*, haciendo hincapié en las reinterpretaciones “revolucionarias” que se hicieron del fenómeno peronista. Luego, se estudió la forma que adquirió en el

semanario la constitución de la alteridad y la confección del comunitario, lo que permitió conceptualizar el modo en que se pensó allí la violencia. Y, por último, se examinó el significado que tomó en el semanario el término “revolución” y también los modos elegidos para llevarla adelante. Asimismo, en esta parte se reflexionó sobre la categoría de “izquierda peronista” y la posibilidad de adscribir a *Compañero* en ella.

Con estas cuestiones en mente, en el primer capítulo se analizaron los modos a través de los cuales *Compañero* operó sobre las construcciones acerca del pasado para explicar lo que había acontecido y también, en un mismo movimiento, proyectar un futuro deseado y redefinir el sentido de la acción presente. Esta redefinición le permitió, justamente, consolidar el espacio de pertenencia y demarcar los elementos que atentaban contra la unidad de ese espacio. En este sentido, la representación del fenómeno peronista realizada en las páginas del semanario le habilitó el religarse a la tradición peronista y cuestionar a los sectores que pretendieron poner en cuestión el rol de Perón dentro de su movimiento. El “rescate” del presunto cariz revolucionario del peronismo en que se embarcó *Compañero* iba en este sentido, ya que buscaba restituir el rol central de Perón en el movimiento, posicionándose, además, el semanario como un actor con voz legítima dentro de aquel.

Como se mostró, el establecimiento de una “naturaleza revolucionaria” involucró no sólo el “rescate” de la experiencia del peronismo en el poder sino también la reivindicación de la supuesta actitud combativa mostrada por las huestes peronistas tras el exilio de su líder. Actitud ésta que habría sido, según *Compañero*, el principio unificador detrás de la constitución del Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) en 1964. Precisamente, el MRP era concebido como el mecanismo que renovarían las dirigencias políticas y sindicales del peronismo, desplazando a todos aquellos dirigentes que no se mostrasen “leales” a Perón. En esta apuesta por renovar las dirigencias en el peronismo ocuparon un lugar fundamental las lecturas sobre la imagen de Eva Perón y del propio Juan Domingo Perón. La primera era presentada como el arquetipo de la “lealtad” y denuncia de los “traidores”, se destacaba en ella una supuesta actitud revolucionaria y también el lugar de nexo entre Perón y el pueblo. Perón fue representado como un líder revolucionario enfrascado en una tarea también revolucionaria, que involucraba la reorganización del peronismo y el desplazamiento de los sectores contrarios a ésta.

Bajo los ecos de palabras como “lealtad” y “traición”, y con la interrogación sobre los modos en que fue escenificada la violencia, en el segundo capítulo se realizó

un análisis de las formas que tomó la alteridad y se figuró el lazo comunitario. En tanto prácticas relacionales, la diferenciación externa y la unificación interna son mecanismos endémicos de toda articulación identitaria. En este sentido, *Compañero* apeló a significantes tales como “lealtad” / “leales” / “traición” / “traidores” para constituir, simultáneamente, la alteridad y delinear el propio campo comunitario. Mediante estos significantes, entonces, el semanario pudo figurar, en términos schmittianos, el campo de los “amigos” del campo de los “enemigos”. Como ya se precisó, la disyuntiva “traición” o “lealtad” tiene una importancia manifiesta en la cosmovisión peronista, en tanto puede explicar por qué mientras algunos peronistas se mostraban incólumes detrás de los dictados de Perón, los “leales”, otros optaban por “pasarse al otro bando”, siendo considerados a partir de esto como enemigos o “traidores”. Fue precisamente facultad del propio Perón, en tanto receptáculo y corporización de la lealtad, determinar qué constituía una actitud leal y qué una traición. En otras palabras, era prerrogativa exclusiva del caudillo establecer quienes pertenecían al bando de los “amigos” (o leales) y quienes al de los “enemigos” (o traidores). En este sentido, mientras Evita era escenificada como el arquetipo de la lealtad y una figura ejemplar para la juventud del peronismo, Vandor representaba el paradigma de la traición, en tanto presuponía el privilegio de los intereses corporativos, la conciliación y la claudicación frente a la abnegación y la lucha que imaginaban como características intrínsecas de Evita.

Luego, en tanto los traidores eran identificados como “enemigos”, se examinaron las formas en que fue presentada la violencia en *Compañero*. Así, dos fueron los tipos de violencia hallados en las páginas del semanario. Por un lado, la que aplicaba el sistema político-económico a sus opositores, el cual se valía de ella para sostenerse. Este tipo de violencia adquiriría la forma de la represión y descendía desde la cúpula del poder estatal al pueblo. En esta concepción cobró especial relevancia la figura del mártir. Esto permitió hablar de la construcción de una suerte de martirologio peronista en las páginas de *Compañero*. Aquí, antes que una derrota, la muerte de los militantes peronistas significaba un incentivo para que la lucha contra el sistema político-económico se continuara. Precisamente, el establecimiento de mártires demostraba no sólo que la violencia descendía al pueblo, sino que expresaba también el espíritu de sacrificio y la lealtad que debía animar a todo militante peronista. Y, luego, al otro tipo de violencia se la presentaba como una lisa y llana reacción ante la situación de represión y proscripción que vivía la Argentina desde 1955. Se trataba, justamente, de una violencia a la que se consideraba como instantánea y pasional, producto de la

situación de padecimiento e impotencia que los actores sentían ante el estado de cosas vivido como insoportable. No obstante esta caracterización, se remarcó la tensión que habita esta última concepción para el caso del semanario. Por un lado, se censuraba duramente la aplicación individual de la violencia, ya que conducía tanto al recrudecimiento de la represión estatal como también al alejamiento de aliados potenciales. Y, por el otro, sólo era admisible la práctica organizada y popular de la violencia. Asimismo, se marcó que una concepción de justicia en tanto retribución y no, como la que anima el derecho formal, distribución, es la que recorre las páginas del semanario. Esto es, sólo la retribución de la ofensa padecida, la venganza, permitía que el equilibrio de la balanza de la justicia se recuperase.

Revolución, “amigos”, “enemigos”, mártires, lucha armada, venganza ¿Es la revolución vista en el capítulo inaugural la única concepción hallable en *Compañero*? La respuesta es negativa. En el tercer apartado de esta tesis se expuso que la revolución asumió también la forma de un objetivo deseado o una meta anhelada, instancia a partir de la cual introducir la novedad mediante el establecimiento de un origen nuevo. Esto permitió el señalamiento de tres cuestiones. En primer lugar, la interrogación acerca del supuesto carácter socialista de la revolución. Ella involucraba el trazado de nuevas estructuras económicas, sociales y políticas para *Compañero*. Asimismo, debía devolver el papel presuntamente protagónico que las masas habían tenido en las revoluciones acaecidas en la historia de la Argentina, ya que cualquier apuesta que se presentara como revolucionaria necesitaba restituir al pueblo ese rol estelar que otrora tuvo. El semanario enunciaba un conjunto de políticas que debía seguir la restitución de Perón en el gobierno, con grandes similitudes con los programas de La Falda y Huerta Grande de 1957 y 1962, respectivamente. Esto permitió matizar aquellas afirmaciones que ven en el peronismo revolucionario con la “vía socialista” o con propuestas socializantes. En el caso de *Compañero*, por ejemplo, está ausente cualquier reivindicación de tipo socialista. Sin embargo, como una muestra de las tensiones que recorren sus páginas en un periodo de intensa mudanza ideológica, sí aparecen reivindicados los métodos para la toma del poder identificados con la cosmovisión socialista, la insurrección popular y la guerra popular prolongada. El segundo de los tópicos analizados fue el de la liberación. Es decir, la concepción que destacaba el acto rebelión y toma del poder por parte de los humildes y explotados que suponía el proceso revolucionario. En el semanario se produjo una suerte de asimilación entre la situación de guerra de liberación y focos guerrilleros en los países llamados del Tercer Mundo y la que se vivía



en la propia Argentina. Esta asimilación habla de una manifestación sumamente interesante del proceso de constitución y transformación de las identidades políticas, en tanto produce resignificaciones de conflictos nativos a la luz de dinámicas foráneas. Precisamente a esto apuntaba la equiparación producía en *Compañero* entre la muerte de Nguyen Troi y Vallese o la del ensayo guerrillero en Salta con la situación venezolana o congoleña. Una cuestión relevante que surgió del análisis fue la expansión geográfica y temporal del panteón de héroes latinoamericanos, donde, por ejemplo, Sandino, Vargas, Gaitán ocupaban un lugar de privilegio y ejemplaridad para los revolucionarios contemporáneos, según lo marcado por el semanario. Finalmente, el tercer y último tópico que dejó el acercamiento a la concepción de la revolución como apuesta futura fue el de la hipocresía. Para el semanario, toda la estructura legal/electoral del sistema político-económico no era más que una formalidad vacía. En este sentido, entonces, uno de los envites principales de *Compañero* fue el de edificar un régimen político que no sólo otorgue un lugar privilegiado a los sectores populares, sino que cuente además con mecanismos institucionales que impidan un desenlace como el que tuvo el gobierno peronista el 16 de septiembre de 1955.

Las reflexiones sobre este otro significado de la revolución en *Compañero* condujeron a marcar la tensión que habitó allí acerca de los dos modos de “hacer” la revolución: la insurrección popular y la guerra popular prolongada. En el caso de la primera, se marcó nuevamente el protagonismo que las masas tuvieron en cada uno de los acontecimientos revolucionarios de la historia argentina. En este sentido, los enemigos de la revolución, para *Compañero*, querían obturar esta característica, cercenando la movilización del pueblo en pos de objetivos revolucionarios. Empero, la masa necesitaba de la mediación de dirigentes revolucionarios que dieran un contenido revolucionario a esa movilización. Estos dirigentes iban a ser seleccionados por la propia masa. Luego, en el caso de la guerra popular prolongada, la constitución de una fuerza militar propia era una condición indispensable del momento revolucionario. Precisamente, para esta concepción, la guerra se constituía en el motor de la situación revolucionaria y ya no, como en el caso del modelo insurreccional, en una etapa postrera. En este aspecto, para el semanario, la situación económica y política de la Argentina llevaba a la conclusión de que sólo era posible la vía de las armas. Debía constituirse, entonces, un ejército popular: un pueblo organizado como ejército y capacitado como vanguardia. Aquí la masa no sólo animaba al ejército, sino que también nutría sus filas.

Finalmente, y a la luz de las reflexiones del capítulo tres, y también de los precedentes, se hizo una reflexión sobre la categoría de “izquierda peronista” y la utilidad que ella presenta para analizar a *Compañero*, en tanto vocero del MRP. No se sugirió la inutilidad de la categoría “izquierda” sino tan sólo que debía procederse con cierta precaución cuando se trata de filiar una experiencia histórica a una categoría que las propias fuentes, las que permiten dar cuenta de esa experiencia, desconocen o desmerecen. Como se mostró, algunas clásicas investigaciones sobre el peronismo en los años del exilio de Perón han tendido a asegurar que la “izquierda peronista” tiene su nacimiento en el instante posterior al golpe de Estado de 1955, desarrollándose lineal y progresivamente ante el avance de la “Revolución Libertadora” y los gobiernos posteriores, cuya etapa final serían las organizaciones armadas de los años setenta. Empero, *Compañero* introduce tensiones en esta visión teleológica ofrecida por autores como Daniel James, Richard Gillespie, Germán Gil y otros. En este sentido, para el semanario, por ejemplo, el significante “izquierda” aparece asociado a las prácticas del Partido Socialista y del Comunista, las cuales eran duramente sancionadas en las páginas de *Compañero*, ya que simbolizaban un distanciamiento respecto de lo popular.

Esta recapitulación de lo que se ha visto a lo largo de la tesis presentada sobre *Compañero* permite apreciar algunas de las especificidades de los años sesenta. De lo trabajado, se quieren destacar una serie de discusiones. Por un lado, el importante papel que cupo al revisionismo histórico. Como se buscó mostrar, *Compañero* ejemplifica una de las constantes que atraviesa la constitución y transformación de las identidades políticas argentinas luego de 1955: enlazar la actuación política presente con aquellos episodios que dieron origen al país. En este sentido, las lecturas revisionistas permitieron al semanario exacerbar las imágenes del “pueblo de interior” y la de los caudillos federales. El primero fue figurado como el reservorio del pueblo verdadero. Para *Compañero*, se trataba de un pueblo asertivo y seguro, que pudo sobreponerse al quiebre en el vínculo directo con su líder tras septiembre de 1955. Luego, en el caso de los caudillos, su recuperación buscaba delinear el importante rol que habían tenido las masas en la historia argentina. Los caudillos constituían el correlato exacto de las masas: jefes bravos que se apostaban a la cabeza de la lucha de sus huestes. Ambas cuestiones deben ser pensadas en el marco que ofrecía esa reconstrucción del pasado a la luz de los conflictos del presente. Así, por ejemplo, adquiere un sentido nuevo que la apuesta por devolver ese papel activo en las masas coincidía con la crítica férrea a los

dirigentes sindicales, a los que se acusaba de connivencia con el gobierno radical y con intereses foráneos.

Lo dicho permite introducir el segundo de los temas a destacar: la cuestión de los sectores sindicales. En *Compañero* se acusó duramente a aquellos sectores, los cuales habrían detenido el discurrir de la revolución peronista en el periodo 1945-1955. Este es el lugar en donde aparece el espinoso tema del “cero” supuestamente tendido por el sindicalismo alrededor de Perón. A este respecto, es curioso que para el semanario el nacimiento del peronismo coincida con el de esa “tendencia” burocrática. Sin embargo, como el episodio del “17 de Octubre” de 1945 habría mostrado, las masas se habían manifestado reacias a obedecer a los sectores sindicales burocráticos, los que ordenaron no movilizarse. Nuevamente, trazando una línea de continuidad entre ese pasado reelaborado y el presente, ese relato pretendía filiar las luchas de los trabajadores contra el sistema político-económico y los dirigentes burocráticos, en tanto estos últimos continuaban oponiéndose a cualquier tentativa que se orientara a “recuperar la senda revolucionaria” que habría sido la nota del peronismo. En este sentido, lo que se percibió en *Compañero* fue un descreimiento de sus representantes sindicales contemporáneos. Se los acusaba de estar ocultando la combatividad que las bases trabajadoras mostraban en la febril toma de fábrica del año 64 en el marco del Plan de Lucha lanzado por la CGT. Aún así, a pesar del freno de sus dirigentes, el verdadero sostén del Plan estaba en las bases. Esto demostraba para el semanario el “divorcio” que atravesaba a dirigentes y bases. Es aquí donde se inserta el pedido de *Compañero* por forjar una conducción que represente “fielmente” el ánimo de lucha de los trabajadores. Esto es, dirigentes que permitan la reconversión de los sindicatos de epítomes de la corrupción, el reformismo y la traición, en “trincheras de lucha”, revolucionarias y leales a Perón.

El asunto de la “lealtad” y la “traición” trabajado en el capítulo dos permitió poner en cuestión cierta concepción que ha primado en los estudios sobre los agrupamientos peronistas en los primeros años de la década de los sesenta: el carácter moral, no ideológico ni político, de su vocabulario. A esto se contestó que allí donde autores como Daniel James o Marcelo Raimundo ven sólo argumentos morales, de lo que se trata, en verdad, es de argumentos políticos. Los apelativos morales, en todo caso, lo que permiten es la intensificación de la unión o separación endémica del criterio de lo político. Asimismo, esta insistencia en destacar un “vocabulario esencialmente moral” está relacionada, como se mostró, con cierta visión lineal de las formaciones

peronistas en los años del exilio de Perón. En otras palabras, mientras los grupos políticos de los primeros años sesenta se habrían destacado por presentar un conjunto de cualidades morales y valores éticos, los de los setenta habrían resuelto este “obstáculo”, permitiendo el desarrollo de una ideología política coherente, como lo mostraban las formaciones político-militares peronistas setentistas.

Ahora bien, el tema de la traición permitió introducir la cuestión de la violencia. Junto a la violencia que brotaba del sistema político-económico, que involucraba persecuciones, torturas y muertes para los militantes peronistas, se vislumbró en *Compañero* otro tipo, el cual se justificaba como una reacción ante la aplicación sistematizada de la violencia por parte del gobierno. Sin embargo, esta concepción reactiva de la violencia encontró sus límites en tanto, desde el propio semanario, se instaba a la conformación de un ejército propio. Esto es, las aristas espontáneas, la mera reacción violenta ante un estado de cosas vivido como agobiante y que la justificaba, quedaban desdibujadas ante el pedido por reconducirlas hacia la aplicación metódica y disciplinada que supone un ejército. ¿No se asiste aquí, entonces, a una racionalización de la “reacción” supuestamente espontánea y pasional? El hecho de abogar por la construcción de un ejército propio, mecanismo indispensable para la “lucha armada”, indicaría que esa racionalización se produjo en las páginas de *Compañero*. Precisamente, la crítica a violencia individual que caracterizaba a las prácticas de los incipientes focos guerrilleros de la Argentina iba en este sentido. Se les reprendía la aplicación de la violencia con independencia de las masas, lo que sólo conducía al recrudecimiento de la represión estatal y al aislamiento del grupo de potenciales aliados.

El último de los puntos a destacar es, aprovechando esta crítica como disparador, el de las tensiones presentes en *Compañero* entre los dos modos de realizar la revolución. De un lado, el modelo insurreccional con su insistencia en ubicar la confrontación armada como la última instancia del proceso de movilización y agitación de las masas, dentro del cual la huelga general revolucionaria ocupaba un lugar privilegiado. Del otro, la guerra popular prolongada y el privilegio otorgado a la lucha armada como mecanismo para profundizar el contexto revolucionario, en donde la conformación de un ejército del pueblo era central. En *Compañero* aparecen muchas de las ambivalencias que recorrían el imaginario peronista en los primeros años sesenta. En este sentido, si bien se abogaba allí por la realización de una huelga general que devenga en una intensa movilización popular como prolegómeno a la situación revolucionaria, con el tiempo esta concepción se mostró desplazada por el pedido de

formar una fuerza militar propia, en tanto motor del enfrentamiento armado con el sistema político-económico y su ejército regular. Esta pendulación es cuanto menos lógica si se contextualiza el periodo de aparición de *Compañero*. Como ya se indicó, los años sesenta marcaron el fin de la preponderancia del modelo insurreccionalista leninista para la toma del poder, en favor de la guerra popular y prolongada de cuño maoísta. A su vez, la influencia de esta última puede verse relacionada con el periodo de intensa politización que los jóvenes militantes peronistas presos del CONINTES vivieron en sus celdas, no sólo a través de encuentros con referentes de los primeros tiempos de la “Resistencia Peronista” sino principalmente mediante lecturas eclécticas como las de Lenin, Trotsky o el propio Mao Zedong. Precisamente, a partir de esto pudo argumentarse en la tesis que si bien no existió una explícita reivindicación del modelo socialista en el semanario, sí hubo una clara recuperación de los métodos a través de los cuales ese modelo debía tomar el poder. Esto ayuda a matizar los argumentos que ligan sin más a los sectores del peronismo que se autodenominaban “revolucionarios” con el objetivo de implantar el socialismo en la Argentina, como es el caso de Juan Bozza y Guillermina Georgieff.

La cuestión de la violencia y las disyuntivas entre los métodos revolucionarios permiten marcar que ya a comienzos de los años sesenta estaban presentes argumentos y debates que serían filiados, con el correr del tiempo, una y otra vez con los álgidos años setenta.<sup>141</sup> En otras palabras, reflexiones sobre los mecanismos para aplicar la violencia, o consideraciones sobre los métodos para la toma del poder y el modo de legitimarlos, están no sólo presentes en *Compañero*, sino que también ocupan un espacio importante. Nuevamente, marcando las tensiones que atraviesan al semanario, pueden permear la inflexibilidad de algunos argumentos elaborados sobre el peronismo en los años sesenta.

Finalmente, la totalidad de la tesis y las reflexiones derivadas de ella deben ser pensadas como la piedra de toque de una investigación de más largo aliento que busca analizar las transformaciones del peronismo entre los golpes de Estado de 1962 y 1966, recurriendo, para ello, a una pluralidad de fuentes que permitan marcar las linealidades y torsiones a las que se vio sometida la tradición peronista en estos primeros años de la década de los sesenta. En este sentido, los resultados que se desprenden de la presente tesis y los que se alcancen en un futuro permiten empezar a desandar las concepciones

---

<sup>141</sup> Incluso aún hoy agita los debates intelectuales. Este es el caso, por ejemplo, de la serie de réplicas y contrarréplicas desarrolladas a partir del “affaire del Barco” entre Horacio Tarcus y Elías Palti, en relación a, entre otras cosas, qué puede dotar de legitimidad la acción violenta. Para ahondar en esta discusión, se sugiere Palti (2008) y Tarcus (2008).

lineales o teleológicas y las explicaciones causalistas sobre el derrotero del peronismo en esa década. Así, recuperando la espesura del fenómeno y, a su vez, revalidando la fecundidad de aproximaciones teórico-metodológicas que pongan en primer plano la dimensión cultural y la importancia de los imaginarios, ese cierre que ha sido usualmente la nota en numerosos trabajos sobre el peronismo luego de 1955 podrá ser parcialmente abierto, explotándose los múltiples significados que tomó el fenómeno peronista entre el exilio y el regreso de Perón.

## Bibliografía general

- Aboy Carlés, Gerardo (2001) *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, ed. Homo Sapiens, Rosario.
- \_\_\_\_\_ (2004) “Repensando el populismo”, en AA.VV, *Releer los populismo*, ed. CAAP, Quito.
- \_\_\_\_\_ (2010a) “Populismo, regeneracionismo y democracia”, en *Postdata: Revista de reflexión y análisis político*, vol. 15, n° 1, pp. 11-30.
- \_\_\_\_\_ (2010b) “Las dos caras de Jano: acerca de la compleja relación entre populismo e instituciones políticas”, en *Pensamiento Plural*, Universidade Federal de Pelotas, vol. 7, pp. 21-40.
- \_\_\_\_\_ (2013) “De lo popular a lo populista o el incierto devenir de la *plebs*”, en Aboy Carlés G., Barros, S. y Melo, J., *Las brechas de pueblo*, ed. UNDAV, Avellaneda.
- Acha, Omar (2009) *Historia crítica de la historiografía argentina. Vol. I: Las izquierdas en el siglo XX*, ed. Prometeo, Buenos Aires.
- Acha, Omar, Campos, Esteban, Vigo, Mariano y Caruso, Valeria (2017) “Izquierda peronista: una categoría útil para el análisis histórico”, en *Historiografías*, n° 14, pp. 68-90, Zaragoza [En línea] [Disponible en: <https://papiro.unizar.es/ojs/index.php/historiografias/article/view/2337>].
- Acosta Olaya, Cristian de Jesús (2015) “*¡A la carga!*” *Gaitanismo, populismo y construcción de identidades políticas en Colombia (1944-1948)*, tesis para obtener el título de Magister en Ciencia Política, Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín, Argentina.
- Altamirano, Carlos [2001a] (2013) *Peronismo y cultura de izquierdas*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ [2001b] (2007) *Bajo el signo de las masas*, ed. Ariel, Buenos Aires.
- Amaral, Samuel [1993] (2004) “El avión negro: retórica y práctica de la violencia”, en Amaral, S. y Plotkin, M. (Comp.) *Perón: del exilio al poder*, ed. Eduntref, Saenz Peña.
- Anzorena, Oscar (1989) *Historia de la Juventud Peronista (1955 – 1988)*, ed. Del Cordón, Buenos Aires.
- Arendt, Hannah [1954] (2016) *Entre el pasado y el futuro*, ed. Ariel, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ [1958] (2008) *La condición humana*, ed. Paídos, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ [1963] (2012) *Sobre la revolución*, ed. Alianza, Madrid.
- \_\_\_\_\_ [1972] (2015) *Crisis de la república*, ed. Cuenco de Plata, Buenos Aires.
- Arcomano, Domingo (2003) *Perón: Guerra y política. Las fuentes militares de “Conducción Política”*, ed. Fundación Bartolomé Hidalgo, Buenos Aires.

- Arias, María y Heras, Raúl García [1993] (2004) “Carisma disperso y rebelión: los partidos neoperonistas”, en Amaral, S. y Plotkin, M. (Comp.) *Perón: del exilio al poder*, ed. Eduntref, Saenz Peña.
- Aron, Raymond (1985) “L’avenir des religions séculières”, en *Histoire et politique. Textes et témoignages*, ed. Julliard, París.
- Azzolini, Nicolás (2013) *De qué hablamos cuando hablamos. Debates en torno a la democracia durante el primer peronismo (1945-1955)*, tesis para obtener el título de Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (2016) “Enemigos íntimos. Peronismo, antiperonismo y polarización política en Argentina (1945-1955)”, en *Identidades*, año 6, pp. 142-159, Comodoro Rivadavia [En línea] [Disponible en: <https://iidentidadess.files.wordpress.com/2016/05/8-azzolini-dossier-2-identidades-2016.pdf>].
- Badiou, Alain (2005) *El siglo*, ed. Manantial, Buenos Aires.
- Balbi, Fernando Alberto (2007) *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*, ed. Antropofagia, Buenos Aires.
- Barrenche, Osvaldo (2012) “Formas de violencia policial en la provincia de Buenos Aires a comienzos de la década de 1960”, en *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, n°12, pp. 251-272, La Plata [En línea] [Disponible en: [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.5916/pr.5916.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5916/pr.5916.pdf)]
- Baschetti, Roberto (2012) *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970. Vol. I*, ed. De la Campana, La Plata.
- \_\_\_\_\_ (2016) “¡Perón, De Gaulle, Tercera Posición!”, en *Atlante. Revue d’études romanes*, n° 4, pp. 268-286 [En línea] [Disponible en: [https://cecille.univ-lille3.fr/pdf/atlante/ATLANTE\\_4\\_13.pdf](https://cecille.univ-lille3.fr/pdf/atlante/ATLANTE_4_13.pdf)].
- Benjamin, Walter [1972] (2001) *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, ed. Taurus, Madrid.
- \_\_\_\_\_ (2008) *Sobre el concepto de Historia. Obras. Libro I. Vol. 2*, ed. Adaba, Madrid.
- Bolléme, Geneviève (1994) *El pueblo por escrito. Significados culturales de lo “popular”*, ed. Grijalbo, México DF.
- Bozza, Juan (2001) “El peronismo revolucionario. Itinerario y vertientes de su radicalización. 1959-1969”, en *Sociohistórica*, n° 9-10, pp. 135-169, La Plata [En línea] [Disponible en: [www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SHn9-10a05](http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SHn9-10a05)].
- \_\_\_\_\_ (2014) “La resignificación revolucionaria del peronismo y sus protagonistas durante la etapa de la proscripción”, en Tortti, M. C. (Dir.) *La nueva izquierda argentina (1955-1976)*, ed. Prohistoria, Rosario.
- Caballero, Ricardo y Larraquy, Marcelo (2000) *Galimberti: de Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*, ed. Norma, Buenos Aires.
- Caimari, Lila (1995) *Perón y la Iglesia Católica*, ed. Ariel, Buenos Aires.



- Calello, Osvaldo y Parceró, Daniel (1984) *De Vandor a Ubaldini*, ed. CEAL, Buenos Aires.
- Calveiro, Pilar (2005) *Política y/o violencia*, ed. Norma, Buenos Aires.
- Campos, Esteban (2016) *Cristianismo y revolución. El origen de los Montoneros. Violencia, política y religión en los 60*, ed. EDHASA, Buenos Aires.
- Cárdenas, Luis Alberto (2007) “Perón: del exilio al poder”, en *Anduli. Revista Andaluza de Ciencias Sociales*, n°7, pp. 165-182 Andalucía [En línea] [Disponible en: [http://institucional.us.es/revistas/anduli/7/art\\_10.pdf](http://institucional.us.es/revistas/anduli/7/art_10.pdf)].
- Carnovale, Vera (2011) *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Cattaruzza, Alejandro (2003) “El revisionismo: itinerario de cuatro décadas”, en Cattaruzza, A. y Eujanian, A. (ed.) *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*, ed. Alianza, Buenos Aires.
- Cavarozzi, Marcelo (2002) *Autoritarismo y democracia*, ed. EUDEBA, Buenos Aires.
- Celentano, Adrián (2014) “Maoísmo y nueva izquierda. La formación de Vanguardia Comunista y el problema de la construcción del partido revolucionario entre 1965 y 1969”, en Tortti, M. C. (Dir.) *La nueva izquierda argentina (1955-1976)*, ed. Prohistoria, Rosario.
- Celesia, Felipe y Waisenberg, Pablo (2011) *La ley y las armas*, ed. Aguilar, Buenos Aires.
- Ciria, Alberto (1983) *Política y cultura popular: la Argentina peronista 1946-1955*, ed. De la Flor, Buenos Aires.
- Codovilla, Vitorio (1945) *Sobre el peronismo y la situación política argentina*, ed. Anteo, Buenos Aires.
- Cooke, John William (2014) *Correspondencia Perón-Cooke*, ed. Colihue, Buenos Aires.
- Cuchetti, Humberto (2010) *Combatientes de Perón, herederos de Cristo*, ed. Prometeo, Buenos Aires.
- Damin, Nicolás (2010) *Plan Conintes y Resistencia Peronista 1955-1963*, ed. Instituto Nacional Juan Domingo Perón, Buenos Aires.
- De Ipola, Emilio (1983) *Ideología y discurso populista*, ed. Folios, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (1995) “‘Desde estos mismos balcones...’ Notas sobre el discurso de Perón del 17 de Octubre de 1945”, en Torre, J. C. (Comp.), *El 17 de octubre de 1945*, ed. Ariel. Buenos Aires.
- Denaday, Juan Pedro (2016) “Comando de Organización: un peronismo plebeyo, combativo y nacionalista (1961-1976)”, en *Quinto Sol. Revista de historia*, vol. 20, n° 1, pp. 1-21, La Pampa.
- De Riz, Liliana (1981) *Retorno y derrumbe: el último gobierno peronista*, ed. Folios, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (2000) *La política en suspenso. 1966-1976*, ed. Paidós, Buenos Aires.

- Derrida, Jacques [1997] [2008] *Fuerza de ley. El «fundamento místico de la autoridad»*, ed. Tecnos, Madrid.
- Devoto, Fernando y Pagano, Nora (2009) *Historia de la historiografía argentina*, ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Donatello, Luís (2010) *Catolicismo y Montoneros. Religión, política y desencanto*, ed. Manantial, Buenos Aires.
- Duhalde, Eduardo Luis y Ortega Peña, Rodolfo [1965] (2002) *Felipe Vallese: proceso al sistema*, ed. Punto Crítico, Buenos Aires.
- Ehrlich, Laura (2012) *Intransigentes, duros y revolucionarios. Variaciones en la cultura política peronista entre 1955 y 1963*, tesis para obtener el título de Doctora en Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (2016) “Figuras de Eva Perón entre los peronistas en la década del 60”, en AAVV., *Actas del V Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943 – 2016)*, Resistencia. [En línea] [Disponible en: <http://redesperonismo.org/biblioteca/actas-del-quinto-congreso-de-estudios-sobre-el-peronismo-1943-2016/>].
- Fanon, Frantz [1961] [2009] *Los condenados de la tierra*, ed. FCE, Buenos Aires.
- Foucault, Michel [1976] (1992) *Genealogía del racismo*, ed. Caronte, La Plata.
- Franco, Marina (2011) “La ‘depuración’ interna del peronismo como parte del proceso de construcción del terror de Estado en la Argentina de la década del 70”, en *A Contracorriente*, vol. 8, n° 3, pp. 23-54 [En línea] [Disponible en: [https://projects.ncsu.edu/project/acontracorriente/spring\\_11/articles/Franco.pdf](https://projects.ncsu.edu/project/acontracorriente/spring_11/articles/Franco.pdf)].
- Funes, Andrés. N (2018a) “‘Bajo fueras de ocupación’. Violencia y revolución en Trinchera de la Juventud Peronista (1960-1963)”, en *Trabajo y Comunicaciones*, FAHCE-UNLP, n°47, pp. 1-16.
- \_\_\_\_\_ (2018b) “Una historia en incesante movimiento. La tradición peronista en Trinchera de la Juventud Peronista (1960-1963)”, en *Revista Izquierdas*, IDEA-USACH, n° 40, pp. 165-184, Chile.
- Gaitán, Carlos (2014) *La Resistencia. El peronismo que yo he vivido*, ed. Ciccus, Buenos Aires.
- Galasso, Norberto (2004) Cooke. *De Perón al Che. Una biografía política*, ed. Nuevos Tiempos, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (2005) *Perón: Exilio, resistencia, retorno y muerte. 1955-1974*, ed. Colihue, Buenos Aires.
- Gallo, Ricardo, *1956-1958. Balbín, Frondizi y la división del radicalismo*, ed. Belgrano, Buenos Aires.
- Galván, María Valeria (2014) “El Nacionalismo de derecha argentino a comienzos de la década del sesenta y la Revolución Cubana: Lecturas del semanario Azul y Blanco”, en *Sociohistórica*, n° 34, pp. 1-18, La Plata [En línea] [[http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.6480/pr.6480.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6480/pr.6480.pdf)].
- Gené, Marcela (2005) *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo 1946-1955*, ed. FCE, Buenos Aires.

- Gentile, Emilio [1993] (2007) *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (2004) “Fascism, totalitarianism and political religion: definitions and critical reflections on criticism of an interpretation”, en *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 5, n° 3, pp. 326-375, Reino Unido [En línea] [Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1080/1469076042000312177>].
- Georgieff, Guillermina (2008) *Nación y revolución. Itinerarios de una controversia en Argentina (1960 – 1970)*, ed. Prometeo, Buenos Aires.
- Germani, Gino (1962) *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, ed. Paídos, Buenos Aires.
- Gil, Germán (1989) *La izquierda peronista*, ed. CEAL, Buenos Aires.
- Gilbert, Isidoro (2009) *La Fede. Alistándose para la revolución. La Federación Juvenil Comunista. 1921-2005*, ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Gillespie, Richard (1979) *The Peronist Left*, tesis para obtener el Doctorado en Filosofía de la Universidad de Liverpool, Liverpool.
- \_\_\_\_\_ [1982] (2011) *Soldados de Perón*, ed. Sudamericana, ed. Buenos Aires.
- Giménez, Sebastián (2014) *Un partido en crisis, una identidad en disputa. El radicalismo en la tormenta argentina (1930-1945)*, tesis para obtener el título de Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Giussani, Pablo (1984) *Montoneros: la soberbia armada*, ed. Planeta, Buenos Aires.
- Goebel, Michael (2013) *La Argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia*, ed. Prometeo, Buenos Aires.
- Gordillo Mónica [2003] (2007) “Protesta, rebelión y movilización: de la Resistencia a la lucha armada, 1955-1973”, en James, D. (Dir.) *Nueva historia argentina. Tomo IX Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Gorelik, Adrián (1999) “Buenos Aires y el país: figuraciones de una fractura”, en Altamirano, C. (Comp.) *La Argentina en el siglo XX*, ed. Ariel, Buenos Aires.
- Gorza, Anabella (2015) “Peronistas y militares. Una vieja relación en un nuevo contexto”, en *Estudios Sociales*, n° 49, pp. 31-62, Santa Fe [En línea] [Disponible en: <http://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/ojs/index.php/EstudiosSociales/article/view/5127>].
- \_\_\_\_\_ (2016) “Los homenajes a Eva Perón como prácticas de memoria en tiempos de la Resistencia peronista (1955 – 1963)”, *Anuario Instituto de Historia Argentina*, vol. 16, n° 1, pp. 1-23, La Plata.
- Gramsci, Antonio [1948] (2003) *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, ed. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Guevara, Ernesto “Che” [1961] (1964) *Guerra de guerrillas: un método*, ed. De la Liberación, Buenos Aires.

- Gutman, Daniel (2003) *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*, ed. Vergara, Buenos Aires.
- Halperin Donghi, Tulio [1969] *Historia contemporánea de América Latina*, ed. Alianza, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (1994) *La larga agonía de la Argentina peronista*, ed. Ariel, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (1996) “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional”, en Halperín Donghi, T., *Ensayos de historiografía*, ed. El Cielo por Asalto, Buenos Aires.
- Hilb, Claudia y Lutzky, Daniel (1984) *La nueva izquierda argentina: 1960-1980*, ed. CEAL, Buenos Aires.
- Hilb, Claudia (2003) “La responsabilidad como legado”, en Tcach, C. (Comp.) *La política en consignas. Memoria de los setenta*, ed. Homo Sapiens, Rosario.
- Hobsbawn, Eric [1994] (2008) *Historia del siglo XX*, ed. Crítica, Buenos Aires.
- James, Daniel (1976) “The Peronist Left. 1955 – 1975”, en *Journal of Latin American Studies*, Cambridge University, vol. 8, nº 2, pp. 273-296.
- \_\_\_\_\_ (1990) *Resistencia e integración*, ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (1995) “El 17 y 18 de Octubre de 1945: El peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina”, en Torre, J. C (Comp.) *El 17 de octubre de 1945*, ed. Ariel. Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ [2003] (2007) “Sindicatos, burócratas y movilización”, en James, D. (Dir.) *Nueva historia argentina. Tomo IX Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Jauregui, Anibal (2012) “El peronismo en los debates del Partido Comunista Argentino: 1945-1953”, en *A Contracorriente*, Vol. 9, nº3, pp. 22-40, Nueva York [En línea] [Disponible en: <http://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/222/499>].
- Jitrik, Noé (1984) *Las armas y las razones*, ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Kohan, Néstor (2000) *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, ed. Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, La Habana.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal [1985] (2006) *Hegemonía y estrategia socialista*, ed. FCE, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto (1996) *Emancipación y diferencia*, ed. Ariel, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (2005) *La razón populista*, ed. FCE, Buenos Aires.
- Lanusse, Lucas (2005) *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, ed. Vergara, Buenos Aires.
- Lenin, Vladimir [1902] (1980) “¿Qué hacer?”, en *Obras Completas de Vladimir Lenin*, ed. Progreso, Moscú [En línea] [Disponible en: <https://www.nodo50.org/gpm/ElRenegado/LeninQuehacer.pdf>].
- Lobato, Mirta Zaida y Tornay, Lizel (2005) *La política como espectáculo: imágenes del 17 de octubre*, en Sené González, S. y Lerman, G. (Comp.) *El 17 de octubre de 1945. Antes, durante y después*, ed. Lumiere, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ y Palermo, Silvana (2011) “Del trabajo a las calles: dignidad, respeto y derecho para los y las trabajadoras”, en Lobato, M. (Ed.)

- Buenos Aires. *Manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*, ed. Biblos, Buenos Aires.
- Luna, Félix [1969] (1984) *El 45*, ed. Hyspamerica, Buenos Aires.
  - \_\_\_\_\_ (1985) *Perón y su tiempo. II La comunidad organizada 1950-1952*, ed. Sudamericana, Buenos Aires.
  - \_\_\_\_\_ (1986) *Perón y su tiempo. III El régimen exhausto 1953-1955*, ed. Sudamericana, Buenos Aires.
  - Luthi, Lorenz (2008) *The Sino-Soviet Slipt: Cold War in the Communist World*, ed. Princeton University Press, New Jersey.
  - Luvecce, Cecilia (1993) *Las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base*, ed. CEAL, Buenos Aires.
  - Manero, Edgardo (2014) *Nacionalismo(s), política y guerra(s) en la Argentina plebeya (1945-1989)*, ed. UNSAM-Edita, San Martín.
  - Manna, Antonio [1993] (2004) “Coacción y coalición: peronismo y partidos políticos, 1962-1963”, en Amaral, S. y Plotkin, M. (Comp.) *Perón: del exilio al poder*, ed. Eduntref, Saenz Peña.
  - Manzano, Valeria [2014] (2017) *La era de la juventud en la Argentina: cultura, política y sexualidad desde Perón a Videla*, ed. FCE, Buenos Aires.
  - \_\_\_\_\_ (2014) “Argentina Tercer Mundo: Nueva Izquierda, emociones y política revolucionaria en las décadas de 1960 y 1970”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 54, n°212, pp. 79-104, Buenos Aires.
  - Martucelli, Danilo y Svampa, Maristella (1997) *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, ed. Losada, Buenos Aires.
  - McGuire, James [1993] (2004) “Perón y los sindicatos: la lucha por el liderazgo peronista”, en Amaral, S. y Plotkin, M. (Comp.) *Perón: del exilio al poder*, ed. Eduntref, Saenz Peña.
  - Melo, Julián (2009) *Fronteras populistas. Populismo, peronismo y federalismo entre 1943 y 1955*, tesis para obtener el título de Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
  - Melón Pirro, Julio Cesar (2009) *El peronismo después del peronismo*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires.
  - \_\_\_\_\_ (2011) “Un partido en situación de espera. Los alineamientos políticos del peronismo en el segundo momento de la proscripción, 1963-1964”, en Melón Pirro, J. C. y Da Orden, L (Comp.) *Organización política y Estado en tiempo del peronismo*, ed. Prohistoria, Rosario.
  - \_\_\_\_\_ (2014) “Normalización partidaria en tiempos de proscripción. El peronismo entre 1963 y 1965”, en Melón Pirro, J. C y Quiroga, N. (Comp.) *El peronismo y sus partidos. Tradiciones y prácticas políticas entre 1946 y 1976*, ed. Prohistoria, Rosario.
  - Micieli, Cristina y Pelazas, Myriam (2012) *Dar la vida / Quitar la vida, El peronismo en los años 70´ a través de las publicaciones El Descamisado y El Caudillo*, ed. La Parte Maldita, Buenos Aires.
  - Milanésio, Natalia (2014) *Cuando los trabajadores salieron de compras. Nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires.

- Morello, Gustavo (2003) *Cristianismo y revolución. Los intelectuales de la guerrilla argentina*, ed. EDUCC, Córdoba.
- Navarro, Marysa (1995) “Evita y la crisis del 17 de octubre de 1945: un ejemplo del mitología peronista y antiperonista”, en Torre, J. C. (Comp.), *El 17 de octubre de 1945*, ed. Ariel. Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (2007) *Evita*, ed. Edhasa, Buenos Aires.
- Neiburg, Federico (1995) “El 17 de Octubre de 1945. Un análisis del mito de origen del peronismo”, en Torre, J. C. (Comp.) *El 17 de Octubre de 1945*, ed. Ariel, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (1998) *Los intelectuales y la invención del peronismo*, ed. Alianza, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (1977) “Estado y alianzas en la Argentina. 1956-1976”, en *Desarrollo Económico*, vol. 16, N°64, pp. 521-554.
- \_\_\_\_\_ [1982] (1996) *El Estado burocrático-autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*, ed. Belgrano, Buenos Aires.
- Ollier, María Matilde (2006) *Golpe o revolución. La violencia legitimada. Argentina 1966-1973*, ed. EDUNTREF, Buenos Aires.
- Palti, Elías (2008) “La crítica de la razón militante. Una reflexión con motivo de ‘La fidelidad del olvido de Blas de Santos’ y el ‘affaire del Barco’”, en *A Contracorriente. Revista de Historia Social y Literatura de América Latina*, vol. 5, n° 2, pp. 99-114 [En línea] [Disponible en: [https://projects.ncsu.edu/project/acontracorriente/winter\\_08/Palti.pdf](https://projects.ncsu.edu/project/acontracorriente/winter_08/Palti.pdf)].
- Perón, Juan Domingo (1951) *Política y estrategia. 50 artículos de Descartes*, ed. S/n, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ [1952] (1974) *Conducción política*, ed. Secretaria política de la Presidencia de la Nación, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ [1956] (2013) *La fuerza es el derecho de las bestias*, ed. Fabro, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (1958a) *La realidad a un año de tiranía*, ed. S/n.
- \_\_\_\_\_ (1958b) *Del poder al exilio. Cómo y quiénes me derrocaron*, ed. S/n.
- \_\_\_\_\_ [1958] (1974) *Los vendepatria*, ed. Liberación, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ [1968] (2012) *La hora de los pueblos*, ed. Fabro, Buenos Aires.
- Perón, Eva [1951] (1987) *Historia del peronismo*, ed. Volver, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ [1952] (2006) *La razón de mi vida*, ed. CS Ediciones, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (1986) *Discursos completos. 1949 – 1952. Tomo II*, ed. Megafón, Buenos Aires.
- Persello, Ana Virginia (2007) *Historia del radicalismo*, ed. Edhasa, Buenos Aires.
- Piñeiro Iñíguez, Carlos (2010) *Perón: La construcción de un ideario*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires.

- Piñero, Elena (1996) *La tradición nacionalista ante el peronismo: itinerario de una esperanza a una desilusión*, ed. A-Z, Buenos Aires.
- Plotkin, Mariano (1991) “Perón y el peronismo: un ensayo bibliográfico”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 2, nº 1 [En línea] [Disponible en: <http://eial.tau.ac.il/index.php/eial/article/view/1293/1319>].
- \_\_\_\_\_ (1995) “Rituales políticos, imágenes y carisma: La celebración del 17 de octubre y el imaginario peronista 1945-1951”, en Torre, J. C. (Comp.), *El 17 de octubre de 1945*, ed. Ariel, Buenos Aires.
- Pontoriero, Esteban, “Estado de excepción y contrainsurgencia: el Plan Conintes y la militarización de la seguridad interna en la Argentina (1958-1962)”, *Contenciosa*, II, Nº4, 2015, p. 1-13.
- Portantiero, Juan Carlos (1977) “Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Nº2, pp. 531-565.
- \_\_\_\_\_ [1978] (2014) *Estudiantes y política en América Latina*, ed. Siglo XXI, México DF.
- Potash, Robert (1994) *El ejército y la política en la Argentina. 1962-1973. Primera Parte: 1962-1966*, ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Quattrochi-Woisson, Diana (1995) *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, ed. Emecé, Buenos Aires.
- Raimundo, Marcelo (1998) “La política armada en el peronismo: 1955-1966”, en *Sociohistórica*, año 3, nº 4, pp. 201-231, La Plata [En línea] [Disponible en: [www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SHv03n04a07](http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SHv03n04a07)].
- \_\_\_\_\_ (2001) “Compañero y los orígenes del Peronismo Revolucionario”, *Sociohistórica*, nº 8, pp. 203-226, La Plata [En línea] [Disponible en: [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.2897/pr.2897.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2897/pr.2897.pdf)].
- Ramírez, Ana Julia (2008) “Tucumán 1965-1969: movimiento azucarero y radicalización política”, en *Nuevo Mundo, Mundos nuevos*, pp. 1-14 [En línea] [Disponible en: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/38892>].
- Rancière, Jacques (2007) *El desacuerdo. Política y filosofía*, ed. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Renan, Ernest [1882] (2010) *¿Qué es una nación?*, ed. Hydra, Buenos Aires.
- Ricciardi, Maurizio (2003) *Revolución. Léxico de política*, ed. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Ricoeur, Paul [1965] (1990) *Freud: una interpretación de la cultura*, ed. Siglo XXI, México DF.
- Rosanvallon, Pierre (2007) *El modelo político francés*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Rot, Gabriel [2000] (2010) *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*, ed. Waldhuter, Buenos Aires.
- Rouquiè, Alain (1982) *Poder militar y sociedad política en la Argentina. Tomo II 1943-1973*, ed. Emecé, Buenos Aires.

- Rousseau, Jean-Jacques [1762] (2004) *El Contrato Social*, ed. Losada, Buenos Aires.
- Salas, Ernesto (2006) *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*, ed. Biblos, Buenos Aires.
- Sarlo, Beatriz (1999) “Eva Perón: algunos temas”, en Altamirano, C. (Comp.) *La Argentina en el siglo XX*, ed. Ariel, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ [2001] (2008) *La batalla de las ideas*, ed. Ariel, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (2003) *La pasión y la excepción*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Schmitt, Carl [1922] (2005a) *Teología política*, ed. Struhart & Cía., Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ [1932] (2015) *El concepto de lo político*, ed. Struhart & Cía., Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ [1934] (2006) *Teoría de la constitución*, ed. Alianza, Madrid.
- \_\_\_\_\_ [1962] (2005b) *Teoría del partisano*, ed. Struhart & Cía., Buenos Aires.
- Schneider, Alejandro (2006) *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo. 1955-1973*, ed. Imago Mundi, Buenos Aires.
- Senén González, Santiago y Bosoer, Fabián (2009) *Saludos a Vandor. Vida, muerte y leyenda de un Lobo*, ed. Vergara, Buenos Aires.
- Seras, Sofia (2015) “El culto a los muertos en la construcción de la identidad socialista en la Argentina. Un análisis del semanario *La Vanguardia* (1894-1905)”, ponencia presentada en las *V Jornadas de Historia Social*, La Falda [En línea] [Disponible en: [http://www.cehsegreti.org.ar/historia-social-5/mesas%20ponencias/MESA%207/SERAS\\_7.pdf](http://www.cehsegreti.org.ar/historia-social-5/mesas%20ponencias/MESA%207/SERAS_7.pdf)].
- Sigal, Silvia (1991) *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, ed. Punto Sur, Buenos Aires.
- Slipak, Daniela (2013) “De lealtades y tradiciones. El enfrentamiento de la JP Lealtad con Montoneros a través de sus revistas”, en *Estudios Sociológicos*, Vol. 2013, p.p. 345-367, México DF.
- \_\_\_\_\_ (2015) *Las revistas montoneras*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Smulovitz, Catalina (1988) *Oposición y gobierno: los años de Frondizi*, ed. CEAL, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (1991) “En búsqueda de la fórmula perdida: Argentina 1955-1966”, en *Desarrollo Económico*, vol. 31, n° 121, pp. 113-124, Buenos Aires.
- Spinelli, María Estela (2005) *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”*, ed. Biblos, Buenos Aires.
- Solanas, Fernando y Getino, Octavio (Dir.) (1971) *Actualización política doctrinaria para la toma del poder* [Documental], Cine Liberación, Argentina.
- Sorel, Georges [1908] (1973) *Reflexiones sobre la violencia*, ed. La Pléyade, Buenos Aires.
- Suriano, Juan (2001) *Anarquistas: Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, ed. Manantial, Buenos Aires.



- \_\_\_\_\_ y Anapios, Luciana (2011), “Anarquistas en las calles de Buenos Aires (1890-1930)”, en Lobato, M. (Ed.) *Buenos Aires. Manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*, ed. Biblos, Buenos Aires.
- Svampa, Maristella [1994] (2006) *El dilema argentino. Civilización o barbarie*, ed. Taurus, Buenos Aires.
- Tarcus, Horacio (1999) “La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, pp. 13-33, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (2008) “Elogio de la razón militante. Respuesta a Elías J. Palti”, en *Políticas de la Memoria*, n°8-9, pp. 19-37, Buenos Aires.
- Tcach, César [2003] (2014) “Obreros rebeldes, sexo y religión en el origen del peronismo cordobés”, en Macor, D. y Tcach, C. (Comp.) *La invención del peronismo en el interior del país*, ed. UNL, Santa Fe.
- \_\_\_\_\_ [2003] (2007) “Golpes, proscripciones y partidos políticos”, en James, D. (Dir.) *Nueva historia argentina. Tomo IX Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ y Rodríguez, Celso (2006) *Arturo Illia: un sueño breve*, ed. EDHASA, Buenos Aires.
- Terán, Oscar (1991) *Nuestros años sesenta*, ed. Punto Sur, Buenos Aires.
- Torre, Juan Carlos (1989) *Los sindicatos en el gobierno. 1973-1976*, ed. CEAL, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ [1990] (2011) *La vieja guardia sindical y Perón*, ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (1994) “A partir del Cordobazo”, en *Revista Estudios*, n°4, pp. 15-24.
- Tortti, María Cristina (1999) “Izquierda y ‘nueva izquierda’ en la Argentina. El caso del Partido Comunista”, en *Sociohistórica*, n° 6, pp. 221-232, La Plata [En línea] [Disponible en: [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.2814/pr.2814.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2814/pr.2814.pdf)].
- \_\_\_\_\_ (2007) *El viejo partido socialista y los orígenes de la nueva izquierda*, tesis para obtener el título de Doctora en Historia, Universidad de La Plata, La Plata.
- \_\_\_\_\_ (2014) “La nueva izquierda argentina. La cuestión del peronismo y el tema de la revolución”, en Tortti, M. C. (Dir.) *La nueva izquierda argentina (1955-1976)*, ed. Prohistoria, Rosario.
- Traverso, Enzo (2014) *El final de la modernidad judía. Historia de un giro conservador*, ed. FCE, Buenos Aires.
- Verón, Eliseo y Sigal, Silvia [1986] (2014) *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, ed. Eudeba, Buenos Aires.
- Vezzetti, Hugo (2013) *Sobre la violencia revolucionaria*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires.

- Wasserman, Fabio (2008) “Revolución”, en Goldman, N. (Ed.) *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, ed. Prometeo, Buenos Aires.
- Weber, Max [1922] (2008) *Economía y sociedad*, ed. FCE, México DF.
- \_\_\_\_\_ [1967] (2007) *El político y el científico*, ed. Alianza, Madrid.
- Weffort, Francisco (1998) “El populismo en la política brasileña”, en Petrone, M. y Mackinnon, M. (Comp.), *Populismo y neopopulismo en América Latina*, ed. Eudeba, Buenos Aires.
- Zedong, Mao [1956] (1977) “US. Imperialism is a Paper Tiger”, en Selected Works of Mao Tse-Tung: Vol. V The Period of the Socialist Revolution and Socialist Reconstruction, ed. Foreign Languages Press, Pekin [En línea] [Disponible en: [https://www.marxists.org/reference/archive/mao/selected-works/volume-5/mswv5\\_52.htm](https://www.marxists.org/reference/archive/mao/selected-works/volume-5/mswv5_52.htm)].
- Zizek, Slavoj [1989] (2009) *El sublime objeto de la ideología*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (2007) *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, ed. Paídos, Madrid.

#### **Fuente**

- *Compañero*, 79 números, junio de 1963 a abril de 1965
- *Cuadernos de Compañero*, número 2 y 3, septiembre de 1963 y noviembre de 1964

#### **Entrevista**

- Conversación con Facundo Carman, 6 de abril de 2017